



LAS HONORABLES
INTENCIONES DEL

Conde



DEBORAH HALE

Las honorables intenciones del conde

Deborah Hale

Traducción de Eva García Salcedo

Contenido

[Página del título](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Epílogo](#)

[Querido lector:](#)

Capítulo uno

Kent (Inglaterra)

Junio de 1815

¿Qué clase de hombre no haría todo lo que estuviese en su mano para asistir al funeral de su esposa?

Hannah Fletcher, situada varios bancos atrás, observaba al puñado de familiares que lloraban la muerte de la condesa de Hawkehurst. Era un grupo sumamente reducido encabezado por el despreciable medio hermano de *milady*. Ninguno de ellos se había preocupado tanto por la condesa como Hannah, la institutriz de su hijito. El hombre que más debería haberse preocupado ni siquiera estaba allí para presentar sus últimos respetos.

Hannah solía esforzarse por pensar bien de los demás, tal y como mandaban las Sagradas Escrituras, pero no era sencillo cuando se trataba de Gavin Romney, el conde de Hawkehurst. Era distinto poner la otra mejilla a alguien que la había ofendido personalmente. A Hannah siempre le había resultado mucho más difícil perdonar a quienes herían a sus seres queridos.

Además, si descargaba su rabia justificada contra el lord, temía que la venciesen el cansancio y la pena por *lady* Hawkehurst y rompiese en un llanto de lo más humillante. Tal falta de mesura iría en contra de los mandamientos de la escuela Pendergast, los cuales habían sido inculcados en Hannah y sus amigas con mucho más afán que el credo de la caridad cristiana.

El obispo de Kent había acudido a officiar el funeral de *milady*. Si bien Hannah seguía las exequias con su libro de oraciones, escuchaba con atención las lecturas y contestaba adecuadamente, en parte seguía angustiada por la ausencia del conde.

Se había pasado las últimas semanas en el norte de Francia con el ejército del duque de Wellington, preparándose para volver a enfrentarse a las fuerzas de Bonaparte. *Milady* había implorado a Hannah que escribiese a lord Hawkehurst para pedirle que regresara, pero este había hecho caso omiso de sus apremiantes súplicas. Hannah estaba convencida de que si hubiera aparecido a tiempo en el lecho de muerte de su esposa y hubiese demostrado que le preocupaba su bienestar, *milady* habría tenido ganas de luchar por su vida. O, como mínimo, habría recibido consuelo en sus últimas horas.

Aún le dolía la mano de lo fuerte que se la había apretado la condesa. Sin embargo, con el paso de las horas, su agarre se había ido aflojando. Aún resonaban en sus oídos los insistentes ruegos de la pobre señora, que exigía saber cuándo regresaría su marido ausente.

—Pronto, señora, pronto —le decía Hannah en tono tranquilizador hasta casi creerse su propia mentira. Acto seguido lo excusaba diciendo—: Es un viaje muy largo desde Francia, y debe cruzar el canal de la Mancha. Además, estamos en guerra, ¿recuerda?

Por más que se empeñaba en sonar convincente, Hannah no podía engañarse a sí misma. Al fin y al cabo, no estaban ni en noviembre ni en mayo, meses en los que el mar embravecido podía causar retrasos a la hora de cruzar el canal. Y el ejército de su majestad llevaba semanas formado en las fronteras francesas, ganando fuerza y coordinándose con sus aliados británicos para atacar a Bonaparte y derrocarlo de una vez por todas.

En los periódicos se decía que algunas damas ilustres se habían instalado en Bruselas para estar cerca de la acción y mantener entretenidos a los militares. A Hannah aquello se le antojaba más una fiesta fastuosa que una guerra. Seguramente no echarían en falta a un hombre, por más que

liderase un regimiento de caballería. Si el conde hubiese solicitado permiso para atender a su esposa moribunda, Hannah estaba convencida de que sus superiores se lo habrían concedido de inmediato.

Pero era obvio que lord Hawkehurst no había realizado tal petición. Bastante mal había actuado ya al ignorar la llamada de su esposa moribunda. No le habría costado nada hacer el esfuerzo de asistir a su funeral y fingir que lamentaba su muerte.

Estaba tan indignada y tan absorta en su cavilación que apenas reparó en que el lúgubre silencio de los fieles se había intensificado más aún, como si todos los allí presentes estuvieran conteniendo el aliento. El titubeo del obispo al pronunciar la elegía fue lo que le llamó la atención. Solo entonces oyó los pesados pisotones de alguien que atravesaba el pasillo y vio a los que la rodeaban volverse hacia el sonido.

Siguió sus miradas justo a tiempo de ver a un hombre pasar por su lado con la casaca escarlata de los dragones reales.

Al fin había llegado milord.

Hannah pensó con amargura que, para interrumpir el funeral de su esposa llegando tarde y en ese estado, habría sido mejor que no acudiese. Cuando pasó junto a su asiento, advirtió con desaprobación su aspecto desaliñado. Su casaca estaba sucia y apestaba a caballo. Sí, el conde habría viajado a toda prisa, pero podría haber aprovechado que cruzaba el canal de la Mancha para adecentarse.

En cambio, daba la impresión de que no se había molestado en lavarse, afeitarse o peinarse en días. Además del acre hedor a caballo, Hannah también detectó el penetrante tufo a alcohol. ¿Cómo se atrevía el conde a mostrar tan poco respeto por la memoria de su esposa y presentarse en su funeral en estado de embriaguez?

El andar laborioso e inestable de milord convenció aún más a Hannah de que eso era precisamente lo que había hecho. Las severas lecciones de su infancia y su respeto por la difunta condesa fueron lo único que impidió que se levantara y reprendiese a lord Hawkehurst delante de su familia y sus vecinos.

En honor al obispo, cabe destacar que no permitió que la tardía llegada del conde interrumpiera su excelente elegía. Hannah dudaba que muchos de los allí reunidos prestaran atención a una palabra cuando lord Hawkehurst llegó al banco de su familia y su cuñado le hizo sitio. Cuando el conde se dejó caer sobre el asiento, el intenso silencio de la congregación estalló en un murmullo de cuchicheos apagados.

Jane, la sirvienta principal de Edgecombe, le dio un codazo a Hannah, pero esta ignoró el fuerte golpe que le propinó en las costillas y siguió mirando indignada la parte posterior de la cabeza del conde. Deseó que milord fuese consciente. Pero, en su vergonzoso estado, dudaba que fuera a darse cuenta ni aunque lo mirase a la cara.

Cuando se hubo pronunciado la última oración y se hubo cantado el último himno, el alma de Clarissa Romney, condesa de Hawkehurst, fue encomendada al cuidado de su Señor y Salvador. A Hannah le consolaba saber que *milady* hallaría en el cielo la paz y el amor que le habían sido negados en el mundo terrenal.

La congregación se puso en pie y la familia de la difunta enfiló el pasillo encabezada por el conde. A esas alturas era evidente que se tambaleaba, notó Hannah con una indignación apenas contenida mientras se acercaba a ella dando traspiés.

Al principio, la mirada oscura del conde se le antojó vidriosa y ausente. Entonces miró a Hannah a los ojos, y esta fulminó su desconcierto con una mirada asesina.

Se detuvo ante ella con torpeza.

—Recibí su mensaje, señorita Fletcher.

Aunque ahora Hannah distinguía con bastante claridad el olor a alcohol, no parecía que proviniese de su aliento. ¿Cómo era posible?

—Gracias por mandarme llamar —balbuceó milord con voz pesada—. He vuelto en cuanto he podido.

¿Cómo podía montar un espectáculo tan vergonzoso en una ceremonia que debía ser digna y solemne? Que insultase de semejante manera la memoria de *milady* hizo que se le humedeciesen los ojos. Los demás dolientes quedaron relegados a un segundo plano y se concentró con una intensidad siniestra en el hombre moreno y de facciones duras que tenía delante. Olvidaba que era un poderoso par del reino, además de su patrón.

—Envié la carta hace días —susurró furiosa y con los dientes apretados—. ¿No podría haberle mostrado a *milady* un poco más de respeto muerta que...?

Antes de que pudiese añadir algo de lo que seguramente se arrepentiría, los oscuros ojos del conde se pusieron en blanco de pronto y su figura larguirucha se inclinó hacia ella. Por fortuna, otros que andaban por allí cerca tuvieron la entereza suficiente para abalanzarse hacia delante y amortiguar la caída de milord. Sin embargo, casi todo su peso recaía aún sobre Hannah, que instintivamente abrió los brazos para atraparlo.

Oyó gritos ahogados y un coro de voces más elevado cuando el peso muerto del conde la aplastó; su cabeza descansaba sobre su hombro y su cabello negro le rozaba la mejilla. Entonces, con la misma rapidez con la que había caído, otras manos lo apartaron de ella y lo tumbaron en el pasillo.

El médico de su difunta esposa corrió hasta el conde, le aflojó el cuello de la camisa y le desabotonó la casaca con brusquedad. Aunque mucha gente se agolpaba a su alrededor, Hannah veía perfectamente todo cuanto ocurría desde su sitio en el extremo del banco.

Un grito ahogado emergió de sus labios cuando vio que el lado derecho de la camisa del conde estaba empapado de sangre oscura.

Oyó a alguien murmurar cerca de ella:

—Habrá venido directo desde el campo de batalla.

Esas palabras asestaron un duro golpe a la conciencia de Hannah. Mientras pensaba lo peor de él, lord Hawkehurst había estado desangrándose por su patria y había viajado herido desde Francia. Si bien aún no podía justificar lo desdichada que había hecho a su esposa, por lo visto a ese respecto lo había juzgado mal.

Mientras el médico se afanaba por reanimar al lord, Hannah oyó a otra curiosa murmurar dolida:

—Pobres niños. Rezo para que no pierdan a su padre a las dos semanas de perder a su madre.

¡Los niños! Hannah se tapó la boca para no gritar. Peter, de cinco años, estaba muy afectado por el fallecimiento de su madre. ¿Qué sería de él si además perdía a su padre poco después? Y los mellizos recién nacidos. No quería ni imaginar qué pasaría si se quedasen huérfanos cuando no tenían ni un mes. Su madre le había confiado a sus tres hijos con su último aliento. Si su padre vivía, podría respetar los deseos de su difunta esposa. De lo contrario, los tutores se harían cargo de los Romney, y estos tendrían sus ideas acerca de cómo habría que criarlos y educarlos; ideas que no incluirían a una humilde institutriz tomando decisiones sobre su educación.

Por el bien de sus queridos niños y la promesa que le había hecho a su madre moribunda, Hannah sabía que debía hacer todo lo que estuviese en su mano para asegurarse de que lord Hawkehurst sobreviviera.

* * *

Cada vez que los cascos de su caballo de batalla golpeaban el suelo, Gavin rebotaba y notaba un

dolor ardiente en el costado, debajo de las costillas. Pero no se atrevía a aminorar el galope precipitado de su montura. Al contrario, debía espolearla para que acelerase. Una brecha angosta en las filas francesas estaba cerrándose rápidamente. Como no lograra atravesarla, sería su fin y el del pobre Molesworth.

Apretando los dientes por las punzadas de dolor, Gavin pegó las rodillas al tenso vientre de su caballo. A continuación, se agachó para sujetar a su camarada herido, que colgaba de la cruz de la bestia. Ignoraba de dónde había sacado las fuerzas para subir a Molesworth delante de él. Quizá procediesen de la misma fuente a la que ahora recurría su caballo para dar el esprint final. Mientras cruzaba a galope el hueco entre las filas, Gavin vislumbró unas casacas escarlatas. Algunos de sus Dragones Reales habrían desafiado el mortífero fuego francés para procurarles una salida.

¡Qué necios! Un gemido de consternación retumbó en el pecho de Gavin y ascendió a sus labios resecos. Aquello lo arrancó del campo de batalla y lo sumió en un silencio oscuro y espeluznante.

—Cálmese. —Un murmullo turbó la quietud—. No se apure.

¿Que no se apurase? ¿Cómo no iba a apurarse? Debía averiguar qué había sido de Molesworth y los hombres que habían arriesgado sus vidas para que escapase. Y había alguien más, alguien que lo necesitaba con la misma urgencia que sus camaradas caídos.

—Descanse y trate de recobrar las fuerzas. —Era una voz femenina. Sus palabras iban acompañadas de algo frío en la frente.

¿Fuerzas? Ahora que lo decía, sí que se sentía débil, sí. Aunque las punzadas de su costado se habían reducido a un dolor sordo, le costaba una barbaridad mover sus doloridos y pesados miembros. Pero no podía quedarse ahí tirado, estuviese donde estuviese.

Tenía una misión vital que cumplir, y no había tiempo que perder. Si tan solo recordase qué iba a hacer y reuniese las fuerzas para llevarlo a cabo...

—¡No se rinda! —insistió otra mujer. Su tono era enfático y decidido; contrastaba radicalmente con el murmullo amable de la anterior—. Es usted un soldado, y valeroso, además. ¡Luche por su vida!

Su tono autoritario despertó su rencor. Llevaba años al servicio de su majestad, expulsando a las fuerzas de Bonaparte de España y Portugal. ¡No necesitaba que le dijeran que luchase!

Ese arrebató de ira lo espabiló y obligó a la oscuridad a disminuir el control que ejercía sobre su mente. Debía abrir los ojos para identificar a las mujeres que revoloteaban a su alrededor y lo tranquilizaban y lo enardecían por turnos. Tenía la férrea convicción de que conocía sus voces, pero su memoria se negaba a colaborar.

Cuando se esforzó por abrir los párpados, los encontró igual de obstinados. Daba la impresión de que sus pensamientos estaban atascados en un lodo espeso y negro que lo arrastraba a las profundidades del olvido, donde ni las súplicas ni las órdenes podían alcanzarlo.

Por un momento sucumbió a él. Por un lado, el conde se avergonzó de no luchar con más ahínco, pero, por otro, agradeció poder olvidar.

Al cabo de un rato —no sabía decir si había sido un instante o muchas y largas horas—, una de las voces, empeñada en sacarlo de su apacible oscuridad, volvió a perturbarlo.

—Va a vivir. Debe vivir. Por el bien de sus hijos. Lo necesitan. Me niego a permitir que los abandone.

¡Sus hijos! Gavin no pudo ignorar el tono desafiante del ruego de la mujer. ¿Esa era la misión que presentía en lo más hondo de su ser pero que no recordaba? Debía regresar con sus hijos y protegerlos.

Quiso decirle a la mujer que nunca se le ocurriría abandonar a su familia. Pero notaba la lengua reseca e hinchada. Cuando probó a hablar, esta no se movió. Lo único que pudo hacer —con un esfuerzo enorme— fue girar la cabeza en dirección contraria a la voz para negar la acusación.

—Me oye —dijo la otra mujer, la amable. Parecía exhausta pero animada—. Estoy segura. Mencionar a sus hijos lo ha espabilado, ¿a que sí? No soportaría que se quedasen solos, sin el amor y la protección de un padre o una madre.

Gavin entendía más de las críticas y reprimendas que recibían los niños. No tenía nada claro que pudiese ser mejor padre. Pero ¿qué alternativa tenía?

Le pasaron un brazo por detrás de los hombros y le levantaron la cabeza. El dolor de su pecho volvió a agravarse, y se mareó. Por muy desagradables que fueran esas sensaciones, gracias a ellas estaba más cerca de recobrar del todo la conciencia.

Notó el borde de una taza en los labios. Cuando un chorrito de un líquido frío entró en su boca, tragó agradecido.

—Yo tampoco lo soportaría —susurró la voz tan cerca de él que casi parecía que saliera de su cabeza—. Sé lo que es crecer así, y no se lo deseo a ningún niño, y menos a sus angelitos.

La melancolía que rezumaba su súplica le llegó al alma.

—Beba un poco más de agua —lo instó—. Luego le daré caldo. Debe de estar hambriento, y necesitará fuerzas para reponerse.

Aunque la oscuridad trató de arrastrarlo de nuevo a sus tranquilas profundidades, Gavin descubrió que esa vez le costaba más rendirse. Algo en la voz de la mujer lo incitaba a seguir escuchando pese a que debía esforzarse para mantenerse consciente.

Le dio varios tragos más al agua y recibió el caldo prometido. Se deleitó con su sustancioso sabor, y su estómago vacío acogió con gusto el cálido alimento. Estaba completamente a merced de la mujer que lo atendía.

Sin embargo, no recordaba que lo hubiesen cuidado con tanto cariño en toda su vida.

* * *

¿Se recuperaría el conde?

Un atisbo de inquietud en la mirada del médico heló a Hannah. Sin embargo, hizo que estuviera más decidida que nunca a seguir luchando por la vida de milord. Si no le fallaba la memoria, esa había sido siempre su primera reacción al enfrentarse a un desafío o una adversidad: poner más empeño. No siempre había obtenido el resultado deseado, pero el esfuerzo la ayudaba a dominar su miedo.

—Usted también debería descansar, señorita Fletcher. —El médico, serio, negó con la cabeza tras examinar a lord Hawkehurst—. Primero el nacimiento de los mellizos, después la enfermedad de *milady* y ahora esto. Debe de estar exhausta.

No mencionó que era muy irregular que una institutriz atendiera al amo y la señora de la casa de ese modo. Todos en Edgcombe se habían acostumbrado a que *lady* Hawkehurst dependiera de Hannah Fletcher. Su posición en el hogar se había acabado pareciendo más a la de una pariente de confianza que a la de una simple mercenaria. Y dado que no abusaba de su autoridad ni se imponía a los criados, hacía mucho que habían aceptado la situación. Ahora, con *milady* en la tumba y la vida de milord pendiendo de un hilo, los demás acudían a ella en busca de orientación.

—Agradezco que se preocupe. —Hannah se esforzó por reprimir un bostezo y no revelar así que estaba cansada—. Pero estoy acostumbrada desde niña a no dormir mucho.

Su respuesta no satisfizo al médico, que dijo:

—Aun así. No debe permitirse agotarse y caer enferma. ¿Cómo se las arreglarían en Edgcombe

si estuviera usted indispuesta?

Su sugerencia de que era indispensable para la familia actuó como un tónico en Hannah y le infundió energías renovadas, aunque dudaba que fuesen a durar mucho.

—Le prometo que no descuidaré mi salud, doctor. Pero hasta que milord esté fuera de peligro, siento que le debo a la memoria de su esposa y a sus hijos hacer todo lo que pueda por él.

—Comprendo —admitió el doctor Hodge, quizá porque había sido testigo de la promesa que *lady Hawkehurst* le había exigido a Hannah en sus últimas horas—. Cuando hay un brote de enfermedad, a menudo me veo obligado a poner a prueba mis fuerzas por el bien de mis pacientes. Pero, mientras tanto, trate de relegar un poco algunos de sus otros deberes.

—Sí —admitió, aliviada de recibir el apoyo del médico—. El joven lord Edgecombe todavía está demasiado afectado por el fallecimiento de su madre para concentrarse en sus lecciones. Pensé que lo más conveniente para el pobre niño sería gozar del aire libre lo máximo posible. Los sirvientes han sido muy amables y me han hecho caso. Lo llevan al jardín a cavar y visitan los animales de las granjas arrendadas. Le gusta dar paseos en el carro del poni con el cochero.

—Excelente. —El médico se puso a guardar su instrumental—. Cuanto más aire fresco y actividad tenga el niño, mejor comerá y dormirá, y antes se le levantará el ánimo.

Hannah trataba de pasar el mayor tiempo posible con su joven alumno para no perturbar su vida más aún.

—¿Ha ido a ver a los bebés últimamente? —le preguntó ella—. Por lo que he visto están creciendo bien.

Se esforzaba por visitarlos con la mayor frecuencia posible, y llevaba a Peter con la esperanza de que los tres niños forjaran un vínculo que compensase un poco la pérdida de su madre. Hannah sabía por experiencia lo importante que podía ser.

El médico asintió y dijo:

—Así es. Según sus nodrizas, ambos están sanos y felices. La felicito, señorita Fletcher, por haber conseguido que estén a gusto en un momento tan difícil.

—Gracias, señor. —Hannah apreciaba que reconociese sus esfuerzos.

No esperaba tales elogios del conde, siempre y cuando se recuperase. Durante el breve tiempo que había pasado en casa durante los efímeros meses de paz, a lord Hawkehurst no parecía hacerle gracia que tuviera una posición especial en su hogar y fuera íntima de su esposa. Hannah se recordó que aceptaría que le tuviese ojeriza si así sobrevivía.

—¿Y milord? —Miró a su amo y sus facciones duras, inusitadamente quietas. Su piel, mortalmente pálida bajo su bronceado de soldado, contrastaba radicalmente con la barba incipiente y negra que le cubría la parte inferior del rostro—. ¿Vivirá para ver a los mellizos? No me quiero ni imaginar lo que debe de ser perder a ambos progenitores sin recordar a ninguno de los dos.

Un gesto de inquietud contrajo los rasgos del médico.

—Aún no puedo asegurarlo con certeza. La hemorragia se ha detenido y la herida está sanando. Eso es lo bueno. Pero su extenuante viaje desde Francia ha hecho que se le reabra la herida y pierda mucha sangre. Debería haber esperado a que se le hubiese curado más para viajar. Pero supongo que las circunstancias...

Una punzada de culpabilidad atravesó la coraza de Hannah. Fue su carta la que le había pedido al conde que abandonase el campo de batalla y regresase inmediatamente a casa. Desde entonces, por todo el país había corrido la voz de la casi victoria de los aliados en Waterloo. Eso hizo que Hannah se arrepintiese de muchas de las cosas severas que había pensado sobre lord Hawkehurst durante los últimos y agónicos días de la vida de la condesa.

Ojalá Dios le brindase la oportunidad de recompensárselo.

Antaño, a menudo sus errores habían costado caro a otros. Siempre a sus seres más queridos. Y siempre se prometía que actuaría mejor en el futuro. ¿Alguna vez sería suficiente? Quizá la solución fuera no implicarse tanto.

—¿Por qué no despierta? —Hannah combatió la creciente ola de impotencia que amenazaba con abatirla. Se esforzaría más por la recuperación del conde si supiera qué hacer—. A veces tengo la sensación de que me oye. Pero otras apenas parece vivo.

—Es preocupante. —El doctor Hodge suspiró—. Aunque espero que solo sea la forma de su organismo de permitirse tiempo para descansar y sanar. Conozco a lord Hawkehurst desde que era un muchacho, y nunca ha sido de quedarse quieto mucho rato. Siempre y cuando su estado de inconsciencia no se prolongue en exceso, será hasta beneficioso para su recuperación.

Hannah trató de animarse con las palabras del médico tras desearle buenas noches. Le habría resultado más sencillo si su tono y su mirada no hubiesen sido tan recelosos.

Mientras el doctor Hodge le daba toquecitos y golpecitos, lord Hawkehurst parecía del todo insensible. Sin embargo, en cuanto el médico se hubo marchado, el conde se alteró de pronto. Sus ojos se movían bajo sus párpados cerrados con rapidez. Retorció las sábanas con sus poderosas manos. Unos murmullos bajos e incomprensibles escaparon de sus labios.

Hannah lo velaba con inquietud. Quizá el médico hubiera dado en el clavo al aventurar que el profundo sopor de milord fuera una oportunidad que le concedía su organismo para reponerse. Hannah temió que su turbación tuviera el efecto contrario. ¿Y si sus movimientos se tornaban más violentos? ¿Se le reabrirla la herida? Según el médico, no podía permitirse perder más sangre.

—Tranquilícese —murmuró con el tono suave con el que arrullaba al joven Peter cuando se despertaba por una pesadilla—. No se altere. No tiene nada de que preocuparse. Está en su cama, calentito. Si de mí depende, no volverá a ocurrirle nada malo.

¿Sería aquello culpa suya? ¿Habría exhortado a su espíritu soldadesco a que luchase por su vida antes de que su cuerpo malherido estuviese preparado?

—No se levante. —Tomó la mano del conde más cercana con las suyas con la esperanza de que su roce, a diferencia de sus palabras, lo calmase—. Descanse y tranquilícese. Está a salvo, se lo prometo.

Daba la impresión de que sus esfuerzos obtenían el efecto contrario. El conde se puso a mover la cabeza de lado a lado. De vez en cuando se estremecía, como si fuera consciente del dolor de su herida. Sus palabras eran cada vez más enérgicas y claras.

—¡Por favor, milord! —suplicó Hannah a la vez que le estrujaba la mano.

De pronto abrió los ojos. El conde la asió con más fuerza de la que Hannah creía que tenía en su estado actual. Le echó una mirada penetrante y frunció sus facciones duras de tal modo que esbozó una expresión de intensa preocupación.

Hannah no recordaba que la hubiese mirado con algo más afectuoso que un desdén apenas disimulado ni una sola vez. Un alivio inmenso de que el conde hubiese despertado al fin chocó con otra emoción que no supo identificar. Sin embargo, no tuvo tiempo de desentrañarla, pues lord Hawkehurst habló nada más abrir los ojos.

—¡Aguanta, Molesworth! —exclamó con voz ronca, a todas luces dirigiéndose a Hannah.

¿Habría oído mal?

Las siguientes palabras del conde no ayudaron a disipar su confusión.

—Va, hombre. No te he liberado de las garras de Boney para que ahora me dejes tirado. Los cirujanos nos dejarán como nuevos. Y luego nos aseguraremos de que el belicista recibe su

merecido. Nada de veranear en el Mediterráneo para descansar para su próxima conquista. Si bien alguna de las palabras del conde la dejó perpleja, Hannah entendió que se refería a Bonaparte. Tras años de guerra que habían situado a gran parte de Europa bajo su yugo, al fin habían derrocado al emperador francés el año anterior. El verano de 1814 había estado colmado de festejos triunfales, júbilo y paz por fin.

Pero el hombre cuya ambición desmedida había costado tantas vidas nunca había tenido que responder por sus actos. Al contrario, se le había concedido retirarse a una isleta en la costa de la Toscana para urdir su regreso al poder. Apenas diez meses después de su derrota, Bonaparte había vuelto a Francia victorioso, y, de nuevo, había sumido a Europa en guerra; una guerra que no debería haberse librado jamás. Con razón lord Hawkehurst estaba deseando poner fin a la carrera conquistadora del emperador de una vez por todas.

El silencio del conde sacó a Hannah de su reflexión. Daba la sensación de que esperaba que contestara. ¿Qué podría decir para tranquilizarlo?

—No me iré a ninguna parte, señor. Se lo prometo. —Se preguntó si existiría ese tal Molesworth o si solo sería producto de las pesadillas del conde. Si su camarada era real, ¿qué habría sido de él?—. Pero debe quedarse quieto para que... Eh... Lo curen los cirujanos. ¿Me hará el favor?

¿Ayudaría su respuesta o solo empeoraría las cosas? Hannah deseó no haberse apiadado del lacayo que bostezaba y haberle ordenado que se fuera a la cama en cuanto viera marcharse al doctor Hodge. Le habría venido de perlas que un hombre la ayudase a doblegar a lord Hawkehurst de haber sido necesario.

Rezó porque no hiciera falta.

Por suerte, sus mudas súplicas fueron escuchadas, pues la tensa zozobra del conde lo abandonó con la misma rapidez con la que lo asaltó.

—Tenemos un trato —murmuró adormilado y con voz pastosa. Aflojó el agarre mientras se le cerraban los párpados—. Dejaremos que los cirujanos hagan su trabajo e iremos a por Boney. Para cuando acabemos con él, ya no podrá liderar más ejércitos.

En cuanto esas palabras hubieron abandonado sus labios, se le cerraron los ojos y su respiración se tornó un soniquete hondo y acompasado. Hannah siguió cogiéndole la mano un rato más, pues temía que se revolviese de nuevo si lo soltaba. La sensación le recordó cuando la pobre condesa la había asido durante sus dolorosas horas de parto, y luego, cuando se quedó sin fuerzas y la agarraba cada vez más flojo.

Parpadeó para contener las lágrimas que no podía permitirse derramar y le soltó la mano al conde. Le apartó el pelo de la frente con un roce tan suave que casi pareció una caricia. Su vida seguía pendiendo de un hilo, pero ya no era solo por el bien de los niños por lo que quería que sobreviviera.

Capítulo dos

¿Cuánto llevaba así?

Gavin se sentía como si estuviera sumergido en un estanque profundo. A menudo se hundía hasta el fondo apacible y oscuro, ignorándolo todo e importándole aún menos. Pero, de vez en cuando, se aproximaba a la superficie, lo bastante cerca como para oír y sentir. ¿O solo estaría soñando? Mientras tanto, por extraño que parezca, esa frágil barrera entre el sueño y la conciencia permanecía impenetrable. Ciertas sensaciones la atravesaban y lo alcanzaban. Pero a él le costaba un esfuerzo que escapaba a sus posibilidades.

Entre sus escasas conexiones con el mundo de la vigilia estaban las dos voces de costumbre: la que suplicaba bajito y la que lo desafiaba con fiereza. Daba la impresión de que peleaban por él. A ratos anhelaba huir de ellas y hallar paz. No obstante, presentía que lo seguirían y continuarían atormentándolo hasta que solo quedase una.

Además, había oído otra voz: la de su camarada caído. Le recordaba que tenía asuntos urgentes que atender.

Ese recordatorio le dio fuerzas para abrir los ojos y mirar a su alrededor. Descubrió que no yacía en un charco de agua tibia, sino en su alcoba de Edgecombe. Debía de ser noche cerrada, pues las sombras dominaban la estancia y la única luz provenía del titileo de una vela.

¿Cómo había llegado a Edgecombe? Buceó en sus recuerdos en busca de la respuesta a esa pregunta. Lo último que recordaba con claridad era la carga de caballería en Waterloo.

En la quietud de la habitación a oscuras, le pareció oír los ecos del campo de batalla: el estrépito de los cascos de los caballos acentuado por el estruendo de la artillería, el chasquido de los rifles y los gritos de los soldados heridos. Daba la impresión de que el olorcillo a pólvora, a sudor de caballo y a sangre estuviera solo a un milímetro de distancia.

Mientras esas sensaciones se alejaban flotando, las convulsas emociones de ese día volvieron a hacer mella en él. Primero lo embargó la absoluta satisfacción de estar en movimiento y poder asestar al fin un golpe tras esperar durante horas, frustrado. A continuación revivió el feroz arrebató de triunfo que lo acometió cuando su carga cambió el rumbo de la batalla y dio esperanzas a la infantería asediada. Tras ambos se hallaba una insoportable sensación de inutilidad, pues sus hombres estarían luchando y muriendo de nuevo, apenas un año después de que hubiesen «vencido» con tanto esfuerzo.

Una señal de alerta lo agarró por la garganta cuando se dio cuenta de que algunos húsares habían avanzado demasiado y corrían el riesgo de que les impidieran retirarse. Entre los suyos estaban su comandante, el general Beresford, y su amigo del alma, Anthony Molesworth.

Un ruidito y un movimiento rápido cerca de él sacaron a Gavin del campo de batalla y lo devolvieron a la sombría tranquilidad de su dormitorio. Su mirada voló hacia una figura esbelta repantingada en un sillón, al lado de su cama.

Tardó un momento en reconocer a Hannah Fletcher. Incluso entonces, por una parte le costaba creer que fuera ella. Entre sus confusos recuerdos de los últimos días, tenía uno muy vívido del rostro de la señorita Fletcher. Su feroz mirada azul lo había acusado de todo tipo de fallas que no podía negar.

¿Era por eso por lo que había decidido velarlo sentada junto a su cama? ¿Para reprenderlo por todas sus faltas cuando despertara? No tendría por qué haberse molestado. Su propia conciencia era capaz de amonestarle con mayor severidad que incluso la formidable institutriz de su hijo.

No es que presentara un aspecto muy formidable en ese momento, se percató Gavin. Al ver sus facciones suavizadas y relajadas mientras dormía, se le antojaron mucho más atractivas que nunca. Mechones de cabello color miel se habían soltado del fuerte moño trenzado que solía hacerse y enmarcaban su rostro con delicadeza. Parecía mucho más joven y bastante vulnerable. Su palidez y las oscuras ojeras fruto del agotamiento avivaron esa impresión y despertaron los instintos protectores de Gavin contra su voluntad.

Se preguntó cuánto llevaría la señorita Fletcher sentada junto a su cama. ¿Desde que había llegado a Edgecombe? ¿Y cuánto hacía de eso? ¿Días? ¿Semanas?

¿Sería posible que una de las voces que habían atravesado su oscuridad y le habían ordenado vivir fuese la de la brusca y reprobadora institutriz de su hijo? No le habría extrañado. Pero ¿y la otra voz, la suave y persuasiva? ¿Sería la de su esposa? Volvió a asaltarle el mismo recuerdo hiriente para advertirle que era imposible que hubiera oído a Clarissa.

Trató de reprimir un gemido, pero escapó de sus labios antes de que pudiera cerrarlos.

Por débil que fuera, el sonido hizo que la señorita Fletcher se enderezara de golpe en su silla, con los ojos muy abiertos por el susto y el rostro tenso por la urgencia y la preocupación.

¿Estaría preocupada por él?, se preguntó Gavin. Seguramente no. Nadie se había interesado tanto por su bienestar en toda su vida.

—Lamento haberla despertado —dijo con una voz baja y áspera que le costó un esfuerzo considerable emitir.

Para su asombro, se vio recompensado con una transformación completa del rostro de la señorita Fletcher. Se le subieron las comisuras de la boca y esbozó una sonrisa de un resplandor casi cegador. Sus ojos desprendían el mismo brillo que los pétalos de las campanillas bañados por el rocío de la mañana.

—¡Está despierto! —Se levantó de la silla para estrecharle la mano con un fervor que Gavin no habría esperado jamás de ella—. ¡Está vivo!

Su primera exclamación de alivio devino en un suspiro de gratitud devota.

—Qué alivio.

Gavin no sabía bien cómo tomarse la reacción de la dama. Si a la señorita Fletcher le importaba lo más mínimo si vivía o moría, había dado por hecho que preferiría lo último. Nunca imaginó que algo tan simple como que recuperase la conciencia la llenaría de alegría. Sin embargo, el tono de su voz, ronco por una emoción desacostumbrada, reveló que también era la mujer que rondaba cerca, cuidándolo y rogándole que viviera.

El apretón de sus manos en torno a las suyas se le antojó una sensación curiosamente familiar a la par que una grata sorpresa. El gesto no le exigía ni lo juzgaba. Solo celebraba que siguiera vivo.

Pero apenas había empezado a deleitarse con la sensación, cuando la señorita Fletcher lo soltó de pronto.

—¡Disculpe, señor! No era mi intención tomarme libertades. Es que estaba medio dormida y no sabía lo que hacía.

¿Por qué hacía una montaña de un grano de arena?, se preguntó Gavin. No le había ofendido su arrebató. Al contrario, había sido un sople de aire fresco.

—Estaba tan contenta de verlo al fin despierto —insistió la señorita Fletcher, más nerviosa de lo que la había visto nunca— que he olvidado mi lugar. Le aseguro que no volverá a ocurrir nada parecido.

¿Su lugar? Antaño no parecía haberle preocupado. Hasta donde recordaba, había sido la señora de Edgecombe casi tanto como su esposa. Pensar en Clarissa suscitó preguntas que exigían

respuestas mientras aún estuviera lo bastante despierto para formularlas.

—¿Cuánto... llevo... así?

—Tres días, señor. —La señorita Fletcher se alejó de la cama mientras hablaba y rehuyó su mirada. Su rostro, tan pálido hacía un instante, de repente estaba sonrosado—. ¿O han sido cuatro? Desde que se desmayó en el... funeral.

Nada más pronunciar la última palabra, hizo una mueca, como si deseara retractarse.

Conque sí que había llegado a tiempo al funeral de Clarissa... Su satisfacción duró poco, pues enseguida lo reconcomió la culpa por no haber llegado a tiempo de evitar que muriera su esposa. Gavin dejó de pensar en esa idea inquietante y pasó a un tema que prometía distraerlo con ganas de sus remordimientos.

—La batalla... ¿ha sido un éxito?

Debía averiguarlo antes de que la oscuridad volviera a apoderarse de él. Quizá Bonaparte hubiera muerto en el campo y pudiera respirar un poco más tranquilo.

La señorita Fletcher asintió y dijo:

—Waterloo ha sido una gran victoria para los aliados. La buena nueva llegó ayer. Las campanas de la iglesia repicaron tanto rato que me sorprende que no lo despertaran. El ejército francés se bate en retirada mientras el duque de Wellington y el príncipe Blücher los persiguen hasta París. ¡A ver si así se acaba esta maldita guerra de una vez por todas!

Si bien lo había aliviado enterarse de la victoria, la declaración final de la señorita Fletcher hizo que lo recorriera un escalofrío de recelo. Waterloo había sido un buen inicio, pero se perderían muchas más vidas antes de que se restaurase la paz. Mientras el ejército francés se replegaba, Bonaparte consolidaría sus fuerzas y los aliados desplegarían las suyas para reforzar la seguridad del país de camino a París.

Una paz duradera no sería posible mientras Bonaparte campase a sus anchas. Gavin sabía que tenía una promesa que cumplir. Y debía cumplirla, costase lo que costase.

* * *

Era muy buena noticia que el ejército hubiera salido victorioso, reflexionó Hannah. Pero ¿por qué el conde había preguntado antes por cuestiones militares que por sus hijos?

Por más que lo intentó, no pudo apagar la chispa de la antigua animadversión que sentía por él. Se dijo que no fuera tan necia. Milord al fin había despertado y gozaba del ingenio y la energía suficientes para hablar. ¿No era eso por lo que ella había rezado durante esos angustiosos días y noches? Seguramente no tardaría en volver a pensar en sus hijos.

Un riguroso examen de conciencia obligó a Hannah a reconocer que en parte estaba molesta porque el conde había abierto los ojos justo cuando ella había cerrado los suyos. Solo quería descansar la vista un rato, pero la había vencido el cansancio.

Ahora se reprendía por el lapsus. ¿Qué sentido tenía sentarse junto a su paciente noche tras noche si no podía permanecer alerta para vigilarlo y actuar de ser necesario? Y lo que era peor: milord la había pillado echándose la siesta. Había agravado su desgracia al cogerlo de la mano y gritar de alivio al verlo despierto. ¿Qué pensaría de ella por comportarse con tanto descaro?

En respuesta a su informe de la batalla, lord Hawkehurst asintió.

—La paz duradera también es mi deseo, señorita Fletcher. Y el de muchos otros, estoy seguro.

Sus palabras fueron un alivio para Hannah. Cuando el conde regresó a Edgcombe el año anterior, parecía distraído e inquieto, como si no pudiera llevar por completo una vida de paz. Tal vez su última dosis de guerra lo había preparado para dedicarse por fin a su familia y llevar una vida tranquila.

El conde reunió fuerzas para continuar.

—Pero me temo que cualquier esperanza de una paz duradera será en vano mientras Bonaparte siga libre y pueda planear su próxima conquista. ¡Hay que pararle los pies!

Cerró el puño derecho y golpeó la cama con cierta fuerza. Nada más hacerlo, sus facciones se contrajeron en una mueca de dolor.

Hannah se reprendió por haber sacado un tema que provocaba emociones tan fuertes. Milord debía quedarse quieto para que sanase su herida.

—Así será. El duque de Wellington se encargará de ello.

Con la esperanza de que su seguridad calmara al conde, procuró pensar en temas más apacibles.

—Ahora que está despierto, tendrá hambre y sed. El doctor Hodge recomendó que bebiese té de res para que repusiese fuerzas. Le prepararé uno.

Hannah se dedicó a continuación a verter una cantidad de caldo en una cacerola de cobre de mango largo y calentarlo sobre las brasas encendidas del hogar. Esperaba que para cuando estuviera listo lord Hawkehurst ya se hubiera tranquilizado.

Quizá su arrebató hubiera agotado al conde, pues se quedó quieto y en silencio mientras ella le preparaba su té de res. ¿Estaría preguntándose él también qué hacía ella ahí? Los sirvientes de Edgecombe, e incluso el doctor, tal vez no cuestionasen que atendiese al conde. Pero ahora que estaba al tanto de su presencia, quizá lord Hawkehurst tuviera una opinión muy diferente al respecto.

Al cabo de varios minutos, Hannah probó el té de res con el dedo para asegurarse de que estaba lo bastante tibio como para resultar apetitoso, pero no tan caliente como para quemarle la boca a milord. Luego lo decantó en una taza con pico y se lo llevó a la cama.

Cuando se lo acercó, el conde frunció el ceño.

—No soy un bebé, señorita Fletcher. Ahora que estoy consciente, soy perfectamente capaz de alimentarme.

Hannah reprimió una réplica mordaz. Lord Hawkehurst le había inspirado mucho más cariño y protección mientras yacía inconsciente. Ahora le dirigía su mirada oscura y hablaba en un tono áspero propio del patio de armas, como si esperase que obedeciese sus órdenes sin rechistar. Encima de tener que lidiar con el agotamiento y el luto por *milady*, su actitud autoritaria despertó en ella sentimientos turbulentos que le costaba dominar.

—Como guste —repuso ella con los dientes apretados—. Si cree que podrá realizar semejante esfuerzo...

Hannah retrocedió y observó como milord luchaba por sentarse. Por la forma en que se movía, no le cupo ninguna duda de que estaba más débil de lo que creía, y quizá también mareado.

—No se quede ahí parada. —Parecía molesto por verse obligado a pedir ayuda—. Écheme una mano, por favor.

—Enseguida, señor. —Su petición le produjo a Hannah una pizca de satisfacción, pero procuró disimularla. En cambio, dejó la taza en una mesa cercana y pasó el brazo por debajo del de él para que se apoyase.

Durante los últimos días, le había levantado la cabeza varias veces para darle de beber y no le había dado importancia. Ahora que él era consciente del roce, ella también se dio perfecta cuenta. Incómoda, le ahuecó las almohadas y lo ayudó a recostarse en ellas.

Cuando le ofreció la taza propia de los convalecientes, torció los labios.

—Preferiría comer con un plato adecuado y una cuchara.

Con la boca bien cerrada, Hannah vertió el caldo en un cuenco y le dio a milord una cuchara. A continuación retrocedió y lo vio tratar de alimentarse solo. Cuando se llevó la cuchara a los labios, le temblaba la mano. Se le derramó un poco de té de res en la pechera del camisón.

Murmuró algo por lo bajo. ¿Una maldición, tal vez?

—¿Lo ayudo, señor? —inquirió Hannah.

—Puedo solo.

Porfió, aunque Hannah se preguntó si no estaría cayendo más té de res en su camión que en su estómago. Por más que la exasperase su obstinada independencia, no pudo evitar admirarla, aunque fuera un poco.

No quería admirar nada del conde de Hawkehurst, se recordó. Había olvidado la tensión velada que se palpaba entre ellos y todas las veces que su pobre señora se había quejado de él, y lo había cuidado bien, tal vez incluso con ternura, mientras su supervivencia estaba en duda. Ahora que estaba despierto y se mostraba tan brusco y obstinado como siempre, ya no podía olvidar.

—Ahora que ya ha preguntado por la situación militar, tal vez le interese saber qué tal están sus hijos. —Se dejó caer en la silla que había junto a la cama de milord con la espalda tesa como un atizador.

—Mis hijos. —El conde se tomó su tiempo para decir la palabra, como si encerrase un componente extraño y posiblemente aterrador—. Su carta llegó justo cuando llamaron a mi regimiento desde Nivelles. Nos vimos obligados a cabalgar toda la noche hasta Waterloo. No pude leer su mensaje hasta antes de la batalla. Para entonces ya era demasiado tarde para... —dijo cada vez más bajito. Acto seguido se concentró en llevarse el caldo a la boca como si le fuera la vida en ello.

¿Esperaba alguna respuesta por parte de Hannah? Esta se prohibió terminantemente hablar. Era evidente que se había equivocado al suponer que lord Hawkehurst había ignorado su llamada y no había acudido al lecho de muerte de su esposa a propósito. Aun así, no se atrevía a decir nada para calmar la conciencia del conde. Era Dios quien debía perdonarlo, no ella.

Finalmente, milord rompió el frágil silencio en el que se habían sumido y dijo:

—Guardé su carta en mi portapapeles antes de la carga. Seguiré ahí.

¿Acaso debía relacionarlo todo con la milicia? Hannah apretó los labios con fuerza para no decir algo de lo que fuera a arrepentirse. Independientemente de lo que opinase de él, debía procurar no agravar la desavenencia entre ellos, no fuera a ser que contratase a una institutriz más simpática para sus hijos.

—Mellizos. —Volvió a temblarle la cuchara. ¿Ya se había quedado sin fuerzas?—. Un niño y una niña, creo que dijo.

—Así es, señor. *Milady* pidió que los bautizaran como Alice y Arthur. En honor a su difunta madre y al excelentísimo duque de Wellington. —A Hannah se le hizo un nudo en la garganta al recordar al vicario realizando el sacramento junto a la cama de la madre moribunda de los niños.

Cuando logró controlar la voz, agregó:

—*Milady* me pidió que fuera su madrina.

Aunque consiguió que no le temblara la voz, Hannah no pudo evitar hablar con un deje desafiante. Ser padrino o madrina confería ciertas obligaciones y derechos respecto a la crianza del niño, especialmente si uno o ambos padres habían fallecido. Era un honor que generalmente se otorgaba a un pariente o amigo cercano de la familia. Entre la nobleza, era común pedírselo a alguien de mayor rango. No a una mera institutriz.

—No me diga. —La desaprobación del conde era patente mientras miraba ceñudo su té de res—. Supongo que no había nadie más adecuado a mano. ¿Cómo les ha ido a los pequeños? ¿Están bien?

Hannah asintió con rigidez y dijo:

—Tan bien como cabría esperar, creo. Los he dejado a cargo de unas nodrizas. Están creciendo

sanos.

—Estupendo. ¿Y lord Edgecombe?

—Su hijo está bastante bien físicamente, señor, pero muy afectado por la pérdida de su querida madre, como podrá imaginar.

El conde tendría que imaginarse los sentimientos de su hijito, pues Hannah tenía claro que no eran mutuos. Nada más recobrar el conocimiento, lord Hawkehurst había mostrado mucho más interés en saber si Bonaparte vivía que en el fallecimiento de su esposa.

—Ya veo. —La voz de milord sonó cansada de pronto. Enterró la mano en las mantas, con la cuchara ligeramente agarrada entre los dedos—. Ya no quiero más té de res. Lléveselo, por favor. Hannah estaba convencida de que habría comido mejor de haber aceptado su ayuda.

—¿Desea que le traiga otra cosa o haga algo más por usted, señor? —preguntó mientras le retiraba el cuenco y la cuchara—. ¿Le traigo un camisón limpio?

Nada más preguntárselo, Hannah quiso retractarse. No pudo resistir el impulso de recordarle a lord Hawkehurst que, de haber aceptado su ayuda, tal vez no se habría mojado ni manchado la ropa. En consecuencia, se había expuesto a una posibilidad muy incómoda. Si milord accedía, tendría que ir a despertar al lacayo o asistirlo ella misma.

—No será necesario —contestó, lo que la alivió profundamente—. Puede esperar a mañana. Entonces sí que necesitaré un lacayo que me ayude a lavarme y afeitarme.

—Descuide, señor. —Hannah se acercó a la cama para ayudarlo a acostarse de nuevo, pero él le advirtió que se alejara con una mirada severa.

Con un esfuerzo ostensible, se fue tumbando hasta que volvió a estar tendido casi por completo. Para cuando se hubo puesto cómodo, se le fueron cerrando los párpados.

Cuando Hannah volvió a ocupar su lugar habitual junto a su cama, él la miró con exasperación.

—No tengo intención de morir, señorita Fletcher, así que no es necesario que me vele. Váyase a la cama y descanse. Le vendrá bien.

Para cuando el conde terminó de hablar, tenía los ojos cerrados.

—Sí, señor. —Hannah no se movió de la silla—. Si insiste...

Tal y como esperaba, no insistió. Los rasgos feroces del conde se fueron relajando poco a poco y su respiración no tardó en adquirir una cadencia lenta y profunda.

Hannah suspiró en respuesta. En parte era un suspiro de alivio y gratitud porque seguramente lord Hawkehurst viviría. Pero también contenía un ápice de frustración. Ahora que estaba consciente, temía que la obstinada independencia del conde fuera el mayor obstáculo para su recuperación.

* * *

Gavin no recordaba haber cerrado los ojos. Pero, cuando volvió a abrirlos, la habitación estaba bañada en una tenue luz dorado rojizo. Ese despertar no lo desorientó como el último. Rememoró la conversación que había mantenido por la noche con la institutriz de su hijo y su patético esfuerzo por alimentarse.

—Buenos días, señor. —El saludo de Hannah Fletcher lo sobresaltó, lo que hizo que notase un fuerte pinchazo en el costado herido.

¿Pretendía asustarlo adrede como venganza por haberla pillado durmiendo la noche anterior?

—¿Qué hace aún aquí, señorita Fletcher? Creí haberle ordenado que se fuera a la cama.

—Sí, lo dijo, sí. —Intentó contener un bostezo... sin éxito—. Le pregunté si insistía, pero no fue así.

Gavin frunció el ceño. Como coronel de un regimiento, estaba acostumbrado a que lo obedecieran de inmediato.

—No tengo por costumbre dar órdenes en las que no insisto. Que le quede claro. Así pues, ¿por qué decidió ignorarme?

—Como he dicho, señor...

No necesitaba volver a oír su excusa.

—A partir de ahora, dé por sentado que insisto. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor. —Su tono sonó bastante dócil, pero la inclinación rebelde de su barbilla sugería lo contrario.

Como no se anduviese con ojo, en menos que canta un gallo la señorita Hannah Fletcher gobernaría sobre su casa y sobre él, tal y como había hecho con su esposa. Una súbita punzada de compasión por Clarissa le atravesó el corazón. Pobre mujer, dominada por dos personas tozudas con ideas muy dispares.

—Bien. —Gavin deseó poder ponerse de pie. Era difícil ejercer la autoridad correspondiente mientras tenía que mirar a la señorita Fletcher tumbado bocarriba. Por no hablar de que hacía poco la institutriz lo había visto en su momento más vulnerable, lo que hirió su orgullo y sacó su genio.

Llegados a ese punto de la conversación, cualquiera de sus cadetes habría tenido el acierto de callarse y esfumarse a la mínima. Por lo visto, la institutriz de su hijo era menos juiciosa que ellos... o tal vez más valiente.

—Le aseguro que no pretendía desobedecer sus órdenes. Es que se durmió tan deprisa que temí que se hubiera quedado inconsciente de nuevo. Me pareció que sería imprudente dejarlo solo por si empeoraba.

Entonces ¿lo había desobedecido por su propio bien? Gavin se sintió un poco tonto por hablarle con tanta aspereza. El vago recuerdo de que lo hubiese cuidado con cariño mientras estuvo indispuerto también avivó esa sensación.

—¿De nuevo? —No recordaba haber despertado antes de la noche anterior.

—Anteanoche. ¿O fue hace dos noches? —A todas luces el agotamiento había embotado la memoria de la señorita Fletcher. Gavin había presenciado ese efecto a menudo durante su extenuante campaña por la península—. Se puso a hablar con mucha lucidez, como si estuviera despierto. Pero diría que no sabía dónde estaba. Se dirigía a alguien llamado... ¿Molsely? ¿Molesby?

—Molesworth. —El nombre salió de los labios de Gavin sin que pudiese evitarlo.

—Eso. —La señorita Fletcher se frotó los ojos. Gavin se cansó solo de mirarla—. No dejaba de repetirle que no fuera. Decía que juntos detendrían a Bonaparte.

Sus palabras evocaron un recuerdo desgarrador. Si lo hubiera golpeado con fuerza en el costado herido, Gavin creía que le habría dolido menos. Pero valió la pena recordar con pesar su promesa y su misión. Ya había perdido un tiempo precioso mientras yacía allí de brazos cruzados.

—Si me permite la pregunta, señor —prosiguió Hannah—, ¿quién es el señor Molesworth?

—¡No puede preguntar! —le espetó Gavin—. Y es... Era el comandante Molesworth.

Antes de que esa mujer impertinente tuviera la osadía de seguir interrogándolo, cogió las riendas y dijo:

—Ya basta. Ya estoy en plena posesión de mis facultades y quiero que llame a un lacayo para que me ayude a adecentarme.

Deseó que su edecán hubiera regresado con él desde Waterloo. De haber sido así, no habría tenido que soportar que lo atendiese la señorita Fletcher. Pero el muchacho también había salido malparado, por lo que Gavin insistió en que se quedara para recuperarse.

Por si la señorita Fletcher albergaba alguna duda sobre si quería que lo obedeciera, agregó:

—Insisto.

—Sí, señor. —La institutriz, tiesa y recta como un palo, se levantó de un brinco. Gavin casi pensó que se despediría a lo militar pero con mofa—. ¿Desea algo más, señor?

—Ahora que lo dice, sí. Quiero que me pida el desayuno. Ni gachas, ni caldo ni gelatina, sino una comida sustanciosa que me devuelva las fuerzas: huevos, pan y carne.

Los labios de la señorita Fletcher, que parecían tan suaves e inocentes mientras dormía, ahora estaban apretados y hacían un mohín de desaprobación.

—¿Está seguro de que será prudente, señor?

—No le corresponde a usted cuestionar la sensatez de mis órdenes, señorita Fletcher; solo acatarlas de inmediato. Asimismo, quiero que me traiga los periódicos para ver cómo está la situación en Europa.

La señorita Fletcher tampoco estaba de acuerdo con eso. Aunque se las arregló para morderse la lengua, su semblante expresó su opinión con la mayor elocuencia del mundo.

—De acuerdo, señor. —Se dirigió a la puerta.

—Una cosa más —le dijo Gavin.

La institutriz frenó en seco.

—Dígame, milord —dijo con los dientes apretados.

—Cuando haya cumplido mis otras órdenes, acuéstese y no se mueva durante por lo menos ocho horas. Mejor aún, diez. Tiene peor aspecto que yo después del martirio por el que he pasado.

Ella se alejó sin mediar palabra, al menos no ninguna que debiese oír el conde.

Cuando hubo abandonado la estancia, Gavin creyó haberla oído farfullar:

—Eso es porque aún no se ha mirado al espejo.

Por un motivo que escapaba a su comprensión, su insulto lo hizo sonreír como un tonto.

Capítulo tres

¡Qué hombre!

Nada más despertar, Hannah volvía a echar chispas. ¡Qué arrogante había sido al ordenarle que se fuera a la cama de esa forma tan autoritaria! Como empleada del conde, le pagaban para acatar sus órdenes como institutriz. Eso no le daba derecho a controlar todos los aspectos de su vida. Cuánto dormía o comía era asunto suyo, no de él.

Asimismo, le molestó su rudeza al señalar lo demacrada que estaba. ¿Tanto le habría costado dedicarle unas palabras de agradecimiento por velar por él noche tras noche?

Pensamientos como esos se le habían pasado por la cabeza antes de acostarse para echarse una siestecilla. Temía no pegar ojo. Por mucho que necesitara descansar, en parte deseaba desafiar a lord Hawkehurst y quedarse despierta. Pero en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, estaba tan exhausta que se sumió en un sueño profundo del que no despertó en...

Hannah se miró el reloj. ¡Ocho horas!

Se levantó de un salto como si dormir fuera un delito. No recordaba haber dormido tanto en años. Quizá el conde tuviera razón, por mucho que le doliera admitirlo. Incluso tras ocho largas horas, seguía cansada, aunque no tan molida. Si milord no le hubiese ordenado que durmiera tanto, sentiría que se había dado un capricho. En cambio, de ese modo, podía cargarle toda la culpa a él.

La idea de estar en deuda con él por algo la exasperaba.

¿Se sentiría él también en deuda con ella por haberlo atendido durante las últimas noches? A Hannah le molestaba la posibilidad de que tuvieran algo en común.

Ahora que estaba despierta, debía ocuparse de las obligaciones que había descuidado durante las ocho últimas horas. Mientras se vestía con ropa limpia y se trenzaba y recogía el cabello con su habitual estilo sencillo y desenfadado, Hannah se reprendió por preocuparse por el conde.

Trató de no fijarse mucho en su reflejo, pero no pudo ignorar su tez pálida, sus mejillas hundidas y sus oscuras ojeras. Por poco caballeroso que hubiera sido su comentario, el conde no había exagerado cuando afirmó que tenía peor aspecto que él. Era muy injusto que un hombre con el rostro demacrado, el cabello despeinado y una barba de pelandrajos oscuros y largos conservara su atractivo varonil, mientras que unas cuantas noches en vela la habían dejado a ella para el arrastre.

Una vez que estuvo presentable, Hannah consideró ir a ver cómo estaba milord. Sabía Dios cuánto habría retrasado su recuperación el comer en exceso o preocuparse por las noticias de la guerra. No le gustaba la idea de volver a discutir con el conde, pero le había hecho una promesa a su esposa moribunda y tenía intención de cumplirla.

Estaba a punto de dirigirse a la habitación del enfermo, cuando oyó un gemido lastimero procedente del cuarto de los niños, contiguo a su dormitorio.

—¿Por qué no puedo ver a la señorita Hannah? ¿Se ha ido como mamá? ¡Yo también quiero ir!

Mientras el aya intentaba calmar al pequeño lord Edgecombe, Hannah voló en dirección al alboroto. El conde ya era mayorcito para arreglárselas solo, y su primera responsabilidad eran los niños. El bienestar de milord solo la preocupaba siempre y cuando repercutiese en ellos.

—Estoy aquí. —Se agachó para coger al niño, que había corrido hacia ella nada más verla—. Tranquilo. No pasa nada.

Peter se arrojó a sus brazos y hundió la cara en su hombro, donde procedió a llorar a lágrima viva. Era lo único que podía hacer Hannah para no unirse a él. Llevaba días conteniendo su

dolor, pues temía que le impidiera cumplir con sus deberes. Ahora amenazaba con engullirla.

—No me iré a ningún lado. —Atusó el cabello oscuro del pequeño. De pronto reparó en que era del mismo color que el de su padre—. No podrías librarte de mí ni aunque lo intentaras.

Peter nunca intentaría tal cosa, pero ¿y su padre? Hannah llegó a la conclusión de que debería esforzarse para no enemistarse con el conde. No le extrañaría que la despidiera si lo contrariaba sin parar. ¿Cómo afectaría los niños que se viera obligada a desaparecer de sus vidas, sobre todo al pequeño y sensible Peter?

—¡P-pensé que se había ido! —dijo el niño entre sollozos—. No la he visto en todo el día.

Sujetándolo con fuerza, Hannah retrocedió hasta la silla más cercana y se sentó.

—Tenía asuntos pendientes y pensé que te lo pasarías tan bien con Maisie, Matthew y el señor Jennings que no me echarías de menos.

Le hablaba en un tono bajo para calmarlo mientras le frotaba la espalda y apoyaba la mejilla en su pelo. Le costaba trabajo mostrar afecto, salvo con los niños.

El chiquillo dejó de llorar y, mientras sorbía por la nariz, dijo:

—¿Y no puede encargarse papá de esas cosas ahora que ha vuelto de la guerra? He oído a Jane decirle a Edgar que había regresado.

Hannah reprimió un suspiro de exasperación. ¿Con qué frecuencia debía recordar a las criadas y los lacayos que los niños entienden más de lo que parece? Lord Edgecombe era un niño inteligente para su edad. ¿Qué debía decirle sobre el conde? No quería que se preocupara y pensase que estaba a punto de reunirse con su madre en el cielo.

A su vez, no quería que su joven alumno se preguntara por qué su padre no había ido a verlo y supusiera que era porque no le importaba. Hannah no tenía nada claro si aquello era cierto, pero rezó para que no fuera así.

—Tu papá está muy cansado por la guerra y debe reposar mucho. —Sin duda su excusa se le antojaría ridícula a cualquier persona mayor de cinco años, pero su joven alumno no cuestionó a Hannah—. Hasta entonces, debo ocuparme de algunos asuntos en su lugar, como hacía con tu mamá.

Esperaba que la mención a la condesa no perturbara al chico justo cuando se había calmado. Era obvio que ambos necesitaban distraerse.

—¿Te gustaría ir a visitar a los bebés y ver si han crecido desde la última vez?

Una mirada y una inclinación de cabeza indicaron al aya que fuera a buscar un pañuelo. Cuando la chica lo trajo, Hannah le dio las gracias y se dispuso a limpiarle los ojos a Peter.

—¿Ahora? —El niño, dudoso, frunció el ceño—. Pero si es casi la hora de la merienda.

—No estaremos mucho rato. —Hannah le sostuvo el pañuelo para que se sonara la nariz—. Y el aire fresco nos abrirá el apetito.

Peter parecía preparado para aceptar el cambio de rutina.

—¿Cuándo serán los bebés lo bastante mayores para jugar conmigo?

—Aún falta para eso. —Hannah lo ayudó a ponerse su chaquetita y su gorrito azules—. Pero no tanto para que te sonrían.

Hannah fue a por su tocado y se dirigieron a la granja arrendada de por allí cerca en la que había dejado a la pequeña Alice para que la cuidasen. De camino, Hannah le contó a su joven alumno los cambios que vería en su hermano y su hermana: que aprenderían a levantar la cabeza, darse la vuelta, sentarse, gatear, ponerse de pie y caminar. Para cuando se aproximaban a la cabaña, Peter iba dando saltos y la acribillaba a preguntas de todo tipo.

—Buenas tardes, señora Miller —le dijo Hannah a la esposa del granjero, que estaba descolgando la ropa del tendedero—. Espero no molestarlos. Nos gustaría echar un vistazo a la

bebé, si no es inconveniente.

—Claro, ningún problema —repuso la mujer—. Pasad. Nuestra Bessie está meciendo la cuna de la pequeña. Le encanta que la mezan. Es una corderita. Qué bien se porta. Cada día está más guapa.

Entraron en la limpia y acogedora cabaña. Allí, una niña rubia algo mayor que Peter mecía la cuna y cantaba a la bebé.

—Qué nana más bonita. —Peter sonrió a la niña con timidez—. ¿Cómo te llamas?

—Bessie, señor. —La niña se levantó a toda prisa y se inclinó con prontitud—. Bueno... Me llamo Elizabeth, pero mamá me llama así cuando la enfado.

Peter se rio de su explicación, lo que hizo que la pobre Bessie se pusiera aún más nerviosa. Hannah no pudo evitar pensar en la pena que le daba que su joven alumno estuviera separado de los niños vecinos por su estatus. Con razón se moría de ganas de que su hermanito y su hermanita crecieran cuanto antes para jugar con ellos.

—¿Te gustaría coger a Alice y saludarla? —le preguntó Hannah mientras aupaba a la bebé, que estaba empezando a quejarse—. Ya está, ya está, cielo. Tu hermano mayor ha venido a verte.

Se arrimó la preciosa criaturita al hombro un momento y le frotó la espalda mientras inhalaba su dulce aroma lechoso. Sostener a un bebé contento debía de ser uno de los placeres más satisfactorios del mundo. Hannah, ablandada y enternecida, acarició la suave mejilla de la niña con el dedo índice.

La pequeña Alice y sus hermanos eran lo más parecido a tener hijos propios que experimentaría jamás, reflexionó. Aunque su amiga Marian Murray se había casado hacía poco y Rebecca Beaton estaba prometida, Hannah no albergaba tales esperanzas. Siempre había sido cautelosa en su trato con los demás, sobre todo con los hombres. Aunque hubiera encontrado a alguien que estuviera interesado en una institutriz sin un penique, había defraudado a demasiadas personas que le importaban y, en consecuencia, las había perdido. No se atrevía a apostar el corazón en el matrimonio. Pero sí lamentaba haber perdido la oportunidad de ser madre.

—Señorita Hannah. —Peter le tiró de la falda—. Creí que había dicho que podría coger a la bebé.

—Claro. —Hannah desterró la melancolía que le producía pensar en la maternidad y añadió—: Es que quería que estuviera cómoda primero. Súbete a la silla y te la paso.

Peter le hizo caso y Hannah cumplió su promesa, aunque le dolió entregar el pequeño y preciado fardo a otros brazos. Incluso entonces, se mantuvo cerca para asegurarse de que la cabecita de Alice estaba apoyada y no corría peligro de caerse de los brazos de su hermano.

—Eres muy guapa, Alice —informó Peter a su hermanita con una cortesía solemne—. Tienes los ojos del mismo color que los de mamá. Me pregunto si te parecerás a ella cuando seas mayor.

—De ser así, será muy afortunada. —Hannah rebosaba de amor por los mellizos y su hermano. La aliviaba que Peter hubiera podido hablar de su madre sin alterarse—. Alice y Arthur son demasiado pequeños y no tienen recuerdos de tu mamá. Cuando crezcan, dependerá de ti y de mí que lo sepan todo de ella.

—No se olvide de papá —repuso el muchacho—. Él también puede hablarles de ella.

—Es verdad. —Hannah se esforzó porque su tono no rezumara duda—. ¿Cómo no he pensado en él? Qué tonta soy.

Los hijos del conde necesitarían a su padre para muchísimas cosas en los años venideros, se recordó Hannah. Debía hacer lo que estuviera en su mano para asegurarse de que no lo perdían a él también. Aunque eso implicara enfrentarse a él de un modo que nadie más en su casa estaba dispuesto a hacer.

Alice parecía muy contenta en los brazos de su hermano mayor. No se inquietó lo más mínimo y enseguida se quedó dormida.

—¿Vamos a visitar a Arthur y volvemos a casa a merendar? —susurró Hannah para no despertar a la bebé.

Peter asintió con gravedad y dejó que Hannah acostara a su hermana con delicadeza.

De camino a la cabaña de los Wilkes, Hannah se preguntó si lord Hawkehurst habría pasado el día descansando tranquilamente como debía. La disputa de esa mañana le hizo temer que no habría sido así. ¿Y si intentaba levantarse de la cama demasiado pronto y se arriesgaba a agravar sus heridas? De ser así, cabía esperar que ninguno de los demás sirvientes lo detuviera. Ninguno se atrevería a contravenir las órdenes del conde, aunque su obstinada independencia pudiera costarle la vida. Hannah no quería ni imaginarse lo que podría costarles a sus jóvenes protegidos. Ojalá lograse convencerlo de que no debía acelerar su recuperación. Pero ella era la última persona a la que escucharía. A diferencia de su querida esposa, estaba claro que consideraba que su opinión carecía de valor porque no era más que una mujer y una institutriz.

—¿Se encuentra bien, señorita Hannah? —La pregunta de Peter la sacó de sus pensamientos.

—¿Bien? —Miró al niño—. Perfectamente. Solo un poco cansada. ¿Por qué lo preguntas?

—Por su cara. —Torció sus facciones para imitar las de ella: la boca apretada y el ceño fruncido—. ¿Seguro que está bien? Tal vez debería ir a ver al médico.

¡El médico! Hannah sintió que se le relajaba el semblante. Sonrió para calmar a su joven y angustiado alumno y dijo:

—Qué idea más buena. Me encuentro bastante bien, pero debería consultarlo con él para estar segura.

No era por ella por quien quería preguntar al doctor Hodge. Estaba segura de que el médico concordaría con ella respecto a lord Hawkehurst. Y era presumible que milord hiciera caso al médico.

* * *

Gavin no creía posible que fuese a alegrarlo ver a la señorita Fletcher. Pero cuando la institutriz apareció esa noche con el doctor Hodge, el conde se vio obligado a reconocer que se había equivocado. Aunque tampoco es que tuviese la más mínima intención de decírselo.

Tras su exasperante —aunque sorprendentemente estimulante— diálogo de esa mañana, se había pasado el resto del día rodeado de sirvientes solícitos que se adherían a su dictamen y no osaban discrepar de nada de lo que decía. Cumplían sus órdenes con gusto y a rajatabla. No recordaba la última vez que había tenido un día tan aburrido.

Que las noticias de Francia fueran tan inciertas no hizo más que empeorarlo. Waterloo había sido aclamada como un gran triunfo, pero Gavin sabía que el coste de vidas humanas de esa victoria había sido espantoso... en ambos bandos. ¡Qué horrible desperdicio! ¡Qué horrible desperdicio más innecesario! Si un año antes se hubieran tomado represalias contra el culpable, todos esos hombres, incluido su amigo, seguirían vivos y sanos.

No estaba bien ver la paja en el ojo ajeno, admitió Gavin para sí. Era tan culpable como el que más. Al fin y al cabo, era un par del reino. Debería haber ido a Londres a exigir que mandaran a Bonaparte a algún lugar en el que fueran a custodiarlo como era debido para que no volviera al poder.

Gavin no podía permitir que se repitiera la historia.

Para cerciorarse de ello, necesitaba información fiable. Como escaseaba, el vacío se llenó de rumores. Debía averiguar qué estaba pasando, pero ¡no podía hacerlo acostado en la cama!, leyendo periódicos que publicaban más ficción que realidad!

La llegada del doctor Hodge y la señorita Fletcher le proporcionó una distracción de sus angustiosas cavilaciones que, para su sorpresa, agradeció.

—Me alivió sobremanera saber que milord había recuperado el conocimiento. —El médico dejó su maletín y tomó la muñeca de Gavin.

—No más que a mí —repuso Gavin—. ¿Cuándo podré estar en pie de nuevo?

El médico miró a la señorita Fletcher antes de contestar.

—Tendré que realizar un examen más exhaustivo para aventurarme a opinar, señor. Pero debo recalcar que es importante no acelerar el proceso. El cuerpo sana sus heridas a su debido tiempo, tal y como dispone el Señor. Cualquier intento de aligerarlo puede comportar el resultado contrario. En su caso, incluso podría poner su vida en peligro.

Gavin frunció el ceño mientras el médico proseguía con su examen. Esa no era la respuesta que quería oír. La idea de que vendrían muchos más días como aquel lo atraía igual que una plaga de forúnculos. Estar confinado en su cama mientras Bonaparte volvía a escurrirse de los dedos de los aliados sería una de las peores torturas que podía imaginar.

Le molestó la expresión de suficiencia de la señorita Fletcher, quien, de pie junto a la repisa de la chimenea, esperaba a que el médico acabara su examen. Sin duda había traído a Hodge para sermonearlo y que no tratase de apresurar su recuperación.

¿Acaso le había dejado alternativa?, se preguntó su conciencia. Le había dejado claro que no tenía intención de seguir su consejo. Lo que lo desconcertaba era que no estuviera ansiosa por verlo levantarse y marcharse volando. Durante todo el tiempo que estuvo en casa el año anterior, la señorita Fletcher no disimuló el desagrado que le provocaba. Debería estar encantada de verlo irse de nuevo.

¡Ya está! Gavin se estremeció y contuvo el aliento cuando el doctor Hodge le retiró el vendaje. La señorita Fletcher no sabía que pretendía abandonar Edgecombe una vez que volviera a estar en condiciones de montar. Supondría que tenía intención de sentar la cabeza y hacerse cargo de la gestión de la hacienda, y que tal vez se entrometería en la educación de los niños. Nada distaba más de sus planes..., al menos de momento.

Quizá si explicase por qué no podía permitirse el lujo de guardar cama durante días, la señorita Fletcher aprovecharía la ocasión para deshacerse de él.

El médico negó con la cabeza y chasqueó la lengua mientras examinaba la herida.

—Da la impresión de que ha vuelto a abrirse justo cuando empezaba a cerrarse. ¿Qué ha ocurrido, señor?

Gavin frunció más el ceño. Sentía que volvía a tener ocho años y lo llevaban ante su padre para responder por alguna travesura que hubiera cometido.

—Si insiste, he vomitado el desayuno. Las... arcadas han sido muy fuertes.

Sus palabras hicieron que el médico arrugara la frente de preocupación.

—¿Qué le ha sentado mal? Le receté...

—Una dieta propia de convalecientes —completó la señorita Fletcher—. Gachas de agua, té de res, gelatina de pie de ternera. Cuando milord se despertó esta mañana, tenía ganas de... una comida más sustanciosa.

—Jamón y huevos —gruñó Gavin—. Arenques ahumados, panecillos calientes y café.

El médico parecía horrorizado.

—No me extraña que haya devuelto, comiendo así después de un ayuno tan prolongado. No sé cómo decirle que debe descansar para recuperarse. Cuanto más tiempo tarde la herida en cerrarse, mayor será el riesgo de infección. Ha perdido mucha sangre; es posible que su constitución sea demasiado débil para hacerle frente.

Gavin aún no acababa de creerse que sus heridas fueran tan graves. Los médicos civiles eran unos alarmistas. Los cirujanos del ejército cosían a un soldado y acto seguido lo mandaban de vuelta al campo de batalla.

—Pero si me encuentro bien. Quitando el pinchazo que me da de vez en cuando... y que estoy más débil de lo que me gustaría..., y que quizá esté algo mareado... —Cerró la boca, no fuera a ser que confesase algo peor. Si añadía mucho más, temía que el médico lo declarase enfermo de por vida.

De nuevo intervino la señorita Fletcher.

—Doctor Hodge, ¿podría recordarle a milord cuánto falta para que reanude sus actividades normales?

Gavin le lanzó una mirada torva. ¿De verdad lo había complacido verla hacía un momento? Debía de estar loco.

El médico lo meditó un instante y contestó:

—Debería guardar cama quince días como mínimo, señor, y comer solo aquellos alimentos que sean fáciles de digerir. Pasado ese tiempo, podrá retomar sus actividades habituales poco a poco. Si no retrasa su recuperación tratando de acelerar el proceso, debería estar curado en un mes.

—¿Un mes? —Para entonces Bonaparte habría huido de Francia en un barco rumbo al Caribe o América para hacerse con el poder en cuanto tuviera ocasión. ¿Cuántos más morirían entonces? Muchos más de los que Gavin se atrevía a imaginar—. ¿Una quincena? —gritó—. ¡Sandeces! No puedo quedarme aquí tumbado días y días mientras mi país está en guerra.

—La guerra acabará pronto gracias a hombres como usted. —El médico desestimó la queja de Gavin—. Voy a cambiarle el vendaje. Señorita Fletcher, ¿sería tan amable de ayudar a milord a incorporarse mientras le vendo la herida?

La expresión de Hannah Fletcher le indicó a Gavin lo poco que le apetecía acercarse tanto a él. ¿Habría soñado el devoto cuidado que le había prodigado mientras yacía inconsciente? Sin embargo, no permitió que su aversión interfiriera con lo que consideraba su deber. Gavin lo valoró positivamente. La institutriz asintió con brusquedad, se cuadró y se dirigió a la cama a grandes zancadas.

—Soy perfectamente capaz de incorporarme solo —insistió Gavin. Pero cuando lo intentó, un intenso pinchazo lo hizo aspirar con fuerza.

—Uy, sí, ya lo veo —masculó la señorita Fletcher.

Antes de que pudiera detenerla, se abalanzó sobre él, pasó el hombro por debajo de su brazo derecho y lo ayudó a incorporarse. Una vez sentado, siguió sirviéndole de apoyo. Gavin quiso echarla con aspereza, pero la habitación empezaba a moverse en todas direcciones, lo que le hizo temer que podría humillarse más aún si lo soltaba y se caía. Así que apretó los dientes y se preparó para soportar lo inevitable.

Mientras el doctor Hodge le envolvía el abdomen con un trozo de gasa de algodón, Gavin agradeció la resistencia de la señorita Fletcher. Su cabello le rozaba la mejilla, y su olor fresco y ácido a limón se le metió en las fosas nasales.

—Admiro su devoción por el rey y el país —prosiguió el médico mientras realizaba su trabajo—. Pero no debe olvidar el deber que tiene para con sus hijos, y más teniendo en cuenta que han perdido a su pobre madre.

Algo en el tono del hombre le hizo sospechar que solo estaba repitiendo como un loro la opinión de otra persona. A Gavin no le costó nada adivinar quién sería la entrometida.

—¿Qué tienen que ver mis hijos con todo esto? —preguntó dirigiéndose tanto a Hannah Fletcher como a su marioneta, el médico.

Es cierto que, al principio, no tenía intención de ser padre y tenía muy poca experiencia con niños. No obstante, eso no significaba que fuese a descuidar su deber para con su descendencia. Le molestaba que se cuestionara.

El médico remitió el extremo del apósito que sujetaba el vendaje y dijo:

—Sus hijos tienen mucho que ver con esto y mucho que perder si pone en peligro su salud y no se cuida como es debido.

Puede que hubiese hablado Hodge, pero le dio la impresión de que había sido la señorita Fletcher. Sin duda se había pasado el camino sermoneando al pobre hombre medio sordo sobre el tema. Por más que exasperara a Gavin, no podía negar su devoción por su hijo mayor; una devoción que a todas luces se aplicaba también a los más pequeños.

—No tengo intención de descuidar mi deber para con mis hijos —repitió con la sensación de que la señorita Fletcher no lo creería—. Si afirma que debo descansar durante quince días para que mi herida cicatrice como es debido, entonces... supongo que... lo haré.

Transigió casi con dolor, como si le extrajeran un diente podrido. No sabía cómo soportaría el tedio y la incertidumbre durante tanto tiempo. Pero debía hacerlo, por el bien de su joven familia y la misión que había jurado llevar a cabo. Nadie se beneficiaría de su muerte.

—Estaba seguro de que milord entraría en razón —repuso el médico.

Si la señorita Fletcher no hubiera estado tan cerca, Gavin podría haber pasado por alto su ligero resoplido de duda.

El médico le hizo un gesto a la institutriz y le dijo:

—Ya he acabado. Puede bajar al conde.

Se le contrajeron los músculos y se preparó para cargar con su peso.

—Relájese y déjeme a mí, señor.

Gavin lo intentó, pero no resultaba fácil cederle el control a otra persona. Se le tensaron los tendones solos ante la perspectiva de que fuese a tumbarlo demasiado deprisa. Un dolor agudo en el costado le advirtió que seguramente se le había desgarrado un poco de carne que estaba tratando de volver a unirse. Con gran empeño, logró relajarse, tal y como le había pedido la señorita Fletcher, y dejó que lo ayudara a acostarse del todo.

Cuando le pasó el brazo por debajo del hombro, acercó su rostro al suyo. De repente Gavin sintió curiosidad por la forma de sus labios, que sugería tanto una feroz determinación como una profunda generosidad.

Su conciencia lo criticó ferozmente por albergar tal pensamiento. No tenía por qué fijarse en los labios de ninguna mujer cuando la madre de sus hijos había muerto hacía poco. ¡Pobre Clarissa! Se había casado con ella por las razones equivocadas, con la certeza de que la alegraría ser la esposa de un soldado que rara vez regresaba de la guerra. La había defraudado en numerosas ocasiones, pero al menos nunca había mirado a otra.

Y no iba a empezar ahora. Con su misión tenía de sobra. Una vez cumplida, estaría ocupado criando a sus tres hijos huérfanos. Cualquier relación con una mujer sería una complicación innecesaria en su vida.

Y de haberle dado por pensar en una mujer de ese modo, la obstinada institutriz de su hijo habría sido su última opción. Eran como el agua y el aceite. Aunque últimamente había descubierto cualidades más admirables en ella, era evidente que Hannah Fletcher lo encontraba tan odioso como de costumbre. La velocidad a la que retrocedió una vez que hubo llevado a cabo las órdenes del médico se lo dejó bien claro.

Lo irritaba que lo hubiera obligado a aceptar una tediosa convalecencia de quince días usando subrepticamente al doctor Hodge. Un soldado nunca aceptaba de buen grado que debía rendirse.

Debía demostrarle a la señorita Fletcher que entrometerse en su vida podía tener consecuencias desagradables. De lo contrario, seguiría marcando el compás de Edgcombe hasta que sus hijos fueran mayores.

El médico guardó sus cosas en su maletín y aseguró que volvería a acudir en dos días a menos que lo llamasen antes.

Cuando la institutriz se ofreció a acompañarlo, Gavin dijo:

—Me gustaría hablar con usted cuando acabe, señorita Fletcher.

El doctor Hodge se despidió de ella con un gesto.

—En ese caso me voy solo. No es necesario que vaya hasta la entrada solo para regresar. Buenas noches, lord Hawkehurst. Le deseo un descanso placentero.

Descanso placentero. Gavin apenas reprimió un resoplido de burla. No gozaría de tal reposo. Era un hombre de acción y lo había sido siempre. Ya se había cansado de estar tumbado sin mover un dedo. La siguiente quincena se le antojaba un páramo infinito. Si iba a soportar semejante penitencia, no sería solo.

El médico cerró la puerta al salir.

La señorita Fletcher se volvió hacia Gavin, pero no hizo ningún ademán de acercarse a él.

—¿Qué deseaba decirme, señor?

—Estará contenta, ¿no? —inquirió.

—¿Disculpe, señor? ¿Contenta por qué?

Gavin negó con la cabeza.

—Déjese de pamplinas, señorita Fletcher. No le servirán de nada. Ambos sabemos que usted instó al médico, así que no nos insultemos fingiendo lo contrario.

Por un momento, le dio la impresión de que la dama iba a seguir defendiendo su inocencia, pero entonces levantó la barbilla e imitó su gesto desafiante.

—Está bien. He hablado con el médico. Pero solo porque se negó a hacerme caso. Pensé que se mostraría menos reacio si el consejo se lo daba un hombre y este no pertenecía a la familia.

Vaya, vaya. Conque la señorita Fletcher podía contraatacar con la misma fiereza. Su honestidad le recordó a Gavin al duque de Wellington, el comandante al que reverenciaba. Sus palabras dieron en el blanco, pues sabía de primera mano lo frustrante que era que sus superiores ignoraran su buen tino.

—Ni lo uno ni lo otro me ha hecho cambiar de opinión —insistió.

—Entonces ¿a qué se debe el cambio? —preguntó la señorita Fletcher, atónita.

Gavin se lo estaba pasando en grande. La insólita emoción se apoderó de él tal y como le había ocurrido la mañana anterior, cuando ambos habían discutido. Por alguna razón, los agónicos minutos pasaban más deprisa cuando se distraía de ese modo. Se preguntó por qué y decidió que tal vez fuera lo más parecido a un combate que podía experimentar mientras estuviera confinado en su lecho.

Sí, esa sería la razón. Sin duda.

—¿Que qué me ha hecho cambiar de opinión? —Preparó su siguiente ataque—. ¿El motivo? La experiencia, desde luego. Intentó advertirme que quizá no fuera buena idea tomar un desayuno copioso, pero pensé lo contrario y aprendí una dura lección.

La señorita Fletcher parpadeó rápidamente y se acercó un paso más.

—¿De veras?

La leve satisfacción alivió un poco el disgusto de Gavin. No le hacía gracia reconocer que se había equivocado. Pero si una pequeña humillación hacía que su adversaria bajase la guardia, bienvenida fuera.

Asintió y dijo:

—Una lección dura pero valiosa, como la mayoría de las que merecen la pena. Me he dado cuenta de que cualquier intento de acelerar el ritmo natural de mi recuperación no hará más que retrasarla. Por tanto, la forma más rápida de volver a estar en pie será permanecer tendido bocarriba el tiempo que haga falta.

Aquello le olía a chamusquina a la señorita Fletcher, que dijo:

—Entonces ¿por qué ha discutido con el médico si ya sabía lo que le diría?

—No estaba del todo preparado para admitir la derrota. Preferiría enfrentarme a una división de la Guardia Imperial francesa que pasarme quince días sin hacer absolutamente nada.

—Lo entiendo —repuso la señorita Fletcher en un tono que rezumaba compasión y sinceridad.

—¿En serio? —Eso sí que lo había pillado con la guardia baja.

La señorita Fletcher asintió con pesar.

—Quizá no preferiría enfrentarme a la Guardia Imperial, pero me gusta mantenerme ocupada y sentirme útil. La idea de estar quince días sin hacer nada no me atraería.

¿Quién iba a decir que tendrían algo en común? Gavin no, desde luego.

—En ese caso entiende por qué no querría claudicar, a no ser que no me quedase más remedio.

—Pero ha claudicado por el bien de los niños. —Parecía igual de sorprendida que él—. Ha hecho bien.

¿Acaso nunca dejaría de maravillarse? La señorita Fletcher veía algo bueno en él.

—Quisiera pensar que contribuirá a que mi tormento sea más soportable.

La señorita Fletcher mordió el anzuelo al instante.

—Lo ayudaré encantada en todo lo que pueda, señor. ¿Qué desea?

—Véase conmigo. —Nada más decirlo, Gavin se dio cuenta de que había formulado su petición de mala manera. Se decía que un hombre y una mujer se veían cuando se cortejaban—. Digo... Que puede venir a verme. Ayúdeme a matar el tiempo y no aburrirme como una ostra.

Se preparó para que objetara y le pusiera excusas, pero las rebatiría todas hasta salirse al fin con la suya, tal y como se las había apañado ella para tenerlo encamado. Si iba a estar encarcelado, ella también. Era lo justo, claro que sí.

Lo último que esperaba era que la señorita Fletcher respondiera:

—Muy bien, señor. Si es eso lo que desea, lo haré con mucho gusto.

Los depurados instintos militares de Gavin le advirtieron que acababa de caer en una emboscada.

Capítulo cuatro

¿Por qué le habría pedido el conde que fuera a verlo mientras se recuperaba? Hannah reflexionó sobre esa pregunta desde que le ordenó que se fuera a descansar hasta la mañana en que la llamó para que lo atendiera.

No fue porque disfrutara de su compañía. No se hacía ilusiones al respecto.

Tal vez lord Hawkehurst consideraba que merecía un castigo porque la creía responsable del espantoso encierro al que se enfrentaba. ¿No podía entender que era culpa suya? Si no hubiera tratado de acelerar su recuperación, quizá solo habría tenido que soportar una semana o menos.

Independientemente de cuáles fuesen sus motivos, Hannah no estaba del todo disgustada con el resultado. Sí, sería muy desagradable pasar tanto tiempo en compañía de un hombre que hacía todo lo posible por enemistarse con ella; un hombre al que le resultaba difícil perdonar por haber hecho tan infeliz a su difunta esposa. Y estaría más ocupada que nunca, pues debería satisfacer tanto las necesidades de los niños como las de milord. Además, había un trasfondo inquietante y tenso entre ella y el conde que no comprendía. ¿Nacía de su aversión por él... o de sentimientos totalmente opuestos?

Hannah descartó esa idea ridícula antes de que se formara por completo en su mente y volvió a pensar en los niños. Era por ellos por lo que estaba agradecida de poder supervisar la recuperación de su padre.

Que milord le hubiera asegurado al médico que se quedaría quieto y no abusaría de sus fuerzas no implicaba que fuera a ser capaz de cumplir su promesa, y menos si las horas transcurrían demasiado lentas o recibía noticias sobrecogedoras del continente. Como se le ocurriese desobedecer las órdenes del doctor, ninguno de los sirvientes tendría el valor de intervenir. Pero Hannah sí, pues cuidaría de su salud por el bien de los niños.

Asimismo, tenía otro objetivo en mente. Por muy difícil que fuera, tenía intención de ganarse la confianza del conde para que no buscase otra institutriz para sus hijos.

Como temía que fuese una tarea demasiado ardua para ella, se arrodilló junto a la ventana un momento, juntó las manos y miró al cielo azul y despejado de esa mañana de verano.

—Por favor, Señor, ayúdame a llevarme bien con el conde y haz que se le pase volando la convalecencia.

No era habitual que importunara a Dios con súplicas egoístas. La experiencia le había enseñado a ser autosuficiente y servir al prójimo. Pero no estaba de más pedir ayuda de vez en cuando. Esperaba que Nuestro Señor entendiera que se trataba de un ruego muy urgente y lo escuchara.

El mero hecho de rezar llenó a Hannah de vitalidad y optimismo. Con el favor divino nada era imposible, aunque temía que mantener entretenido a lord Hawkehurst durante quince días sí lo fuera.

Desterró esa idea con rotundidad y ensayó su sonrisa ante el espejo. La expresión que esbozó parecía más de rabia que de regocijo.

—Por los niños —se recordó. Cerró los ojos y se imaginó al joven Peter, a Alice y a Arthur.

Cuando los abrió y volvió a mirarse al espejo, Hannah respiró aliviada al ver que se le habían relajado las facciones y se le había dibujado una sonrisa afectuosa.

—Gracias, Señor —musitó—. Será mejor que no me retrase más. Milord se enfadará como lo haga esperar.

Cuando al poco entró en la alcoba del conde, descubrió cuánta razón tenía.

—¿Por qué ha tardado tanto? —exigió saber este—. Dijo que estaba deseando servirme, y, sin embargo, me ha dejado aquí tirado sin nada con lo que entretenerme. Llevo solo unas horas de esta maldita convalecencia y ya me parece que ha pasado una semana.

La buena intención de Hannah se evaporó y dio paso a un enojo ardiente.

—Al menos está vivo y conserva las extremidades y el juicio. En lugar de lamentarse porque deba descansar dos semanas, ¡debería estar agradecido de que su herida sane tan rápido!

Aunque lo decía en serio, en su fuero interno Hannah se avergonzó de su voz chillona y su tono gazmoño. ¿Qué tenía ese hombre que sacaba lo peor de ella? Se volvió hacia la ventana y descorrió las cortinas con brusquedad para que el conde no fuera testigo de su mueca de arrepentimiento. Tampoco es que importase. Seguramente le ordenaría que desapareciese de su vista tras ese arrebatado de insolencia. Podía considerarse afortunada si no la relevaba de sus funciones *ipso facto*.

Lo oyó inhalar bruscamente en respuesta a su reprimenda y se preparó para el contraataque que sabía que llegaría. Uno bien merecido, sin duda.

—Tiene razón, señorita Fletcher. —Esas eran las últimas palabras que esperaba oír de lord Hawkehurst. ¿Estarían jugándole sus oídos una mala pasada?

—Ah, ¿sí? —Se volvió hacia la cama mientras se esforzaba por recobrar la compostura.

—Pues claro. —El tono de disgusto del conde era inconfundible—. No hacía falta que fuera tan brusca y directa, pero eso no significa que estuviera errada. Mientras los cirujanos me curaban este agujerito de nada, oí a hombres gritar de dolor mientras les amputaban los brazos y las piernas, destrozados. Otros tenían los ojos vendados, pues nunca más volverían a ver. Soy un desgraciado y un desagradecido por quejarme de una situación pasajera.

La confesión sincera del conde sentó a Hannah peor que cualquier reproche. ¿Era así como se aplacaba la ira? ¿Con una respuesta gentil? Que le sirviera de lección.

—Le pido perdón, señor. No era mi intención hablarle de ese modo.

Lord Hawkehurst se encogió de hombros con pesar.

—¿Aunque estuviera en lo cierto?

—Aun así. —Hannah se dejó caer en la silla que había junto a su cama—. No siempre es fácil recordar las bendiciones de las que gozamos.

Rememoró lo aliviada, eufórica y agradecida que se sintió cuando al fin milord recuperó la conciencia. Con qué rapidez había dado por sentada esa bendición para centrarse en una nueva insatisfacción. No tenía derecho a reñirlo por un defecto que compartían.

—No es una bendición que te obliguen a pasar tiempo con una persona que detestas —farfulló el conde—. ¿Por eso no tardó nada en perder los estribos conmigo?

Hannah reflexionó y se dispuso a negarlo.

—No lo detes...

La mirada escéptica del conde hizo que dejara la frase a medias.

—Si vamos a pasar las dos próximas semanas juntos, deberíamos limar asperezas, ¿no le parece? Antes de que pudiera responder, él prosiguió:

—Soy consciente de que no nos tiene en mucha estima ni a mí ni a mi profesión. Supongo que piensa que es un pecado que haya combatido por mi país y sus aliados.

Su acusación pilló desprevenida a Hannah, que no supo reaccionar. No podía fingir que había aprobado su decisión de volver a la guerra la última vez. Pero ¿qué sería del mundo si los soldados y los marineros antepusieran las preocupaciones familiares al deber militar?

—No me corresponde a mí juzgar si otra persona ha obrado mal. Las Escrituras dicen que todos hemos pecado y ninguno alcanzaremos la gloria celestial. —Esperaba que sus palabras lo

apaciguaran. Sin embargo, su mirada oscura se volvió torva y esbozó una expresión ceñuda y temerosa que la obligó a preguntar—: ¿No cree en Dios?

—Pues ¡claro que sí! —Parecía sorprendido y ofendido por su pregunta—. Aunque a veces me pregunto por qué el Todopoderoso es contradictorio con lo que exige a la humanidad. Me da la impresión de que da igual lo que hagamos o cuánto lo intentemos, que nunca estaremos a la altura. Siempre nos equivocaremos, siempre se nos va a criticar y siempre tendremos defectos.

La amargura de su tono la dejó perpleja. Le hizo preguntarse qué lo había llevado a pensar tan duramente del Señor. La prudencia la instó a que lo dejara estar, pero algo la hizo persistir.

—No creo que ese pasaje de las Escrituras tenga intención de culpar, sino de advertirnos de la arrogancia. Tal vez no lo leí con la atención requerida.

Hannah no recordaba la última vez que había hablado tan abiertamente con alguien sobre su fe. Lord Hawkehurst era un confidente de lo más inesperado. Sin embargo, por extraño que parezca, le resultaba natural hablar con él de ese modo. ¿Sería porque ambos se habían enfrentado a la muerte hacía poco?

—No censuro que sirva en el Ejército —continuó—; todo lo contrario. Soy consciente de que siempre habrá quienes quieran oprimir a los más débiles.

Recordó que las niñas más mayores de la escuela siempre se apiñaban alrededor del fuego y no permitían que las más pequeñas se calentaran con sus exiguas llamas.

—Por fortuna hay otros dispuestos a defender a los débiles, aun a riesgo de salir malparados. Cualquiera que distinga el bien del mal debería admirarlos.

—Pero... —la urgió el conde—. Presiento que hay un pero. Suéltelo. Prefiero enfrentarme a un desacuerdo abierto que a una hostilidad silenciosa que hierve tras una máscara de educación.

¿Era así como veía su actitud hacia él? Hannah deseó negarlo, pero su conciencia no se lo permitía.

—Está bien. No voy a fingir que estuve de acuerdo con su decisión de regresar a su regimiento la última vez que llamaron a las tropas a filas. Su esposa y su hijo lo necesitaban.

Daba la sensación de que el conde se arrepentía de haberla instado a hablar con franqueza.

—No es necesario que me recuerde que he sido un marido y un padre pésimo, señorita Fletcher. Lo sé mejor que nadie. Pero me sentía obligado a cumplir con mi deber.

Y, a continuación, más para sí mismo que para ella, agregó:

—Y aún no he terminado.

* * *

¿Qué demonios le había hecho pensar que sería buena idea que la señorita Fletcher le hiciese compañía mientras estaba postrado en la cama a la fuerza? Gavin se hizo esa pregunta mientras jugaban al *backgammon*. El repiqueteo de los dados se le antojó una risa que se mofaba de su dislate.

Había estado muy ocupado previendo su incomodidad y queriendo sancionarla... ¿Por qué? ¿Por preocuparse más por su bienestar que él? ¿Por pensar mal de él cuando tenía motivos de sobra para hacerlo, como bien sabía Gavin? ¿Por tener razón y demostrarle que estaba equivocado?

Su resentimiento hacia la dama era injusto, y su deseo de castigarla, bastante vergonzoso. Ahora estaba recibiendo su merecido.

Los discos de mármol blancos y negros emitían un sonido similar a un chasquido de lengua cuando chocaban entre sí al moverse por el tablero. Hombre, tenían que recriminárselo.

Si había creído que discutir con la señorita Fletcher y hostigarla haría que el tiempo pasara más deprisa, se había equivocado, pues la dama no vaciló en exponerle algunas crudas verdades sobre sí mismo. Dudó si pincharla de nuevo por miedo a que descargase su furia sobre él. Pese a lo

tedioso que podía ser guardar cama durante días y días con una conciencia amarga por toda compañía, era aún peor pasar el rato con una persona cuya presencia era un reproche tácito continuo.

La señorita Fletcher contó sus últimos movimientos en voz baja mientras llevaba las últimas fichas a su destino.

—*Gammon* —anunció. La palabra, pronunciada con voz queda, reveló un leve dejo de triunfo. Lo había vencido con bastante facilidad. Solo un *backgammon* habría sido una derrota más humillante.

—Enhorabuena —repuso Gavin en un tono apagado y monocorde—. Ha ganado más de lo que habría imaginado, señorita Fletcher.

La institutriz levantó la cabeza de golpe y preguntó:

—¿Cómo dice? ¿Qué he ganado?

Sus ojos gris azulado brillaron con sospecha ante su acertijo. Gavin no podía negar que tenía motivos para desconfiar de él.

—Su libertad. —Volvió a guardar los discos de *backgammon* en la caja con bisagras que servía de tablero—. Este encarcelamiento ya es lo bastante agotador para un hombre como yo. Obligarla a sufrir conmigo no lo hace más fácil. Dedíquese a sus quehaceres habituales y deje que me regodee en mi miseria. No merezco menos.

Creía que la dama recibiría su anuncio con alivio. En cambio, abrió los ojos como platos, y, afligida, dijo:

—Deme otra oportunidad. Por favor, señor. Sé que hoy no he sido una buena compañía para usted, pero le prometo que mejoraré.

Gavin negó con la cabeza.

—Se confunde. Le estoy ofreciendo una recompensa, no un castigo. Hacen falta dos para que la compañía sea grata. Si soy uno de esos dos, me temo que es una causa perdida desde el principio. La señorita Fletcher meditó sus palabras un instante, y, con una sonrisa torcida, dijo:

—Eso suena a desafío.

¿Por qué no aceptaba su oferta y se iba?

—Si le gusta intentar lo imposible...

—¿Un buen soldado acepta la derrota antes de que la batalla se haya iniciado correctamente? —Eso sí que sonaba a desafío; uno al que le costaba resistirse.

—Prefiero librar una batalla todos los días de las próximas dos semanas que esto. —Gavin apenas reprimió un suspiro—. Ya vuelvo a compadecerme de mí mismo. Hizo bien en regañarme. Es una actitud despreciable a la par que molesta.

Aunque sin duda debía de estar de acuerdo, la señorita Fletcher se abstuvo de decirlo.

—No es posible que librase una batalla todos los días de una guerra tan larga. ¿Cómo se entretenía mientras tanto?

—No me costaba encontrar algo con lo que pasar el rato. —Gavin rememoró las últimas semanas de la ofensiva de Nivelles y los años que vivió en Portugal y España—. Entre que entrenaba a mi regimiento y me reunía con los superiores para planear la estrategia, me faltaban horas en el día. Redactaba informes y enviaba a patrullas a que reconociesen el terreno. Me cercioraba de que mis hombres estuvieran bien alimentados y abastecidos, y de que nuestros caballos estuvieran bien cuidados. Levantaba el campamento, cabalgaba rumbo al siguiente y volvía a montarlo.

Mientras recitaba su retahíla de obligaciones, la señorita Fletcher asintió despacio.

—Con razón no podía sacar un ratito para escribir a su esposa.

Gavin hizo una mueca, pero no porque le doliese la herida.

—No es necesario que me recuerde mis carencias como marido, señorita Fletcher. No me costaba sacar tiempo para escribir, sino dar con algo que interesase a Clarissa. No tenía paciencia para las noticias militares. Era casi como si estuviera...

Buscó la palabra, si bien no estaba seguro de lo que quería decir.

—¿Celosa? —sugirió la señorita Fletcher—. Creo que pudo haberlo estado.

—¿Celosa? —Gavin rechazó la posibilidad con un gesto—. ¿De qué? ¿Del Ejército? ¿De la guerra?

—De algo que lo alejó a usted de ella. —La institutriz trató de explicar lo que tal vez solo otra mujer entendería—. Algo que creía que le importaba más que ella. Algo con lo que ella no podía competir.

—¿Hace falta que hablemos de esto? —Gavin se retorció. De pronto ya no estaba tan a gusto en su lecho—. Ya no hay nada que hacer.

—Supongo que no. —Un atisbo de tristeza oscureció la mirada de Hannah Fletcher. Casi parecía que hubiera sido ella la culpable de la desdicha de su esposa y no él—. Le prometo que seré una compañía más grata y voy y saco este tema. Perdóneme. Creo que se me ha ocurrido un modo de hacer que los días venideros transcurran más deprisa, si le interesa escucharlo.

Gavin dudaba que fuera posible, pero se negaba a admitir la derrota tan pronto.

—Hable, la escucho. Si alguien puede encontrar una solución, esa es la inigualable señorita Fletcher.

—¿Se está burlando de mí, señor? —La institutriz miró abajo—. Puede que no me tenga en mucha estima, pero he ayudado a su familia en todo lo que he podido desde que llegué a Edgecombe.

Nunca habría imaginado que oiría a la fría y competente institutriz de su hijo hablar con un tono tan dolido. La dama se tensó como si fuera a levantarse de un salto y salir corriendo. De ser así, Gavin temía que no regresase jamás.

Le agarró la mano con presteza.

—No era mi intención burlarme de usted, señorita Fletcher. Puede que antaño no valorase su labor como merecía, pero estoy empezando a darme cuenta de lo errado que estaba.

Se le ocurrió otra idea. Aunque la prudencia lo instó a callársela, se sintió obligado a ofrecerle a la señorita Fletcher una muestra de expiación.

—Tal vez estuviera un poco celoso de... usted.

—¿De mí? —Todavía parecía dudar de su sinceridad.

—De la posición destacada que ocupaba en mi hogar. —De pronto fue consciente de lo inapropiado que era que le agarrase la mano, así que se la soltó—. De lo mucho que sobresalía en un papel en el que yo nunca destaqué.

—Estoy convencida de que podría haber sobresalido si se hubiera esforzado más.

¿De veras? La posibilidad atravesó la conciencia de Gavin con la misma precisión que la bala que le había perforado el costado. Se apresuró a cambiar de tema.

—Hábleme de su idea para pasar el rato. Cualquier esperanza es bienvenida, por pequeña que sea.

—Como desee. —La señorita Fletcher respiró hondo. Gavin no estaba seguro de si para recomponerse o para no demostrar que estaba molesta con él—. Se me ha ocurrido que quizá el tiempo no se le haría tan largo si se dividiera en unidades más cortas.

Se la veía tan seria que Gavin no pudo resistirse a animarla un poco.

—Yo creo que ya lo está. Esas divisiones se llaman horas y minutos. Cuando me veo obligado a quedarme tirado sin hacer nada, cada minuto se me antoja una hora y cada hora, un día.

—No me refería a eso —replicó la señorita Fletcher con aspereza, aunque Gavin vislumbró un destello tenue en sus ojos—. Propongo dividir el día en unidades de actividad y que ninguna dure más de una hora. Los cambios frecuentes de actividad harán que se le pase más rápido el tiempo. —¿Como un horario? —La idea lo intrigaba—. Suena prometedor. ¿A qué actividades sugiere que dedique mi tiempo?

—Para empezar, a las necesarias. Sus comidas. Un rato por la mañana para acicalarse. Luego... —Su entusiasmo se apagó.

Sin duda había reparado en el fallo de su maravilloso plan. Aún había muchos huecos para completar el horario que había propuesto y muy pocas actividades adecuadas para un paciente que guardaba cama.

Justo cuando la vacilación de la señorita Fletcher devino en una pausa incómoda, la súbita aparición del anciano mayordomo de Edgecombe la sacó del apuro.

—Los periódicos, milord.

¡Noticias! A Gavin se le levantó el ánimo. En Edgecombe solo le habían dicho que los aliados se habían alzado con la victoria en Waterloo y que Wellington había puesto rumbo a París para atrapar a Bonaparte.

La señorita Fletcher se levantó como un resorte.

—Démelos, señor Owens. Yo se los leeré a milord si así lo desea.

—De acuerdo, señorita. —El mayordomo le entregó los papeles con deferencia, como si fuera la hermana de Gavin o...

—Gracias, Owens —dijo Gavin—. Estaba deseando recibir noticias del continente.

—Confío en que los informes sean de su agrado, mi señor. —El mayordomo hizo una reverencia y se retiró.

La señorita Fletcher volvió a sentarse.

—¿Está seguro de que quiere escuchar todo esto? Me da miedo que las noticias lo alteren y dificulten su recuperación.

—Pues claro que quiero escucharlas. —De hecho, se moría de ganas—. ¿Hay algún informe de los periódicos franceses o flamencos?

Se le ocurrió que al final sí que podría aprovechar la próxima quincena para hacer algo productivo: recabar información, idear planes y prepararse para su misión una vez que estuviera en condiciones de emprenderla.

—Cuando hayamos terminado con esto —dijo mientras señalaba los periódicos—, se me han ocurrido unas cuantas actividades con las que podríamos llenar el horario que proponía.

* * *

Al día siguiente, Hannah volvió a leer detenidamente los periódicos en busca de informes del continente. No tenía claro cómo se sentía al respecto. Leerle los periódicos a milord sin duda ayudaba a matar el tiempo. Ninguna otra actividad lo distraía tanto. Una vez que terminaron de leer las noticias del día anterior, el conde le ordenó que fuera a por utensilios de escritura y redactara una carta para el Ministerio de Asuntos Exteriores. A continuación le pidió que buscara un mapa de la Europa continental y lo desplegara en una tabla para que lo examinara.

Aunque agradecía que tuviera algo con lo que entretenerse, su obsesión con la guerra la preocupaba. Esperaba que no planeara regresar a filas en cuanto el médico lo dejara salir de la cama.

Pero ¿cómo le pararía los pies si estaba decidido a irse?

—Mire. —Hannah se centró en una noticia en concreto—. Un informe de la Cámara de Representantes francesa de cuando se reunió hace seis días.

—¿Seis días? —El conde se pasó los dedos por su abundante mata de pelo negro—. ¿Sabe cuánto podría haber cambiado la situación en ese tiempo? ¿No hay nada más actual?

—Lo comprobaré, señor, si se tranquiliza. No le conviene preocuparse. No puede hacer nada al respecto.

El conde farfulló algo parecido a «aún».

—Estas son las últimas nuevas de Londres —empezó a leer Hannah—. Ayer por la mañana circulaba por la Bolsa un informe en el que se explicaba que Bonaparte se había entregado al duque de Wellington en Compiègne. Sin embargo, aunque el suceso aparece en los diarios de Bruselas, los ministros no tienen constancia de que haya tenido lugar semejante acontecimiento. Mientras leía, Hannah por dentro dio gracias a Dios.

—¡Qué buena noticia! Si Bonaparte se ha rendido, se acabó la guerra.

—Si es que se ha rendido. —Lord Hawkehurst pronunció la primera palabra con suma duda—. No creería un rumor de la Bolsa que me asegurase que el cielo es azul.

—Pero los periódicos de Bruselas... —se quejó Hannah, que quería que el informe fuera cierto con la misma vehemencia con la que el conde deseaba que se demostrase que era falso.

—Aunque el informe fuese verídico —dijo el conde mientras tamborileaba con los dedos sobre las sábanas—, no garantiza que no vayan a volver a exiliar a Bonaparte con todos los lujos, lo que le daría tiempo de sobra para urdir un plan para regresar al poder. ¡No puedo permitirlo!

Dejó de repiquetear y cerró el puño.

—Noticias de hace una semana y rumores sin fundamento. ¡Debo obtener información más precisa! ¿Ha habido alguna respuesta a mi carta al Ministerio de Asuntos Exteriores?

—Aún no. —Hannah habló en el mismo tono tranquilizador que usaba con el joven Peter cuando estaba molesto—. Pero solo ha pasado un día, y seguro que el Ministerio tiene muchos asuntos que atender en estos momentos.

Sus palabras aliviaron lo peor de su turbación. Relajó los dedos y exhaló un suspiro profundo y lento.

—Tiene razón, por supuesto. Quizá recibamos una respuesta el lunes. Mientras tanto, ponga un alfiler en Compiègne.

Hannah dejó los periódicos e hizo lo que le había pedido.

—¿Está acatando las órdenes del médico solo para reponerse lo justo para volver con su regimiento? —Por más que trató de mantener un tono neutral, se le escapó un deje desafiante y acusador.

El conde debió de percatarse, pues respondió en consecuencia.

—¿Y qué si es así? Tengo un deber para con mi país.

—Tiene un deber para con sus hijos. —A Hannah le dieron ganas de alzar las manos, exasperada—. ¿O acaso le traen sin cuidado?

La prudencia le advirtió que no le correspondía a ella cuestionar lo que sentía su patrón por su familia. Pero tras esa advertencia insistente, reparó con calma en un detalle. ¿Cómo iban a significar más para él sus hijos que su carrera militar? Había militado día y noche durante años. Pero había pasado muy poco tiempo con Peter, y ni siquiera había visto a los bebés.

Si esperaba que la obligación que tenía el conde con sus hijos fuera algo más que un concepto abstracto, tendría que llegar a conocerlos. ¿Y qué mejor momento para hacerlo que la quincena de convalecencia?

—Pues ¡claro que me preocupo por ellos! —El conde se ofendió. Era obvio que su pregunta había hecho que se pusiera a la defensiva—. Al final son mis hijos. Además, sé lo que es crecer sin madre.

Ah, ¿sí? Hannah se fijó en el retrato que había sobre la repisa de la chimenea y que mostraba a una joven de cabello oscuro vestida con un elaborado vestido de brocado del siglo pasado. Nunca se le había ocurrido preguntar cuánto tiempo hacía que había muerto la anterior condesa. La historia se repetía en Edgcombe.

—Me alivia saber que valora positivamente sus responsabilidades como padre, señor. Por el bien de los niños, le insto a que renuncie a cualquier idea de regresar con su regimiento. Está claro que el general Wellington vencerá a Bonaparte. Y seguro que los aliados habrán aprendido la lección y no serán tan necios de dejar en libertad a un hombre así. Deje que otros se ocupen de él. Él no es su responsabilidad, pero sus hijos sí lo son. No puede arriesgar su vida mientras lo necesiten.

Lord Hawkehurst se estremeció ante sus palabras como si cada una le hubiera asestado un golpe.

—Aprecio su preocupación por mis hijos, señorita Fletcher, pero debe comprender que no descansaré hasta que esté seguro de que es imposible que Napoleón Bonaparte regrese al poder. Se lo prometí a un camarada moribundo y debo cumplirlo.

¿Le había hecho una promesa a un moribundo? Hannah dobló el periódico con dedos temblorosos. ¿Cómo iba a pedirle a milord que incumpliera un juramento sagrado cuando ella también había hecho uno; uno que se oponía al suyo?

Capítulo cinco

¿Había conseguido entenderse con la señorita Fletcher por fin?

Gavin se fijó en que le cambió el semblante cuando mencionó la promesa que le había hecho a Molesworth. Ya no sacaba barbilla con tanta decisión, y el desafiante destello plateado de sus ojos gris azulado se apagó. ¿Había asumido que su empeño por regresar al servicio no era más que un capricho testarudo? ¿Un amor por la guerra? ¿Un intento egoísta por eludir sus responsabilidades como padre, tal vez?

Por más que le molestaran sus dudas, Gavin no pudo librarse del todo de las propias. Y lo asqueaban.

Mientras se angustiaba por no tener nada que hacer, podría haber aprovechado para conocer al fin a su hijo. Quizá incluso para consolarlo tras el fallecimiento de su madre. Aunque tampoco es que supiera por dónde empezar. La señorita Fletcher estaría mejor preparada para esa tarea, pero le había robado a su institutriz justo cuando más la necesitaba el pobrecito.

Gavin deseó culpar a su irreflexión por la tremenda agitación de su vida. Había sido herido en una gran batalla, perdido a su esposa y amigo más cercano y convertido en padre de dos hijos más, todo en cuestión de días. No era excusa para pensar tan poco en sus hijos.

—El comandante Molesworth —murmuró la señorita Fletcher—. ¿Ese fue el camarada al que le hizo el juramento?

El primer impulso de Gavin fue preguntarse cómo lo sabía. Entonces recordó que la institutriz le dijo que había llamado a su amigo.

—Supongo que eran camaradas cercanos. —La señorita Fletcher olvidaba que se había negado a responder a la pregunta que formuló anteriormente sobre su amigo.

Por alguna razón, no pudo negarse esa vez.

—El más cercano de todos. Nos conocimos en la escuela cuando éramos unos rapaces. Al principio añoraba muchísimo su hogar.

—¿Y usted no? —La pregunta de la señorita Fletcher persiguió a Gavin mientras buceaba en sus recuerdos.

Negó con la cabeza.

—Me lo pasaba mejor en la escuela que en casa. No era muy estudioso, pero se me daban bien los deportes y me llevaba bastante bien con los maestros y los demás chicos. Cuidé de Molesworth mientras se adaptaba, y me peleaba con los muchachos mayores que querían intimidarlo. Con el tiempo, parecía más mi hermano que... Cuando adquirí mi comisión para ingresar en el cuerpo de caballería, siguió mi ejemplo y fuimos ascendiendo de rango juntos.

—Debe de haber sido muy duro para usted perderlo. —La empatía que rezumaba el tono de la señorita Fletcher sorprendió a Gavin—. Me apenaría profundamente perder a alguna de mis amigas de la escuela pese a que no nos hayamos visto en años.

La dama tenía amigas y una vida pasada que Gavin ignoraba. Por algún motivo, eso fue revelador para él.

—No estoy seguro de haberlo asimilado todavía. En parte me gustaría creer que fue un terrible error. Soy consciente de que se ha ido. Lo vi morir. Cada vez que pienso en él, recuerdo que nunca debería haber sucedido. Sobrevivimos a la larga y sangrienta travesía por la península sin un rasguño, y vencimos a Boney una vez. —Sin darse cuenta, fue subiendo el tono mientras hablaba; tanto que sus últimas palabras resonaron con la fuerza de un trueno. Para él, era más

fácil aceptar el calor de la ira que el frío vacío de la pérdida—. ¡Debería haberse acabado ahí! Gavin pensó que la señorita Fletcher se encogería ante su arrebato como habría hecho Clarissa. En cambio, cuando la miró con arrepentimiento, no pudo apartar la vista de sus ojos, comprensivos y compasivos.

Seguro que, cuando se lo contase todo, entendería por qué aquello significaba tanto para él y por qué incluso sus responsabilidades paternas tendrían que esperar hasta que hubiera cumplido su misión.

—Si, hace un año, Bonaparte hubiera recibido el trato que merecía, nunca habría habido este maldito epílogo. Molesworth habría vivido hasta una edad madura, rodeado de sus hijos y nietos.

—¿Tenía familia? —La señorita Fletcher sonaba casi como si estuviera de luto por su amigo caído.

—No. —La palabra salió de él como un suspiro—. Había una joven que le llamó la atención durante las celebraciones por la paz, pero no quería proponerle matrimonio hasta que estuviese seguro de que la guerra había terminado para siempre. Ahora nunca podrá hacerlo.

—Qué desgracia tan trágica —reflexionó la institutriz—. Pero aunque obliguen a Bonaparte a pagar por sus actos, su amigo no volverá.

—Lo sé —insistió Gavin, aunque una minúscula e irracional parte de él quería creer lo contrario—. Pero evitará que otros como él pierdan la vida en otra repetición de esta miserable guerra. Y tal vez así el alma de mi amigo descanse en paz de verdad. ¿Acaso no comprende la importancia de semejante promesa, señorita Fletcher, y por qué no descansaré hasta que haya hecho todo lo que esté en mi mano para cumplirla?

—Lo entiendo mejor de lo que imagina, señor. —La dama le lanzó una mirada tan penetrante que Gavin tuvo la incómoda sensación de que miraba su alma—. Verá, le hice un juramento muy parecido a ese a su esposa poco antes de morir. Le prometí que cuidaría de sus hijos y haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerlos.

Por alguna razón, que la señorita Fletcher mencionase la promesa que le había hecho a su esposa le hizo comprender la realidad: Clarissa se había ido para siempre. En sus seis años de matrimonio, había pasado mucho más tiempo en algún campo de batalla lejano que en su compañía. Se había acostumbrado a su ausencia, lo que hacía que le costase creer que Clarissa no seguía con su vida en otra parte. En ese instante comprendió la verdad: que su vida, al igual que la de su amigo, había acabado demasiado pronto.

Sus pocos años de vida no habían sido tan dichosos como podrían haber sido. Culpa de Gavin. Tenía la esperanza de compensarla una vez que terminara la guerra. Pero ¿habría sido capaz de hacerlo? ¿O habría sido otro fracaso estrepitoso?

—Disculpe, señor. —Las palabras de la señorita Fletcher atravesaron el desconcierto de Gavin—. ¿Ha oído lo que le he dicho?

—Ha dicho que prometió que cuidaría de los niños. —Estuvo tentado de ofenderse porque Clarissa hubiera confiado el bienestar de sus hijos a una institutriz remunerada cuando lo tenían a él. Dejaba patente en qué capacidades y cariño confiaba más. Pero ¿cómo iba a culparla? Él era el primero en reconocer que carecía de experiencia con niños, mientras que la señorita Fletcher había demostrado con creces su preocupación por ellos—. ¿Por eso se sentó conmigo mientras estaba inconsciente? ¿Y por eso ha aceptado hacerme compañía mientras estoy postrado en esta cama? ¿Por el bien de los niños?

—Desde luego, señor —respondió ella con una breve vacilación—. ¿Por qué sino?

Exacto. ¿Por qué sino? Gavin no sabía bien por qué le había decepcionado un poco su respuesta. Ya era mayorcito para pensar que a la dama le importaba su bienestar porque se preocupaba por

él. Pero se tomaba en serio la promesa que le había hecho a Clarissa. Si creía que su peor enemigo era vital para que sus hijos estuvieran bien, haría lo que estuviera en su mano para proteger a esa persona. Gavin supuso que debía admirar una dedicación tan férrea.

—No quiero que sus hijos crezcan sin una madre o un padre —prosiguió la señorita Fletcher con cierto deje de inquietud, como si el asiento de su silla se hubiera calentado en exceso y no estuviera a gusto—. Es por eso que deseo que renuncie a cualquier idea de ponerse en peligro al regresar al continente.

Lo que sugería tenía sentido. Gavin no podía negarlo del todo.

Y, sin embargo..., el dolor de saber que solo toleraba su compañía por el bien de los niños despertó su instinto de oponerse a ella.

—¿Quiere que renuncie a la solemne promesa que le hice a mi amigo sin más o sin intentar cumplirla siquiera?

—Estoy convencida de que si el comandante Molesworth era un amigo tan leal como dice...

—Era mi amigo. Se lo aseguro —la interrumpió Gavin con brusquedad—. Si le hubiera pedido lo mismo a él, Molesworth no habría titubeado.

La señorita Fletcher se negó a recular.

—Eso es porque él no tenía una familia en la que pensar. Seguro que él no habría antepuesto su promesa, por digna que sea, al bienestar de sus hijos. Y menos cuando hay otros que pueden desempeñar esa tarea con mayor facilidad y menos riesgo.

—¿Qué diría si le dijera que olvidase la promesa que le hizo a mi esposa? —Gavin detectó una flaqueza en su argumento y pensaba aprovecharlo—. Al fin y al cabo, soy el padre de los niños y estoy en casa. Puedo ocuparme de ellos.

La señorita Fletcher se levantó como un resorte.

—¡Eso es diferente!

—¿Seguro? —inquirió Gavin.

—Segurísimo.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Porque no cree que vaya a cuidar de mis hijos igual de bien que usted?

—No —contestó la señorita Fletcher con demasiada rapidez, sin darse tiempo para meditar su respuesta.

Pero en cuanto la palabra abandonó sus labios, quedó claro que ella tampoco confiaba en él.

* * *

¡Qué hombre más irritante! Nadie había perturbado tanto la compostura de Hannah como el conde de Hawkehurst. Ese pensamiento persiguió sus pasos la tarde siguiente, mientras corría hacia la cabaña de los Miller y milord se echaba la siesta prevista, algo a lo que el conde se opuso rotundamente.

Al poco regresó a Edgecombe con un fardo pequeño y tibio que olía de maravilla.

—Lo reconozco —le murmuró a la bebé dormida—. Últimamente, mi opinión sobre tu padre ha mejorado mucho. Posee unas cualidades dignas de admirar: coraje, determinación, actitud protectora, honor. Está dispuesto a admitir sus errores; a veces demasiado rápido, creo. Incluso sabe reírse de sí mismo, lo que no me esperaba en absoluto. Cuando tengas mi edad, te darás cuenta de que es una virtud subestimada.

La pequeña Alice se agitó en sueños y emitió un arrullo suave que se clavó en lo más hondo del corazón de Hannah.

—Pero ¿por qué no puede ver el terrible error que está planeando cometer? —Dividida entre la perplejidad y la exasperación, negó con la cabeza—. Entiendo que quiera mantener la promesa

que le hizo a su amigo. ¿Quién no querría que el hombre responsable de tanta muerte no pudiera declarar la guerra nunca más? Pero esa es una tarea para otras manos, y estoy segura de que lo lograrán.

La bebé siguió durmiendo; su paz no se vio perturbada por estar al tanto de los planes de su padre. Todavía era demasiado joven para darse cuenta de que tenía padre, pero Hannah esperaba sentar las bases de ese valioso dato ese mismo día.

—Si tu papá antepone el deber para con su camarada caído al que tiene para con sus hijos vivos, puede que yo sea la única que pueda criarlos a ti y a tus hermanos como habría deseado tu mamá. ¿Crees que tu papá confía en mí para que os eduque igual que yo confío en el duque de Wellington para llevar al general Bonaparte ante la justicia?

La posibilidad encendió una chispa de esperanza en el corazón de Hannah.

—¿O me estoy haciendo ilusiones? —murmuró—. Lo más probable es que sea su fe en su propia invencibilidad lo que hace que no vea las posibles consecuencias de sus planes. Por eso necesito tu ayuda, pequeña. Creo que cuanto mejor os conozca tu papá a ti y a tus hermanos, menos tentado estará de arriesgar vuestro futuro persiguiendo a Napoleón Bonaparte.

¿Se estaba arriesgando ahora con el bienestar de su preciosa ahijada?, se preguntó Hannah. Pues ¡claro que no! Puede que lord Hawkehurst no fuera el cabeza de familia más atento, pero jamás permitiría que un niño indefenso sufriera daño.

—Espero que cumplas con tu parte —le susurró a la pequeña Alice mientras se acercaban al dormitorio del conde—. Tú duérmete y pon cara de niña mona y adorable. En media hora le habrás robado el corazón.

Le dio un besito en la naricilla para tranquilizarla, abrió la puerta y entró con sigilo en los aposentos del conde.

—Gracias a Dios que está de vuelta —le dijo este con una mezcla de alivio y contrariedad—. Debe eliminar el tiempo de descanso de mi horario. ¡Es una tortura! No estoy nada cansado, solo mortalmente aburrido. Sería mejor que me mantuviese ocupado durante el día para conciliar el sueño por la noche.

Las palabras salieron a toda prisa, como si las hubiera estado ensayando durante un rato y no pudiese esperar ni un momento más para soltarlas. Una vez que dijo lo que tenía que decir, reparó en ella por fin.

—¿Qué lleva ahí? —El deje de inquietud de su voz le hizo pensar que ya lo había adivinado.

—A su hija. —Hannah se acercó a su lecho—. Seguro que deseaba conocerla, y parece lo bastante recuperado como para soportar una visita de nada.

Se sentó en su asiento de costumbre y levantó a la niña para que la viera bien su padre.

—Milord, le presento a Alice Clarissa Beatrice Romney. ¿No es la jovencita más exquisita del mundo?

El conde miró a su hijita con un anhelo mitigado por la cautela y el desconcierto.

—Es muy pequeña —musitó como si lo aterrara despertarla con su voz—. Peter estaba casi destetado cuando lo vi por primera vez, y aun así me daba miedo que fuera a romperse si lo sujetaba mal.

Hannah se relajó y sonrió con indulgencia. Por alguna razón, le enternecía que a un hombre tan poderoso lo asustara un niño pequeño e indefenso.

—Pero su hijo no se rompió, ¿verdad?

Hannah pretendía tranquilizarlo, pero el conde hizo una mueca.

—Tal vez no, pero lloró tan fuerte que me rompió los tímpanos. Cuesta creer que una criatura tan diminuta pueda emitir un sonido tan ensordecedor.

Miró a su niña esperando que estallara en un llanto violento en cualquier momento.

—Le agradezco la idea, señorita Fletcher, pero ¿cree que es prudente alejar a la niña de su nodriza a una edad tan temprana? Podría despertarse con hambre.

¿Acaso creía que ella no había pensado ya en eso? Hannah reprimió un ataque de ira contra lord Hawkehurst. Había demasiado en juego para que se permitiera albergar tales sentimientos.

—Me he asegurado de que Alice estuviera plenamente saciada justo antes de traerla aquí. Dudo que se mueva hasta dentro de un buen rato, y más aún que se despierte con hambre. Los bebés duermen mucho a esta edad, ¿sabe?

Quizá el conde ignorara los hábitos de los bebés. Por lo visto, no había tenido hermanos ni hermanas menores. Si había pasado de la escuela a la guerra directamente, es posible que su hijo mayor hubiera sido el primer bebé que hubiera visto de cerca. Hannah imaginó su reacción ante el fuerte llanto de Peter. ¿Habría sembrado ese incidente las semillas de la incomodidad que persistía hasta la actualidad entre padre e hijo? Hannah decidió que abordaría el problema una vez que hubiera presentado a los bebés como es debido.

La confirmación de que la pequeña Alice dormiría plácidamente calmó a milord. Ahora observaba a la niña con mayor interés y menos preocupación.

—Qué delicada es. —Un destello de orgullo paternal iluminó sus ojos oscuros—. No ha salido a mí en nada. Por su bien, espero que de mayor se parezca a su madre.

Un leve suspiro escapó de los labios del conde; la primera muestra que vio Hannah de que lamentase el fallecimiento de su esposa.

—El cabello de Alice es oscuro, como el suyo —le dijo, ansiosa por establecer una conexión entre padre e hija—. ¿Le quito el gorro y se lo enseño?

Milord palideció como si lo hubiera amenazado de muerte.

—No se preocupe. Confío bastante en su palabra. No me gustaría molestarla mientras duerme.

—También veo un parecido con su abuela. —Hannah señaló con la cabeza el retrato que había sobre la repisa de la chimenea—. En los ojos separados y la forma de la boca.

El conde retorció las sábanas con una mano, como si quisiera alcanzar a su hija pero algo se lo impidiese. Por más que a Hannah le habría encantado acunar a la bebé dormida todo el día, se recordó el motivo por el que había llevado a la niña a ver a su padre.

—Debería ir a echar un vistazo a Peter. —Se levantó de la silla—. No entiende por qué me ausento tanto. Me he resistido a hablarle de su herida. Le preocupa mucho que sus otros seres queridos se vayan y lo dejen, como su madre.

—Pobre muchacho —murmuró lord Hawkehurst—. Tal vez fue una bendición que perdiese a mi madre antes de tener edad suficiente para extrañarla.

—Ninguna pérdida como esa es una bendición. —Hannah pensó en los mellizos y en cómo les afectaría crecer sin recordar a su madre—. Pero, a veces, incluso en las peores circunstancias, podemos encontrar pequeñas mercedes por las que estar agradecidos.

Debía dejar de perder el tiempo, se reprendió Hannah, y continuar con lo que había ido a hacer ahí.

—Mientras voy a ver a su hijo, lo dejaré para que conozca más a su hija.

Antes de que milord pudiera hacer algo más que balbucear vagos sonidos de protesta, Hannah se inclinó hacia delante y depositó a la bebé dormida en sus brazos.

—No se preocupe. —Trató de devolverle a la niña, pero Hannah ya se había apartado—. No la deje aquí. ¡Llévesela con usted!

—No tardaré. —Hannah se despidió con la mano mientras se dirigía a la puerta, aunque el tono de pánico del conde la hizo dudar de su plan—. No le dará problemas, se lo aseguro.

—Señorita Fletcher. —Su voz la persiguió—. ¡Insisto en que regrese y se lleve a la niña inmediatamente! ¿Cómo se le ocurre dejarla aquí? No estoy en condiciones de cuidar de un bebé. ¡Ni siquiera puedo cuidar de mí mismo!

Hannah se detuvo justo en el umbral. Sus instintos femeninos la apremiaron a que regresase de inmediato a por la bebé, pero se esforzó por resistirse.

Lord Hawkehurst no iba a formar un vínculo con su hija observándola desde una distancia impersonal. Necesitaba ver de cerca la curva regordeta de su moflete y la fina franja de pestañas de sus ojos cerrados. Necesitaba oír el susurro constante de su respiración y los pequeños arrullos y gorgoteos que hacía a veces mientras dormía. Necesitaba sentir su cálido peso en sus brazos y oler su dulce aroma lechoso. Solo entonces la pequeña Alice podría empezar a hacerse un hueco en su corazón.

«¡Baje la voz, que la despertará!», quiso advertir Hannah al conde, lo cual era a todas luces lo último que deseaba milord.

Pero fue demasiado tarde.

La bebé había dormido como un lirón desde que había salido de la cabaña de su nodriza y durante el rato que Hannah había hablado con su padre. Pero el cambio a unos brazos tensos y poco acogedores y el tono entrecortado y alarmante de este debieron de sacar a la pequeña Alice de su apacible descanso.

La niña se quejó con un vagido, lo que provocó que su padre gritara más fuerte aún.

—¡Señorita Fletcher, vuelva aquí ahora mismo!

Le costó Dios y ayuda resistir el desesperado ruego del conde y el instinto femenino que la urgía a calmar a un bebé que lloraba. Pero no osó acudir al rescate tan pronto. Debía brindarle al conde la oportunidad de descubrir que cuidar de un bebé no era tan aterrador ni estaba tan abocado al fracaso como creía. Si lo socorría en cuanto la cosa se torcía un poco, solo confirmaría su sospecha de que no estaba capacitado para desempeñar esa tarea.

Así que se quedó ahí plantada escuchando como los llantos de la bebé se tornaban más fuertes y estridentes; se le clavaban como espadas. En silencio, le suplicó al conde que encontrara el modo de calmar a su pequeña.

* * *

¿Qué pretendía Hannah Fletcher? ¿Aterrorizar a su pequeña y hacer que él farfullase de la rabia? Mientras el rostro de la bebé se enrojecía y sus vagidos se volvían más fuertes, Gavin pensó que habría preferido estar en cualquier sitio menos allí: tumbado, indefenso y desprovisto de lo necesario para consolar a Alice. Se le pasó por la cabeza una letanía de maldiciones, todas dirigidas a la desalmada en la que había confiado su difunta esposa para cuidar de sus hijos. ¿Era ese un ejemplo de cómo pensaba velar por su bienestar?

—Calla ya —le imploró a la niña que lloraba—. Calla, por favor, por favor. Sé que debe de haberte asustado que la señorita Fletcher te haya dejado encima de mí. Me hace la misma gracia que a ti, pero te prometo que no permitiré que te pase nada malo.

Pese a que retrasaría su recuperación y, por ende, su misión, Gavin se planteó levantarse de la cama e ir al cuarto de los niños con la bebé. Allí la entregaría a alguien que no fuera la señorita Fletcher y ordenaría que regresara con su nodriza *ipso facto*.

Pero no quería arriesgarse a marearse y caer con su pequeña en brazos. Ni siquiera podía tirar de la cuerda de la campana para pedir ayuda sin soltar a Alice e inclinarse en exceso. La solución más sensata era la que se le antojaba más difícil: no hacer nada y aguardar. La señorita Fletcher tendría que volver tarde o temprano.

Le dio la impresión de que los llantos de la bebé le exigían que hiciera algo más. Quizá al final

no fuera que le tenía miedo, sino que estaba enfadada porque la hubiera despertado de sopetón.

—Te entiendo. —Sabía que hablarle a su hija era como hablarle a su montura: no comprendía ni una palabra de lo que le decía.

El tono de sus vagidos le recordó el agudo relincho de un caballo asustado. Era un sonido que no se detenía en sus oídos, sino que penetraba en su pecho, lo que hacía que se le desbocase el corazón y se le acelerase la respiración. Le ponía los nervios de punta y le dabas ganas de hacer lo que fuera para que parase.

Entonces recordó que Severn, su roano castrado, respondía a su voz, sobre todo cuando estaba nervioso. Sus caricias también amansaban a la bestia. ¿Era posible que esa pequeña criatura reaccionara de la misma forma?

—No servirá de nada que te desgañites. —Luchó contra todos sus instintos para bajar la voz, tan suave que casi no se oía con los gritos de su hija—. Créeme, lo he intentado. Ni por un segundo hará que la señorita Fletcher vuelva antes. Me temo que vas a tener que quedarte aquí conmigo hasta que decida regresar.

Mientras hablaba, sostuvo a la bebé con firmeza, pasando una mano por su cuerpecito en tensión, del mismo modo que acariciaba el cuello o el costado de Severn antes de una carga. No tenía claro que le estuviera haciendo un bien a la niña, pero al menos él estaba más sereno y confiado.

—Lamento ser tan torpe, pero es un territorio bastante desconocido para mí. —¿Eran imaginaciones tuyas o los gritos eran cada vez menos estridentes?—. Ojalá pudieras decirme qué te pasa y cómo puedo ayudarte, pero supongo que sería esperar mucho de alguien de tu edad.

Los caballos tampoco explicaban sus molestias hablando, pero con los años había aprendido a interpretar los diferentes sonidos que hacían y las señales físicas que indicaban sus estados de ánimo y sus necesidades. ¿Aprenderían a hacer lo mismo las mujeres con los bebés?

Sin ninguna duda su hija se estaba tranquilizando. Esa certeza alivió profundamente a Gavin, que experimentó un ligero triunfo que rara vez sentía, salvo tras ganar una batalla. ¿Estaría la pequeña Alice respondiendo a su relax?

—Así mejor. —Le limpió una lagrimita con la yema del dedo índice. No pudo resistirse a rozarle el moflete. Nunca había tocado algo tan suave. Ni el mejor cuero de cabrito. Ni siquiera el pétalo de una flor. Algo tan pequeño y suave exigía que lo protegiese valerosamente con todas sus fuerzas—. Shh, shh. Va a ir todo bien. Ya lo verás. Te mantendré a salvo hasta que regrese la señorita Fletcher. —Gavin siguió diciéndole de todo, pues las palabras no significaban nada para la niña, solo el tono de su voz.

Por fin, tras unos cuantos gruñidos y sollozos, Alice dejó de llorar. ¿Se habría vuelto a dormir? Gavin ladeó la cabeza e inclinó ligeramente a la bebé para comprobarlo.

No. Su hija estaba despierta. Le clavó los ojos, seria, como si estuviera memorizando hasta la última de sus facciones. A Gavin se le escapó una sonrisa. La desazón que sintió anteriormente se desvaneció, eclipsada por sentimientos que eran del todo nuevos para él.

—¿No estás mejor así? —Sin pretenderlo, su voz adquirió un tono diferente a cualquier otro que hubiera empleado antes—. ¿Quieres que nos quedemos aquí disfrutando de la compañía del otro? Te confieso que la idea de criar a una hija me resulta bastante abrumadora. Espero que no me lo tengas en cuenta si cometo errores durante los próximos veinte años más o menos.

No pudo resistirse a rozar con el nudillo su mejilla redonda y delicada. Para su asombro, Alice levantó una mano diminuta y aferró su dedo con una fuerza sorprendente.

—Quieres estrecharme la mano, ¿eh? —Gavin sonrió más abiertamente a la vez que movía el dedo arriba y abajo—. Que tenga un buen día, *lady* Alice. Es un placer conocerla.

Se llevó su mano a los labios y le dio un besito.

Se le formó una carcajada en la garganta solo para encontrarla inusualmente constreñida. ¿Qué mosca le había picado?

Seguía tratando de asimilar sus sentimientos, cuando la señorita Fletcher entró en la habitación como si nada.

—¿Ve? Le dije que no tardaría y que la bebé no le daría problemas.

Gavin logró apartar la mirada de su hija para dirigirla a su madrina.

—¿Por qué me la ha puesto encima y ha huido así? La ha despertado. Ha empezado a llorar. Debe de haberla oído. Creía que había prometido que velaría por su bienestar.

—Y eso he hecho —se quejó Hannah Fletcher—. ¡De veras! El bienestar de sus hijos siempre será mi primera preocupación.

Gavin detectó un deje de culpa tras sus palabras que le hizo pensar que no estaba tan segura de sus motivos como quería hacerle creer.

Al ver que se limitaba a mirarla sin mediar palabra, su conciencia la obligó a hablar.

—Quizá no haya sido mi mejor idea. —Suspiró arrepentida mientras se dejaba caer en su silla—. Pero sabía que su hija no sufriría ningún daño, y tenía razón. Ha logrado tranquilizarla, lo que no es tarea fácil. Sospecho que tiene mucha más maña con los pequeños de lo que cree.

—Con los grandes, en realidad. —Como atraído por un fuerte magnetismo, se le fueron los ojos a la carita de su hija.

Cuando esta lo miró con sumo interés, se le curvaron las comisuras de la boca en contra de su voluntad. ¿Cómo iba a hacerle ver a la señorita Fletcher que había cometido un grave error mientras sonreía como un tonto?

—¿Grandes, señor?

—Caballos. —Gavin volvió a levantar el dedo índice y observó con asombro y diversión como la pequeña Alice se lo agarraba con los deditos. ¡Qué agarre tan fuerte tenía para su tamaño! Le supondría una ventaja enorme cuando creciera y aprendiera a montar—. Nunca se me ha dado bien entender a la gente: lo que quieren de mí y lo que los hace comportarse como lo hacen. Sin embargo, entiendo a los caballos, y se me ha ocurrido que quizá no distasen tanto de los bebés. Echó un vistazo rápido a la señorita Fletcher, quien, anonadada, enarcaba una ceja con aire dubitativo.

—¿En serio? ¿Y eso?

—Por cómo responden a un determinado tono de voz y ciertas caricias. —Gavin se preguntó qué lo empujaba a explicarse.

—No va desencaminado —repuso la señorita Hannah—. Según mi experiencia, a los bebés también les gusta que los mezan y los hagan rebotar con suavidad. No tengo claro cómo haría eso con un caballo.

Tras lo cual soltó una risotada. Era la primera vez que Gavin oía que saliese de ella un ruido así. Hasta ese momento, habría jurado que la señorita Fletcher no sabía reír. Era un sonido muy agradable y contagioso que hizo que riera por lo bajo en respuesta.

Entonces recordó que su esposa y su mejor amigo habían muerto hacía muy poco. Todo lo que había sucedido desde entonces y las interminables horas que había estado confinado en la cama hacían que pareciera mucho más largo. Pero, a ojos del mundo, ambos duelos aún eran recientes. ¿Qué hacía riendo feliz cuando debería estar de luto por Molesworth y Clarissa?

Con una fuerza implacable, Gavin se obligó a esbozar una línea recta.

La señorita Fletcher ahogó su risa con la misma rapidez, lo que hizo que Gavin se preguntara si se la había imaginado.

—Independientemente de cómo haya conseguido calmar a su hija, sabía que estaría a la altura de

las circunstancias. Sentía que le perjudicaría mucho menos alterarse un poquito que crecer lejos de su padre. Alice lo necesita, señor. Todos lo necesitan. Y era la ocasión perfecta para unirlos a ambos.

Gavin se preguntó si la señorita Fletcher tendría razón. ¿Sería esta su oportunidad de convertirse en un padre mejor que el marido que había sido? ¿Una oportunidad para dejar atrás los horrores de la guerra y convertirse en un hombre de paz?

Con su pequeña acunada en sus brazos, quiso creer que era posible. Pero la experiencia le había enseñado que salir victorioso de una escaramuza no garantizaba el éxito de la campaña. No podía esperar lograr ese objetivo por su cuenta, del mismo modo que Gran Bretaña no podría haber derrotado a Bonaparte sin la ayuda de sus aliados. ¿Sería posible que hallase una aliada en Hannah Fletcher, su antigua rival?

Capítulo seis

—¿Tan imperativo es que me abandone para ir a la iglesia? —le preguntó lord Hawkehurst a Hannah a la mañana siguiente mientras desayunaba—. Hoy no tengo periódicos para leer. ¿Cómo voy a matar el tiempo hasta que regrese?

Hace unos días semejantes quejas habrían irritado a Hannah, pero conocer más de cerca al conde la había vuelto más tolerante. Teniendo en cuenta lo difícil que le resultaba lidiar con la inactividad, se estaba esforzando al máximo. No había caído en la tentación de levantarse de su lecho sin el permiso del médico, ni siquiera cuando Hannah lo hubo dejado al cuidado de la pequeña Alice.

Al escuchar la dulzura con la que hablaba a su hija y observar cómo la abrazaba, Hannah, por extraño que parezca, se sintió atraída por él. Sin duda se debía al vínculo que unía a ambos con la niña. Independientemente del motivo, estaba aliviada de que su actitud se estuviera suavizando. Sería muchísimo más difícil cumplir la promesa que le había hecho a su difunta esposa si constantemente debía batallar contra la aversión que le producía el padre de los niños.

—En cuanto a su primera pregunta —repuso ella—, sí, es imperativo que vaya a la iglesia. Con todo lo que ha sucedido últimamente, necesito buscar consuelo en las palabras de las Escrituras y rezar para que el Señor me oriente y me dé fuerzas. Es imprescindible que lleve a su hijo conmigo. Tras perder a su madre, necesita el consuelo que solo la fe y el amor pueden brindar.

—Supongo que sí. —El conde se acabó su última cucharada de huevos revueltos—. Discúlpeme, señorita Fletcher. No pretendía ser tan egoísta. Guardar cama durante días y días me está pasando factura. Necesitará toda la ayuda divina que pueda reunir para aguantarme.

Hannah no lo negó, aunque sinceramente le parecía mucho más soportable cuando reconocía sus errores.

—Y respecto a su segunda pregunta, puede matar el tiempo y celebrar el Día del Señor leyendo la Biblia. Puede que no sea tan actual como el *Times* o el *Morning Chronicle*, pero contiene dichos sabios que bien podrían aplicarse a la actualidad. O podría rezar para que todo marche bien en el continente.

El conde no aceptó sus sugerencias con mucho entusiasmo.

—Estoy acostumbrado a tomar una acción más directa. Pero como no puedo hacerlo...

—Le sorprendería el poder de la oración. —Hannah dejó la bandeja del desayuno en la mesa del mayordomo que había junto a la puerta—. A lo mejor lo ayuda a decidir qué rumbo tomar cuando se reponga.

Esperaba que su alma lo impulsara a quedarse en Edgecombe con sus hijos y encomendar el destino de Napoleón Bonaparte a una entidad superior.

—Tal vez. —El conde no parecía esperanzado. Hannah deseó haber tenido en cuenta el domingo cuando preparó el programa de actividades de milord. Estaba pensado para que fuera un día de descanso, pero saltaba a la vista que necesitaba toda la actividad posible—. Antes de que se vaya —añadió lord Hawkehurst—, me gustaría hablarle de la visita de mi hija que tuvo lugar ayer.

—Muy bien, señor. —Hannah se preparó para la reprimenda que llevaba esperando desde entonces.

Quizá se la mereciera. ¿Se había arriesgado demasiado al dejar a la bebé sola con un padre que tenía poca experiencia con niños y sentía aún menos aprecio por ellos? Que le hubiera salido bien la jugada no implicaba que hubiera sido inteligente.

—Aparte de unas cuantas lágrimas, su visita no le hizo ningún daño a la niña. —El conde estaba raro, a la defensiva; como si pensase que Hannah iba a contradecirlo.

Su comentario distaba tanto de lo que esperaba que tardó un rato en salir de su asombro y responder.

—Al contrario, señor. Estoy convencida de que conocer a su padre será de todo menos perjudicial para su hija.

Aunque trató de que no se le notase, el conde parecía complacido con su respuesta.

—En ese caso, no me opondría a que la trajera para otra visita pronto. Mañana, tal vez, si el tiempo lo permite.

Aquello era mucho mejor de lo que se había atrevido a esperar Hannah. No hizo ningún esfuerzo por disimular su felicidad. Sin embargo, tenía una reserva.

—Puedo traer a Alice de nuevo si lo desea, señor, pero ¿qué pasa con el pequeño Arthur? Todavía no ha conocido a su hijo menor, y estoy segura de que no querrá favorecer a uno de sus hijos por encima de los demás.

—En absoluto. —Milord frunció el ceño y se quedó pensativo—. Nunca querría eso.

Era obvio que el asunto era de vital importancia para él. Hannah no pudo evitar preguntarse por qué.

—No esperaba formar una familia —reflexionó el conde como si respondiera a la pregunta que no le había formulado—. No pretendía tener una. Estaba consagrado a la milicia, lo cual se me antojaba incompatible con la vida familiar.

—¿Qué le hizo cambiar de opinión? —¿Era impertinente hacerle una pregunta tan personal a su patrón? Hannah temía que sí. Sin embargo, no pudo resistir la tentación de conocer mejor a milord. Tal vez si supiera más acerca de su pasado y llegara a comprender sus motivos, podría convencerlo de que hiciera lo correcto por sus hijos.

Si al conde le molestó su pregunta, no lo demostró.

—Mi hermano mayor enfermó y murió. ¿Clarissa nunca se lo contó?

—No, señor. —¿Por qué debería haberlo hecho?

Su rostro debió de revelar lo perpleja que se había quedado, pues milord procedió a explicárselo.

—Como nuevo heredero, se esperaba que cumpliera con el deber para el que me habían educado: asegurar la sucesión del título familiar. Mi padre insistió. Clarissa era la prometida de mi hermano. Tras un luto aceptable, estuvo dispuesta a aceptarme en su lugar.

Así que se casó con su difunta esposa por deber, no por amor. Eso explicaba muchas cosas sobre su matrimonio. Hannah deseó haberlo sabido antes. Si bien había quienes desaprobaban las decisiones del conde, ella siempre le había dado mucha importancia al deber. Si milord también, sería más probable que consiguiese hacerle entender el deber que tenía para con sus hijos.

Pero ¿y su madre? ¿Por qué suponía el conde que se había casado ella con él? ¿Para asegurar el título de condesa, tal vez, o para gozar de una buena casa y fortuna?

—¿Por qué me cuenta esto? —No se sentía cómoda sabiendo datos que le hacían ver su matrimonio con otros ojos.

—Si le soy sincero, no lo tengo claro. —El conde parecía casi tan desconcertado como ella por esa insólita confianza—. Tal vez no quiero que piense que no me importan nada mis hijos. Quiero ser un buen padre para ellos, pero no tengo ni idea de por dónde empezar ni si sirvo para ello.

¿Prefería no intentarlo que probar y fallar? A Hannah le costaba comprender esa actitud. Su primera reacción ante un posible fracaso siempre era esforzarse más y poner más ahínco y empeño.

—Ya ha empezado bien con Alice, señor. Ha demostrado que está sobradamente preparado para ser padre, si está dispuesto a intentarlo.

—Pues claro que lo intentaré. Pero si espero tener éxito, necesitaré... ayuda. —Casi le daba hasta vergüenza admitirlo—. Su ayuda, señorita Fletcher. Ha hecho un buen trabajo ayudándome a sobrellevar mi convalecencia. Su horario ha hecho que se me pase el tiempo más rápido. Ahora entiendo por qué *milady* confiaba tanto en usted.

—Gracias, señor. —Hannah se puso colorada. La experiencia la había acostumbrado mucho más a aceptar desaires y críticas que elogios. Por algún motivo, le incomodó especialmente recibir un cumplido de lord Hawkehurst.

Se dijo que no fuera tan necia. Cuanto más dependiese milord de ella, más posibilidades tendría de disuadirlo de regresar a su regimiento una vez que se recuperara.

—Haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle.

—Estupendo. —El conde parecía aliviado, como si hubiera creído que se negaría—. Espero que eso signifique que cuando me traiga a mi hijo, no me lo pondrá encima y se irá, sino que se quedará y me aconsejará cómo cogerlo.

—No se la puse enci... —empezó a protestar Hannah. Las palabras murieron en sus labios cuando se dio cuenta de que había dicho la verdad—. Eh... Eso es... Descuide, milord.

Miró el reloj de la repisa y dijo:

—Santo cielo, como no me marche ya Peter y yo llegaremos tarde a la iglesia. Como hoy tiene menos actividades con las que entretenerse, podría pasarme por la cabaña de los Wilkes cuando vuelva y traer a Arthur para que le haga una visita esta tarde.

Hannah se preguntó si no estaría tentando a la suerte con su propuesta. Pero de verdad deseaba que el conde pasara el mayor tiempo posible con sus hijos mientras estuviera confinado en su lecho con pocos asuntos que atender.

Milord dudó un instante y contestó:

—Es una idea magnífica. Estoy impaciente.

* * *

Tras lo que se le antojó una eternidad, aunque según el reloj de la repisa solo habían pasado dos horas y media, la señorita Fletcher regresó a Edgecombe. A Gavin le pareció bastante atractiva pese a su vestido y su tocado de luto negros. Sus mejillas habían adquirido un tono lozano y se le habían dulcificado los rasgos, seguramente por el bebé que llevaba en brazos. O tal vez Gavin estuviera tan desesperado porque le hicieran compañía que incluso el viejo mayordomo le habría resultado atractivo.

—Lord Hawkehurst. —La señorita Fletcher se sentó en el borde de su cama y levantó al bebé para que lo viese—. Le presento a su hijo menor, Arthur Gavin Horatio Romney.

El niño llevaba la misma ropa que su hermana melliza: un vestido blanco y un gorro, y estaba envuelto en una manta. Sin embargo, Gavin creyó advertir pequeñas diferencias en su aspecto. El pequeño Arthur tenía las cejas más oscuras que su hermana y un hoyuelo diminuto en el mentón. A diferencia de Alice, estaba muy despierto y no parecía tan tranquilo. Movía los puñitos mientras observaba la estancia para ir deteniéndose poco a poco en el rostro de su padre.

—Vaya —dijo Gavin—. Para ser tan pequeñito, tienes un nombre impresionante al que honrar. Supongo que no tendrás más remedio que ingresar en la milicia. ¿Qué prefieres: el Ejército o la Marina?

Ambas eran opciones populares para los hijos menores de la nobleza que no heredarían las tierras ni la fortuna familiares..., a no ser que sus hermanos mayores sufrieran algún percance. A la mayoría de los pares les gustaba tener al menos un hijo más, un repuesto que heredase si le

ocurría algo al heredero.

—¿Le gustaría cogerlo? —preguntó la señorita Fletcher con una mirada afable y alentadora—. No huiré, se lo prometo. Me quedaré aquí, lista para volver a cogerlo de ser necesario.

El rostro de Gavin debió de revelar sus dudas.

—Es imposible que lo rompa. —La señorita Fletcher meció al niño suavemente en sus brazos—. Es más robusto de lo que parece. Recuerde lo bien que se las arregló ayer con la pequeña Alice.

—Está bien. —Gavin extendió los brazos, pues no quería pasar por un cobarde—. Peor que ayer no lo haré. Seguiré intentando no alzar mucho la voz.

—Es un buen comienzo. —Hannah Fletcher se inclinó más hacia él para dejar al niño en los brazos expectantes de Gavin. Por alguna razón, parecía más incómoda que el día anterior, cuando le endosó a su hijita sin miramientos.

Ese día se movía con muchísimo más cuidado.

—Tenga. Asegúrese de que tenga la cabeza apoyada. Es aún muy joven para mantenerla erguida por sí solo. Pero pronto estará listo, ¿a que sí, Arthur? Eres fuerte para tu tamaño. Seguro que algún día te convertirás en un hombre corpulento y fornido como tu papá.

Su comentario cogió por sorpresa a Gavin. ¿Eso opinaba Hannah Fletcher de él? ¿Incluso en su estado actual, incapaz de levantarse de la cama y tan dependiente de su cuidado como un niño pequeño? Se hinchó de orgullo mientras buscaba a tientas a su hijito para cogerlo bien.

El día anterior, con Alice, lo pilló tan desprevenido que no notó que la señorita Fletcher le rozaba los brazos con los suyos ni que le echaba el aliento en el pelo. Ahora, en cambio, era plenamente consciente de todo el proceso. Por un lado deseaba que la institutriz retrocediera cuanto antes, pero por el otro ansiaba que no se apartara tan deprisa.

Mientras tanto, el bebé retorció su cuerpecito y agitaba los brazos a la vez que emitía toda clase de gorgoros que su padre encontró sorprendentemente adorables.

—Le gusta estar quieto tan poco como a usted. —La señorita Fletcher rio sin aliento mientras le entregaba el niño con brusquedad y se alejaba—. Ahora sí que lo sujeta bien.

Aprovechó que tenía las manos libres para desatarse el tocado y quitárselo. Se le soltaron varios mechones de cabello marrón miel, que cayeron sobre su rostro sin orden ni concierto, pero con encanto.

Gavin no pudo fijarse mucho, pues el bebé empezó a revolverse. Quizá al pequeño Arthur no le gustara estar separado de su madrina. O, tal vez, como los caballos impetuosos, desconfiase de la persona que lo sostenía en ese momento. Agitó los brazos con más fuerza. Se le puso la carita roja y torció el gesto. Un fuerte vagido emergió de su boquita.

Por más que Gavin trató de mantener la calma, no pudo evitar hacer una mueca.

—Tal vez debería usted volver a cogerlo. Creo que no le caigo bien.

Lo consternó lo mucho que le dolía ese pensamiento.

—Tonterías. —La señorita Fletcher dejó el tocado a los pies de su cama y se atusó los mechones rebeldes que le enmarcaban el rostro—. Los bebés lloran por todo y por nada. No debe tomárselo como una afrenta personal. Seguro que en nada se tranquiliza, como Alice.

Antaño, Gavin no valoraba el brío y la habilidad con los que actuaba la institutriz, pero ese día les estaba agradecido. Irradiaba más confianza en él de la que tenía el propio Gavin.

—Me da miedo que este muchacho no sea tan cooperativo como su hermana. —A pesar de su determinación de no alzar la voz, Gavin se vio obligado a hacerlo para hacerse oír por encima de los desgarradores aullidos del niño.

—Es revoltoso, sí —convino la señorita Fletcher—. Como fue usted a su edad. Estaría más contento si se distrajera con algo. Hágalo rebotar un poco y hable con él.

La tensión que crecía dentro de Gavin fue menguando. Si unían fuerzas, seguro que él y la señorita Fletcher conseguirían que el escandaloso de su hijito se calmara. Hacerlo rebotar funcionó. Pero de lo otro no estaba tan seguro. Con Alice se limitó a pensar en alto. Pero no tenía claro que fuera prudente hacerlo en presencia de otros.

—¿Qué le digo?

—Lo que se le pase por la cabeza. —La señorita Fletcher le dedicó una sonrisa alentadora. ¿O acaso le divertía verlo lidiar con un bebé que lloraba?—. Como descubrió ayer, lo que importa es su voz, no las palabras. Nárrale alguna batalla que haya librado o dígale datos interesantes sobre los caballos. Intente exagerar su expresión, como si le estuviera contando lo más emocionante del mundo. Así lo entretendrá.

Gavin se devanó los sesos en busca de un tema atractivo, uno del que pudiera hablar largo y tendido con algo de animación. Y entonces se le ocurrió.

—¿Qué crees que trama el general Bonaparte, Arthur? —Hizo caso a la señorita Fletcher y planteó la cuestión como si fuera de vital importancia, lo cual para él así era.

Su hijo reaccionó con un gritito ahogado. Lo miró con los ojos tan abiertos por el asombro que a punto estuvo Gavin de echarse a reír. Lo mejor fue que su llanto cesó por completo.

—He pensado que a un futuro soldado le intrigaría el tema —prosiguió—. Según los periódicos, los tres hermanos Bonaparte zarparon hacia Inglaterra desde El Havre, pero no me creo ni una palabra. ¿Tú?

El joven Arthur lo miró muy atento, casi como si lo entendiera de verdad. A continuación hizo un ruido grosero y húmedo, apropiadamente burlón.

Gavin esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy de acuerdo. No dicen más que sandeces. Es probable que Bonaparte planee hacer una parada en París o retirarse a un lugar más al sur. Si intenta escapar, será a las Américas o a alguna posesión francesa de las Indias Orientales.

El bebé se retorció. Dio la impresión de que movía el puño de imaginarse a Bonaparte escapando con éxito.

Mientras le hablaba, Gavin pensó de pronto en el hijo de Napoleón Bonaparte, que debía de ser mayor que Arthur y menor que Peter. Tras la derrota del año anterior, su madre se lo llevó a Austria. Hasta donde sabía Gavin, la familia no había vuelto a verse desde que Bonaparte regresara de Elba. Por tentador que fuera criticar al emperador francés por descuidar a su hijo, Gavin se dio cuenta de que no era el más indicado para hablar.

De algo estaba seguro: nunca haría que el pequeño Arthur se sintiera como un repuesto innecesario.

* * *

¿Qué noticias traerán hoy los periódicos y el correo?, se preguntó Hannah el jueves por la mañana cuando el mayordomo se los entregó con gran ceremonia. Los últimos días habían dejado a lord Hawkehurst con una curiosidad febril. Los periódicos ingleses no publicaban informes parisienses desde la semana anterior, y nadie sabía por qué. La incertidumbre había suscitado rumores y especulaciones contradictorios que cambiaban día a día.

—¿Qué cree que leeremos hoy, señorita Fletcher? —inquirió el conde mientras Hannah abría el *Morning Chronicle* y buscaba noticias de Francia en las columnas de texto impreso—. ¿Otro informe de Bonaparte en el que solicita asilo en Gran Bretaña? De ser cierto, ¡qué descaro tiene el tipo! Espero que el Gobierno tenga sentido común y no permita semejante atropello. ¡Sería un insulto espantoso para los soldados y marineros que han muerto luchando contra él!

Hannah asintió en señal de comprensión. Habían pasado por lo mismo el lunes a raíz de un

artículo que se había publicado en el periódico. El conde se indignó tanto que la joven temió que fuera a hacerse daño. Sospechaba que parte de su ira provenía de la sensación de impotencia que le decía que no podía hacer nada por influir en el curso de los acontecimientos.

—Estoy convencida de que su carta al ministro de Asuntos Exteriores hará que se lo piensen dos veces antes de emprender tal acción, señor. Si es que el informe era cierto, eso para empezar.

—Fue buena idea que me hiciera dictarle la carta. —El conde asintió de un modo que parecía indicar aprobación y agradecimiento—. Sentía que hacía algo, por poco que fuera. Sería usted un edecán excelente, señorita Fletcher..., si fuera hombre, claro.

Las palabras de encomio de milord prendieron una chispa de felicidad en Hannah. Le asustó su intenso fulgor. Por algún motivo, la aclaración final apagó esa felicidad por completo. Pero ¿por qué? Sin duda era un cumplido grandioso que el conde la considerara capaz de realizar el trabajo de un hombre. Y era normal que la valorara como haría con un camarada masculino.

Entonces ¿por qué sentía que la estaba menospreciando con un comentario que a todas luces había dicho como un halago sincero? Hannah se negó a pensar detenidamente en esa pregunta. Sería mejor que se centrara en su deber para con los niños de los Romney.

—Confío en que lord Castlereagh considere su consejo, señor. Debería, pues es usted un par del reino y un oficial que ha visto acción en la caballería de Su Majestad.

Hannah respondió con una rigidez y una gazmoñería que contrastaba con la camaradería relajada que había florecido entre ellos recientemente. Seguro que semejante informalidad era una consecuencia natural de pasar tantísimo tiempo juntos. Pero debía recordar que el conde ya llevaba media convalecencia. En una semana se le permitiría levantarse de la cama y reanudar muchas de sus actividades normales. Ya no dependería de ella para matar el tiempo. Hannah regresaría al cuarto de los niños y casi no se verían. La perspectiva la abatió de una forma que no habría creído posible unos días antes.

—No puede haber ninguna noticia significativa —la azuzó milord en tono jocoso—. O ya hace rato que la habría visto usted.

—Me temo que tiene razón. —Hannah desterró cualquier pensamiento sobre el futuro para centrarse en el presente—. Solo encuentro quejas sobre la interrupción permanente del correo de París. Ni siquiera se confirma o desmiente el artículo que publicó ayer el *Brighton Herald*.

Dicho informe afirmaba que los aliados habían rodeado París y advertía al Gobierno provisional que perecerían si permitían que Bonaparte escapase. De haber estado seguros de la veracidad del informe, tanto Hannah como milord se habrían alegrado. Sin embargo, preferían no hacerse ilusiones.

La noche anterior Hannah rezó para que fuera cierto. Si los franceses se rendían y entregaban a su antiguo emperador al duque de Wellington, lord Hawkehurst descansaría tranquilo, pues su promesa con el campo de batalla se cumpliría sin ningún riesgo adicional para él. Podría retirarse del servicio militar activo y dedicarse a su familia.

Todos los días de esa semana, salvo el martes, que llovió, llevó a alguno de los bebés a visitar a su padre. La complació ver lo hábil y confiado que se había vuelto tratando con infantes en tan poco tiempo. Aún más alentadores fueron los signos del creciente apego que sentía por ellos. Cuando el clima impidió la visita de Alice el martes, su padre se sumió en la tristeza. Aunque Hannah trató de animarlo perdiendo una partida de ajedrez, apenas podía disimular lo satisfecha que estaba de que su plan estuviera surtiendo efecto.

—¿Qué más dicen los periódicos aparte de lamentar la ausencia de correo de París? —El afectuoso susurro del conde interrumpió los pensamientos de Hannah—. ¿Se ha recuperado la bolsa? ¿Qué es lo último en chismes de sociedad? Como no me ponga en pie pronto, me temo

que me preocuparé por tales trivialidades.

Hannah le leyó el periódico, aunque sabía que podía hacerlo solo. El conde la interrumpía de vez en cuando con alguna observación o pregunta. A veces, su charla se volvía tan animada que la noticia quedaba relegada a un segundo plano hasta media hora después.

—Ya está —anunció al fin mientras doblaba el periódico y lo dejaba a un lado—. Ya está al corriente de todo lo que sucede en el mundo.

—¿Y mi carta? —inquirió milord—. ¿Ha contestado ya el ministro de Asuntos Exteriores?

Hannah echó un vistazo a la primera carta y negó con la cabeza.

—No parece oficial. La ha escrito una mujer.

Se la pasó y lo oyó romper el sello mientras volvía su atención a la segunda carta.

—Es de la madre de Molesworth, pobre mujer. —Lord Hawkehurst suspiró—. Era su único hijo. Me pregunto cuántos hogares en el país estarán de luto tras la batalla de Waterloo. ¿Y la otra carta?

—Es para mí. —Hannah la abrazó—. De una vieja amiga que se casó hace poco. Me habría gustado asistir a la boda, pero como se acercaba el alumbramiento de *milady*, no era oportuno que me ausentase de Edgecombe.

Seguro que el conde no deseaba conocer tantos detalles de la vida personal de un empleado. Hannah se guardó la carta de Rebecca en el bolsillo del mandil. Qué amable por parte de su amiga que se hubiera tomado la molestia de escribirle. Hannah había temido que a la prometida de un vizconde no le interesara seguir siendo amiga de una mera institutriz. Pero estaba claro que en ese aspecto Rebecca era igual de amable que *lady* Hawkehurst. Hannah se sentía bendecida por haber tenido tan buenas amigas.

Con una punzada de dolor, recordó que el conde había perdido a su mejor amigo en circunstancias trágicas. ¿Era de extrañar acaso que estuviera tan decidido a llevar ante la justicia al hombre al que consideraba responsable? ¿No querría ella hacer lo mismo si alguien hiciera daño a sus amigas?

—Es admirable que antepusiera su deber a sus preferencias personales. —El conde se quedó mirando la carta de la señora Molesworth mientras le daba vueltas y más vueltas—. Me alegro de que Clarissa haya estado con usted en mi ausencia. Sé que debe de haber sido un gran apoyo y consuelo para ella. Mucho más de lo que lo hubiera sido yo, sin duda.

Sus palabras hicieron que Hannah se remontara a esos miserables días con demasiada viveza. Sin embargo, recordarlos no la angustió tanto como darse cuenta de lo recientes que habían sido. Se dijo que había estado demasiado ocupada cuidando de milord y supervisando el cuidado de los niños para llorar la muerte de *lady* Hawkehurst como era debido. Pero esas excusas no aliviaron la culpa que la carcomía por dentro.

—Hice lo que pude. —Agachó la cabeza—. Pero era a usted a quien quería a su lado. Lo único que podía hacer era decirle que estaba de camino y rogarle que esperara.

Se sumieron en un silencio frío y frágil.

Lord Hawkehurst fue quien lo rompió, por supuesto. Lo soportaba todo menos la inactividad.

—¿Qué le cuenta su amiga, si no es indiscreción preguntar? ¿Cómo fue el enlace, tal vez? Me vendría bien oír buenas noticias, si no le importa compartirlas.

Había un deje de súplica en su voz que Hannah no pudo resistir. Además, le intrigaba saber qué le habría escrito Rebecca. El conde tenía razón. Tras una semana de nervios e incertidumbre, una ración de buenas nuevas sería más que bienvenida.

—Muy bien, señor. —Sacó la carta del bolsillo de su delantal, rompió el sello y la desdobló—. Rebecca empieza diciendo que lamenta mucho que ninguna de sus amigas de la escuela asistiese

a su boda, pero que entiende que es un viaje largo y que tenemos responsabilidades con nuestros patrones.

—Los viejos amigos de la escuela son los mejores —reflexionó el conde—. Si se cuidan bien, un conocido puede acabar convirtiéndose en alguien muy especial con el paso de los años. Supongo que había más damas en su círculo.

Su pregunta hizo que Hannah levantara la vista de la carta. ¿De verdad estaba interesado en sus amigas o solo desesperado por entretenerse?

—Sí, señor. Éramos seis: Rebecca, Marian, Grace, Leah, Evangeline y yo. Nos conocimos en una escuela del norte de Inglaterra, una institución benéfica para educar a las hijas de clérigos que habían quedado huérfanas.

Se refirió a la escuela Pendergast como de pasada, pero le hirvió la sangre de recordar ese espantoso lugar.

—Al acabar la escuela, mis amigas y yo encontramos empleo de institutrices. Nos mantenemos en contacto por correo.

—Pero ¿no pudieron reunirse en la boda de su amiga? —El conde, genuinamente interesado, parecía lamentarlo de veras—. ¿Era una escuela buena? Se la ve bien educada.

—Gracias, señor. —De nuevo esa peligrosa chispa de felicidad en respuesta a su alabanza—. Recibimos un curso de estudio muy... riguroso. Aunque, si le soy sincera, no lo considero un buen lugar. De no haber sido por mis amigas, que eran muy amables, mi estancia allí no habría sido más que... desgracia.

Se le hizo un nudo en la garganta, lo que en su opinión era bastante absurdo tantos años después. Pero, de pronto, sus experiencias en la escuela Pendergast se le antojaron demasiado frescas. ¿Sería porque había enterrado esos recuerdos durante años y no había hablado de ellos con nadie, ni siquiera con la difunta condesa, a quien tan unida estaba? ¿O acaso el reciente fallecimiento de *lady* Hawkehurst había despertado dolorosos recuerdos de otra pérdida?

Hannah parpadeó con rabia y luchó por contener las lágrimas que amenazaban con caer.

El cálido roce de la mano del conde en la suya la sobresaltó tanto que por poco se cayó de la silla mientras chillaba del susto. Levantó la cabeza de golpe y se topó con su mirada. Sus ojos estaban tan cerca que podría haberse perdido en sus tentadoras y oscuras profundidades.

—Siento oír eso. —Además de la clara empatía, su voz destilaba una indignación más que justificada.

¿Por eso había ingresado en la caballería, para combatir a los opresores y liberar a sus víctimas? Ya era tarde para Hannah y sus amigas. Se habían unido para defenderse entre ellas.

Sin embargo, se preguntó si en parte seguiría presa de su pasado y necesitaría que la rescatasen.

—Sé que no puedo hacer nada después de tanto tiempo —prosiguió *milord*—, salvo, tal vez, escuchar.

La perspectiva de desahogarse hizo que Hannah sintiera que estaba en la orilla alta de un río, a punto de arrojarle a aguas desconocidas. A pesar de su inquietud, la promesa de libertad y fuerzas renovadas la empujó a dar el paso.

Capítulo siete

¿La señorita Fletcher, competente y responsable, tenía un pasado doloroso y amigas a las que era fervientemente devota? Gavin no habría imaginado nunca que tuvieran tanto en común.

Por lo general, como cualquier hombre que se precie, aborrecía las lágrimas. Clarissa explotaba con frecuencia esa debilidad para salirse con la suya. No obstante, presentía que Hannah Fletcher no recurriría nunca a semejantes artimañas. Se esforzaría al máximo por no derramar ni una lágrima. Y si fracasase, se iría a llorar en secreto para no cargar a nadie con una pena que era solo suya.

¿Cómo podía estar tan seguro? No conocía a la dama de hacía mucho, y hasta hacía muy poco no la había tenido en consideración. A esa incómoda pregunta la siguió una punzada de vergüenza por haber pensado tan mal sobre su difunta esposa. Al fin y al cabo, Clarissa era la madre de sus hijos, a los que cada día quería más. Ya que no la había hecho feliz en vida, lo menos que podía hacer era tratar su memoria con respeto y bondad.

¿Estaría pensando lo mismo Hannah Fletcher cuando se tensó con su roce y retrocedió ante su cercanía?

—¡Señor, no debería estar así sentado! —Se levantó como un resorte y casi lo empujó contra las almohadas—. Podría reabrirsele la herida. ¿Le duele? ¿Quiere que llame al médico?

Gavin negó con la cabeza.

—No se apure. Estoy perfectamente. —El movimiento repentino hizo que le diera un espasmo sordo en los músculos, pero no pensaba decírselo—. Estaba tan preocupado por usted que he olvidado mi dolencia. Perdóneme por despertar recuerdos tan desagradables.

¿De verdad se había ofrecido a escuchar lo que tuviese que decirle? Le costaba creerlo. Clarissa solía quejarse de que nunca la escuchaba. Gavin no podía negar la acusación. Uno de tantos en su larga lista de defectos como marido.

¿Cómo es que estaba tan dispuesto a escuchar a Hannah Fletcher y tan intrigado por su pasado y sus sentimientos? ¿Su tediosa convalecencia y la frustrante falta de noticias de Francia habían hecho que estuviera desesperado por distraerse? ¿O sería acaso un intento por expiar los cuantiosos errores que había cometido con Clarissa? Su esposa ya no estaba allí para ampararse en ella, por lo que acudía a la que hubiera sido su confidente, la señorita Fletcher.

La explicación acalló los remordimientos de Gavin.

—No podía saberlo. —Hannah Fletcher fue mucho más rápida en disculparlo que él—. No debería haber sacado el tema. Debería estar agradecida de que nos acogieran en algún sitio tras la muerte de nuestro padre. Puede que no fuera el mejor lugar del mundo, pero recibí una educación que me preparó para ganarme la vida y tuve la suerte de hacer amigas a las que aprecio mucho. Eso le recordó a la señorita Fletcher su carta, que había caído al suelo cuando se levantó de la silla de golpe. Se agachó a recogerla.

—¿Desea que le lea lo que sigue? ¿Le he dicho que el flamante marido de Rebecca es vizconde? A lo mejor lo conoce.

Gavin reconocía una maniobra de distracción cuando la veía. Había colaborado en estrategias de ese tipo durante la campaña peninsular. Su objetivo era hacer que el enemigo no reparara en sus puntos débiles para que no los reconociera y los explotara. Esperaba que la señorita Fletcher no lo considerara su rival ni creyera que usaría su vulnerabilidad en su contra.

—¿A nosotros? —preguntó como quien no quiere la cosa.

La señorita Fletcher no entendió la pregunta.

—¿A nosotros?

—No, no a nosotros. —Se señaló a él y después a ella—. Mientras hablaba de la escuela benéfica, ha dicho: «Debería estar agradecida de que nos acogieran en algún sitio». Me preguntaba a quién se refería aparte de a usted.

—A mi hermana. —Hannah Fletcher leyó la carta con avidez—. Rebecca dice que fue una ceremonia preciosa. Fue una boda doble.

—¿Hermana mayor o menor? —la interrumpió Gavin en cuanto se detuvo a coger aire—. ¿Dónde está?

La señorita Fletcher se dio cuenta de que su intento de distracción estaba teniendo el efecto contrario. Levantó la vista de la carta y se encontró con los ojos del conde clavados en ella.

—Menor. En el mismo lugar que su esposa: con Dios.

El gris acerado de sus ojos insistía en que no le sonsacaría más información, mientras que el azul claro le rogaba en silencio que respetara su intimidad.

Este último tuvo mucha más influencia sobre Gavin. Desterró su curiosidad y desvió sus preguntas por otro derrotero.

—¿Quién es el vizconde que se casó con su amiga? A menos que haya servido en el Ejército, dudo que nos conozcamos, pero puede que haya oído hablar de él.

Los rasgos tensos de la señorita Fletcher se relajaron y mutaron en una expresión de alivio y gratitud.

—El flamante marido de Rebecca es Sebastian Stanhope, el vizconde Benedict. Su hermano se casó con la joven que había sido alumna de Rebecca durante muchos años.

—¿Benedict? —El nombre hizo que Gavin dejase de pensar en el pasado de la señorita Fletcher—. Solo conozco al caballero por su reputación, pero basta con eso para que se haya ganado mi aprecio. Ningún otro hombre del Parlamento se ha esforzado más por apoyar a las tropas británicas durante esta guerra infernal. Llevo tiempo deseando conocerlo y estrecharle la mano.

—Parece la clase de caballero que merece una esposa tan magnífica como Rebecca. —A Hannah se le iluminó el semblante y esbozó una sonrisa de sincera felicidad por los recién casados.

La imagen removi6 algo en Gavin. A su vez, no pudo evitar comparar la buena opini6n que ten6a la se6orita Fletcher de lord Benedict con su actitud hacia 6l. Era evidente que no cre6a que mereciese a Clarissa. Seguramente ten6a raz6n.

Por fortuna, sus siguientes palabras lo distrajeron de ese pensamiento descorazonador.

—A juzgar por lo que dice Rebecca, es posible que cumpla su deseo de conocer a su marido. Lord Benedict la llevar6 de viaje de bodas por todo el pa6s para que visite a sus amigas. En dos semanas estar6n en Kent. Conf6a en que tenga un rato para verla. Para entonces ya deber6a de estar usted en pie, se6or. Si no es inconveniente, 6podr6a dispensarme un par de d6as para que me re6na con mi amiga? Hace tiempo que no tengo vacaciones.

Cierto, para entonces ya deber6a de estar en pie, reflexion6 Gavin. Ya no depender6a de la se6orita Fletcher para entretenerse. Por alguna raz6n, la perspectiva no lo atra6a tanto como esperaba.

—Desde luego, t6mese el tiempo que guste para ver a su amiga. Ha demostrado una devoci6n ejemplar para con mi familia en un momento de necesidad. Se merece unas buenas vacaciones.

—Si bien lo dijo de coraz6n, Gavin no pudo reprimir una extra6a sensaci6n de vac6o al pensar que la se6orita Fletcher se marchar6a, aunque fuera poco tiempo—. 6D6nde se alojar6n lord y lady Benedict cuando veng6n a Kent? —Se pregunt6 si el vizconde tendr6a amigos o parientes en la zona.

La señorita Fletcher giró la carta y siguió leyendo.

—Rebecca me pide que le recomiende una buena posada cerca de Edgecombe. Confieso que ando perdida en este asunto. Quizá el señor Owens sí conozca alguna. Le preguntaré en cuanto pueda.

—Tengo una idea —dijo Gavin—. ¿Qué tal si les propone que se hospeden en Edgecombe? Así usted y su amiga podrán pasar más tiempo juntas. Y seguro que su marido y yo tendremos mucho de que hablar.

Si bien había llegado a apreciar la compañía de la señorita Fletcher, echaba en falta relacionarse con amigos varones.

—Es un ofrecimiento muy amable por su parte, señor. —La señorita Fletcher negó con la cabeza—. Pero no osaría invitar a mis amigos a su casa.

—Tonterías. —Gavin rechazó su objeción con un gesto—. Edgecombe dispone de espacio de sobra para albergar un ejército. Es un desperdicio tener tantas habitaciones vacías cuando podrían aprovecharse algunas. Seguro que los criados agradecerán tener a gente por aquí.

—Pero Edgecombe está de luto —le recordó ella como si le reprochase que lo hubiese olvidado—. ¿No sería una falta de respeto a la memoria de *milady* recibir invitados tan pronto?

¿Sí? Ni estando muerta acertaba con Clarissa.

—No sugiero que demos una fiesta —insistió—, sino que se reencontre tranquilamente con una vieja amiga. Teniendo en cuenta que fue su apoyo incondicional cuando más lo necesitaba, seguro que mi esposa lo habría aprobado.

En realidad no estaba tan seguro de que Clarissa hubiera accedido. Pese a la confianza que había depositado en la institutriz de Peter, Gavin tenía la impresión de que su amistad no era recíproca. Gavin no tenía intención de dejar que eso sucediera entre él y la señorita Fletcher. Su familia ya estaba en deuda con ella. Además, a ambos les vendría bien la visita de sus amigos.

Esa, se dio cuenta, podría ser la mejor forma de metérsela en el bolsillo.

—Por favor, señorita Fletcher, consideraría un gran favor que me permitiera ofrecerles a lord y lady Benedict la hospitalidad de Edgecombe. Así podría ver a su amiga y supervisar el cuidado de los niños a la vez. Y me gustaría mucho conocer al vizconde. Si alguien sabe lo que está pasando en Francia y puede prever las posibles consecuencias, es él. Hablar de la situación con él podría tranquilizarme.

La institutriz no respondió de inmediato, y él no trató de apresurarla. Gavin sintió que sus preferencias contradictorias bregaban por tomar la delantera.

—Sé lo que pretende —acabó diciendo—. Intenta que parezca que le estaría haciendo un favor si accedo.

Procuró que no se le notase que lo había pillado.

—Entonces acepta.

—Miente usted muy mal, lord Hawkehurst. —Por cómo lo dijo, con un destello plateado en los ojos y una sonrisa torcida, era obvio que se lo decía como un elogio, no como una crítica.

Gavin, con una sonrisa tímida, contestó:

—A lo mejor hay veces en las que no es tan horrible fallar.

Qué curioso. Nunca lo había visto así, pero cuanto más pensaba en ello, más cierto le parecía.

—Mi padre decía que no tenía sutileza. Supongo que quería decir que no tengo pelos en la lengua.

—¿Qué más decía su padre de usted?

Gavin se encogió de hombros como diciendo que no se acordaba. La señorita Fletcher había vuelto las tornas al preguntarle sobre momentos de su pasado que prefería olvidar. Quizá le

debiese una respuesta para compensar la intromisión anterior.

Sin embargo, era más que eso. En parte deseaba abrirle la puerta a su pasado —solo un resquicio—, para que se asomase a su interior. A fin de cuentas, la institutriz lo había visto cuando peor y más débil se encontraba, y, aun así, había distinguido las suficientes virtudes para cambiar la pésima opinión que tenía de él.

* * *

¿Por qué iba a revelarle el conde algo tan íntimo y, tal vez, desagradable de su pasado cuando ella se había negado a responder a sus preguntas sobre su hermana y no le había dado más que migajas? Como su patrón, él tenía mucho más derecho a investigar su pasado que ella a interrogarlo por el suyo.

No obstante, aun a sabiendas de que no tenía derecho a una respuesta, Hannah no podía evitar desearla. Debía de ser porque milord había demostrado ser un hombre muy distinto del que creía Hannah. Tal vez sentía que era su deber entenderle más, algo que no había empezado a hacer hasta hacía poco. Para bien o para mal, los eventos de su pasado lo habían convertido en la persona que era, del mismo modo que el pasado de Hannah la había moldeado a ella.

La anterior confesión del conde, la que explicaba por qué se casó, la dejó de piedra y la llevó a preguntarse qué más secretos ocultaría.

El día anterior, movida por esa misma curiosidad, lo consultó con el señor Owens.

—No sabía que milord tuviese un hermano mayor. Supongo que lo recordará bien usted.

—Perfectamente, señorita Fletcher. —El mayordomo le había pedido que fuera a la biblioteca para enseñarle un retrato formidable. En él aparecían un caballero y dos niños pequeños—. Estos son el quinto conde de Hawkehurst, su primogénito, lord Edgecombe, y el conde actual.

El niño mayor parecía de la edad de Peter y guardaban un gran parecido físico. Su padre, de rasgos eminentes y sentado en una butaca, pasaba el brazo por los hombros del niño y lo miraba con un afecto que rayaba en la veneración. El hijo menor llevaba el vestido corto que solían usar los niños de tres años y estaba sentado en el suelo, a cierta distancia, jugando con un cachorro de *spaniel*.

—Lord Edgecombe era el ojito derecho de su padre. Un joven inteligente con un futuro prometedor en política. —Owens movió la cabeza con pesar—. Al conde no le sentó nada bien su muerte. Vivió lo suficiente para ver al amo Gavin casarse y tener un heredero. A menudo pensaba yo que si el conde hubiera vivido lo suficiente para ver lo mucho que se parece el actual lord Edgecombe a su difunto tío, habría tenido un motivo para vivir.

¿El padre de Gavin Romney no sentía que tuviese motivos para vivir por su hijo menor?, se preguntó Hannah bastante indignada. Sin embargo, no se atrevió a hacerle al señor Owens una pregunta tan crítica con su difunto amo.

Ahora se sentaba cerca del hombre que otrora fuera el niño pequeño que jugaba con el perro. ¿No le había dicho que entendía más a los caballos que a las personas? ¿Sería porque de pequeño había recibido más cariño de los animales que de su familia?

—Mi padre lo comentaba todo —concluyó el conde tras una larga pausa—. Le gustaba señalar mi pésimo instinto para la supervivencia.

A Hannah le hirvió la sangre. Se acordó de las críticas que las maestras de Pendergast hacían a sus alumnas con el pretexto de que así mejorarían. No había sufrido tanto como su intrépida líder, Evangeline, o Grace, cuya belleza despertaba envidias y rencor en las mujeres que no eran sus amigas. Hannah trataba de aceptar las críticas con afán de superación, pero le molestaban sobremanera los comentarios despectivos hacia sus amigas.

Así pues, se apresuró a defender a Gavin Romney del censor de su padre.

—¡Bah! Eso significa es que es usted valiente y desinteresado. Un hombre preocupado únicamente por su supervivencia no se habría arrojado al fuego enemigo para rescatar a su amigo.

Si creía que sus palabras le levantarían el ánimo, se equivocaba. Se le ensombreció la mirada, no solo los ojos.

—Menudo rescate. No solo no salvé a mi amigo, sino que me puse en peligro yo, lo que podría haber dejado huérfanos a mis hijos. Creía que usted más que nadie coincidiría con mi padre en que tener un pésimo instinto para la supervivencia es un defecto grave.

Hannah abrió la boca pero le resultó imposible emitir una respuesta. ¿Acaso creía el conde que era como su padre, que reprobaba todo lo que hacía y cada decisión que tomaba? Deseó negarlo. Pero, al echar la vista atrás, no pudo evitar preguntarse si le había dado motivos para que pensase así. ¿Acaso los años que había pasado en la escuela Pendergast y una vida de esfuerzo y superación habían hecho que juzgase a los demás con demasiada dureza?

—Reconozco que, por el bien de sus hijos, desearía que fuera usted más prudente. —Esa no era la única razón, pero Hannah no se atrevía a decírla. Solo de pensar que el conde pudiera sufrir algún daño se estremecía—. Pero no critico su valentía ni su voluntad de arriesgar su vida por salvar la de los demás, pues forma parte del hombre que es.

Confiaba en que su tono transmitiera que lo consideraba un hombre muy bueno pese a los errores y defectos que lo hacían humano.

—En cuanto a su amigo —prosiguió—, su muerte no fue culpa suya. ¿Cree que le habría ido mejor si lo hubiera dejado en el campo de batalla?

El conde lo meditó un instante. Dio la impresión de que miraba en su interior, como si reviviera el episodio en busca de la respuesta a su pregunta.

—No vi que los franceses estuvieran haciendo prisioneros. Supongo que estaría muerto de todas formas.

Ser consciente de eso lo consoló en cierto modo, lo que complació a Hannah.

Reprimió el súbito impulso de apartarle un mechón oscuro de la frente como habría hecho con Peter.

—Gracias a usted, el comandante Molesworth pasó sus últimos momentos entre sus camaradas, siendo atendido. Y murió sabiendo que estaba dispuesto a arriesgar su vida por él. No subestime el valor de semejantes bendiciones.

Milord ponderó sus palabras.

—Nunca lo habría visto así. Hace que vea muchas cosas con otros ojos, señorita Fletcher. ¿Puedo pedirle que reconsidere mi oferta de invitar a lord y *lady* Benedict a Edgecombe? Lo digo en serio cuando digo que me haría un favor.

—En ese caso, está bien —accedió Hannah, todavía algo reacia. Preveía que sería muy incómodo tener a su íntima amiga de invitada en la casa en la que trabajaba. En el mejor de los casos, el puesto de una institutriz era ambiguo en cualquier hogar; el suyo más que el de la mayoría debido a su amistad con la difunta condesa—. Si tan decidido está...

—Sí. —El conde parecía complacido de haberse salido con la suya—. Aunque mi padre lo habría considerado terquedad. Si fuera tan amable de traer su caja de escritura, me gustaría dictarle una carta de invitación.

Justo entonces sonó el reloj de la chimenea.

—¿Ya es esta hora? —exclamó el conde—. Confieso que se me está pasando la convalecencia más rápido de lo que esperaba.

No sonaba tan satisfecho como esperaba Hannah.

* * *

Ya había transcurrido más de la mitad de su quincena de cautiverio. Gavin se maravilló de lo deprisa que había pasado. De haber sabido cómo sería, no se habría opuesto tan rotundamente al principio.

El horario de la señorita Fletcher había dividido las interminables horas en segmentos más soportables. Rara vez se cansaba de una actividad antes de que tocase pasar a la siguiente. A menudo, él y la señorita Fletcher entablaban una conversación y, al pasárseles los minutos y las horas volando, se olvidaban por completo del horario.

Al inicio requirió su compañía bajo la errónea creencia de que la animadversión que se profesaban lo desafiaría y divertiría. En cambio, había descubierto que tenían más en común de lo que habría creído posible. Para su sorpresa, las visitas de los mellizos también habían contribuido. Estaba descubriendo sus distintas personalidades y advirtiendo pequeños cambios en ellos a medida que crecían. Le asombró averiguar que podía coger a un bebé sin hacer que estallase en llanto. Y si aun así el niño lloraba, lograba calmarlo.

—Nunca pensé que cuidar bebés fuese una habilidad que se pudiera aprender, practicar y mejorar, como montar a caballo o disparar —le comentó a Hannah Fletcher mientras jugaban al ajedrez para matar el tiempo hasta que llegase la correspondencia del viernes—. Daba por hecho que o se nacía con mano para los niños, como usted, o sin ninguna maña, como creía que era mi caso.

La señorita Fletcher avanzó su alfil. Era una jugadora mucho más cauta y reflexiva que él, lo que le daba ventaja a veces. Otras, en cambio, las jugadas audaces y decisivas de Gavin le daban la victoria a él.

Sospechaba que estaba tratando de contener una sonrisa tímida. ¿Era porque creía que ganaría la partida o porque Gavin había dicho que tenía mano con los niños?

—Seguro que ha estado lo suficiente con bebés como para comprobar que casi todo lo que hacemos los humanos se aprende. No he nacido con más mano que usted o cualquier otra persona para cuidar niños. Pero he tenido mucha práctica y gracias a mi experiencia he aprendido a tratar con ellos lo mejor posible. Es cuestión de aplicarse y desear mejorar.

—¿Seguro? —Gavin avanzó un peón para amenazar a su alfil—. ¿No cree que existen personas con aptitudes especiales para ciertas disciplinas, como, por ejemplo, la música, los idiomas o la jardinería?

O la equitación. Debieron de sentarlo en un poni y enseñarlo a hacerlo correr, saltar y detenerse de nuevo. Le explicarían qué debía hacer para mantenerse erguido en su silla y moverse con su montura para no ir dando tumbos como un saco de comida. Pero fue hace tanto que no recordaba un tiempo en el que no se sintiera como en casa a lomos de un caballo. Mucho más en casa que en un aula o en una asamblea de postín.

¿Podría haber adquirido las habilidades necesarias para despuntar también en esos ambientes si se hubiera aplicado? Se había convencido de que sería inútil intentarlo. Ahora empezaba a preguntarse si se habría equivocado.

La señorita Fletcher observó el tablero de ajedrez mientras meditaba su próximo movimiento y, tal vez, su pregunta. Gavin se moría de ganas de oír su respuesta. A menudo sus opiniones no coincidían con las suyas, lo desafiaban a sopesarlas de manera más crítica y, a veces, a mirar el mundo con otros ojos. Para su sorpresa, estaba empezando a disfrutarlo.

Su oponente acababa de agarrar la mitra del alfil con sus dedos finos y diestros cuando Owens irrumpió con el correo del día.

—Buenas noticias del extranjero, mi señor. —El mayordomo, en un gesto contrario a su

circunspección habitual, no pudo resistirse a agitar los periódicos—. ¡París se ha rendido!

—¿De veras? —Hannah Fletcher soltó el alfil blanco y derribó varias piezas de ajedrez más mientras se levantaba como un resorte para aceptar la correspondencia—. ¡Qué alivio!

Ojeó el periódico y al instante encontró lo que buscaba. Cuando Owens hubo abandonado la estancia discretamente, leyó en alto y con tanta premura que se trabó con algunas palabras.

—Al fin somos libres del estado de zozobra e incertidumbre en el que nos habían sumido las consecuencias de la expedición a París y somos felices. Anoche llegó lord Arthur Hill con despachos del duque de Wellington en los que se anunciaba que París se había rendido el pasado lunes con condiciones.

—Conozco a Hill —interrumpió Gavin—. Edecán del duque. Su padre es el marqués de Downshire. Un joven muy formal. Y un segundo hijo, como él y tantos otros oficiales británicos. La señorita Fletcher aprovechó su interrupción para recuperar el aliento. Cuando terminó de hablar, reanudó la lectura por donde la había dejado y relató que las tropas de Wellington se habían desplazado a Gonesse y las del príncipe Blücher, a Versalles, mientras que el general Grouchy se retiraba para ocupar las cumbres de Montmartre.

—Finalmente, el lunes a las tres, la ciudad claudicó tras llegar a un acuerdo militar: las tropas depusieron las armas, el Gobierno provisional se disolvió y Luis xviii volvió a proclamarse soberano.

—Eso está muy bien —dijo Gavin. Detestaba desanimar a la señorita Fletcher, pero tenía que saber la historia completa—. Pero ¿han impreso los despachos propiamente dichos?

Tal vez ellos sí contendrían la información que necesitaba oír.

—Ahora iba. —La señorita Fletcher leyó los despachos, incluidos los dieciocho artículos de rendición firmados en Saint-Cloud por los comisionados designados por ambas partes—. Es una buena noticia, ¿verdad, señor? Por la expresión de su rostro, me inclino a pensar lo contrario.

—Ciertamente es mejor que no tener noticias. —Gavin se puso a recoger las piezas de ajedrez y devolverlas a su caja—. Y es oficial, no la niebla de rumores y especulaciones con las que nos han importunado la última semana. Pero para mí la noticia más significativa reside en lo que no cuentan ni el artículo ni los despachos.

La señorita Fletcher bajó despacio el periódico, y, con el ceño fruncido, dijo:

—Disculpe, no entiendo a qué se refiere.

—¿No se ha percatado de que hay un nombre que brilla por su ausencia?

La dama abrió los ojos como platos cuando cayó en la cuenta.

—Bonaparte. No se lo menciona en ningún sitio.

Capítulo ocho

No se mencionaba a Bonaparte. ¿Cómo no se había dado cuenta?, se preguntó Hannah al día siguiente cuando los periódicos se hicieron eco de la pregunta de milord.

—¿Qué ha sido de Bonaparte? —Miraba al conde entre frases para evaluar su reacción—. Su salida de París, pública y por todo lo alto, se afirma con rotundidad. Una carta de Ruan que data del tercer día del presente mes asegura que lo detuvieron mientras escapaba, pero no dice a dónde se lo llevaron ni da ningún detalle. Así pues, se duda de su veracidad. Si finalmente escapa, debería considerarse un incidente singular de este abigarrado drama.

Con cada palabra que leía, el conde apretaba más la mandíbula. Sus cejas negras se cernían sobre sus ojos como nubarrones que anunciassen tormenta.

—¿Cómo han podido dejarlo escapar? —Golpeó el colchón con el puño—. Y encima a la vista y por todo lo alto.

Miró a Hannah con una intensidad tan feroz que la institutriz imaginó que le salían relámpagos de los ojos.

—¿Todavía cree que soy un necio con sed de venganza por estar decidido a llevar a ese hombre ante la justicia?

El arrebato del conde la estremeció como no lo habría hecho diez días antes. Antaño habría esperado —puede que hasta agradecido— desfogarse con él. Pero, de un tiempo a esta parte, algo fundamental había cambiado entre ellos. Creía que habían llegado a entenderse y respetarse mutuamente. Tal vez no se hubieran hecho amigos, pero ¿era mucho pedir que al menos se llevaran bien?

—¡Nunca he creído nada semejante! —protestó—. Al menos, últimamente...

—¿Todavía cree que debería dejar la misión a otros más capacitados que yo? —Esa vez no le dio opción a réplica y añadió—: ¿A los aliados, quizá, que han permitido que Bonaparte se les escurra de entre los dedos?

—¿Está seguro de eso? —La vieja animadversión de Hannah saltó como un perro dormido al que despiertan a patadas de golpe—. ¿Y si la carta de Ruan dice la verdad y lo han detenido?

El conde le arrebató el periódico de las manos. Tras una breve pausa para encontrar el artículo, leyó el resto con la voz áspera por la indignación.

—Hay que investigar cómo y quién le parará los pies. Los aliados no tienen fuerzas en el camino que iba a tomar, y no es probable que se entregue a sus enemigos.

Dejó el periódico con brusquedad.

—Recuerde mis palabras: como alguien no tome medidas pronto, Bonaparte se escabullirá y volverá con una nueva estrategia. Cuando regrese, es posible que los aliados no gocen de la buena fortuna que tuvimos en Waterloo y cambien las tornas. ¿Quién sabe cuántos jóvenes más perderán la vida por la falta de una acción decisiva ahora?

Hannah deseó rebatir su argumento, pero le resultó imposible. Estaba convencida de que los aliados priorizarían la captura de Bonaparte, básicamente por los motivos que había alegado milord. Pero, por lo visto, se equivocaba. ¿Acaso perseguir al exemperador en busca de justicia era la única respuesta para un hombre decidido?

—¡Esta noticia es de hace cinco días! —exclamó el conde, furioso—. ¿Quién sabe dónde estará Bonaparte ahora? Hay muchos puertos en un trayecto de cinco días desde París. Como se cuele en una fragata y se vaya...

—Seguro que la marina real está vigilando los puertos. —Mientras lo decía, Hannah sabía que se estaba aferrando a un clavo ardiendo. Echó un vistazo al mapa de Francia en el que habían ido dejando constancia del paradero de Bonaparte: había cientos de kilómetros de costa.

—¡La marina real lo dejó escapar de Elba! —replicó el conde como si Hannah tuviera la culpa de ese desliz—. Como Bonaparte vuelva a escurrírseles de entre los dedos y navegue hacia lugares ignotos, será mil veces peor que antes. Al menos en Elba podíamos controlar sus movimientos hasta cierto punto. Como huya a América o a las Indias, regresará cuando le plazca, tal vez al frente de una fuerza naval conformada por nuestros enemigos.

La alarma y la desesperación que teñían la voz de milord eran contagiosas. En el fondo de su alma, Hannah presentía lo horrible que sería para muchísima gente que no le parasen los pies de inmediato. Pero no soportaría ver a lord Hawkehurst regresar a Francia y embarcarse en una búsqueda en solitario para localizarlo. En unos días el médico lo declararía lo bastante bien como para levantarse de la cama. Eso no significaría que estuviese en condiciones de cabalgar y navegar largas distancias; comer y dormir en sabía Dios qué condiciones. Por no hablar del peligro al que se enfrentaría si acorralase al hombre que había subyugado a Europa.

—Me equivoqué al suponer que otros atraparían a Bonaparte sin su ayuda —admitió a regañadientes—. Suelo decir que si quiero algo bien hecho debo hacerlo yo misma. Entiendo por qué se siente así respecto a una misión tan trascendental.

—¿De veras? —El conde se mostró un tanto suspicaz al ver que estaba de acuerdo con él.

Al menos se lo veía más tranquilo. Hannah estaba deseando hacer lo que fuera con tal de que siguiera así. Lo último que quería era que el conde cediera a su frustración e hiciera algo que pusiera en peligro su recuperación.

—Pues claro. —Cogió el periódico y lo puso fuera de su alcance. No quería que leyese más cosas que lo alterasen—. Pero lo mejor que puede hacer ahora es seguir recabando información y centrarse en recobrar las fuerzas.

En cuanto acabó de hablar, Hannah se dio cuenta de que debería haber omitido una de las sugerencias.

—¿Información? —El conde abarcó el mapa de Francia con el brazo en un gesto desdeñoso—. Eso es lo que me repatea. Mi información está muy por detrás de los movimientos reales de Bonaparte. Para cuando esté en condiciones de seguirle la pista, me sacará más ventaja aún. No me extrañaría que hubiese zarpado ya hacia lugares remotos.

—Es posible. —Hannah simpatizaba mucho más con la misión que se había autoimpuesto que cuando le habló de ella por primera vez. Aun así contravenía la promesa que le había hecho ella a su esposa. Más que nunca, deseó mantenerlo a salvo en Edgecombe con ella y los niños.

Con ella no; con sus hijos, la reprendió su conciencia.

—P-pero —continuó, nerviosa por su inopinado pensamiento— si Bonaparte ha huido del continente, no me cabe la menor duda de que podrá seguirle el rastro una vez que se reponga. Lo peor que podría hacer sería ir tras él sin estar del todo recuperado.

Eso era lo único que podía hacer de momento: rezar para que su estado de salud lo obligara a posponer su partida lo máximo posible. Con suerte para entonces encontraría otra excusa con la que retrasarlo.

El conde asintió de mala gana.

—Como siempre, habla usted con tino, señorita Fletcher. Pero ya se habrá dado cuenta de que la paciencia no es una de mis virtudes. Espero que sepa que no estoy enfadado con usted, solo con mi situación. Usted es lo único que la ha hecho soportable todo este tiempo... Usted y los niños. Un rayo de felicidad vertiginosa atravesó a Hannah. Se dijo que era porque la aliviaba saber que

la cordialidad que mantenían desde hacía poco no se había perdido.

—Me complace haberlo ayudado, señor.

—Lo que ha hecho este mes excede con creces los deberes que le fueron encomendados. —No había ni rastro de la frustración que había sentido antes el conde. Al revés, su voz rebosaba de la calidez y el afecto propios de los halagos—. ¿Es posible que haya sido así desde que llegó a Edgecombe?

Su tono inquisitivo exigía una respuesta.

—Al principio no. —Hannah no podía apartar la vista de su regazo—. Pero, con el tiempo, *milady* se dio cuenta de lo ansiosa que estaba por ser de ayuda. Empezó a ampararse en mí y a cogerme confianza. Creo que estaba bastante sola en esta casa tan grande.

Sola y abandonada por un marido que antepone su deber militar a su vida familiar. Ahora que Hannah había llegado a conocer más al conde, se dio cuenta de que no era tan sencillo. El conde no era el único culpable de la desdicha de *milady*. Sin embargo, se apiadaba de su difunta esposa más que nunca. Qué difícil debía de ser amar a alguien que no sintiese lo mismo.

—Soy consciente de que *milady* apreciaba su compañía y apoyo. Ojalá hubiera hecho lo mismo yo mucho antes. Dígame ¿hemos recibido respuesta a la invitación que extendimos a lord y *lady* Benedict?

El abrupto cambio de tema pilló desprevenida a Hannah, al igual que su uso del plural.

—T-todavía no, señor. La envié anteayer.

Era excusable que el conde pensase que la había enviado hacía más tiempo. Las últimas semanas habían alterado la percepción del tiempo de Hannah. Por alguna razón, se le habían pasado volando las horas y los días. El final de la convalecencia de milord estaba más cerca de lo que le habría gustado. Por otro lado, habían ocurrido tantas cosas y habían cambiado tantas otras —en concreto su actitud hacia lord Hawkehurst— que parecía que hacía siglos que hubiera fallecido su esposa.

* * *

No debería haberle hablado tan duramente a Hannah Fletcher el día anterior, se reprendió Gavin mientras esperaba a que regresara de la iglesia y trajera a su pequeña para otra visita. Aunque le fastidiaba enormemente que Bonaparte hubiera huido de París sin dificultad, no era culpa suya. Si los aliados hubieran cumplido con su deber con la habilidad y el empeño que ponía la señorita Fletcher en las tareas que abordaba, Gavin estaba convencido de que Bonaparte ya estaría detenido.

Cuando le habló por primera vez de su misión, la señorita Fletcher no entendió lo urgente que era. Pero últimamente detectaba un cambio grato en su enfoque. Puede que no aprobara que abandonara Edgecombe y a los niños el tiempo necesario para llevar a Bonaparte ante la justicia, pero al menos ahora entendía que era imperativo.

Su actitud también había sufrido algún cambio, se vio obligado a reconocer. Por algún motivo, había llegado a albergar la misma esperanza que la señorita Fletcher: que fuese otro el que llevase a cabo la misión que él no podía realizar. Se imaginaba quedándose en Edgecombe, viviendo con su joven prole, seguro de que Napoleón Bonaparte no volvería a irrumpir en la escena europea.

Las noticias del viernes procedentes de París truncaron esa incipiente esperanza e hicieron que lo embargara una ola de vergüenza repugnante. El pobre Molesworth le reprochaba que tuviera sentimientos encontrados respecto al juramento que le había hecho. Su reacción instintiva fue negar sus dudas y volver a comprometerse con su misión con más arrojo. De haber podido levantarse de la cama y partir a Francia de inmediato, habría sido mucho más fácil. En cambio,

se veía obligado a esperar sentado mientras las noticias poco fiables de días atrás alimentaban su frustración. Mientras tanto, su creciente afecto por los mellizos amenazaba con atarlo con hilos de araña.

En parte se arrepentía de haber arremetido contra la señorita Fletcher mientras desahogaba su frustración con ella. Estaba seguro de que contraatacaría o, dolida, se sumiría en el silencio al que tan habituado estaba y contra el que no tenía defensa. En cambio, lo entendió, lo que apaciguó su fervor. No concebía cómo habría soportado los diez últimos días sin ella. El tiempo que pasaba con él se aceleraba mientras que sus breves ausencias lo dilataban más y más.

La de ahora, por ejemplo. Le daba demasiado tiempo para pensar.

Reflexionó sobre lo que debía hacer una vez que se recuperara y sobre la desgana que no quería sentir. Tras darle vueltas un rato, Gavin dio al fin con la solución. Le pediría a la señorita Fletcher que no trajera más a los bebés. Había dejado claro que se preocupaba por sus hijos. Cuanto más tiempo pasara con ellos, más difícil le resultaría abandonar Edgecombe. Cuando cumpliera su promesa y regresara a casa, tendría todo el tiempo del mundo para reanudar su relación. De todos modos, no notarían su ausencia ni echarían en falta su compañía. Eran demasiado jóvenes para tener la menor idea de quién era.

Para cuando llegó Hannah Fletcher con su preciado fardo, Gavin ya había decidido que esa sería la última vez que vería a la pequeña Alice hasta que hubiera cumplido su misión. En lugar de permitir que sus sentimientos por ella lo detuvieran, los convertiría en un incentivo para lograr su objetivo lo más rápido posible y volver así con su familia.

—*Lady Alice* no está dormida hoy —anunció la señorita Fletcher en tono cariñoso—. Desea estar despierta para ver a su papáito.

—Sobre eso... —Gavin abrió los brazos sin pensar para coger a la bebé. En cuanto se la acercó y vio sus ojazos azules, olvidó lo que iba a decir y dijo—: Buenos días, dulce Alice. Confirmando que has crecido desde la última vez que te vi.

De pronto, los rasgos solemnes y delicados de su hija se curvaron en una enorme sonrisa desdentada que hizo que se derritiera de ternura por ella. Gavin le respondió con una sonrisa que a todas luces lo haría parecer bobo. Pero le traía sin cuidado.

—¿Ha visto? —exclamó, ansioso por compartir la experiencia—. Me ha sonreído. ¡Venga a verlo, señorita Fletcher!

—Su nodriza me ha dicho que ha empezado a sonreír. —Hannah Fletcher se sentó en el borde de la cama y se acercó a ellos—. Pero no le he sacado ni una sonrisa. Supongo que se las estaba reservando a su papá, ¿a que sí, *lady Alice*?

—¿De veras? —le preguntó Gavin a su hija con una risita de satisfacción—. ¿Estabas reservando tus sonrisas para mí?

Era un placer compartir ese momento de dicha con Hannah Fletcher. De no haber sido por ella, nunca habría presenciado una de las primeras sonrisas de su hija. Consiguió apartar la vista de la bebé el tiempo justo para mirarla a ella. En sus ojos vio reflejado el mismo amor protector y el mismo cariño que sentía él por su pequeña. Ni las sedas o las alhajas más exquisitas la habrían hecho parecer más hermosa.

Permanecieron ahí sentados, arrullando y riendo como dos tortolitos en vez de como un bravo oficial de caballería y una institutriz imperturbable. Farfullaban y hacían muecas, lo que fuera con tal de sacarle otra sonrisa a su niña. Cuando Alice los recompensó con una sonrisa húmeda y desdentada, quedaron extasiados, como si fuera el momento más feliz de su vida. Gavin tuvo que reconocer que nunca se había sentido tan pletórico.

Se dijo que se debía enteramente a su dulce hijita, aunque tenía la ligera y preocupante sensación

de que había algo más. Alice era una de las primeras personas cercanas a él que no juzgaba ni condenaba sus actos; hacía que se sintiera aceptado y querido. Se preguntó si no sería ese un reflejo más fiel del amor divino que el patriarca severo y castigador que había imaginado durante tanto tiempo.

Sin embargo, mientras la pequeña Alice le agarraba el dedo con fuerza con su manita y le ablandaba el corazón con su arrebatadora sonrisa, Gavin no pudo ignorar la punzada que le asestó su conciencia. No estaba bien que estuviera tan feliz cuando hacía tan poco que había fallecido su esposa. Clarissa le había obsequiado con esos dos tesoritos como un último regalo para él. ¿Qué le había dado él para merecerlos?

Trató de desterrar ese pensamiento inquietante de su mente, pero se aferraba a ella con una tenacidad obstinada. Por fortuna, su hija proporcionaba una distracción muy oportuna. En plena sonrisa, se le contrajeron las facciones y estornudó con fuerza. Se sobresaltó, pues abrió los ojos de golpe —más que nunca— y formó un círculo perfecto con los labios.

Aquello divirtió a la señorita Fletcher, que se echó a reír como una descosida; con tantas ganas que contagió a Gavin. No tardaron en ahogarse de la risa y quedarse sin aliento, mientras la bebé sonreía de lo tontos que parecían. ¿Cuánto tardarían Alice y Arthur en aprender a reír? Gavin esperaba estar allí para oír sus primeras risitas infantiles.

Mientras tanto, sus estridentes carcajadas agotaron a la señorita Fletcher, que se recostó sobre Gavin con el brazo pegado al suyo y la cabeza apoyada en su hombro. A Gavin lo embargó una calidez profunda, avivada por su proximidad.

Antes de que pudiera deleitarse con la sensación, la dama se tensó y se incorporó de sopetón.

—¡Discúlpeme, señor! Por un instante no sabía lo que hacía.

Gavin quiso asegurarse que no le disgustaba tenerla tan cerca, más bien todo lo contrario. Pero no lo consideró pertinente. Además, no era pertinente que se sintiera así. Debería estar de luto por su difunta esposa, no pensando en lo mucho que disfrutaba de la compañía de otra mujer.

—Olvídelo, señorita Fletcher. —Trató de excusarlos a los dos—. Debe de estar exhausta tras tantas horas cuidándonos a mí y a los niños. No me extraña que cabecease aun con mi encantadora hijita entreteniéndonos.

Hannah Fletcher se levantó con torpeza y retrocedió.

—Confieso que estoy bastante cansada, pero no se debe a la compañía de su hija... o a la suya.

La pequeña Alice percibió la repentina tensión entre ellos. Cuando Gavin la miró, ya no sonreía. Movía los brazos y emitía ruiditos nerviosos como para que volviesen a prestarle atención.

—He abusado de usted. —Gavin acunó un poco a la bebé para tranquilizarla—. Haciendo que fuera de acá para allá para atenderme a todas horas. He sido un egoísta miserable al privar a mi hijo de su institutriz porque no se me ocurría con qué distraerme.

Recordar a su hijo mayor hizo que lo atravesase otra punzada de culpa. Había jurado que no tendría preferencia por ninguno de sus hijos, pero había pasado un tiempo considerable con los mellizos e ignorado al joven Peter.

Trató de justificar su comportamiento. Era mucho más fácil tratar con bebés. Con agitarlos y hacerles muecas estaban contentos. Necesitaría mucho más que eso para ganarse a su hijo mayor, si es que era posible después de todo ese tiempo. Eso no era excusa para no intentarlo. Mantener a Peter alejado de su querida institutriz tras haber perdido a su madre hacía poco no era forma de empezar.

—Solo me quedan cuatro días para que me permitan levantarme, y me ha enseñado a matar el tiempo. —Gavin se obligó a decir lo que no quería—. Tal vez debería retomar sus quehaceres habituales a partir de mañana. Puedo apañármelas solo hasta que el médico me conceda la

libertad.

Observó el rostro de Hannah Fletcher, tratando de adivinar su reacción, aunque nunca había sido una habilidad en la que sobresaliera. Era evidente que no había mejorado, pues no sabía decir si estaba desilusionada, dolida o aliviada.

Entonces relajó sus rasgos del mismo modo que una sirvienta alisaría una sábana, lo que se tradujo en una expresión tranquila e inescrutable y una mirada fría que no revelaba sus sentimientos.

—Tal vez sería lo mejor, señor. Si está seguro de que puede prescindir de mí.

Debió de ser alivio lo que vislumbró en ese primer momento de descuido. Gavin se desanimó, si bien se dijo que no fuera tan necio. Él también estaba aliviado, al menos en parte. La creciente cercanía con la señorita Fletcher tenía visos de volverse incómoda. Debería haberlo sentido desde el principio. Su vieja enemistad había hecho que olvidase que era una mujer. Ahora que era consciente de ello —demasiado consciente, quizá—, sería un alivio guardar las distancias.

Debería ser un alivio...

* * *

¿Qué bicho le había picado?

Hannah se esforzó por recobrar la compostura, pero nunca le había costado tanto. Debería haberlo pensado dos veces antes de sentarse en la cama del conde y mirar a la bebé. Pero cuando él la llamó, no lo vio como a un noble o como a su patrón. Solo eran dos personas unidas por el afecto que sentían por los hijos de él.

¿De verdad el conde creía que se había apoyado en él por fatiga, o la estaba excusando para ahorrarles un bochorno tremendo a ambos?

La pequeña Alice notó el súbito cambio en el ambiente, pues empezó a inquietarse. Sus débiles vagidos de angustia aumentaron de volumen. Aunque Hannah trató de no mirar a milord a la cara, por el raballo del ojo vio a la niña agitando los bracitos. No le extrañó que se pusiese a llorar de verdad.

Hannah hizo todo lo que pudo por no unirse al triste coro. Aunque coincidía en que lo mejor sería que retomase sus deberes de niñera, la perspectiva la consternaba profundamente. Se dijo que era porque temía cómo reaccionaría lord Hawkehurst a las nuevas noticias que llegasen del continente. Además, su plan para que se encariñase con los niños estaba resultando muy prometedor. No soportaría renunciar a él mientras aún pudiera dar sus frutos.

Conforme Alice lloraba más y más fuerte, Hannah fue consciente de que debía ofrecerse para llevarse a la bebé, pero no quería que el conde dudara de sus incipientes habilidades como padre. Además, se resistía a acercarse demasiado a milord y rozarle las manos y los brazos con los suyos. Ese contacto inocente despertó sentimientos de los que no quería saber nada. ¿O sí?

Por lo visto, al final el conde no necesitaba su ayuda. Se pegó a la gritona de su hija al hombro y le frotó la espalda.

Bajó su voz grave, que podía sonar áspera y autoritaria, hasta convertirla en un tierno murmullo.

—Santo cielo, ¿qué te pasa? ¿Te hemos hecho enfadar?

Verlo calmar a su hijita removi6 algo muy dentro del corazón de Hannah.

—La habremos alterado. Suele echarse una siesta a esta hora. ¿Desea que se la devuelva a la señora Miller?

—En un momento, tal vez. —El conde hizo eructar a la bebé dos veces—. Usted no querría que me rindiese tan pronto.

Hannah luchó por mantenerse erguida pese a que se le derretían los huesos como mantequilla al sol. Se obligó a apartar la mirada de la conmovedora imagen que transmitían padre e hija. Pues

claro que quería que el conde porfiara en sus deberes como padre aunque no le saliera con naturalidad. Quería que viera que podía mejorar con la práctica y no se tomara los reveses momentáneos como una señal de fracaso.

La pequeña Alice parecía dispuesta a enseñarle a su padre esas valiosas lecciones, pues fue calmándose poco a poco. Al fin, con un ligero tono de orgullo, el conde anunció:

—Creo que ya se ha dormido. En un ratito podrá llevársela.

Hannah no podía permitir que sus esfuerzos hubieran sido en vano cuando milord había hecho tantos progresos. Aprovechando que estaba de buen humor, se atrevió a preguntar:

—¿Aún puedo traerle a los bebés, señor?

El conde lo meditó un instante y dijo:

—Claro, si es tan amable.

—Encantada, señor. —¿Encantada de qué?, se preguntó Hannah. ¿De que su imprudencia no hubiera truncado los planes que tenía para lord Hawkehurst y sus hijos? ¿O de que aún podría verlo un rato todos los días?

No tenía derecho a sentir nada remotamente parecido por el conde, le advirtió su sentido del decoro. ¿Cómo es que se había vuelto tan importante para ella en tan poco tiempo? ¿Verlo interactuar con los bebés habría apelado a sus sentimientos más delicados; esos que se empecinaba en ocultar tras una apariencia de brío e ingenio?

Si iba a pasar tiempo con él de ahora en adelante, necesitaría que hubiese alguien más aparte de los bebés, para que no volviese a perder las formas.

—¿Y Peter, señor? Digo... lord Edgecombe... ¿Puedo traérselo a él también? Creo que le sentaría bien al muchacho.

—Tenía entendido que no quería que Peter me viera así. —La reticencia del conde era tan notoria como sus pobladas cejas negras—. Por si le afectaba.

¿Habría adivinado que sus motivos no eran en su totalidad por el bien de su hijo?

—Al principio no, señor. Pero ya está mucho mejor. Dudo que su estado le cause alguna preocupación.

Milord consideró su propuesta. Hannah deseó saber qué estaba pensando.

—Si cree que sería lo mejor, señorita Fletcher, confío en su buen tino cuando se trata del bienestar de mis hijos.

Ese era uno de los cumplidos más bonitos que podía hacerle.

—Sin embargo —prosiguió—, me temo que sudaré tinta para ganarme el aprecio de mi hijo mayor. Es sencillo ser un buen padre para los más pequeños. Con ellos empiezo de cero. No han soportado años de ausencias e incomodidad. Peter ha sido el niño bonito de su madre todo este tiempo y me da la sensación de que no tiene una buena opinión de mí.

Hannah trató de explicarle que se equivocaba, pero él rechazó sus protestas con un pesaroso movimiento de cabeza.

—No culpo al chico, pero no se me ocurre cómo arreglar la situación. Lo único que sé es que no quiero que piense que prefiero a los mellizos.

—¿Igual que su padre prefería a su hermano mayor? —Nada más decirlo, Hannah se tapó la boca con la mano, horrorizada.

¿Qué tenía Gavin Romney que la hacía hablar y actuar sin pensar tras una vida entera de estricto recato? El conde había demostrado ser más indulgente de lo esperado con sus yerros, pero no deseaba comprobar hasta dónde llegaba su tolerancia. Por el bien de los niños, no podía arriesgar su puesto en Edgecombe.

Empezó a farfullar una disculpa, pero el conde la interrumpió.

—Me ha leído la mente, señorita Fletcher. Mi hermano era el ojito derecho de nuestro padre. Él no hacía nada mal mientras que yo no hacía nada bien. Mi padre insistía en que no me esforzaba lo suficiente, pero nada más lejos de la realidad. Al final dejé de intentarlo porque sabía que era inútil. Nunca estaría a la altura de sus expectativas.

¿Le habría ocurrido lo mismo con su esposa? Hannah apretó los labios para no hacer más preguntas impertinentes. No quería ni planteárselo siquiera. ¿Cómo podía ser tan desleal a la memoria de *milady*?

Desleal o no, quizá fuera verdad, insistió una vocecita testaruda dentro de ella. La condesa parecía una esposa muy entregada a la que le angustiaba que su marido no sintiera lo mismo. Hannah había empatizado con su retahíla de quejas sobre el conde y creído que todas eran ciertas. Ahora se preguntaba si alguna demostración de afecto, por generosa que fuera, habría satisfecho a *milady*.

Peor aún, Hannah se preguntó si su empatía e indignación no habrían hecho más que alentar la insatisfacción de Clarissa Romney con su matrimonio.

Capítulo nueve

Cuando Hannah Fletcher se hubo marchado con la bebé dormida, las horas que quedaban del domingo se le antojaron diez veces más largas a Gavin. Habría jurado que una fuerza invisible frenaba las manecillas del reloj. Probó a entretenerse releyendo los periódicos y rastreando los movimientos de Bonaparte desde Waterloo, pero era complicado separar el heno de la paja; los hechos, de los rumores y las especulaciones.

De haber podido comentarlo con la señorita Fletcher, seguro que habría visto las cosas más claras. Pero era imposible porque la había despachado. ¿Habría reaccionado de manera exagerada al roce accidental y a los inesperados sentimientos que había despertado este?

Había unos cuantos motivos inocentes por los que se sentía más unido a ella de lo permitido. Lo más probable era que se debiera a que se habían visto obligados a pasar mucho tiempo juntos. A menudo los soldados que salían a patrullar en pareja acababan amparándose el uno en el otro y desarrollando una camaradería estrecha.

O tal vez había sido la presencia de su pequeña lo que lo indujo a imaginarse esos sentimientos. La firmeza y la seriedad que había cultivado como miembro de la caballería lo abandonaron cuando sostuvo en brazos a esa tierna criaturita. Su corazón se tornó igual de maleable que la cera caliente, lo que facilitó que su hija se lo robase. ¿Era de extrañar acaso que semejante estado lo volviese vulnerable a tener ensueños inesperados? Quizá lo mejor sería poner tierra de por medio.

Gavin salió de sus cavilaciones para darse cuenta de que había pasado mucho más tiempo pensando en Hannah Fletcher que en Napoleón Bonaparte.

La mañana siguiente fue igual de mala. El tiempo transcurría con suma lentitud. Sin embargo, cada vez que Gavin intentaba pasar el rato, sus pensamientos rebeldes volvían a la señorita Fletcher como una bandada de tozudas palomas mensajeras. Cuando lo hacían, su conciencia siempre lo reprendía.

Estaba deseando que llegase la primera hora de la tarde, pues traería consigo la correspondencia y la visita del pequeño Arthur. Anhelaba esos acontecimientos con las mismas ganas con las que cualquier regimiento buscaba refuerzos estando sitiado. Cuando al fin oyó acercarse los pasos firmes y enérgicos de la señorita Fletcher, se le desbocó el corazón de pensar en lo que le traería. Entró en la habitación cargando a su pequeño al hombro. En la mano izquierda llevaba un periódico y una carta. Pocas veces en su vida Gavin había contemplado una imagen más grata.

—He recibido una respuesta de *lady* Benedict —anunció la institutriz sin poder reprimir del todo su entusiasmo.

Quince días antes, Gavin no habría creído posible que sintiese esas emociones. Desde entonces había atisbado varias facetas de su carácter que le habían sorprendido. Asimismo, poseía muchas virtudes que había percibido pero que no había llegado a apreciar. Era sincera, pragmática, responsable y trabajadora. Pero la dama tenía un lado tierno que mantenía bien escondido. ¿Quizá porque temía que la hiciese vulnerable? Aunque se esforzaba por parecer serena, Gavin había descubierto que podía ser una compañía inspiradora con un sentido del humor encantador. Ahora le complacía comprobar que podía experimentar una ilusión casi pueril.

Se le contagió su alegría, y no quedó ni rastro del tedio y la frustración que había sentido horas antes.

—¿Qué dice *lady* Benedict? ¿Ella y su marido aceptan mi invitación? ¿Cuándo llegarán?

—No lo sabré hasta que no lea su carta. —Una sonrisa radiante suavizó la cortante respuesta de la señorita Fletcher—. Puesto que será complicado sosteniendo a un bebé que no deja de moverse, le ruego coja a su hijo.

Pasó el niño a los ansiosos brazos de Gavin y se sentó junto a su cama. Se quitó el tocado y abrió la carta.

Mientras tanto, Gavin saludó a su pequeño.

—¿Qué tal estás hoy, Arthur? Espero que estés de buen humor.

Aunque no entendía las palabras de su padre, el niño respondió con una sonrisa de oreja a oreja. Sus ojos brillaban de placer inocente en compañía de Gavin.

—¡Veo que has aprendido algo nuevo! —Gavin, encantado, rio entre dientes—. Supongo que no querías que la inteligente de tu hermana se te adelantara.

Su respuesta entusiasta hizo que el pequeño Arthur sonriera más aún. Se retorció en brazos de Gavin y gorjeó alegremente.

—¿Ha visto lo que sabe hacer? —Gavin levantó a su hijo para enseñárselo a la señorita Fletcher—. ¿A que es listo?

La señorita Fletcher apartó la vista de la carta como si no quisiera dejar de leer, pero esbozó una sonrisa en cuanto vio la del bebé.

—¿Qué dirían los hombres de su regimiento si vieran a su coronel ahora?

Gavin trató de resistirse a su tono burlón, pero le resultó del todo imposible.

—Los solteros pensarían que me he vuelto loco por estar encerrado en mi alcoba tanto tiempo, pero los casados con hijos serían más comprensivos.

Gavin dirigió sus siguientes palabras a su hijo:

—Sonríele otra vez a la señorita Fletcher para que se le caiga la baba y no se burle de tu pobre y cariñoso papá.

El bebé obedeció, lo que causó justo el efecto que había predicho Gavin.

Hannah Fletcher arrulló a Arthur y le dio palmaditas en el mentón.

—Cuando seas mayor vas a ser un encanto, lo presiento.

—¿Qué dice *lady* Benedict? —preguntó Gavin ahora que la señorita Fletcher se había puesto a leer la carta.

Le guiñó un ojo al bebé y volvió a centrarse en la epístola de su amiga.

—Rebecca me pide que le agradezca su amable invitación y dice que estarían encantados de aceptar su hospitalidad. Asimismo, le transmite sus más sinceras condolencias por el fallecimiento de su esposa. Confía en que no sea inconveniente para usted tener huéspedes mientras Edgcombe está de luto. Lo demás son noticias privadas con las que no le molestaré.

La señorita Fletcher parecía un poco nerviosa. Gavin se preguntó qué habría escrito *lady* Benedict para que la afectase tanto.

—Me complace saber que han aceptado mi invitación. —Mantenía la mirada fija en su pequeñín—. Estoy deseando conocer a su amiga y su marido. ¿Cuándo se espera que lleguen?

—Rebecca dice que, si no es inconveniente, llegarán el viernes.

—Estupendo. —Gavin alzó la voz para hacerse oír por encima de los balbuceos de su pequeño—. Si el médico me da el visto bueno, para entonces estaré fuera de esta maldita cama y podré recibirlos como es debido.

—Entonces ¿seguirá usted aquí? —inquirió la señorita Fletcher—. ¿No se habrá marchado al continente?

Gavin no sabía si la idea la satisfacía o la descorazonaba.

—Dudo que sea prudente emprender un viaje largo e incierto el día después de que me permitan

levantarme de la cama. Además, necesito información fiable, y espero que lord Benedict me la proporcione. A propósito, ¿me haría el favor de comprobar si el periódico trae algo útil?

Sabía que debería guardarse el periódico para hojearlo más tarde, cuando la señorita Fletcher y su hijo se hubieran ido, pero le gustaba que le leyese las noticias con su voz clara y melodiosa.

—Claro, señor. —La señorita Fletcher abrió el periódico y buscó los artículos que deseaba oír.

—¿Y bien...? —inquirió tras varios minutos de pasar páginas sin mediar palabra—. ¿Informan de algo?

—Sobre su tema predilecto, no —contestó—. Solo hay una frase en la columna del correo de Bruselas: «No se sabe qué ha sido de Bonaparte».

¿Cómo podía un hombre crear semejante caos y esfumarse sin dejar rastro después? Gavin a duras penas reprimió un gruñido de fastidio e impotencia. ¿Qué le hacía pensar que podría atrapar a ese hombre cuando, por lo visto, nadie en toda Europa tenía la menor idea de su paradero? Gavin se imaginó a su padre mofándose de la mera idea.

—¿Se dice algo más de la situación en Francia? —preguntó.

Ahora le costaba más estar pendiente del bebé, que ya no sonreía y estaba inquieto. Tal vez el pequeño Arthur se hubiera percatado de su estado de ánimo.

Cuando la señorita Fletcher respondió a su pregunta, su voz sonó ronca.

—Hay casi una página entera dedicada a contabilizar los muertos, los heridos y los desaparecidos de Waterloo y demás batallas. Las cifras son casi inconcebibles. Siguen y siguen.

—Me lo imagino. —Gavin se pegó al bebé al hombro con la esperanza de calmar al chiquitín como había hecho con su hermana—. Vi caer a muchos: hombres y caballos. ¿Se dice el total de Waterloo?

—La suma de los fallecidos de las tropas británicas y hannoverianas asciende a dos oficiales del Estado Mayor, un coronel, cuatro tenientes coroneles, seis comandantes, cuarenta y ocho capitanes, veintiocho tenientes, sesenta cornetas o alféreces, cinco subalternos, dos intendentes, ciento siete sargentos, trece tambores, mil ochocientos nueve soldados rasos y mil cuatrocientos noventa y cinco caballos.

Leyó sin emoción el total de desaparecidos, que casi igualaba el número de fallecidos. Y a continuación el número de heridos, que los quintuplicaba.

A pesar de los esfuerzos de Gavin por calmar a su hijito, el bebé empezó a llorar como si entendiera el nivel de devastación que representaban esas cifras descarnadas.

—Algo que no concibo —murmuró Hannah Fletcher, horrorizada— es cómo pueden desaparecer mil quinientos hombres.

Gavin se encogió de hombros. Hacía mucho que calcular el coste mortal de la guerra se había convertido en una rutina para él. Pero las ingentes bajas de esa batalla y el asco con el que había reaccionado la señorita Fletcher hicieron que se lo tomara como una afrenta personal.

—Desaparecieron después de la batalla. Algunos habrán desertado y a otros los habrán hecho prisioneros. Otros se habrán alejado de sus regimientos por algún motivo, pero habrán reaparecido luego. La mayoría están muertos, me temo.

No le contó que los soldados heridos se arrastraban por el suelo para ponerse a cubierto y morir en paz; se descubrían sus cadáveres mucho después. Ni que un impacto de artillería directo dejaba la zona irreconocible. Las cifras ya la habían espantado por sí solas.

—No es solo por el bien de Molesworth por lo que debo evitar que Bonaparte repita esta masacre. —Los vagidos de su hijo brindaban un aderezo adecuado a la feroz declaración de Gavin—. Sino por todos y cada uno de los hombres que representa el número de víctimas.

Tal vez fuera bueno que se hubiera encariñado tanto con sus hijos. Dejarlos para emprender su

última misión sería un sacrificio, pero uno pequeñísimo en comparación con lo que habían dado esos hombres por el rey y el país. No podía permitir que hubiera sido en balde. Si eso suponía que debía perderse algunos de los primeros logros de los bebés, se lo compensaría más tarde, durante los años de paz que esos hombres valerosos habían conseguido.

¿Leer el cómputo de las bajas haría que Hannah Fletcher viera con mejores ojos su cometido? Así lo esperaba Gavin, pues presentía que sería mucho más probable que triunfase si contaba con su apoyo incondicional.

* * *

Las desgarradoras cifras del periódico atormentaron a Hannah mientras devolvía al pequeño Arthur con su nodriza y regresaba a Edgecombe. El cielo se había encapotado y los nubarrones negros derramaban goterones de lluvia sobre ella. Daba la impresión de que el cielo lloraba por los que habían perdido la vida en Waterloo. Hannah se unió a la llorera y desahogó parte del dolor que se había visto obligada a reprimir para cumplir la promesa que le había hecho a *lady* Hawkehurst.

No era solo su consternación por el escalofriante número de víctimas lo que hizo que se le formase un nudo en la garganta y le escociesen los ojos. También eran sus temores por milord. Hannah había progresado muchísimo a la hora de impulsar su instinto paternal con los bebés. Cuando pasaba el rato con los mellizos, se lo veía contento ahí sentado, abrazándolos; no tenía el menor interés en salir a buscar a Napoleón Bonaparte.

Pero oír la espeluznante cantidad de soldados abatidos había reavivado la determinación del conde de emprender su búsqueda. A Hannah la aliviaba que pareciese dispuesto a retrasar su marcha hasta que se fuera Rebecca, pero eso solo le daría un poco más de tiempo. Si para cuando partieran los Benedict nadie había arrestado a Bonaparte, sería imposible detener a lord Hawkehurst.

Por más que deseara hallar una solución —por el bien de los jóvenes a su cargo—, no podía negar la necesidad de impedir que se repitiera lo de Waterloo un año más. Los aliados no habían logrado capturar al exemperador, y Hannah se preguntaba si un hombre resuelto e ingenioso triunfaría donde habían fracasado huestes desorganizadas.

Pero ¿ese hombre debía ser lord Hawkehurst? Cuando Hannah entró en la mansión y corrió hacia el cuarto de los niños, le pareció oír a la difunta condesa cuestionando su lealtad. ¿Acaso no era suficiente que el conde hubiera antepuesto al rey y al país a su familia mientras su esposa vivía? ¿Debía abandonar a sus tres hijos huérfanos de madre para emprender una peligrosa misión de la que tal vez no regresaría jamás? Debía de haber algo más que pudiera hacer Hannah para que le quedase claro cuáles debían ser sus prioridades.

Hannah se cuadró y alzó el mentón. No podía defraudar a *milady* ni a los niños a los que había llegado a querer como si fueran suyos. Gavin Romney era mucho mejor hombre de lo que había supuesto hasta hacía poco. Sabía que deseaba ser un buen padre para sus hijos. Había necesitado su ayuda para aprender a cuidar de los bebés. Quizá ahora la necesitase para entender lo mucho que lo necesitaban sus hijos.

Cuando entró en el cuarto de los niños, Hannah encontró a Peter con el aya, elaborando barquitos de papel y otras figuras.

—Pero ¡qué listo eres! —Hannah lo despeinó con cariño—. ¿Te ha enseñado Maisie a hacer eso?
—Solo el barco —contestó esta con una sonrisa de orgullo por su joven amo—. Las demás las ha deducido solo.

Eso le dio a Hannah una idea. Cogió el papel restante y se dirigió a su joven alumno.

—¿Qué te parece si eliges las tres mejores y se las enseñas a tu padre? Estoy segura de que le

gustaría verlas.

El niño observó sus creaciones con el ceño fruncido por la concentración. O al menos ese esperaba Hannah que fuera el motivo de su gesto.

—Creía que papá no podía verme porque estaba muy cansado. Usted dijo que debía descansar mucho y que tenía que cuidarlo.

A Hannah la desconcertó oír que recitaba sus excusas con una precisión exquisita. A veces, al joven lord Edgecombe no le convenía ser tan listo. Meditó qué decirle y decidió que la verdad sería lo mejor ahora que ya estaba reponiéndose del impacto que le había causado la muerte de su madre.

Acercó una silla a la mesa del cuarto y se sentó a su lado.

—Es cierto que tu papá necesitaba descansar, pero no solo porque estuviera cansado. Estaba herido y tenía que recuperarse. Ahora ya está mejor, pero como no se entretiene con nada, el tiempo se le hace eterno. Seguro que estaría encantado de que fueras a verlo.

El niño frunció los labios mientras le daba vueltas y más vueltas al barco de papel.

—¿Tengo que ir a verlo, señorita Hannah?

¿Cómo debía responder a eso? Hannah no quería obligar al niño a hacer algo en contra de su voluntad. Pero, por otro lado, no convendría que el conde y su hijo mantuvieran las distancias mucho tiempo más. Cuanto antes empezaran a forjar una relación propiamente dicha, mejor les iría.

—Creo que sería un gesto muy amable por tu parte que fueras a ver a tu papá —contestó Hannah tras sopesarlo varios minutos—. ¿Recuerdas lo mucho que te gustó tener compañía cuando estuviste guardando cama el invierno pasado?

Hannah se levantó y le tendió la mano al niño. Ya hablarían de sus reticencias por el camino. Para cuando las hubieran solventado, habrían llegado al dormitorio de milord.

—Eso es porque fue mamá quien vino a verme. —Reacio, el niño se bajó de la silla y cogió tres creaciones de papel que había en la mesa—. Papá nunca me ha hecho una visita.

Hannah volvió a pensar qué decir.

—Eso es porque lo llamaron de Londres, ¿te acuerdas? Seguro que habría preferido quedarse en casa e ir a verte, pero había asuntos militares urgentes que requerían su atención.

Se encaminó hacia la puerta. Aunque no insistió en que la acompañara, Peter la siguió.

—Papá siempre está haciendo cosas militares —dijo el niño refunfuñando mientras la seguía por el pasillo enmoquetado lleno de retratos familiares solemnes—. Mamá dijo que no debería haber ido a Londres estando yo enfermo. Dijo que le importan más la guerra y luchar que nosotros.

Hannah se giró como si la hubieran agarrado por detrás. ¿Por qué *milady* le habría dicho algo tan horrible a su hijito? Aunque así lo creyese ella, ¿cómo podía haberle dicho al niño algo que a buen seguro le dolería y destruiría sus deseos de acercarse a su padre algún día?

Recordó lo desesperada que estaba *lady Hawkehurst* porque el final de la guerra supusiera el comienzo de una vida familiar de ensueño con su marido. Pero aunque el cuerpo del conde regresó a Edgecombe, su espíritu se había quedado en otro sitio. Taciturno y angustiado, buscaba cualquier pretexto para salir de casa. Últimamente, Hannah había empezado a comprender por qué, pero por aquel entonces animaba a su esposa a que se desahogase con ella, y se mostraba comprensiva e indignada cuando le soltaba su larga letanía de quejas. ¿Habrían hablado alguna vez cerca del niño confiando en que era demasiado pequeño para entenderlas? Quizá hubiera captado más de lo que habrían llegado a imaginar.

Abrumada por el remordimiento y por el daño que podría haber causado su irreflexión, Hannah se agachó ante su joven alumno. ¿Sería tarde para subsanar su error?

—Peter, sabes lo fiel que le era yo a tu mamá, pero no creo que a tu padre le importen más la guerra y luchar que vosotros.

—Entonces ¿por qué lo dijo? —El niño la miró con gesto serio y dubitativo y la cabeza ladeada—. Mamá no me mentiría.

—Pues claro que no. —Lo último que quería Hannah era poner a Peter en contra de su difunta madre—. Pero, a veces, cuando la gente se enfada, se asusta o está dolida, dice cosas que no dirían si estuvieran contentos. Cuando se encuentran mejor, reconocen que... exageraban. Sé que debe de ser difícil para ti entenderlo ahora, pero cuando seas mayor...

Dejó la explicación en el aire. ¿Acaso existía algún modo de transmitir una idea tan compleja a un niño y que la entendiese?

—¿Es como cuando estaba enfermo y me tenía que poner usted la cataplasma? —preguntó Peter—. No me gustó, así que dije que era usted mala y deseé que mamá la echara. En ese momento lo dije en serio, pero luego me arrepentí y deseé no haberlo dicho.

¡De la boca de los niños!

—A eso mismo me refería. —Hannah tomó nota para no subestimar su capacidad de razonamiento en el futuro—. Independientemente de lo que te hayan contado de tu padre, espero que le des la oportunidad de demostrar que se equivocan. No creo que le gusten la guerra y luchar, sino que es consciente de que a veces hay que proteger al país y a los territorios amigos.

Se levantó y le hizo señas al niño para que la siguiese, con la esperanza de que se dejara guiar por su sabiduría infantil y le diera a su padre el beneficio de la duda. Si el conde se había ganado el respeto de Hannah pese a lo mal que lo había juzgado esta, seguro que podría formar un vínculo con su hijito si se lo proponía.

—Ahora que la guerra ha terminado —prosiguió—, creo que tu papá quiere dedicarse a ti, a Arthur y a Alice.

Sin duda era lo que debía hacer y lo que ella quería que hiciera. Hubo momentos en que, al verlo con los bebés, se convenció de que también era su deseo. Sin embargo, tenía un concepto muy obstinado y limitativo sobre lo que podía hacer y lo que no. A veces, su miedo al fracaso le impedía intentar cosas que, según Hannah, podía conseguir perfectamente. Aunque tenía muchos motivos para querer detener a Napoleón Bonaparte, se preguntó si el conde presentiría que tenía más probabilidades de salir victorioso en su última incursión militar que criando a tres niños pequeños.

Hannah lo había ayudado a tener éxito con los bebés. Si además lo juntaba con su hijo mayor, tal vez se daría cuenta de que la paternidad era la misión más importante de su vida.

Cuando llegaron al dormitorio del conde, Hannah se asomó y dijo:

—Disculpe, señor. He traído a lord Edgecombe de visita. Le gustaría enseñarle algo.

Lord Hawkehurst, recostado en una montaña de almohadas, leía el periódico con las cejas fruncidas y el gesto adusto. Hannah no podía culparlo, considerando las noticias, pero esperaba que su expresión no asustara a su hijito. Según su experiencia, los niños a esa edad lo relacionaban todo con ellos mismos. Si alguien estaba enfadado o molesto, sería culpa suya.

—¡No me diga! —El conde dejó a un lado el periódico e hizo un esfuerzo ostensible para recibir a su hijo... Un pelín obvio, quizá. Su tono entusiasta sonó falso y forzado—. A ver que lo vea.

Peter se asomó a la puerta, pero no hizo ademán de entrar. Hannah era reacia a presionarlo. ¿Habría estado alguna vez en la alcoba de su padre o lo habría visto en camión?

Quizá lo mejor que podía hacer Hannah era acercarse a lord Hawkehurst para demostrarle que no había razón para tenerle miedo. Se dirigió a la cama y trató de ignorar el aleteo que sentía en su interior y que no tenía nada que ver con el miedo. ¿Sería que estaba nerviosa por si el encuentro

entre padre e hijo salía mal, o había algo más?

—Maisie le ha enseñado a hacer figuritas doblando papel. —Levantó la hoja y se abanicó las mejillas, pues de pronto se le habían calentado—. Es muy hábil. Se me ha ocurrido que a lo mejor le gustaría intentarlo para pasar el rato.

—¿Doblar trozos de papel? —El conde rio con sorna, pero paró de golpe cuando Hannah negó con la cabeza y señaló la puerta, donde su hijo seguía esperando—. Pues... Eh... Podría ser divertido, supongo. Aunque no sé yo si tendré la destreza necesaria.

¿Quién le habría dicho eso y le habría hecho creerlo? Hannah se lo podía imaginar.

—Imagino que se necesita una destreza considerable para montar a caballo y empuñar un arma a la vez.

—Coordinación, quizá —repuso el conde como si no fuera nada de lo que presumir—. Empuñar una pluma requiere mucha más pericia. Nunca se me dio bien.

—Yo sé escribir mi nombre —dijo una vocecilla en el umbral.

Una punzada de vergüenza atravesó a Hannah al momento. Casi se había olvidado del niño.

Se volvió hacia él con una sonrisa alentadora y dijo:

—Cada vez escribes mejor.

Aún podía mejorar más, pero Hannah se negó a hacer hincapié en ello. Su joven alumno era muy bueno para su edad. No tenía intención de sembrar dudas sobre sus habilidades en su mente impresionable. Había visto los frutos envenenados que daba eso años después.

La voz del conde reverberó al dirigirse a su hijo.

—Eres un muchacho afortunado por tener una institutriz tan amable. Cuando yo tenía tu edad, la mía era un ogro con falda.

—¿En serio? —Peter lo miró atónito.

Su padre asintió con pesar.

—Según ella, yo era el mayor zoquete de los tres condados y un holgazán que no deseaba corregir sus defectos.

¿Qué opinaría Peter de aquello?, se preguntó Hannah. La ayudó a entender por qué hubo un tiempo en que al conde le molestaba la posición privilegiada que ocupaba en su casa. Debió de considerarla otro ogro con faldas, decidida a pensar lo peor de él por más que él se esforzara en demostrarle que se equivocaba. Deseó que su opinión sobre ella hubiera distado más de la verdad.

—La señorita Hannah dice que todo el mundo comete errores. —Peter cruzó el umbral—. Dice que los errores nos ayudan a aprender a veces.

Hannah se estremeció por dentro de lo remilgada e ingenua que parecía.

El conde no dio señales de compartir esa opinión.

—Entonces la señorita Hannah es sabia a la par que amable. ¿Significa eso que si me enseñas a doblar papel no debería desalentarme por los errores que cometa, sino aprender de ellos?

El elogio de milord y el uso de su nombre de pila ablandaron el corazón de Hannah, mientras que la pregunta que le formuló a su hijo le dio una lección de humildad. Quería ser ella la que lo enseñara a acercarse al chico. Y, sin embargo, aunque empezaron con mal pie, el conde perseveró hasta que halló el modo. Rezó para que su esfuerzo le reportara el éxito que merecía.

En respuesta a la pregunta de su padre, Peter asintió.

—Exacto.

Mientras que Hannah no se movía de su sitio, el niño pasó por su lado para llegar a la cama de su padre.

—¿Quieres que te enseñe? No es tan difícil como crees. A mí quizá me cueste menos porque

tengo los dedos más pequeños, pero tú tranquilo.

Que un niño le dijera eso a su padre podía sonar condescendiente, pero su intención era buena. A Hannah se le formó un nudo en la garganta y se le dibujó una sonrisa al mismo tiempo.

—Estas son algunas de las figuras que he hecho. —Peter extendió su obra por las sábanas—. Maisie me ha enseñado a hacer este barco. Ha hecho flotar el suyo en la palangana del cuarto de los niños, pero yo no quería que se me mojase el mío. Luego he hecho esta cajita. Y en teoría esto es una liebre.

—Lo he pensado por las orejas; son largas. —El conde echó un vistazo a los pequeños objetos de papel y después a su hijo.

El orgullo y el placer que le inspiraba la compañía del niño pugnaban con el miedo de que volviera a errar y estropease el prometedor comienzo que habían tenido. Hannah esperaba que siguiera el consejo de su hijo sobre aprender de los errores en vez de dejar que le impidieran intentarlo.

Capítulo diez

Mientras esperaba a que llegara el médico para examinarlo, Gavin se concentró en el papel que intentaba doblar en forma de pájaro. No era tarea fácil, pues requería más paciencia, destreza y concentración de las que tenía. Aun así, porfió y trató de seguir el consejo de su hijo: no preocuparse. Sus primeros intentos fueron estrepitosamente malos, pero se negó a permitir que eso lo disuadiera. Al fin y al cabo, no era el resultado lo que importaba, sino que se distrajera y matase el tiempo con la actividad en sí.

Que es lo que había hecho.

A diferencia de leer el periódico, que lo frustraba y alteraba, doblar papel lo relajaba. Y como requería toda su atención, se le pasaba el tiempo volando. Quizá no tan deprisa como cuando estaba en compañía de Hannah Fletcher, pero sí lo bastante rápido. Así, de paso, no pensaba tanto en la institutriz de su hijo.

Llamaron a su puerta con brío, lo que hizo que se le acelerara el corazón mientras daba permiso para entrar.

Pero cuando se abrió la puerta, solo entraron el mayordomo y el médico de Gavin.

—El doctor Hodge, mi señor.

—Gracias, Owens. —Gavin hizo caso omiso de su repentino abatimiento y recordó que la llegada del médico lo liberaría por fin—. Buenos días, doctor. Espero que me traiga buenas noticias.

Tras apartar su pájaro de papel a medio terminar, se apoyó con cuidado en su costado sano y se subió el camisón para facilitarle el examen.

—De ser así, agradézcaselo a usted mismo. —El médico retiró el vendaje que cubría la herida de Gavin y rebuscó en su maletín unas pinzas y unas tijeras de hoja larga—. Si apostase, me habría jugado un buen pellizco a que no iba a acatar mis órdenes y guardar cama quince días.

Con sumo mimo, el médico cortó y tiró del hilo de coser que había mantenido unida la carne desgarrada de Gavin mientras cicatrizaba.

—¿Cómo diablos se las ha arreglado para quedarse quieto tanto tiempo? ¿La señorita Fletcher le ha puesto una camisa de fuerza? No me extrañaría viniendo de ella. Tiene pinta de ser una joven muy tenaz.

Por alguna razón, le dolió más el comentario del médico sobre la señorita Fletcher que el hecho de que le quitaran los puntos.

—La tenacidad es una virtud. De no ser por las personas tenaces, el mundo avanzaría muy poco y cambiaría menos aún.

—Cierto —repuso el médico en tono jocoso—. Supongo que la señorita Fletcher no lo ha mantenido sujeto o no la defendería con tanta vehemencia.

—Pues ¡claro que no me ha mantenido sujeto! —le espetó Gavin—. Y no la estoy defendiendo, ni vehementemente ni de ninguna forma. Solo estaba haciendo un comentario general.

—Lo que usted diga. —El doctor Hodge soltó la carcajada más exasperante del mundo.

—Reconozco que la señorita Fletcher ha conseguido que entienda que es necesario que siga los consejos del médico si deseo reponerme.

—La dama debe de haber sido muy persuasiva. —El médico retiró los últimos puntos de Gavin—. Ojalá hablase con los demás pacientes que no quieren hacerme caso.

Aunque sabía que el médico solo bromeaba, tal vez para distraerlo, no le sentó nada bien

imaginarse a Hannah Fletcher atendiendo a otro hombre.

—Debería cultivar sus propios poderes de persuasión. La señorita Fletcher ya tiene bastante de lo que ocuparse aquí en Edgcombe.

De nuevo, el médico rio entre dientes. Gavin no entendía qué le hacía tanta gracia.

—¿Significa eso que al fin puedo dejar mi cama?

—Sí. —El médico se puso a guardar sus bábulas mientras Gavin se bajaba el camisón—. Es más, puede levantarse ahora, si lo desea, para poner a prueba sus fuerzas y su equilibrio.

Gavin no necesitó que se lo pidiera dos veces. Estaba deseoso de ponerse en marcha. Se destapó y se puso en pie solo para volver a sentarse en el borde de la cama cuando la estancia empezó a dar vueltas y le flaquearon las piernas.

—Con cuidado. —El médico fue corriendo a la cama—. Le he dicho que podía levantarse; no lo he invitado a correr una carrera de obstáculos. Sus piernas están débiles por el desuso y tendrá que acostumbrarse a estar en pie de nuevo.

Antes de que Gavin pudiera responder, llamaron a su puerta. El hábito de una quincena hizo que diese permiso para entrar antes de reparar en que tal vez no fuese la mejor idea en ese momento.

No le dio tiempo a retirar la invitación, pues enseguida entró la señorita Fletcher.

—¡Disculpe, señor! —exclamó al verlo sentado en la cama en camisón. Miró la repisa de la chimenea como si hubiese atisbado algo allí que le interesase enormemente—. He oído que ha venido el médico y estaba deseando saber qué opina de su recuperación.

Había venido a ver cómo estaba. Dos semanas antes, a Gavin le habría molestado su intromisión. Actualmente era imposible, pues sabía que la señorita Fletcher se preocupaba por su bienestar y el de sus hijos. Además, de no haber sido por ella, habría desoído las órdenes del médico y prolongado su recuperación.

—El doctor Hodge dice que estoy bien. —Gavin volvió a meterse en la cama para ahorrarles a ambos el mal trago—. Le atribuye todo el mérito a usted por obligarme a seguir su consejo, y no puedo estar más de acuerdo.

—Solo le expliqué lo que debía hacer y por qué. —Se la veía incómoda aceptando su halago—. Ha sido usted el que ha tenido que acatar las órdenes del médico pese a lo desagradable que se le antojaba.

—No tanto como esperaba —repuso. Eso se lo debía únicamente a ella, pero Gavin se mostraba reacio a decirlo delante del médico.

Así pues, cambió el tema a uno que debería haber sacado antes.

—Dígame, doctor, ¿cuándo cree que estaré en condiciones de viajar?

Su pregunta hizo que Hannah Fletcher frunciera el ceño con nerviosismo. Lo lamentó, pero no podía consentir que eso lo detuviera.

El médico lo meditó un instante y respondió:

—Dependerá del tipo de viaje que desee realizar y de cuánto dure. En mi opinión, en una semana más o menos podría viajar a Londres en carruaje.

—¿Y qué me dice de regresar al continente en barco y viajar luego a caballo?

El médico negó con la cabeza.

—Eso mejor más adelante. A no ser que desee retrasar su recuperación.

Hannah Fletcher dejó de arrugar el ceño y sonrió agradecida al médico. A Gavin le molestó que sonriera a otro hombre aun sabiendo que no tenía derecho a enfadarse.

No gastó saliva rebatiendo el consejo que le habían dado. Sabía que los otros dos se aliarían contra él. No ayudó que en parte compartiera el evidente alivio que sintió la señorita Fletcher al oír la advertencia del médico.

¿En qué clase de hombre lo convertía eso? ¿En qué clase de soldado? ¿En qué clase de amigo?
—En ese caso, si me disculpan. —Gavin los echó cortésmente—. Señorita Fletcher, ¿sería tan amable de acompañar al médico a la salida?

—Descuide, señor. —Parecía un poco recelosa de que no hubiera objetado el consejo del médico—. ¿Desea algo más?

Gavin asintió y dijo:

—Por favor, envíeme a un lacayo para que me ayude a vestirme. Cuando vuelva a estar en pie, debería ir pensando en contratar a un ayuda de cámara adecuado.

—Como desee, señor. —Hannah Fletcher respondía con mucha más formalidad y mansedumbre que hacía tan solo unos días. Para su consternación, Gavin se sorprendió recordando esa parte de su convalecencia con una melancolía inexplicable.

* * *

¿Seguiría milord haciendo caso al médico ahora que se le había permitido levantarse de la cama? Hannah miró por la ventana del cuarto de los niños por enésima vez con la esperanza de avistar el carruaje de lord Benedict.

El conde no se opuso cuando su médico le dijo que no sería recomendable que fuera al continente en una temporada. Tampoco cuestionó cómo de larga sería exactamente esa «temporada». Sin duda era buena señal.

Tal vez había logrado convencer a lord Hawkehurst de que podía ser tan buen padre como soldado. Con esa seguridad, a lo mejor no se sentiría tan obligado a asumir la responsabilidad de capturar a Bonaparte él solo. Quizá también se hubiera percatado del riesgo inaceptable que supondría una misión de ese calibre para el bienestar de sus hijos.

Por más que deseara que ese fuera el caso, a Hannah le resultaba imposible disfrutar la victoria. No olvidaba cuánto dinero y cuántos hombres había costado derrotar a Bonaparte por segunda vez según el periódico. ¿Y si regresaba de verdad? Temía que no dejaría de darle vueltas al tema hasta que hubieran capturado al general y lo hubieran llevado ante la justicia.

Un tirón en su falda la sacó de sus inquietantes pensamientos. Al mirar abajo se encontró a Peter mirándola con aire expectante.

—¿Ya ve a sus amigos, señorita Hannah?

Estaba a punto de decir que no cuando un movimiento fugaz hizo que volviese a mirar el camino. Un carruaje exquisito acababa de abandonar el sendero y se dirigía a la casa.

—Sí, ya los veo —soltó de carrerilla—. ¡Ya vienen! Debemos ir a saludarlos.

—¿Yo también? —Una amplia sonrisa iluminó la carita solemne del niño.

—Pues claro. —Hannah lo agarró de la mano y bajaron a paso ligero—. Seguro que a *lady* Benedict le hará ilusión conocerle. Le encantan los niños.

Ese no era el único motivo por el que Hannah quería que su joven alumno la acompañara cuando se reencontrase con su amiga tantos años después. Confiaba en que la presencia de Peter mitigara los momentos incómodos que surgiesen durante la reunión. En realidad, no sabía bien cómo debía comportarse con Rebecca ahora que su vieja amiga había pasado a ser la esposa de un vizconde.

Fue muy amable por parte de *lady* Benedict querer visitar a las amigas de su juventud. Pero ¿cuánto tardaría en darse cuenta de que ahora las separaba un gran abismo?

La mamá de Peter halló el modo de salvar ese abismo, se recordó Hannah, aunque últimamente recordar a la condesa hacía que le royese la culpa. Tal vez debería tratar a Rebecca de la misma forma que trató a *lady* Hawkehurst: ni muy cercana ni pagada de su relación inicial, sino con la deferencia acorde con el nuevo estatus de su amiga.

Llevar a Peter a su primera reunión sería una forma sutil de dejar clara su posición en la casa del conde.

Mientras descendían la majestuosa escalinata que conducía al vestíbulo, el niño preguntó:

—¿Vamos a decirle a papá que han llegado los invitados?

La pregunta pilló por sorpresa a Hannah. ¿Lord Hawkehurst querría estar presente para saludar a los Benedict? Aunque les había ofrecido la hospitalidad de su hogar, venían a visitarla a ella, no a él.

—No sé dónde estará tu padre ahora que el médico le ha permitido levantarse de la cama. — Además de una excusa tan buena como cualquier otra, era cierto, aunque a Hannah le dolía hablar de ello. Se había acostumbrado a saber dónde encontraría al conde en todo momento y a visitarlo con cualquier pretexto.

Cuando ella y Peter llegaron al pie de la escalera, milord salió de su estudio y se acercó a ellos a grandes zancadas.

—He oído que han llegado nuestros invitados. Owens sugería que celebrásemos una recepción formal con el personal en fila para saludar a lord y *lady* Benedict, pero detesto las ceremonias tan pomposas. Espero que no se sientan menospreciados porque solo los reciba la familia.

Hannah reparó en tres cosas a la vez. La primera, el buen aspecto que presentaba el conde. Nadie habría dicho que hacía menos de tres semanas se había desplomado por perder demasiada sangre y había estado al borde de la muerte. Tras pasar tantos días y tantas noches sentada junto a su cama, había olvidado qué se sentía al mirarlo. No lo recordaba tan alto; sería porque se le habían ensanchado los hombros. Descansar y alimentarse bien durante la convalecencia le había sentado de fábula. Se le habían rellenado los huecos de su rostro cincelado. Hannah no recordaba haberlo visto nunca tan elegante y arreglado.

Sin duda, su refinada apariencia era un cumplido para lord y *lady* Benedict, pero eso también lo convertía en un cumplido indirecto para ella, algo que Hannah agradecía. Tanto era así que se quedó sin palabras.

—¿La f-familia? —logró tartamudear.

Por un instante, dio la impresión de que lord Hawkehurst estaba casi tan desconcertado como ella, pero recobró la compostura rápidamente.

—Al fin y al cabo, es usted la madrina de los mellizos, lo que la convierte en un miembro de la familia. ¿No estás de acuerdo, hijo?

Peter asintió con energía.

—Mamá solía decir que la señorita Hannah era una más de la familia.

La inocente mención a su madre y su amabilidad trastocó a Hannah. No tenía derecho a estar ahí, ocupando el lugar de la difunta condesa.

—Pues eso —repuso el conde con una sonrisa forzada—. Y ahora más nos vale ir a saludar a nuestros invitados, no vayan a pensar que no son bienvenidos en Edgecombe.

—No, por Dios —convino Hannah mientras le daba un apretón en la manita a Peter.

Ahora que había llegado el momento de reencontrarse con una de sus amigas, en persona, después de tantos años, estaba emocionada a la par que nerviosa.

Lord Hawkehurst abrió la esplendorosa puerta principal y la invitó a salir. Asiendo con fuerza la mano de su joven alumno, Hannah salió al exterior, iluminado por el sol estival.

El carruaje del vizconde acababa de detenerse. Un lacayo ataviado con librea formal se apresuró a bajar del lugar al que se había encaramado para abrir la portezuela y desplegar los escalones para que descendieran su señor y su señora.

Lord Benedict se apeó primero, hizo una breve reverencia al grupo de Edgecombe y se volvió

para ayudar a bajar a su esposa. Hannah aprobó la apariencia del caballero. Tenía un porte distinguido y unas facciones proporcionadas y bellas. Cuando tomó la mano de su esposa y la condujo hacia delante, el rostro de lord Benedict irradiaba afecto y orgullo por ella.

Para alivio de Hannah, reconoció a su amiga de inmediato. Aunque llevaba un favorecedor vestido de muselina azul verdoso y un elegante sombrero ribeteado con cintas a juego, Rebecca aún tenía las cejas oscuras y pobladas, la boca amplia y unos rasgos que transmitían la combinación perfecta de fuerza y ternura. Hannah hizo acopio de todo el autocontrol que poseía para recordarse que su amiga era ahora la esposa de un noble.

—Bienvenidos a Edgecombe, lord y *lady* Benedict. —Hizo la reverencia apropiada, pero no pudo resistirse y sonrió con cariño y familiaridad.

—¡Hannah Fletcher! —Rebecca se abalanzó hacia ella sin pensar en el rango o el decoro.

Lo siguiente que supo Hannah fue que la besaban y abrazaban con el fervoroso afecto de una hermana a la que no hubiese visto en mucho tiempo. La inmensa alegría que la embargó se llevó la preocupación que pudiera tener por no mostrar la deferencia adecuada. Estrechó a su amiga a la vez que repetía su nombre como si fuera la palabra más bonita de su idioma. Se le humedecieron los ojos de lágrimas de dicha, y, por una vez, derramó algunas. Oyó a Rebecca sollozar en respuesta.

Cuando al fin se separaron, vieron que los tres caballeros las miraban con una perplejidad indulgente.

Peter se apresuró a verbalizar lo que debían de estar pensando.

—¿Por qué llora, señorita Hannah? ¿Su amiga le ha hecho daño al abrazarla con tanta fuerza?

—En absoluto. —Hannah rio entre dientes al oír la pregunta del niño y se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano—. Te lo explicaré luego, aunque no estoy segura de que los hombres lo entiendan.

No fue solo volver a ver a su amiga —que apenas había cambiado— lo que la abrumó de emoción, sino también la inesperada certeza de que la elevada posición de Rebecca no acabaría con la cercanía que una vez mantuvieron.

—Hablando de hombres... —Rebecca llevó a Hannah con el vizconde—. Te presento a mi marido. No podría haberme concedido un regalo de bodas más preciado que la oportunidad de volver a verte a ti y a mis otras amigas. Sebastian, te presento a Hannah Fletcher, de quien tanto te he hablado. Mis amigas y yo le debemos una muy gorda. Nos habrían castigado muchísimo más en la escuela de no haber sido porque nos ayudaba con los estudios y se aseguraba de que tuviéramos las camas hechas y las pertenencias ordenadas.

—Es un placer conocerlo al fin, lord Benedict. —Hannah le hizo una reverencia en señal de respeto sincero. Cualquier hombre que fuera un firme defensor de las fuerzas militares británicas e hiciera tan feliz a su amiga merecía su aprobación incondicional.

—No se moleste, señorita Fletcher. —El vizconde le tendió la mano. Cuando ella se la estrechó, él se inclinó sobre la suya—. Llámeme Sebastian. La considero a usted y a sus amigas igual de cuñadas que a mi querida Hermione.

El afecto por Rebecca que brillaba en sus ojos se extendió y la abarcó también a ella. A pesar de eso, Hannah aún no sabía si podría dirigirse a un vizconde por su nombre de pila.

—Qué amable. —Le devolvió la sonrisa con un aprecio mayor del que mostraba cuando conocía a alguien—. Os presento a vuestro anfitrión, el coronel y conde de Hawkehurst, y a su hijo, lord Edgecombe.

—Un placer. —Lord Benedict y el conde se saludaron con una reverencia y se estrecharon la mano—. No tengo palabras para agradecerle lo generoso que ha sido al acogernos en su casa.

—Es un honor recibirlos a usted y a su esposa en Edgecombe. —Lord Hawkehurst se inclinó sobre la mano de Rebecca y añadió—: Como puede corroborar la señorita Fletcher, llevo mucho tiempo deseando conocerlo. Estoy convencido de que tendremos muchos asuntos de los que hablar durante su estancia; asuntos que nos interesen a ambos.

Peter se había quedado atrás, observando las presentaciones de los adultos, quizá todavía un pelín preocupado por ver a su institutriz llorar. Hannah le dio un empujoncito para que avanzara y les hiciera a los invitados la reverencia que le había enseñado.

Rebecca se agachó para ponerse a su altura y le dijo:

—Es un placer conocerlo, lord Edgecombe. He leído muy buenos informes sobre usted en las cartas de mi amiga. Por ejemplo, que no hay un chico mejor o más inteligente. Pero no solo en Kent; sino en todo el reino. Estoy deseando comprobarlo por mí misma.

Era difícil discernir quién estaba más satisfecho al oír los elogios de Hannah: si su joven alumno o milord.

El muchacho sonrió a Rebecca con timidez y le preguntó:

—¿Tienen hijos?

Hannah ahogó un grito ahogado y le dirigió una mirada al conde con la que le imploraba que no se tomara a pecho la cándida pregunta de su hijo.

Rebecca y su marido compartieron una mirada llena de cariño e intimidad.

—Aún no, pero nos gustaría mucho algún día —contestó Rebecca.

—Nosotros tenemos mellizos —anunció Peter—. Son bastante simpáticos. Que papá y la señorita Hannah les digan dónde consiguieron los nuestros para que vayan a por unos ustedes también.

Lord Benedict rio a mandíbula batiente. El conde fingió que se unía a sus carcajadas, pero Hannah advirtió que no le había hecho gracia el comentario. Mientras tanto, a ella le ardían las mejillas, pues la ocurrencia de Peter implicaba que los bebés eran de su padre y ella. Estaba muy bien que la considerasen un miembro de la familia, pero no lo era, ni lo sería nunca. La pobre *lady* Hawkehurst le había pedido que cuidara de los niños, no que ocupara su lugar en sus vidas.

* * *

Gavin creía que el hecho de que su amiga se hospedase en Edgecombe haría feliz a Hannah Fletcher. Su entusiasta reacción ante la llegada de lord y *lady* Benedict lo convenció de que la visita sería todo un éxito. Pero cuando se pusieron a cenar los cuatro y vio que no fluía la conversación, se preguntó si se habría equivocado o habría hecho algo mal.

La señorita Fletcher casi no había dicho palabra desde que se sentaron a la mesa, salvo para contestar brevemente a preguntas directas. Se había resistido a cenar con él y sus invitados hasta que Gavin señaló lo ridículo que sería que tuviera que entretener él a los amigos de ella mientras la institutriz comía en el cuarto de los niños. Solo accedió cuando le propuso que cenaran todos juntos con su hijo en el cuarto de los niños. Sin embargo, cada vez que el lacayo retiraba un plato o traía otro, ella se encogía como si temiera que fuese a golpearla.

Por más que lo intentara, Gavin no entendía qué había hecho para ofenderla. Si ni ella ni *lady* Benedict iban a charlar como era costumbre hacer en la mesa, tenía muchas cosas que decirle al vizconde. Pensaba esperar a que las damas se hubieran retirado al salón para sacar el tema, pero el silencio era tan incómodo que había que llenarlo, y a él no se le daba bien hablar por hablar.

—Lord Benedict, estaba casi tan impaciente porque llegasen como la señorita Fletcher. Dígame, ¿está mejor informado que los periódicos sobre el paradero del maldito Bonaparte?

Mientras aguardaba a que el vizconde contestara, Gavin dio un mordisco a la ternera asada. Estaba tierna. Tras una quincena comiendo comida para enfermos y raciones militares semanas

antes, se deleitó con los platos sazonados y bien cocinados. Desde el extremo de la larga mesa de comedor, notó que la expresión de la señorita Fletcher se ensombrecía, pero decidió ignorarla. Si no le parecía bien el rumbo que había tomado la conversación, que lo dijese y la encauzase en otra dirección.

Lord Benedict soltó una risita irónica. Gavin no había conocido nunca a un hombre que estuviese siempre de buen humor. Su talante alegre no casaba con los informes que habían llegado a sus oídos durante años.

—Reconozco que no soy muy aficionado a leer la prensa, así que no tengo ni idea de lo que sabe o no. Sin embargo, hablé con un conocido mío del Ministerio de Asuntos Exteriores mientras estábamos en Londres. Que Wellington y Blücher no hayan exigido la custodia de Bonaparte como condición para la rendición de París ha sido consternador.

Gavin asintió con energía.

—A decir verdad —continuó el vizconde—, la situación militar sigue siendo incierta, y muchos franceses no quieren que el rey Luis vuelva al trono bajo ninguna circunstancia. Tal vez Wellington presintió que hacer que los aliados apresaran a Bonaparte sería un desencadenante. En estos asuntos tiendo a confiar en el instinto del duque.

—Y yo —repuso Gavin sin mucha convicción—. Pero arriesgarse a que Bonaparte escapase...

—Se están patrullando los puertos franceses para impedirlo —le aseguró lord Benedict—. Todos los navíos de la marina real están en alerta máxima.

Hannah Fletcher no dijo ni pío, sino que se concentró en su plato como si intentara hacerse invisible. No obstante, Gavin notó que estaba de acuerdo con el vizconde.

—Eso me han dicho con frecuencia. —La miró con toda la intención del mundo.

Ella fingió no darse cuenta.

—Hay informes de que Bonaparte está en Roquefort buscando pasaje para irse en fragata —agregó lord Benedict.

La frustración que tanto se había esforzado Gavin por mantener a raya amenazaba con explotar.

—Si se conoce su paradero, o incluso se sospecha cuál es, ¿por qué no envían un destacamento selecto para interceptarlo y que no escape?

¿Estaba más enfadado con la desconcertante inacción de los aliados o consigo mismo por seguir el consejo del médico con tanta docilidad? ¿Había aprovechado cualquier excusa para quedarse en Edgecombe, donde había empezado a sentirse como en casa por primera vez en toda su vida?

—¿No confía en la marina real? —inquirió lord Benedict en tono jocoso—. Le aseguro que están ansiosos por redimirse después de permitir que Bonaparte escapase de Elba. Estoy convencido de que harán todo lo que esté en su mano para que no vuelva a huir.

—Eso espero. —Gavin quería creer al vizconde, pues quizá así hiciese callar a la cargante de su conciencia.

Dado que nada de lo que le había contado lord Benedict hasta el momento lo había tranquilizado, Gavin decidió dirigir la conversación por otro derrotero, uno que agradaría más a las damas.

Miró a la esposa del vizconde, cuya atractiva apariencia hacía pensar que tenía buen corazón y un carácter fuerte..., similar a su amiga Hannah Fletcher.

—Tengo entendido que una de sus amigas de la escuela está casada con un oficial de la Marina. ¿Ya han ido a verla?

Lady Benedict negó con la cabeza.

—Hemos empezado por la más cercana primero. Nos aventuraremos más lejos conforme avancemos. Edgecombe no es más que la segunda parada de nuestro itinerario nupcial. La primera fue Berkshire. Fuimos a ver a Grace Ellerby. Me alegró mucho que le consiguiésemos

una invitación para asistir al baile de la victoria que celebraba *lady* Maidenhead.

Gavin pensó que era bastante prematuro lanzar las campanas al vuelo con Bonaparte aún suelto. Por consideración a la señorita Fletcher, se abstuvo de expresar su opinión.

Lady Benedict miró a su amiga y negó con la cabeza.

—Al principio no reconocí a Grace con ese gorro viejo y feo y esas gafas. Pero cuando se unió a nosotros para ir al baile, era la viva imagen de la belleza.

—Yo sigo pensando que la señorita Ellerby estaba rara —declaró el vizconde mientras un lacayo cambiaba su impecable plato de ternera por uno de lenguado de Dover con salsa de alcaparras.

—¿En qué sentido? —inquirió Gavin.

—Digamos que agradecemos mucho su hospitalidad, milord, después de lo grosero que fue el patrón de la señorita Ellerby, lord Steadwell. Confiaba en mostrarle mis respetos, pero no nos recibió.

—¿Steadwell? —Gavin murmuró el nombre para sí, pues le resultaba familiar—. Rupert Kendrick. Estaba unos años por delante de mí en la escuela. Parecía un tipo bastante decente por aquel entonces.

Recordó a un muchacho callado y bastante desgarbado que era mucho más amable que la mayoría con los niños más pequeños. Otro motivo por el que Rupert Kendrick se le quedó grabado a fuego fue porque a todas luces prefería su hogar a la escuela, todo lo contrario de Gavin.

—Steadwell tiene reputación de diligente en la Cámara de los Lores. —El vizconde Benedict parecía desconcertado por cómo se había comportado el barón con él hacía poco—. Normalmente podía contar con su voto para cualquier legislación que apoyase a nuestras fuerzas militares.

Lady Benedict se detuvo ante su pescado y dijo:

—Dudo que lord Steadwell fuera reacio a recibirte a ti, querido.

Su marido frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

La dama esbozó una leve sonrisa de pesarosa resignación.

—Lo sabes, no finjas que no. No todos son tan ajenos al rango y la posición como nuestro anfitrión actual. Hay quienes deploran la idea de que un vizconde se case con una institutriz. No negarás que cuando nos conocimos fuiste uno de ellos.

Lord Benedict se removió.

—Bueno, fui un necio y un estúpido que permitió que una experiencia desafortunada empañara mi opinión sobre una serie de asuntos. Menos mal que apareciste tú para enseñarme lo errado que estaba. Si es eso lo que le ocurre a lord Steadwell, espero que tenga ocasión (aunque innecesaria) de enmendar su error, tal y como me pasó a mí.

Las palabras del vizconde hicieron que Gavin se preguntara si había tenido oportunidades parecidas para hacer las cosas bien. Con sus compañeros de armas, que se sacrificaron cuando deberían haber dejado de luchar. Con sus retoños, que se habían quedado huérfanos de madre por culpa de sus actos.

De ser así, debería estar agradecido a esas oportunidades... Y lo estaba. Solo deseaba hacer lo correcto por ambas partes, en vez de aprovechar una oportunidad a expensas de la otra y acabar hecho polvo en el proceso.

Capítulo once

—¿No fuiste muy dura con tu pobre marido anoche en la cena? —le preguntó Hannah a Rebecca al día siguiente mientras las dos mujeres iban a ver a los bebés. Peter las adelantó a trompicones.

—Un poco quizá —admitió su amiga con una risa apacible y melodiosa—. Me temo que es un defecto que adquirí en la escuela: criticar a la menor ocasión. Por fortuna, Sebastian ha aprendido a soportar mis yerros y yo los suyos. No nos queremos menos por ellos. Es tan noble en tantos aspectos que a menudo olvida que tal vez los demás tengan motivos para comportarse de un modo que él desapruera.

Hannah, que empatizaba con el vizconde, asintió en señal de comprensión.

—Entiendo que le cueste.

Bajó la voz para que no la oyera el niño y agregó:

—Cuando llegué a Edgecombe, me formé una opinión pésima de milord. Servía en la guerra mientras que la condesa estaba aquí y se portaba muy bien conmigo. Llegué a culparlo de su desdicha, sin saber ni importarme por qué actuaba así.

—No esperes que te lo reproche. —Rebecca tomó la mano de su amiga y le dio un apretón afectuoso—. Yo era igual cuando conocí a Sebastian. Creo que te escribí sobre él después de conocernos, cuando me confundió con Hermione.

Hannah asintió.

—Que no lo sacaste de su error.

—No es de mis momentos más lúcidos. —Rebecca hizo una mueca—. Me sorprende que hayamos acabado felizmente enamorados con lo mal que empezó nuestra relación.

—Pero ¿eres feliz? —preguntó Hannah—. La verdad es que se os ve muy contentos.

—Más feliz de lo que esperaba. —La sonrisa de Rebecca brillaba como los rayos de sol estival que se colaban por entre las hojas—. Más feliz de lo que merezco, tal vez, pero es una bendición que no daré nunca por sentado. Solo espero que mis amigas hallen su propia felicidad algún día. ¿Era ella feliz? Hannah había estado demasiado ocupada para plantearse esa pregunta. No podía ser feliz con el fallecimiento de su querida *lady* Hawkehurst tan reciente. Pero, al hacer introspección, descubrió que era muchísimo más feliz de lo que debía estar dadas las circunstancias. Quizá reencontrarse con su amiga tantos años después le hubiera levantado el ánimo. Pero lo que le había contado Rebecca acerca de su amor por lord Benedict hizo que temiera que podía deberse a algo más.

Por suerte llegaron a las cabañas arrendadas antes de que Rebecca advirtiera su turbación. Como hacía tanto calor, la señora Miller y la señora Wilkes dejaron encantadas que Hannah y su amiga llevaran a los mellizos fuera, a la sombra de un roble altísimo. Mientras Peter rebuscaba por allí cerca bellotas y otros pequeños tesoros que ofrecía la naturaleza, las mujeres abrazaban y arrullaban a los bebés. Los pequeños respondían con gorgoteos, sonrisas y otras formas de robarle el corazón a Rebecca.

—No he estado mucho con bebés. —Rebecca abandonó el decoro propio de una vizcondesa para frotar la nariz con la pequeña Alice—. Hermione era hija única y para cuando me convertí en su institutriz ya era mayorcita. Qué envidia que estés a cargo de estas dos criaturitas. Me muero de ganas de tener uno.

—Serás una madre maravillosa. —Hannah se pegó a Arthur al hombro y le dio palmaditas en la espalda—. Me pregunto cuánto tardarán Marian y su capitán en darnos la buena nueva. Ojalá

pudiera ir contigo a verla.

—¿Por qué no? —A Rebecca le brillaron los ojos de la ilusión—. Seguro que lord Hawkehurst podría prescindir de tus servicios una semana o así si se lo pidieras. Imagina la sorpresa que se llevaría Marian si nos viera a las dos.

Por mucho que le atrajera la idea, Hannah negó con la cabeza sin mucho pesar.

—Me necesitan en Edgecombe. Cierta señorita ha sufrido demasiados avatares en su vida últimamente. Mi presencia ha sido su única constante; no puedo privarle de eso. Además, temo añorar demasiado a los pequeños si tengo que estar más de dos días sin verlos.

Había otra razón por la que no se atrevía a marcharse de Edgecombe, ni siquiera una semana. ¿Y si el conde recibía un informe fidedigno del paradero de Bonaparte? Si ella no estaba ahí para impedirselo, iría a Dover pese a la advertencia del médico.

—Está muy bien que te entregues tanto a los niños a los que cuidas —comentó Rebecca mientras acunaba a la pequeña Alice—. No esperaría menos de ti. Pero ¿no sueñas con tener un hogar, marido e hijos propios?

Hannah descartó la pregunta de su amiga con un movimiento de cabeza.

—Ya hay dos de nuestro grupo casadas, que es el doble de lo que predijeron nuestras maestras. Si alguna otra pasa por el altar, seguramente serán las bellas de Grace y Evangeline.

Rebecca rio, lo que hizo que Alice chillase de regocijo.

—Grace nunca conseguirá marido con ese gorro feo y esas gafas, y no sé yo si Evangeline aceptaría una propuesta si la recibiera. Ya sabes lo independiente que es. Pero siempre he pensado que cualquier hombre sería afortunado de tenerte como esposa. Eso sí, no lo pospongas demasiado o perderás la oportunidad de emparejarte.

La amiga de Hannah comprobó que Peter no anduviese cerca y bajó la voz.

—Cuando los hijos del conde crezcan un poco, tal vez cuando se vuelva a casar, deberías venirte a vivir con nosotros a Londres y así te presento a unos caballeros adecuados.

La oferta de Rebecca hizo que se le acelerara el corazón y notara un vacío en el estómago. ¿Qué la consternaba más: pensar en dejar Edgecombe para buscar marido o imaginarse a Gav... lord Hawkehurst casándose con otra para que ocupase el lugar de la primera condesa?

—Es muy amable por tu parte, Rebecca, pero no me imagino dejando Edgecombe mientras milord me necesite. —En realidad, no se imaginaba dejando Edgecombe, o al conde, bajo ninguna circunstancia sin que una sombra de desesperación amenazara con truncar su futuro. Solo había un hombre con el que se imaginaba casada y feliz.

Esa idea se apoderó de Hannah tan de improviso que casi soltó a Arthur. No era la primera vez que intuía la verdadera naturaleza de sus sentimientos por el conde. Pero había descartado sus sospechas con la esperanza de que no fueran más que vanas ilusiones fruto de la fatiga o en respuesta al luto. Al presenciar el amor que le profesaba Rebecca a su marido y lo felices que eran juntos, Hannah se vio obligada a admitir que sus sentimientos eran los que eran.

De repente entendió por qué la gente hablaba de caer rendido a los pies de alguien. No pretendía que ocurriera tal cosa, no lo creía posible. Pero el suelo emocional se había abierto bajo su corazón y lo había sumido en una profundidad aterradora. Quizá si hubiera experimentado esos sentimientos antes, habría reconocido las señales de peligro y se habría contenido a tiempo.

Puede que Rebecca no se hubiese tomado en serio las duras predicciones de sus maestras, pero las experiencias pasadas de Hannah la habían llevado a creer que tenían razón al afirmar que nunca sería lo bastante buena para conseguir marido. Para ahorrarse el dolor que le causaría el ineludible rechazo, había evitado a los hombres de su misma edad y se había fijado en los defectos de aquellos con los que sí se citaba. Como la zorra y las uvas agrias de Esopo, se había

convencido de que no se perdía nada por seguir soltera. ¿Sería por eso por lo que se había formado una opinión tan pobre del conde y se había centrado en los problemas de su matrimonio?

—¿Hannah? —El tono ansioso de Rebecca hizo que dejase de pensar en sus inquietantes descubrimientos—. ¿Estás bien? Te has puesto blanca. Espero no haberte contrariado. Sé lo integrada que puede sentirse una institutriz en una familia, sobre todo si el padre es viudo. Pero, como aprendí con Hermione, los niños crecen muy deprisa. En cuanto estos bebés sean mayores, aunque hayas sido una servidora leal, se esperará que te marches y empieces de cero en otro hogar.

Por mucho que Hannah quisiera fingir que no pasaría eso, lo sabía perfectamente.

—Soy muy consciente de lo que supone ser institutriz. Edgecombe no es mi primer empleo.

Trabajó para otra familia antes de ir a Edgecombe, para unos parientes lejanos de *lady* Hawkehurst. Aunque se encariñó con sus alumnos, en cuanto ya no fueron necesarios sus servicios apenas supo de ellos. Peter era un muchachito tan encantador y la condesa tan hospitalaria que no le importó dejar atrás sus anteriores lazos. Pensar que fuese a ocurrirle eso con los niños de los Romney y su padre la estremeció.

—Al menos prométeme que considerarás mi oferta —dijo Rebecca—. No hace falta que lo decidas ahora mismo. Es posible que la segunda condesa no sea tan simpática, y menos cuando se entere de que eras cercana a la primera esposa del conde. Puede que entonces no lamente tanto como ahora dejar Edgecombe.

—¿Qué te hace pensar que milord volverá a casarse? —Hannah se percató de que se le había agudizado la voz sin querer. Eso, y tal vez su preocupación, hicieron que Arthur se revoliera.

—Pues claro que volverá a casarse. —Rebecca miró a su amiga sin dar crédito, como si la desconcertara su repentina irritación—. Por el bien de sus hijos, al menos. Sería una lástima que un hombre tan noble se quedara solo el resto de su vida.

Hannah pasó de preguntarse cómo iba a dejar Edgecombe a cuestionarse cómo iba a soportar quedarse sintiendo lo que sentía por Gavin Romney. Como el conde hiciera lo que había predicho Rebecca y volviese a contraer matrimonio, la situación de Hannah no haría más que empeorar.

* * *

—Ha sido un detalle por su parte invitarme a montar mientras las damas gozan de un momento a solas —comentó lord Benedict mientras él y Gavin daban un tranquilo paseo por la propiedad—. Imagino que querrán tratar temas que no pueden escuchar los caballeros.

—El gusto es mío. —Gavin inhaló una profunda bocanada de aire estival perfumado con cuero y piel de caballo—. He estado buscando una excusa para volver a montar. No recuerdo la última vez que estuve tanto tiempo sin cabalgar.

—¿Le molesta la herida? —preguntó el vizconde. La noche anterior, al acabar de cenar, hablaron de las experiencias de Gavin en Waterloo.

—Solo noto un pinchazo de vez en cuando —confesó—. Aunque me haría un gran favor si no se lo contase a la señorita Fletcher. Parece decidida a envolverme en algodón.

—Puede confiar en mi discreción —le aseguró lord Benedict—. Rebecca me ha dicho que la señorita Fletcher estaba muy unida a su difunta esposa. Quizá se sienta obligada a velar por su bienestar porque es lo que hubiera deseado la condesa.

¿Por eso Hannah Fletcher se había tomado tantas molestias para cuidarlo? ¿Porque se lo había prometido a Clarissa? La idea no le hizo ninguna gracia.

Su rostro debió de revelar sus sentimientos, puesto que lord Benedict gritó:

—¡Perdone mi maldita irreflexión! No pretendía afligirlo hablando de su esposa cuando su pérdida es tan reciente. Si le pasase algo a Rebecca, no podría soportarlo. Se ha esforzado mucho por no abatir nuestro ánimo con su dolor, y, sin embargo, yo no me he parado a pensar en cómo debía de sentirse usted.

Gavin no podía permitir que el pobre hombre se mortificara tan severamente por un comentario inocente.

—No se apure. Su mención a mi esposa no me ha causado el dolor que imagina. Ojalá. Aunque costara aceptarlo, al menos sería una herida limpia que sanaría con el tiempo.

Apenas lo hubo soltado, Gavin se arrepintió de no haberse mordido la lengua. ¿Cómo iba a esperar que un hombre que a todas luces adoraba a su flamante esposa entendiera lo complejo y agobiante que había sido su matrimonio con Clarissa?

Lo último que esperaba fue que lord Benedict murmurara en tono comprensivo:

—Incluso las heridas infectadas sanan si se tratan con el medicamento adecuado.

Gavin se preguntó si habría oído mal.

Al advertir lo anonadado que estaba, el vizconde se explicó:

—Rebecca no es mi primera esposa. Tras mi anterior matrimonio, ni esperaba ni quería volver a probar suerte. Agradezco que la Providencia decidiese lo contrario.

—Entonces lo entiende.

El vizconde asintió y dijo:

—Contraí mi primer matrimonio por las razones equivocadas. Por fortuna, contraí el segundo por la única que de verdad importa.

¡Qué bien sabía Gavin lo que era casarse por las razones equivocadas! Era como intentar construir una casa sobre unos cimientos defectuosos. Cuanto más alta se erigía y más tiempo permanecía en pie, más probable era que se derrumbara.

Llegaron a un arroyo estrecho, a la sombra de unos olmos altísimos. Los caballos se metieron en el agua y agacharon la cabeza para beber.

Sebastian le dio unas palmaditas en el cuello a su montura y dijo:

—La primera vez que me casé era joven; un tonto enamorado que se dejó engañar por la apariencia y la vivacidad. A ella no le interesaba yo, solo lo que podía ofrecerle. Por desgracia, los hombres de nuestro estatus suelen atraer a esa clase de mujeres.

Tal vez sí, pero Gavin sabía que los problemas de su matrimonio habían sido todo lo contrario de los de lord Benedict. Dedujo que no hablaba con mucha gente de ese tema.

—Cuando conocí a Rebecca —prosiguió el vizconde—, estaba intentando anular el compromiso entre mi hermano y la antigua alumna de Rebecca. Estaba convencido de que un matrimonio entre dos personas de distinto patrimonio estaba condenado al fracaso.

—Sin embargo, se casó con una institutriz. —Como presumía que los caballos habían bebido suficiente, Gavin instó al suyo a continuar a paso tranquilo.

Lord Benedict rio con pesar a la vez que su montura imitaba a la de Gavin.

—Solo después de que me rechazara por interponerme en la felicidad de Claude y Hermione. La dicha de la que gozamos actualmente es una bendición que apenas merezco, que es por lo que estoy más agradecido aún.

¿Como la bendición que eran su vida y sus hermosos hijos?, se preguntó Gavin. Unos regalos que se habían comprado con las vidas de otros. Los agradecía, sin duda. Pero su gratitud estaba teñida de una culpa amarga.

—El perdón fue la clave para que me reconciliase con mi pasado —continuó lord Benedict—. Cuando traté de entender qué llevó a Lydia a comportarse así, la rabia y el rencor fueron

abandonándome poco a poco hasta que llegó un momento en que fui libre. Aunque no me hubiera desposado con Rebecca, estaría mucho mejor de lo que estaba antes de que me enseñara esa valiosa lección.

Si bien Gavin se alegraba de que la suerte hubiera sonreído a dos personas tan maravillosas, volvió a tener la sensación de que las circunstancias de la pareja se oponían a las suyas. No tenía nada por lo que perdonar a Clarissa. La culpa de su desdicha era únicamente de él, que nunca había dado la talla como marido. Daba igual si era porque no estaba hecho para el matrimonio, como le gustaba creer, o porque no se había esforzado lo suficiente, como diría Hannah Fletcher. Fuera como fuese, el resultado había sido el mismo. Y ahora ya era tarde para redimirse, aunque hubiera dado con el modo.

Por difícil que fuera perdonar a los demás, Gavin temía que fuera mucho más complicado perdonarse a sí mismo.

* * *

Los días que Rebecca estuvo de visita fueron tan dichosos que a Hannah se le pasaron volando. Como lord Hawkehurst y lord Benedict habían hecho muy buenas migas, las damas tuvieron muchas ocasiones para charlar largo y tendido a solas. Compartieron recuerdos de su niñez en la escuela Pendergast. Pese a lo mal que las había tratado la vida, se sorprendieron rememorando los escasos momentos felices que habían vivido y la camaradería y la solidaridad que encontraban en su grupo de amigas y que había hecho soportables las dificultades.

—No sé qué habría sido de mí después de la muerte de Sarah de no haber sido por ti y las demás—confesó Hannah una noche después de cenar mientras esperaban a que los caballeros se reunieran con ellas en el salón—. Sentí que había ganado una familia de hermanas que me necesitaban.

Rebecca le apretó la mano y dijo:

—Sarah era un angelito. Reconozco que envidiaba que tuvieras a alguien a tu cargo. Alguien que llevaba contigo mucho tiempo y que estaría siempre a tu lado. Cuando la perdiste, empecé a pensar que estaba mejor sin estrechar lazos con nadie por si me pasaba lo mismo.

Hannah entendía la convicción de su amiga. Durante muchos años fue lo que guio sus propios pasos. Sin embargo, cuando se imaginó a Rebecca negándose la posibilidad de amar, por algún motivo le pareció mal.

El dolor sin cicatrizar que latía en su corazón, reciente y crudo, le advertía del tremendo poder que entrañaba el amor.

—Debería haber cuidado mejor de Sarah para que no enfermara y muriera.

Deseosa como siempre de defender a sus amigas, Rebecca movió la cabeza con energía.

—Hiciste todo lo que pudiste por ella en ese horrible lugar. A veces no basta con dejarnos la piel para que no ocurran cosas malas. Estoy segura de que Sarah no habría querido que te fustigases o pensases en ella con culpa y pesar.

Hannah le habría dicho lo mismo a cualquiera de sus amigas en una situación similar. Pero del dicho al hecho hay un trecho, y llevaba demasiado tiempo culpándose por la muerte de su hermana como para exonerarse. Su padre la había dejado al cuidado de Sarah cuando las envió a vivir con su tía Eliza. Si se hubiera vuelto indispensable para su tía, es posible que no las hubieran enviado ni a ella ni a Sarah a la escuela. Una vez allí, debería haberse esforzado más por alimentar mejor y abrigar más a su delicada hermana. De ese modo, Sarah habría sobrevivido a la epidemia de fiebre tifoidea que estalló entonces.

—*Lady Hawkehurst* me recordaba a Sarah—reflexionó Hannah mientras echaba un vistazo a la habitación decorada con elegancia; una de las favoritas de la condesa—. Confiaba en mí igual

que mi hermana. Pero, al final, tampoco pude salvarla. Pobre mujer.

Pensar en la difunta esposa del conde hizo que se arrepintiera aún más ahora que entendía la verdadera naturaleza de sus sentimientos por él. Después de la muerte de la condesa, se había convertido en una madre para los pequeños mellizos. Ahora, con su amiga de visita en Edgecombe, daba la impresión de que también ejercía de señora de la casa.

No era su intención. De hecho, se resistió a aceptar la invitación del conde de unirse a él y los Benedict en las comidas. Pero lord Hawkehurst insistió con mucho ahínco, alegando que Rebecca había ido a verla a ella, no a él. Incluso la amenazó con cenar en el cuarto de los niños si se negaba a comer con ellos. Hannah sabía que era lo bastante terco y heterodoxo para cumplir su amenaza. A regañadientes, ocupó el lugar de su esposa en el extremo de la gran mesa del comedor.

Aunque la cocinera se había superado para la visita de lord y *lady* Benedict, cada bocado que daba Hannah estaba teñido por el amargo sabor de la vergüenza. ¿Qué cuchichearían sobre ella en el comedor del servicio? ¿Cotillearían sobre el tiempo que había pasado con lord Hawkehurst durante su recuperación? ¿Se preguntarían si había aprovechado la ocasión para insinuarse al conde? ¿Especularían si se había puesto sombrero por él?

¿Cómo iba a volver a mirar a los criados a la cara? No es que ninguno fuera a pensar peor de ella de lo que pensaba Hannah de sí misma. Había momentos en los que se dejaba llevar y se lo pasaba en grande fingiendo que formaba parte de un cuarteto al que no pertenecía. Si un desconocido los viera juntos, los confundiría con dos parejas casadas..., dos parejas felizmente casadas, de hecho.

Aunque sabía que era una traición a la condesa desear que eso fuera cierto, Hannah no podía reprimir los caprichosos sentimientos que le inspiraba milord. Cada vez que andaba cerca, sus sentidos se aguzaban y se centraban por completo en él. Cuando le hablaba o la mencionaba en una conversación, se le aceleraba el pulso, que pasaba del ritmo tranquilo de costumbre a uno errático y nervioso. La mirada más fugaz la atravesaba como un rayo de sol resplandeciente.

—¡Hannah! —Oyó a Rebecca como si le hablase desde lejos—. Querida, no debes preocuparte tanto por esas cosas.

Las palabras de su amiga alarmaron a Hannah hasta que se dio cuenta de que se refería a la conversación anterior.

—Estoy segura de que no podrías haber hecho nada más por la pobre *lady* Hawkehurst. Conociéndote, sospecho que hiciste mucho más por ella de lo que haría la mayoría. Es evidente que su marido te está inmensamente agradecido por los servicios prestados a ella y a sus hijos. Lo generoso que ha sido invitándonos a Sebastian y a mí demuestra lo mucho que siente que te debe.

Aunque sabía que Rebecca pretendía tranquilizarla, Hannah no pudo evitar que la recorriera un escalofrío. Últimamente Gavin... lord Hawkehurst estaba muy atento, de buen humor y la trataba muy bien. Por supuesto, su cambio de actitud se debería a la gratitud y no... a nada más. Sería una necia si imaginara lo contrario. Tales pensamientos le hacían imposible hablar, no fuera a ser que su voz delatase a las traidoras de sus emociones.

Rebecca creía que entendía los sentimientos de su amiga. Se levantó de su asiento, cruzó la estancia para sentarse al lado de Hannah y le pasó un brazo por los hombros a modo de consuelo.

—Imagino que añoras muchísimo a *milady*. Las institutrices nos encariñamos mucho con la familia que nos contrata. Hermione se volvió casi una hija para mí. Pero ahora que Marian y yo estamos casadas, podremos visitaros a ti y a las demás más a menudo. Sebastian no estaba seguro de que estuviera bien que viniéramos a verte tan pronto, con la pérdida de la condesa tan

reciente. Pero yo le dije que justamente por eso necesitarías más que nunca la compañía de una vieja amiga. Espero no haberme equivocado y que no nos hayamos inmiscuido en tu luto.

—¡En absoluto! —Hannah no soportaba que Rebecca pensara que estaba desanimada por la visita de los Benedict—. Me ha reconfortado mucho volver a pasar tiempo contigo. Y creo que ha sido bueno para milord tener aquí a tu marido. Ha impedido que parta en busca de Bonaparte antes de estar lo bastante recuperado para aguantar semejante viaje.

Pero ¿qué pasaría cuando los Benedict abandonaran Edgecombe? Hannah confiaba en que el marido de Rebecca convenciera a lord Hawkehurst de que dejara la detención de Bonaparte a la marina real. Pero no las tenía todas consigo.

El estruendo sordo de pasos apresurados hizo que ambas miraran a la puerta con miedo. Al instante irrumpieron los caballeros.

Sus ojos centelleantes y sus sonrisas ansiosas disiparon cualquier temor.

—¡Tenemos al canalla! —Lord Benedict agitaba una carta abierta como si fuera la bandera de la victoria—. El capitán del HMS Bellerophon ha impedido que Bonaparte huya de Roquefort en una fragata. ¡Ha llevado a todo el grupo del general a bordo de su barco y ha zarpado hacia Torbay a la espera de nuevas instrucciones!

Una poderosa ola de alivio inundó a Hannah, que también sintió una punzada de incredulidad. Después de todo lo que había pasado, le costaba asimilar que al final no le ocurriría lo peor. Gavin no se vería obligado a abandonar a sus hijos pequeños y emprender una misión peligrosa que se prolongaría durante meses o incluso años. Se quedaría en Edgecombe, se repondría del todo y aprendería a ser un padre de familia en vez de un guerrero.

Ella y Rebecca se levantaron del sofá con ímpetu.

—¡Qué maravillosa noticia! —Rebecca corrió hacia su marido—. Por fin se acabará esta horrible guerra de una vez por todas.

Movidos por la inesperada alegría de la noticia y el tremendo amor que se profesaban, Sebastian y Rebecca se abrazaron y se besaron con alborozo.

La misma ola de emociones atrapó a Hannah con su poderoso agarre y la arrastró hacia Gavin, que corrió a su encuentro como impulsado por una fuerza superior a su voluntad. Cuanto más se acercaban, más se desvanecía todo salvo el rostro del conde; hasta que lo único que veía Hannah eran sus brillantes ojos oscuros y su radiante sonrisa de oreja a oreja.

Le pasó los brazos por el cuello mientras él la abrazaba por la cintura. Por un momento, su corazón y su aliento se detuvieron y el mundo de fuera de su burbuja se paró. Se le antojaba natural estar en sus brazos, como si ese fuera el refugio que había buscado en vano durante tantísimos años para acabar encontrándolo por accidente y ser recibida con un fuego ardiendo en la chimenea al entrar. Un sutil movimiento por parte de Gavin la instó a ladear la cabeza y acercar los labios a los suyos.

Estaba a punto de complacerlo, cuando al fin actuó su sentido de la discreción.

¿Había perdido el juicio y la ética? Bastante había metido la pata ya al apoyarse en milord mientras jugaban con el bebé, pero ¡perder las formas con tanto descaro era inexcusable!

—¡Perdóneme, señor! —Se apartó bruscamente y, aunque notó que lord Hawkehurst hacía lo mismo, le pareció que le rozaba la oreja con los labios al recular—. Me he emocionado tanto al oír la noticia que...

—Y yo, señorita Fletcher. —El conde interrumpió su explicación.

Su tono adquirió un deje molesto que casi no pudo disimular. Sin duda había tenido intención de mostrar una expresión de regocijo por la noticia mucho más decorosa: un apretón de manos amistoso, tal vez, no un ardiente abrazo por parte de la institutriz de su hijo cuando ambos

deberían estar de luto por su difunta esposa.

Capítulo doce

Gavin no recordaba haber estado tan enfadado consigo mismo o haberse dejado llevar tanto por sus emociones como la noche anterior.

Tras semanas en ascuas, sin saber qué había sido de Bonaparte y temiendo lo peor, enterarse de que la marina real lo había capturado hizo que lo embargase una ola de euforia. Su alma se había quitado un peso de encima y ya podía volar libre.

Su primer impulso fue la acuciante necesidad de darle la noticia a Hannah. Era la única que de verdad entendía cuánto le importaba aquello y por qué. Sabía que compartiría el júbilo que le reportaba haber cumplido la promesa que le hizo a Molesworth sin tener que abandonar Edgecombe y a sus hijos.

No había tenido intención de estrecharla, pero en ese momento parecía la única forma adecuada de expresar sus sentimientos. Tenía que compartir tanta alegría o le estallaría el corazón. Tal vez podría haber entrado en razón antes, pero ver el abrazo de los Benedict demolió cualquier posibilidad de que no fuera una buena idea.

Ahora, a la cruda luz de una mañana nublada, Gavin veía las cosas con más claridad. Hannah se había refugiado en el cuarto de los niños para atender a su hijo, y los Benedict aún no habían bajado a desayunar. Así que Gavin se hallaba solo, terminándose el desayuno sin fijarse en lo que estaba comiendo. No hacía más que rememorar la noche anterior y el fervoroso abrazo al que había sometido a la institutriz de su hijo.

Se dijo que no había sido del todo desagradable. No soportaría que Hannah sintiera que él la había obligado. A pesar de que los recuerdos de su abrazo eran bastante difusos, estaba seguro de que ella le había echado los brazos al cuello. ¿Había sido un movimiento instintivo, desencadenado por el rápido acercamiento de Gavin, o la reacción de Hannah al oír la increíble noticia había barrido su circunspección habitual?

Gracias a Dios que la institutriz había vuelto sobre sí a tiempo de evitar que la besara, como había estado a punto de hacer. Aun así, cuando se separaron, haciendo un incómodo esfuerzo por desestimar lo que había sucedido, Gavin no pudo ignorar las miradas de asombro de los rostros de sus invitados. No es que los culpaba. ¿Qué hombre de honor abrazaría a la institutriz de su hijo cuando todavía debería estar de luto por su difunta esposa? Gavin sabía lo que habría dicho su padre al respecto.

Se habría reprochado cosas mucho peores de no haber recordado su conversación con Sebastian. Lo ayudaba saber que no era el único que había vivido un matrimonio turbulento, aunque las circunstancias hubieran sido muy distintas. Las sabias palabras fruto de la experiencia del vizconde seguían resonando en la mente de Gavin: incluso las heridas infectadas sanan si se encuentra el medicamento apropiado.

Sabía que era verdad. A pesar de la culpa, el dolor y la preocupación que lo habían atormentado durante las últimas semanas, algunas de las persistentes heridas de su infancia se habían curado gracias a la afectuosa comprensión de Hannah Fletcher.

Sus sentimientos por ella no se parecían a los que hubiera albergado por una mujer antes. Es más, eran emociones que durante mucho tiempo se había creído incapaz de sentir. Quería confiar en ella y compartir experiencias con ella. Quería protegerla del daño y la infelicidad. Ya había tenido demasiado de ambos. Quería aliviar el dolor de sus viejas heridas, como ella había hecho por él.

Aunque su conciencia le reprochaba que albergase tales sentimientos cuando debería estar de luto por Clarissa, un susurro de esperanza en lo más profundo de su alma le recordó a Gavin que su periodo de duelo terminaría algún día. Si esperaba el momento oportuno, se mordía la lengua y refrenaba sus impulsos, llegaría el día en que podría reconocer sus sentimientos y empezar a hacer que Hannah se diera cuenta de ellos. En solo unas pocas semanas, había pasado de odiarlo a tolerarlo y comprenderlo. Con el tiempo y el esfuerzo suficientes, ¿qué otros pasos podría dar para ganarse su cariño?

Un ligero movimiento atrajo la mirada de Gavin hacia la puerta del comedor, donde *lady* Benedict lo observaba. Sus instintos militares lo pusieron en guardia y le hicieron preguntarse cuánto tiempo llevaría ahí.

—Perdóneme, lord Hawkehurst. No quería molestarlo. —Se acercó a la mesa mientras Gavin se ponía en pie—. ¿Le importa si me uno a usted? Mi marido bajará en breve. Sentía que debía redactar una respuesta a la carta que recibí anoche, y no lo he convencido de que escribiría mejor con el estómago lleno.

—En absoluto. —Gavin se apresuró a retirar una silla para la dama—. Agradezco su compañía. Hemos tenido pocas oportunidades de hablar usted y yo desde que llegaron. Debo confesar que simpatizo con el deseo de su marido de acabar con el papeleo lo antes posible.

El lacayo trajo café a *lady* Benedict y un plato de comida. A continuación rellenó la taza de su amo.

En circunstancias ordinarias, Gavin habría rehuido la necesidad de entablar una conversación en la mesa con un miembro del sexo bello. No obstante, encontraba a *lady* Benedict franca pero amable. Además, si no podía hablar con Hannah, lo mejor que podía hacer era hablar de ella con alguien que la conociera bien.

Lady Benedict le sonrió por encima del borde de su taza de café.

—Lo he dicho con anterioridad, pero vale la pena repetir cuánto aprecio que nos brinde su hospitalidad. Nos ha concedido a Hannah y a mí mucho más tiempo juntas que el que habríamos tenido si mi marido y yo estuviéramos alojados en otro sitio. Mi visita a Grace Ellerby fue bastante decepcionante en ese sentido. No tuve oportunidad de hablar con ella en privado. Las hijas de lord Steadwell siempre estaban con nosotras, y, aunque son encantadoras, había temas que no podía plantear en su presencia. Además, tenía la sensación de que Grace siempre miraba por encima del hombro, como si la asustara o avergonzara que nos vieran juntas. Me alegra ver que Hannah es mucho más feliz en Edgecombe... pese a su terrible pérdida.

Era evidente que Sebastian no le había hablado a su esposa de la conversación que habían mantenido acerca de su matrimonio. Gavin se alegró. No le importaba que otro hombre conociera el verdadero estado de su matrimonio, y menos si era uno que lo entendía y simpatizaba con él. Pero le inquietaba que *lady* Benedict supiera lo mal marido que había sido. Su trato afectuoso hacia él le hizo pensar que Hannah nunca se había quejado de él, ni siquiera en las cartas privadas que enviaba a sus viejas amigas. Eso denotaba una discreción admirable y ensalzó aún más su respeto por ella.

—Espero que Han..., digo, la señorita Fletcher esté feliz en Edgecombe. No me imagino cómo nos las habríamos arreglado sin ella estas últimas semanas. Mi familia le debe una muy gorda, y me complace poder saldar una pequeña parte de esa deuda de la forma que sea. Pero dado que su compañía también ha sido una distracción tan grata para mí, no debe creer que su presencia supone la más mínima carga.

—Gracias. —La dama inclinó la cabeza para agradecer el cumplido—. No me sorprende saber que mi amiga se ha vuelto muy preciada para usted. Cuando estábamos en la escuela, todas

confiábamos en Hannah. Me alegro de que haya encontrado un puesto en el que se valoren adecuadamente sus habilidades y devoción. Como habrá deducido, la nuestra no fue una infancia fácil.

Gavin asintió. Había oído lo bastante como para sospechar que se quedaba corta.

—Los recuerdos de Hannah de la escuela Pendergast se tornan aún más oscuros —continuó *lady Benedict*— por la pérdida de su querida hermana.

—Mencionó a una hermana. —Gavin, ansioso por saber algo nuevo de Hannah, se echó hacia delante y preguntó—: ¿Cómo murió la joven?

—De tifoidea. —*Lady Benedict* suspiró—. Provocada por las pésimas condiciones del lugar. Siete alumnas murieron ese invierno, las suficientes como para plantear dudas y hacer reformas, que no duraron. Quería decírselo porque su difunta esposa le recordaba a su hermana. Creo que era casi tan devota a la condesa como a la pequeña Sarah. En consecuencia, se ha tomado la muerte de *milady* peor de lo que usted cree.

Con razón había sido tan protectora con Clarissa. Gavin envolvió la taza de café con las manos e inhaló el rico y amargo aroma. Con razón lo había detestado.

—Ojalá pudiera hacer algo para aliviar su dolor y compensar lo que sufrió en el pasado. —Apretó los labios. No osó decir nada más sobre el tema, no fuera a ser que revelase la verdadera naturaleza de sus sentimientos por Hannah.

Lady Benedict sonrió como si eso fuera justo lo que quería oír.

—Eso lo honra, lord Hawkehurst. Yo deseo lo mismo, por eso me gustaría llevarme a Hannah a Londres algún día y tratar de encontrarle un marido tan bueno como se merece.

Daba la impresión de que la dama esperaba que estuviera tan entusiasmado con sus planes para Hannah como ella. En cambio, Gavin se sintió como si le hubiera arrojado una taza de café hirviendo a la cara.

—¿Londres? ¿Marido? —Lo irritaba solo pensarlo—. Pero ¡su sitio está en Edgecombe! Usted misma ha dicho que es feliz y se siente valorada aquí.

A *lady Benedict* la desconcertó su respuesta.

—Por el momento lo es, pero hay que pensar en su futuro. Si le debe tanto como dice, seguramente no querrá negarle la oportunidad de tener un hogar y formar una familia.

Al plantearlo así, Gavin parecía cruel y egoísta. Pues claro que no quería que Hannah fuera infeliz y estuviera insatisfecha por cuidar de sus hijos en vez de tener una vida propia.

—Es reacia a dejar a sus hijos, aunque eso suponga sacrificar la oportunidad de tener los suyos propios —continuó *lady Benedict*—. Una vez que la vida en Edgecombe se estabilice, espero que hable con Hannah y la anime a aceptar mi oferta.

¿Cómo iba a permitir que Hannah Fletcher saliera de su vida? ¿Dónde encontraría a alguien que cuidara de sus hijos como ella?

Por fortuna, entró lord Benedict y Gavin pudo ahorrarse su respuesta.

—Sebastian, querido, confío en que hayas terminado tu carta. —Su esposa cambió de tema abruptamente—. Qué bien que escribes mucho más rápido que yo. De lo contrario, me temo que habrías ayunado hasta la hora de cenar.

Sebastian rodeó la mesa y se plantó detrás de su esposa, a la que acarició en el hombro con suavidad.

—Me complace ver que no estabas obligada a comer sola, amor mío. He escrito la nota en un santiamén para no estar separado de ti mucho tiempo.

Mientras la pareja charlaba con cariño, Gavin no pudo reprimir una punzada de envidia. No es que envidiara la felicidad de los recién casados. No les habría arrebatado ni un ápice de haber

podido. Era el primer matrimonio feliz que veía de cerca, así que no pudo evitar desear una pizca de esa desacostumbrada felicidad conyugal para él.

Entonces recordó lo que le había dicho *lady* Benedict: que se llevaría a su amiga a Londres para encontrarle marido. Quizá, al final, no tuviera el tiempo que necesitaba para ganarse el afecto de Hannah Fletcher.

* * *

—¡Muchas gracias por venir a verme!

Una semana después de la llegada de los Benedict a Edgecombe, Hannah se fundió con Rebecca en un abrazo prolongado, como si no pudiera soltar a su amiga.

La verdad era mucho más complicada.

Pues claro que le había encantado volver a ver a Rebecca, tan poco cambiada en lo esencial desde sus días de escuela. Había sido muy grato poder hablar con otra mujer y compartir confidencias. Por mucho que Hannah intentara negarlo, el tiempo que habían pasado juntas le hizo darse cuenta de que su relación con *lady* Hawkehurst no había sido el vínculo mutuo que había experimentado en su juventud.

Rebecca y las demás habían confiado en ella para todo tipo de ayuda práctica; una ayuda que les había brindado encantada. Pero ellas le habían otorgado regalos únicos a cambio. Podía recurrir a la lealtad incondicional de Rebecca, las travesuras divertidas de Leah, la dulce simpatía de Grace, etc., cuando más las necesitaba. De hecho, solían ofrecérselas antes de que tuviera que pedir las. Quizá ese fuera el regalo de amistad máspreciado que había recibido: que se anticiparan a sus necesidades.

Pensándolo bien, Hannah no recordaba que la condesa le preguntara cómo estaba, manifestara preocupación por su bienestar o la animara a confiar en ella. *Lady* Hawkehurst había expresado con frecuencia su aprecio por todo lo que Hannah hacía por ella. Había tenido la deferencia de confiar en la institutriz de su hijo. Hannah no esperaba nada más. Pero, al reflexionar sobre los gestos de *milady*, se preguntó si lo que sentía la condesa por ella había sido tan fuerte como ella creía.

¿O acaso sus sentimientos por el marido de la dama estaban enturbiando sus recuerdos? Si consiguiese preocuparse menos por la memoria de *milady*, tal vez no se sentiría tan miserable y desleal.

Cuando ella y Rebecca se separaron de su abrazo de despedida, Hannah miró furtivamente al conde. No había sido capaz de mirarlo a la cara desde que se arrojó a sus brazos. Esa era otra razón por la que lamentaba que Rebecca y Sebastian se fueran. Los Benedict habían ejercido de amortiguadores entre ella y el conde, por lo que su mutua incomodidad no había sido tan obvia.

Lord Hawkehurst parecía tan arrepentido de ver partir a sus amigos como ella. ¿Sería por el mismo motivo? Hannah no quería ni imaginar que fuera la culpable de que la camaradería que había nacido entre ellos mientras el conde guardaba cama hubiera llegado a su fin.

—Gracias de nuevo por la excelente hospitalidad de Edgecombe. —Lord Benedict le estrechó la mano al conde con cordialidad—. Espero que nos permita devolvérsela visitando Stanhope Court algún día. Dado que está en las colinas de Cotswold, me temo que el viaje hasta allí no será tan agradable como los trayectos a lo que está acostumbrado.

El conde esbozó una sonrisa que se le antojó bastante forzada a Hannah.

—Por mucho que me duela admitirlo, hay más en la vida que montar y ser soldado. La señorita Fletcher me ayudó a comprenderlo. Estaríamos... Digo, acepto encantado su invitación a Stanhope Court. Parece un buen sitio, y me gustaría mucho conocer a su hermano y su esposa.

El desliz de milord le recordó a Hannah por qué no lamentaba que Rebecca y Sebastian se

fueran.

Puesto que mientras se hospedaban en Edgecombe el conde había insistido en que pasara las tardes con ellos, había sido sumamente sencillo considerarse parte de un cuarteto amistoso. Gavin Romney y ella estaban a un pasito de parecer una pareja de verdad.

Aquello fue una presunción imperdonable por su parte: la había llevado directa a tomarse la libertad de abrazar al amo de la casa. Aunque fingió disculpar su falta de decoro, la frialdad del conde hacia ella desde entonces dejó claro que, si bien había perdonado las confianzas que se había tomado, nunca las olvidaría.

Una vez que los Benedict se hubieran ido, Hannah esperaba olvidar el afecto que se profesaban sus amigos, su evidente deleite en la compañía del otro y sus chanzas juguetonas. Aunque se alegraba de que Rebecca hubiera sido bendecida con tal felicidad conyugal, anhelaba experimentar algo similar. Tal vez debería considerar la generosa oferta de su amiga de ayudarla a encontrar marido.

Pero eso era imposible. Tenía responsabilidades con los retoños del conde. La perspectiva de dejar Edgecombe no auguraba felicidad alguna. Sin embargo, como Rebecca le había recordado, algún día se vería obligada a irse. Para entonces ya sería demasiado mayor para atraer a un marido o formar una familia.

—¿A quién visitarás ahora? —le preguntó a su amiga—. ¿A Marian, en Nottingham, o a Leah, en Norfolk?

Lord Benedict respondió por su esposa.

—A ninguna inmediatamente, me temo. Primero debo regresar a Londres para enterarme de qué va a ser de Bonaparte ahora que está bajo custodia británica. Apoyo un plan para que lo exilien a Santa Elena, una isla muy lejana en mitad del Atlántico sur, fácil de defender de cualquier intento errado de liberar al tipo por la fuerza.

El conde asintió y dijo:

—Yo también opino que es, con creces, el mejor lugar para él.

—Por desgracia, no todos opinan como nosotros. —Lord Benedict parecía muy severo cuando frunció el ceño—. Hay *whigs* influyentes que creen firmemente que Bonaparte era mejor que los reyes borbones. No se dan cuenta de que un hombre no necesita nacer para el trono para convertirse en déspota. Me temo que argüirán en contra de la necesidad de impedir que regrese al poder como sea. Hasta que se resuelva el asunto, siento que debo estar presente para hacerme oír en nombre de todos los que lucharon y derrotaron dos veces a las fuerzas de Bonaparte. No deben ser obligados a repetirlo de nuevo.

—Exacto. —El conde, serio, negó con la cabeza—. Debería ir con usted para sumar mi voz a favor del confinamiento en Santa Elena.

A Hannah le costó trabajo reprimir un grito de oposición. ¡El conde no debía irse tan pronto! ¿Y si el viaje era excesivo para él? ¿Y si Napoleón lograba escapar de sus custodios y lord Hawkehurst decidía emprender la persecución? No iba a arriesgarse a que ocurriera nada de eso.

—Debería quedarse en Edgecombe —insistió lord Benedict. A Hannah le dieron ganas de abrazarlo—. Llorar a su esposa y cuidar de su familia. Que la razón prevalezca y ni mi voz ni la suya serán necesarias para discutir la cuestión.

El conde, estupefacto, dijo:

—Que la razón prevaleciese en política... Eso sí que sería una novedad. Prométame que si necesita refuerzos me llamará de inmediato.

Lord Benedict asintió y dijo:

—Cuenta con ello.

Hannah tomó la mano de Rebecca y miró a su amiga con aire suplicante. Esperaba que entendiera que le rogaba en silencio que impidiera que su marido mandara buscar al conde. Su amiga se volvió hacia el conde y le hizo una reverencia.

—Adiós, lord Hawkehurst. Su generosa hospitalidad durante su periodo de duelo dice mucho de su respeto por la señorita Fletcher. Espero que piense en el asunto del que hablamos y haga lo que le pedí.

El conde se inclinó sobre su mano con bastante rigidez a tenor de Hannah.

—Consideraré su petición con suma atención, *lady* Benedict.

Poco después, mientras despedían el carruaje en el que se marchaban los Benedict, Hannah preguntó:

—¿Cuál es la petición de Rebecca que va a considerar con tanto detenimiento?

—Nada relevante. —El conde giró sobre sus talones y echó a andar en dirección a los establos.

Su brusca respuesta a su pregunta le dejó claro que no estaba diciendo la verdad. Fuera lo que fuera lo que su amiga le había pedido, Hannah presintió que no tenía la menor intención de cumplirlo.

* * *

En los días que siguieron a la partida de sus huéspedes, Gavin trató de convencerse de que la petición de *lady* Benedict no tenía importancia. De lo contrario, significaría que le había mentado a Hannah, una transgresión que no podía soportar cometer. Pero, por más enérgicamente que arguyera, se vio obligado a admitir que era indispensable para él y los niños saber si instaría a Hannah a aceptar la invitación de su amiga de ir a Londres o no.

Por el bien de Peter y los mellizos, no se imaginaba apremiando a su institutriz y madrina a abandonar Edgecombe. Qué buena manera de compensar a las pobres criaturitas por la pérdida de su madre y sus carencias como padre. Con la ayuda de Hannah, estaba empezando a progresar en esa área, pero no tenía claro que fuese a avanzar sin ella. Es más, temía que su marcha fuera a dificultarle convertirse en la clase de padre que ella deseaba que fuera.

¿Sería eso en parte lo que había enturbiado la relación con su padre? ¿La pérdida de su madre? Esa posibilidad despertó en Gavin los primeros atisbos de empatía que había sentido jamás hacia el distante y crítico de su progenitor.

Pero ¿cómo iba a privar a Hannah de la oportunidad de tener un hogar y formar una familia? El argumento de *lady* Benedict le reprochaba continuamente su egoísmo. Ahora que reconocía sus numerosas aptitudes, ¿cómo iba a impedir que la amasen y valorasen como se merecía? Además, ¿era su preocupación por el bienestar de sus hijos una excusa para retener a la dama allí y disfrutar de su compañía sin arriesgarse a que le rompieran el corazón?

Gavin deseó negar la acusación. Como eso no era posible, buscó una distracción.

Creía que en cuanto se le permitiera levantarse de su lecho, estaría ocupado. En cambio, se encontraba inexplicablemente inquieto. Ni siquiera montar a caballo mantenía su interés por mucho tiempo. Tras meditar un rato el asunto, se preguntó si no habría perdido su propósito en la vida. Durante años, sus deberes de caballería le habían proporcionado un objetivo urgente. El juramento que le había hecho a Molesworth había prometido llenar ese vacío. Pero con la guerra zanjada y Bonaparte bajo custodia, ¿qué le quedaba por hacer?

Atender a sus hijos, desde luego, recordó con una punzada de vergüenza. Criarlos se convertiría en su nueva misión. Si no estaba seguro de cómo hacerlo, consultaría a Hannah Fletcher para pedirle consejo.

Esa perspectiva alivió su inquietud y lo llenó de fuerzas renovadas. Se dirigió de inmediato al cuarto de los niños, donde encontró a Hannah ayudando al joven Peter con su caligrafía.

—Tu letra es mucho mejor que la mía a tu edad. —Gavin se fijó en una oración que el niño había escrito para practicar—. Mejor que la mía actualmente, diría.

Su hijo pareció complacido con el cumplido.

—Quizá solo necesites más práctica, papá. ¿Te gustaría unirse a mí? La señorita Fletcher te enseñará a escribir bien las letras.

Él y Hannah se miraron por encima de la cabeza del niño, ambos luchando por reprimir una sonrisa. Fue la interacción menos incómoda que habían tenido desde su abrazo. Le dio esperanzas de que podrían volver a estar a gusto en compañía del otro.

—Es una invitación tentadora. —Le dio a su hijo una tímida palmadita en el hombro, lo que hizo que Hannah le sonriese en señal de aprobación—. Pero me temo que sería un mal ejemplo para ti. Además, mis malos hábitos a la hora de escribir están tan arraigados que por más que practicara no los mejoraría.

Su padre se habría prendado del joven Peter, tan serio, estudioso y pulcro. He aquí un chico al que se podría instruir para ser un buen aristócrata, tal vez incluso un cortesano, no un patán bullicioso y franco que solo servía como carne de cañón.

—¿Ocurre algo, señor? —A Hannah se le arrugó la frente y se le ensombreció la mirada de preocupación.

Temía que ser buen padre costase más que liderar un regimiento de caballería. Por ejemplo, ¿en qué iba a coincidir con ese hijo que se parecía tanto a su padre y su hermano y tan poco a él?

Negó con la cabeza en respuesta a su pregunta.

—Estoy muy bien, gracias. Es que estaba pensando que, dado que hace un día espléndido, podría ir a ver a Arthur y Alice. Me preguntaba si os gustaría acompañarme.

Peter se levantó de un salto y dijo:

—¿Podemos? Por favor, señorita Hannah.

La mirada suplicante de su hijo hizo que Gavin se diera cuenta de que al menos tenían una cosa en común: su amor por los bebés. Le valdría como punto de partida, sin duda.

Hannah rio con pesar y dijo:

—No has estudiado nada en las últimas semanas; por unas horitas más no pasará nada.

Peter dio un grito de alegría. Tal vez no fuera siempre tan serio y tranquilo, reflexionó Gavin. A lo mejor solo estaba abatido por la pérdida de su querida madre y nervioso por el padre al que aún no conocía del todo.

—Ya sé que no está lejos. —Peter se dirigió a su institutriz, pero Gavin presintió que iba a pedirle algo a él—. Pero ¿podemos ir en el carro del poni? Llevo sin montar desde que papá empezó a sentirse mejor.

Lo último que quería Gavin era que su hijito lo asociara con la pérdida de sus pasatiempos favoritos.

—Te gusta ir en el carro del poni, ¿eh? —preguntó, lo que le granjeó un enérgico asentimiento en respuesta—. ¿Has montado alguna vez a lomos de un poni?

Esta vez, Peter negó con la cabeza y suspiró.

—Mamá decía que no era lo bastante mayor. Decía que podría caerme y hacerme daño.

—¿Que no eras lo bastante mayor? —se burló Gavin—. ¿Qué? Yo cabalgaba antes de...

La mirada fija de Hannah lo hizo callar. Quizá no fuera buena idea desestimar las preocupaciones de su difunta esposa frente a su hijo.

—Eso es porque... tu madre querría que te enseñaran a montar correctamente. Te quería mucho y se negaba a poner en peligro tu seguridad.

Si Clarissa viviera, ¿habrían forjado al fin un vínculo basado en el amor que sentían por sus

hijos? No lo sabría nunca.

—¿Sabrías enseñarme a montar, papá? —Esta vez su hijo se dirigió directamente a Gavin. Este sonrió.

—Creo que sí. Y dado que no está muy lejos de casa de los Miller y los Wilkes, es el momento perfecto para que recibas tu primera lección.

El niño se puso a saltar y aplaudir. Entonces miró con recelo a su institutriz, como si temiera que desaprobara la lección de equitación y se la prohibiera.

Gavin confiaba en que el cariño por su hijo pesase más.

Hannah no lo defraudó.

—Es una idea excelente. Has crecido mucho en los dos últimos meses. Creo que tu mamá pensaría que eres lo bastante mayor para aprender a montar. ¿Y quién mejor para enseñarte que tu papá?

A Peter se le iluminó el rostro de felicidad. Abrazó a su institutriz por la cintura y la estrechó con fuerza.

—¡Gracias, señorita Hannah!

Por un momento se tensó ante la muestra de afecto desenfundada del niño. Gavin se preguntó si le recordaría su reciente abrazo.

Rápidamente se recuperó de su sorpresa y despeinó a su hijo.

—Es a tu padre a quien tienes que agradecerse. Al fin y al cabo, ha sido idea suya y es él quien te enseñará.

El chico la soltó y se acercó a Gavin con aire titubeante.

—Gracias, papá.

Disimuladamente, Hannah le indicó a Gavin con un asentimiento que se pusiera a la altura de su hijo, así que se agachó y le dijo:

—De nada. Supongo que será más fácil enseñarte a ti a montar que a mí a doblar papel.

Peter sonrió como si supiera que era cierto pero no quisiera regodearse. Aunque el niño no hizo ademán de abrazarlo, Gavin sintió que estaba aprendiendo a ser la clase de padre que necesitaba su hijo. Un brillo tenue en la mirada de Hannah le indicó que estaba de acuerdo.

—¿Los acompaño? —preguntó—. ¿O prefieren estar solos, caballeros?

—Pues claro que debe venir, señorita Hannah. —El tono de Peter sugería que la respuesta era obvia—. Los bebés querrán verla.

—Estoy de acuerdo, señorita Hannah. —Cuando Gavin se levantó, aprovechó la ocasión para dirigirse a ella por su nombre de pila, tal y como había hecho su hijo—. La necesitamos con nosotros.

Le imploró ayuda en silencio. Confiaría más en sus progresos como padre si estaba allí, como el empuje que les daba a las tropas que se dirigían a la batalla saber que había refuerzos listos para acudir al rescate. Peter le dio una mano a su institutriz y la otra a Gavin, quien se alegró de tomarla. Juntos se dirigieron a los establos, donde Gavin ordenó ensillar un poni manso y pequeño.

Las siguientes horas transcurrieron con rapidez y de manera agradable. Gavin se complació al descubrir que, aunque su hijo no tenía su aptitud natural para montar, claramente amaba los caballos y estaba ansioso por aprender. Los pequeños Alice y Arthur habían empezado a reír hacía poco y cautivaban a todos con sus risitas contagiosas y sus gorgoteos. Gavin deseó tener más oportunidades de charlar con Hannah, pero estaba obligado a mantener su atención fija en Peter y los bebés. A pesar de eso, era consciente de su presencia y del afecto con el que aprobaba sus esfuerzos.

Regresaron a la casa con ganas de merendar. Gavin se preguntó qué diría Hannah si le pidiera permiso para quedarse a comer con ella y Peter en el cuarto de los niños.

Desechó la idea cuando el mayordomo corrió hacia ellos tendiéndoles una carta.

—Para usted, señor. De lord Benedict, creo.

A regañadientes, Gavin soltó la mano de su hijo, tomó la carta y rompió el sello. A la vez que observaba la caligrafía puntiaguda del vizconde, murmuró lo que ponía.

—¿Van a volver a venir? —inquirió Peter—. ¿Pone eso?

—Espero que no sean malas noticias —dijo Hannah.

—No... del todo. —Gavin trató de tomárselo a la ligera para no preocupar a su hijo. Sin embargo, después de un día tan plácido, la noticia arrojó una sombra. Le recordó el precio que habían pagado otros para que él pudiese disfrutar de una tarde tranquila con sus hijos—. Pero hay un asunto en el que lord Benedict podría necesitar mi ayuda. Puede que tenga que irme una temporada.

Su esfuerzo por sonar relajado fracasó, pues la expresión de su hijo se tornó ansiosa, y la de Hannah, francamente hosca.

—Vas a volver a la guerra, ¿a que sí? —exigió saber Peter—. Mamá tenía razón. ¡Solo te importa pelear!

—Cálmate. —Hannah se arrodilló y abrazó al niño—. Hablamos de esto, ¿recuerdas? Estoy segura de que tu padre no irá a ninguna parte si no quieres que se vaya.

¿Cómo se atrevía a hacer semejante promesa en su nombre? Gavin la fulminó con la mirada y ella lo miró mal a él mientras le atusaba el cabello a su hijo y le susurraba palabras bonitas a modo de consuelo. ¿Cómo podía una mujer tan cariñosa y afectuosa tener un corazón de hierro? El contraste desconcertó a Gavin hasta que recordó que las madres más dóciles del reino animal sacaban las garras para defender a sus crías. Puede que Hannah Fletcher no hubiera dado a luz a sus hijos, pero estaba seguro de que nadie los querría más ni lucharía por ellos con más fiereza que ella.

—No voy a ir a la guerra. —Se esforzó por sonar seguro pero no duro—. La guerra ha terminado. Quiero evitar que estalle otra, para que no vuelvan a obligarme a dejar Edgecombe. Solo voy a ir a Londres. No será mucho tiempo.

Aunque Hannah seguía consolando a su hijo, Gavin vislumbró un destello ardiente en sus ojos. Sabía que no iría a ninguna parte si ella podía impedirselo.

Capítulo trece

—¿Cómo puede pensar en irse ahora? —Hannah trató de ignorar la cara de asombro del conde cuando irrumpió en su dormitorio tras llamar a la puerta ligeramente.

Entrar así fue una grave falta de decoro, pero se había acostumbrado tanto a hacerlo mientras el conde guardaba cama que casi ni se lo planteó. Además, lo que tenía que tratar con él era más importante que el decoro.

—Ya ha oído a su hijo. ¡Tiene miedo de que vuelva a la guerra y no regrese!

En cuanto hubo escupido las palabras que le quemaban la lengua desde que recibiera la dichosa carta, Hannah se percató de que no estaban solos. El conde se volvió hacia un joven lacayo que guardaba ropa en un maletín de viaje y le dijo:

—Matthew, ya acabarás luego.

Antes de que Matthew pudiera responder, su amo lo reconsideró.

—Pensándolo bien, continúa con tu trabajo. La señorita Fletcher y yo hablaremos en el salón.

—Descuide, milord. —El lacayo reanudó su tarea, pero no antes de que Hannah vislumbrara un destello en sus ojos que sugería que su enfrentamiento con lord Hawkehurst no tardaría en ser la comidilla del cuarto de los criados.

Mientras el conde enfilaba el pasillo con Hannah corriendo para seguirle el ritmo, masculló:

—¿Por qué ha tenido que armar tanto alboroto y preocupar a mi hijo? Solo voy a Londres unos días..., y tal vez a Plymouth.

—¿Por qué tiene que ir a ningún lado? —A Hannah la desconcertó volver a estar tan enfadada con el conde después de que sus sentimientos por él hubieran sufrido un cambio tan drástico.

Ese mismo día lo había visto con sus hijos, dejándose la piel por hacer lo que no le salía de manera natural. La había enternecido más que nunca. Sin embargo, en cuanto mencionó la posibilidad de partir, la indignación creció dentro de ella, avivada por un hondo dolor que no entendía.

—¿Qué decía lord Benedict en su carta? —También estaba molesta con el vizconde. ¿Por qué tenía que perturbar a un soldado herido con noticias que no harían más que angustiarse y, tal vez, retrasar su recuperación?

El conde no respondió hasta que llegaron al salón. Entonces se volvió hacia ella con las manos entrelazadas a la espalda y un ceño intimidante por toda expresión.

—Lord Benedict dice que la situación con Bonaparte dista de resolverse como desearíamos. Algunos radicales arguyen que si un hombre va a ser encarcelado, tiene derecho a que un jurado lo juzgue primero. Quieren que un juez emita un recurso de *habeas corpus*. Si se notifica una orden judicial, a saber cuánto se prolongarían el juicio y las apelaciones, con el acusado en suelo británico todo el tiempo.

Empezó a pasearse de un lado a otro.

—Asimismo, a Sebastian le preocupan los informes de Torbay. Barcos llenos de mirones se agolpan alrededor del Bellerophon mientras Bonaparte despliega sus encantos con ellos. Es un hombre peligroso aunque no lo respalden ningún imperio ni ningún ejército. Tiene una habilidad pasmosa para doblegar a otros a su voluntad. Sebastian informa que Bonaparte ha escrito al príncipe regente como un hermano monarca a otro: ¡qué descarado más terrible! Afirma que su intención nunca fue someterse a los aliados, sino buscar asilo en Gran Bretaña. Por el momento le han interceptado las cartas, pero ¿quién sabe qué pasaría si alguna llegase a su destino? El

príncipe es muy veleidoso y fácilmente influenciable. ¡No me extrañaría que se apiadara de Bonaparte!

El conde no descansaría mientras el hombre responsable de tantas muertes británicas siguiera libre en suelo británico. A Hannah no le cabía la menor duda. Y no se tardaba tanto en llegar a Londres. Sin embargo, no podía escapar a la angustiante certeza de que como Gavin Romney dejase Edgecombe, no regresaría jamás.

—El gobierno no permitiría tal cosa —arguyó Hannah—. Su lugar está aquí, y su primer deber es para con sus hijos. Ya han perdido a su madre. ¿Y si le ocurriera algo a usted?

—¿En Londres? —El conde se carcajeó con una risa burlona—. Incluso el quisquilloso de mi médico reconoce que viajar allí no me matará. Además, la voluntad del gobierno es igual de fuerte que la de sus componentes. Muchísimos representantes de ambas cámaras del Parlamento han ido al país durante el verano. Sebastian dice que se necesitan todas las voces posibles para presionarlos y que deporten inmediatamente a Bonaparte a Santa Elena.

Hannah se estaba quedando sin argumentos razonables, lo que la desesperaba.

—¿Está seguro de que no es solo una excusa para alejarse de Edgecombe y sus hijos?

—¡En absoluto! —Se enfureció con ella—. Y me ofende su acusación.

Hannah se mantuvo en sus trece, aunque por dentro se estremeció. ¿Estaba intentando destruir a propósito cualquier sentimiento amistoso que albergase el conde por ella? Porque, de ser así, lo estaba consiguiendo..., lo que le dolía casi más de lo que podía soportar.

De pronto, el conde dejó de pasearse y respiró hondo y lento. Cuando volvió a hablar, su tono no era de enfado, sino de desconcierto y preocupación.

—¿Por qué no entiende mis motivos? ¿En tan poca estima me tiene que cree que abandonaría a mis hijos o me pondría en peligro cuando más me necesitan?

Sus ojos oscuros rezumaban tristeza. ¿Cuántas personas que le importaban lo habrían tachado de fracaso por no ajustarse a sus expectativas? Hannah no podía soportar convertirse en una más de esa lista. Sin embargo, ¿cómo iba a dejarlo marchar sin luchar cuando en parte estaba profundamente convencida de que no regresaría?

—No es eso. —De repente, le flaquearon las rodillas, que no aguantaron el peso de la emoción que aplastaba su corazón. Se dejó caer en el sofá cercano.

—Entonces ¿qué es? —El conde se sentó a su lado, vuelto hacia ella—. Le prometo que no me ausentaré una hora más de lo necesario. Mientras tanto, sé que los niños estarán en buenas manos, pues los estará cuidando usted.

—Cuando falleció nuestra madre, mi padre nos prometió a Sarah y a mí que solo tendríamos que quedarnos un rato con nuestra tía. —Las palabras salían de su boca, pero a Hannah le pareció que estaba escuchando a otra persona, alguien a quien no podía hacer callar—. Más tarde, cuando murió nuestro padre, la tía Eliza nos aseguró que solo tendríamos que ir a la escuela un rato. Sin embargo, no quiso volver a acogernos ni cuando enfermó Sarah.

¡No debería estar contándole esas cosas! Hannah apretó los labios para no decir nada más. Sin embargo, aunque se reprendió por agobiar al conde con problemas que había enterrado hacía tiempo, no pudo negar la profunda sensación de alivio que le produjo desahogarse con él, como si fuera lo correcto. Por primera vez, se dio cuenta de la dolorosa huella que le habían dejado esos acontecimientos tan remotos. ¿Era posible que siguieran influyendo en sus decisiones y actos como el pasado de milord en él?

—Entiendo. —Su breve afirmación estuvo teñida de una tierna mezcla de comprensión y consuelo.

De soslayo, Hannah lo vio inclinarse hacia ella. ¿Quería ofrecerle el calor de sus brazos? Por

mucho que deseara que lo hiciera y por mucho que quisiera corresponderlo, sabía que era demasiado arriesgado. ¿Y si perdía el control de sus emociones, fuertemente reprimidas? Ya se le había soltado la lengua. ¿Qué sería lo próximo?

Se estremeció como si la acechara un peligro, aunque fueron sus propios sentimientos los que la asustaron más que cualquier posible gesto del conde.

Al ver que se sobresaltaba, el conde se apartó con brusquedad. Tomó su mano y se la estrechó como lo haría un amigo.

—Lamento que hayas tenido que lidiar con semejantes dificultades, Hannah..., señorita Hannah..., señorita Fletcher. Espero que no piense mal de mí por decir que entiendo lo que debió de llevar a su padre a actuar así. Ocuparse de dos hijas jóvenes debió de parecerle abrumador. Es posible que temiese que no podría cuidarlas correctamente.

¿Sería eso cierto? Hannah deseó creer su explicación; sería un bálsamo para su corazón, que aún se resentía por el recuerdo. Pero no era tan sencillo.

Negó con la cabeza y dijo:

—Fue culpa mía. Si hubiera cuidado mejor de la casa y de Sarah, padre no se habría visto obligado a enviarnos con la tía Eliza. Pero la criada era una holgazana y una pazpuerca y no me hacía caso. La cena se quemaba noche tras noche. Luego Sarah se cayó y se hizo un chichón.

¡Ya estaba desahogándose otra vez!

Con el conde cerca no podía mantener la guardia, eso era evidente. Hannah se obligó a cerrar la boca y probó a levantarse del sofá.

Pero él se negó a soltarle la mano.

—¿Qué edad tenía entonces? ¿Nueve...? ¿Ocho?

—Seis. —La palabra se le escapó pese a su determinación de morderse la lengua.

—¿Con seis años cuidaba de la casa? —La voz de milord se enronqueció de pena por la niña que un día fue—. No me extraña que su padre las echase por su bien, para que no tuvieran que cargar con una responsabilidad tan pesada durante su juventud.

Hannah trató de zafarse del conde, pero solo pudo hacer un esfuerzo simbólico. La firmeza y la fuerza con las que la agarraba eran demasiado reconfortantes para resistirse a ellas.

Pero Hannah no podía aceptar sin más lo que había dicho, aunque detectase una pizca de verdad en ello.

—No me importaba la responsabilidad. Preferiría haberme encargado de todas las labores domésticas a que nos echaran, pues de todos modos tenía que trabajar en casa de la tía Eliza y ser útil para que no lamentara nuestra presencia.

Su súbita incapacidad para mantener la guardia frustró a Hannah. Una grieta diminuta en el dique de su acostumbrada reserva estaba haciendo que su emoción manara a borbotones y agrandara la fisura con cada estallido. Pero ese desahogo alivió la presión que sentía desde hacía mucho en su interior; una presión que se había vuelto casi insoportable durante las últimas semanas.

Debía dejar de hablar de sí misma y de su pasado. Solo conseguiría que el conde defendiera a su padre, con quien claramente simpatizaba. Tal vez incluso la convencería de que ni ella ni su padre tenían la culpa de lo sucedido. Necesitaba a alguien a quien responsabilizar, alguien con quien descargar su ira acumulada desde hacía mucho tiempo. Era más fácil culparse a sí misma que a su padre. Pero no soportaba imaginar a Peter o a los mellizos creciendo con esa clase de carga en los años venideros.

—No digo que lo que hizo su padre estuviera bien. —El suave murmullo de milord acarició los recovecos doloridos de su alma a modo de consuelo—. Me refería a que estoy seguro de que no lo hizo para castigarlas, sino para protegerlas lo mejor que sabía. Puede que se equivocase, pero

creo que actuó por amor hacia usted y su hermana e intentó hacer lo que, a su parecer, era lo correcto.

¿Hablaba el conde de su padre?, se preguntó Hannah, ¿o pretendía defender las decisiones que había tomado y que ella desaprobaba? Si volvía al tema del principio, quizá abandonaría ese, que despertaba demasiados recuerdos intensos y dolorosos.

—Aunque lo que dice fuera cierto, por aquel entonces me era imposible entenderlo. ¿Qué iba a pensar, salvo que padre nos echó porque no daba la talla? —Hannah se arriesgó a lanzar una breve mirada de reojo al conde y descubrió que sus facciones duras reflejaban una expresión pensativa.

Claramente había tocado una fibra igual de sensible que la que había tocado él. En cualquier caso, él no tenía una respuesta preparada, lo que le dio la oportunidad de afianzar su argumento.

—Si se va, me temo que Peter sentirá lo mismo que yo una vez: que tiene la culpa. Y si le sucediera algo malo a usted, ¿qué sería de él y los mellizos? ¿Quién cuidaría de ellos sin caer en la tentación de enriquecerse con la propiedad? Mi amiga Marian Murray tenía dos jóvenes alumnas que quedaron huérfanas, e incluso su modesta herencia atrajo a una tía sin escrúpulos. Por suerte, el primo de las hermanas, el capitán Radcliffe, adoptó a las niñas y se casó con Marian para cerciorarse de que las cuidarían cuando se viera obligado a regresar a su barco.

Ese fue el motivo por el que Marian y su capitán se habían casado. Pero Hannah había leído suficientes cartas de su amiga en las que elogiaba al reservado pero gallardo capitán para saber que Marian lo amaba con locura. El arreglo había beneficiado a las queridas alumnas de Marian, que se habían convertido en sus hijas adoptivas.

—¡Es la solución perfecta! —El conde siguió estrechando la mano de Hannah mientras se bajaba del sofá y se arrodillaba ante ella—. Diga que se casará conmigo, señorita Fletcher, y ninguno de los dos tendrá que temer por el futuro de mis hijos. Si está de acuerdo, me traeré la autorización especial de Londres.

¿Una pedida de mano del conde? Hannah se preguntó si se habría quedado dormida y estaba soñando.

Parecía muy entusiasmado, casi como si la quisiera porque se preocupaba por ella, no simplemente porque fuera una tutora conveniente para sus hijos. Pero ella sabía lo mal que había ido su matrimonio al contraerse por las razones equivocadas. Y había visto lo amarga y desdichada que un enlace así volvía a la mujer lo bastante imprudente como para dejarse querer por el conde.

* * *

Esa era la solución perfecta para muchas de las dificultades que lo habían estado atormentando, se dio cuenta Gavin mientras soltaba su proposición y esperaba la respuesta de Hannah. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El capitán Radcliffe era, a todas luces, un tipo inteligente, al igual que lord Benedict, pues se habían casado con mujeres admirables.

Jamás encontraría una madre mejor para sus hijos que la institutriz y madrina que ya les tenía tanta devoción. Si se desposaba con Hannah, esta no tendría que preocuparse por dejar Edgecombe para encontrar marido y formar una familia. Sabiendo que estaría autorizada para cuidar de los niños pasase lo que le pasase a Gavin, ya no la inquietaría que el conde se alejase lo más mínimo de su hogar. Y él no tendría que preocuparse por perder a Hannah.

No se hacía ilusiones de que le importase tanto como a él le importaba ella, pero ese acuerdo le daría todo el tiempo del mundo para ganarse su cariño. Seguiría su sabio consejo y porfiaría; perseveraría más y más hasta que al fin fuese suyo. Puede que no poseyera una aptitud innata ni para ser marido ni para ser padre, pero había hecho un progreso considerable en esto último.

Seguro que obtendría los mismos resultados con lo primero si se esforzaba lo suficiente. No es que fuera un esfuerzo hacer que Hannah se sintiera querida y valorada. ¡Se moría de ganas de empezar!

En todo eso pensó Gavin mientras se arrodillaba y esperaba a que Hannah considerara su proposición y se diera cuenta de que era lo mejor para ella, para él y para los niños. Pero el expectante silencio se prolongó más de lo que se habría alargado si a la dama le hubiera parecido bien su oferta.

Gavin buscó en su rostro algún indicio que le dijera cómo iba a reaccionar. Su expresión se le antojaba más bien vacía, como si hubiera recibido una noticia impactante y no pudiera decidir qué hacer al respecto.

Era culpa suya, desde luego. Se había dejado llevar tanto por su repentino arrebató de inspiración que no se había detenido a pensar en lo inesperada que sería su proposición para ella. Pero seguro que en cuanto se recuperase del estupor, entendería perfectamente las ventajas del arreglo. —No hace falta que conteste ya —se aventuró a decir cuando ya no pudo soportar más el suspense—. Supongo que querrá tomarse un tiempo para meditar el asunto y tomar una decisión. Sus palabras sacaron a Hannah de su muda perplejidad.

—En absoluto. —Se levantó de un salto y aprovechó que la agarraba más flojo para zafarse de él—. No voy a casarme con usted, lord Hawkehurst, ni aunque dispusiera de una semana o un mes para considerar su oferta. Espero que no haya pensado que le he hablado del matrimonio de mi amiga para que me pidiese la mano justo ahora. Nada más lejos de la realidad. Solo quería señalar la posición vulnerable en la que pondría a sus hijos si arriesgara su salud persiguiendo a Napoleón Bonaparte.

Su tajante rechazo y su actitud defensiva hirieron a Gavin mucho más de lo que esperaba. ¿No podía acaso darle esperanzas? ¿Decirle que se lo pensaría?

¿Había pensado en las ventajas que podía ofrecerle: una fortuna cuantiosa con la que comprar todo lo que quisiera, una buena propiedad, sirvientes...? Por no hablar de un estatus social que superaría incluso al de su amiga *lady* Benedict.

Pues claro que no había pensado en nada de eso, advirtió con un deje de admiración, pues le traían sin cuidado. A ella solo le importaban las cosas que de verdad tenían valor: la devoción, la lealtad y la fe. Y quizá también una pizquita de orgullo.

No podía reprochárselo porque en ese momento su propio orgullo estaba hecho trizas. Le había ofrecido a Hannah Fletcher todo lo que poseía solo para que se lo arrojara a la cara.

Gavin se levantó del suelo como pudo. No era propio de él suplicar.

—Pues claro que no he pensado que quisiera que le pidiera la mano. De ser así, nunca se lo habría sugerido. Solo se me ha ocurrido que sería un arreglo muy beneficioso para todos los involucrados. Pero si no está de acuerdo...

—No lo estoy. —Hannah le escupió las palabras del mismo modo que blandiría un arma para defenderse de un agresor.

Pero él no pretendía herirla, al contrario.

Hannah negó con la cabeza y dijo:

—¿Se imagina los chismes que correrían si se casara con la institutriz de su hijo cuando todavía debería estar de luto por su madre?

Se abrazó con aire protector y se apartó de él.

Gavin se estremeció por el golpe bajo y respondió:

—No sabía que le importase tanto lo que digan los demás.

A él no, desde luego. Mientras tuviese la conciencia tranquila, lo que comentaran los demás no

lo turbaba. Pero la mención de Hannah al duelo por Clarissa le remordió la conciencia.

¿Qué decía de él como marido que le hubiera propuesto matrimonio a otra mujer tan poco tiempo después de su muerte? No estaba seguro de qué era peor: eso o que no le hubiese parecido mal hasta que Hannah le plantó cara. Se preocupaba más por su difunta esposa ella que él. ¿Qué iba a llevarla a aceptar a un hombre al que consideraba incapaz de amar a una esposa y hacerla feliz?

—Me importa lo que digan de mí. —Hannah retrocedió otro paso para poner más distancia entre ellos—. ¿Tan malo es? Usted se niega a preocuparse por lo que los demás piensen de usted para que su desaprobación no lo hiera. Pero para que no le importen sus opiniones, no deben importarle los demás. Esa no es forma de vivir.

Su aguda perspicacia tocó un punto muy sensible dentro de él. No solo lo tocó; lo dejó en carne viva y echó sal a la herida. ¿Cómo había creído que sería posible ganarse el corazón de una mujer tan capaz de lastimarlo? Si fracasaba, que era lo que se temía, Hannah haría de su vida un infierno. En comparación con eso, su turbulento matrimonio con Clarissa parecería un festín de amor. Debería estar agradecido de que Hannah Fletcher no solo lo hubiera rechazado, sino de que además se hubiera quitado la careta.

—Prefiero ser indiferente a las opiniones de los demás —gruñó Gavin— que estar tan desesperado por su aprobación que me rebaje, pase por alto sus defectos y no haga lo que me plazca por temor a perder su respeto. Si es eso lo que usted considera amor, ¡no lo quiero!

Los rasgos de Hannah demudaron en una expresión afligida que hirió a Gavin con la misma precisión que el disparo de Waterloo. Con la diferencia de que esta vez le acertó más cerca del corazón. ¿Cómo le había dicho esas cosas a Hannah después de todo lo que había hecho ella por él y su familia? ¿Cuánto se agravaría su dolor si le importasen él y su opinión? Aunque demostró que estaba en lo cierto, Gavin no obtuvo la más mínima satisfacción.

No le extrañaba que se hubiera negado a casarse con él. Con lo precavida que era, Hannah no querría arriesgarse a cuidar de un hombre que solo le haría daño, como había hecho su padre al echarla. Había sido testigo de su matrimonio con Clarissa, por lo que había visto lo capaz que era de hacer infeliz a su esposa. Quería decirle lo mucho que se arrepentía de lo que había dicho y pedirle perdón. Pero una voz severa surgida de los recovecos más oscuros de su alma insistió en que sería preferible para ella que lo despreciase a darle más munición a él para lastimarla.

Hannah hizo un esfuerzo ostensible por no perder la compostura y, de alguna forma, lo logró. La admiración que sentía Gavin por ella aumentó, y, con ella, su amargo pesar por haberse mostrado tan indigno de su consideración. En parte deseó que se enfureciera y lo vejara tan severamente que hiciera justo aquello de lo que lo había acusado ella. Si Hannah destruía lo que sentía por ella, su negativa no infligiría una herida tan profunda.

Pero, cuando habló, su voz transmitió más lástima que ira. Ni siquiera el orgulloso del conde lamentó su compasión, pues era similar al afecto, por distante que fuera.

—¿Es lo que siente por sus hijos? ¿Tiene miedo de estrechar lazos con ellos por si se vuelven contra usted como hizo usted con su padre? ¿Por eso preferiría embarcarse en una venganza contra Bonaparte pese a los peligros que arrostraría su familia?

Gavin quiso negar sus acusaciones en los términos más enérgicos posibles, pero no estaba del todo seguro de que fueran falsas.

Hannah se tomó su silencio culpable como una confirmación de lo que había dicho.

—¿Por eso me ha pedido la mano? ¿Para dejar a sus hijos con la conciencia tranquila? Porque, de ser así, debe de estar muy desesperado. Por suerte no estoy tan desesperada por obtener su aprobación como para estar dispuesta a ayudarlo. Ni por una fortuna ni por un título ni por nada material que pudiera ofrecerme. Si me lo pidiera, haría lo indecible por usted, pero no le

facilitaré que abandone a sus hijos.

No tenía intención de abandonar a sus hijos, pero de nada servía tratar de convencerla cuando estaba tan empeñada en dudar de él. ¿Había acaso una señal más clara de que ni lo respetaba ni lo haría jamás? Gavin se dijo que era lo mejor para ella y puede que hasta para él. Pero aquello no hizo que se le fuera el terrible dolor del pecho.

—Por favor, no vaya. —Le temblaba el labio inferior.

Gavin se vio abrumado por el deseo de calmarlo con un beso.

Tal vez Hannah lo sospechó, pues se mordió el labio, carnoso y abultado, y lo controló sin su ayuda.

—Deje el destino de Bonaparte en manos de Dios. Preocúpese en cambio por lo que será de sus hijos. Sé que duda de sus capacidades para ser el padre ideal, pero un padre imperfecto es mejor que no tener ninguno.

Se le rompió la voz con la última palabra, por lo que Gavin presintió que su férrea compostura no tardaría en resquebrajarse también. Aunque la razón y la prudencia le advertían que no lo hiciera, no pudo rechazar el impulso instintivo de consolarla. Los pies se le fueron solos y lo condujeron hasta ella. Alzó los brazos, deseoso de rodearla con ellos.

Pero ella no osaba aceptar nada de él, ni siquiera consuelo. Antes de que Gavin la tocara, giró sobre sus talones y salió disparada por la puerta. Era lo bastante sensato, o tal vez cobarde, para no ir tras ella.

Aunque el futuro de Napoleón Bonaparte se hubiera resuelto del todo a su entera satisfacción, Gavin sabía que aun así desearía alejarse de Edgecombe unos días. Necesitaba distanciarse de los sentimientos volátiles que se profesaban él y Hannah y decidir cómo proceder.

Temía que por su culpa fuera imposible que los dos vivieran bajo el mismo techo en el futuro. Y, si uno de ellos debía irse, no tenía la menor duda de a cuál de los dos necesitaban más los niños.

Capítulo catorce

¿Había cometido un error garrafal al rechazar la proposición de Gavin? Dado que el conde le había pedido que se casara con él, Hannah supuso que debía de estar permitido que pensara en él por su nombre de pila.

Tras huir del salón, se pasó la noche dando vueltas en la cama, asediada por las dudas. Tal vez si el conde hubiera tanteado un poco más el terreno en vez de pedirle matrimonio a bocajarro, ella no se habría negado tan descortésmente. Pero estaba muy sorprendida por lo repentino del asunto y él ya había despertado su disconformidad con su plan de irse a Londres.

Al principio, supuso que se había tomado la mención a la situación de Marian Murray como una indirecta para que le propusiese matrimonio. A Hannah le dolía que la creyese capaz de tal deslealtad a su difunta esposa. Sin embargo, su conciencia le reprochaba los sentimientos que había desarrollado por él tan poco tiempo después de la muerte de *milady*.

Ni siquiera la negación de Gavin disipó la repugnante vergüenza que provocó que reaccionase con hostilidad a su petición. Si hubiera visto el más mínimo indicio de que su oferta estaba motivada por una emoción más tierna que la desesperación, quizá su corazón habría vencido a la razón. Quizá habría llegado a aceptar con la misma poca consideración por las consecuencias que le había mostrado él al proponerle matrimonio. Pero había dejado claro que su única preocupación era la comodidad. Quería una mujer confiable y competente que criase a sus hijos mientras él perseguía a Bonaparte o cualquier otro pretexto que alegara en el futuro para abandonar a su familia.

Si no le importase el conde —lo que a buen seguro no ocurriría jamás—, Hannah le habría dado la respuesta que afirmaba desear. Pero ¿cómo iba a entregarse a un matrimonio como el que había truncado la felicidad de su difunta esposa? Había visto lo que le ocurría a una pareja cuando uno amaba pero el otro no podía corresponder el sentimiento o no quería hacerlo.

A pesar de su acusación de que se martirizaba en un penoso intento por obtener aprobación y afecto, Hannah no concebía un futuro tan aciago. Como tampoco soportaría convertirse en otro motivo al que pudiese recurrir para no pasar tiempo en Edgecombe. ¡Como si necesitase más!

¿Qué había sido ese ruido? En el oscuro silencio de la casa dormida, Hannah creyó oír algo. Se incorporó en la cama y se esforzó por captarlo de nuevo. ¿Estarían sus oídos jugándole una mala pasada para distraerla de sus inquietantes pensamientos?

Quizá debería ir a ver a Peter, solo para asegurarse. Al menos le daría algo que hacer aparte de quedarse ahí tumbada pensando en mil y una cosas al mismo tiempo, todas turbias. Nerviosa por si hacía algún ruido que molestase a otros habitantes de sueño ligero, Hannah se levantó, se puso la bata y encendió una vela. Tras su llama titilante, se adentró con sigilo en el amplio corredor y enfiló el camino hacia el cuarto de los niños. Cuanto más se acercaba, más claramente distinguía unas voces que susurraban con apremio.

Abrió la puerta del cuarto de los niños, se asomó y dijo en voz baja:

—¿Pasa algo?

—No queríamos molestarla, señorita —respondió el aya, sentada en el borde de la cama de Peter—. Al joven amo lo despertó una pesadilla y no he conseguido tranquilizarlo.

La chica bostezó con cansancio.

—Ha estado preguntando por usted. Quizá tenga más suerte y logre que vuelva a dormirse.

Hannah también estaba exhausta, pero no porque alguien le impidiera dormir.

—Vuelve a la cama, Maisie. Veré qué puedo hacer.

Tras ocupar el lugar del aya junto a la cama de su joven alumno, Hannah apagó la vela y alargó la mano hasta dar con el sedoso cabello del muchacho. Se lo alborotó con cariño.

—Veamos, ¿qué sueño has tenido que has armado un escándalo y despertado a la pobre Maisie?

Peter sorbió por la nariz y a Hannah se le cayó el alma a los pies. ¿Cuántas veces, cuando ella y Sarah eran niñas, había abrazado y consolado a su hermana por la noche?

—He soñado que se iba usted, como mamá y papá. No quería que se fuera, pero ¡decía que tenía que irse!

—Solo ha sido un sueño. —Los ademanes enérgicos propios de las institutrices desaparecieron cuando tomó en brazos al niño, que sollozaba—. Estoy aquí y no me voy a ir a ningún lado, así que no te preocupes.

¿Seguro?, le preguntó su conciencia. ¿Seguiría al servicio de Gavin Romney después de la manera descortés en que lo había rechazado y los comentarios impertinentes que había hecho sobre su carácter y su conducta? Gavin le había dado de su propia medicina, pero él era el amo de la casa mientras que ella era poco más que una criada. Tenía todo el derecho del mundo a despedirla. Aunque no lo hiciera, aún la acechaba el miedo de que sufriera algún percance y los tutores de sus hijos contratasen a alguien que la sustituyera.

—Shh. —Sostuvo al niño en brazos y pegó la mejilla a su pelo. Pensar en separarse de Peter la inquietaba aún más de lo que lo había asustado a él su sueño. Si bien sus temores no eran más que un producto de su mente dormida, los de ella eran muy reales—. Si pruebas a volver a dormirte, puede que la próxima vez tengas un sueño más placentero; tal vez uno en el que montas a caballo con tu padre.

—Solo iremos a montar en mis sueños —respondió Peter con un murmullo lastimero—, ahora que papá se va de nuevo.

—Dice que no estará fuera mucho tiempo. —Decidida a que nadie la apartara de él, Hannah abrazó al niño—. Podéis volver a montar cuando regrese.

—Usted dijo que papá no se iría si yo no quería que se fuera. Pero se va de todos modos. ¿Cómo sabe que volverá?

Eso. ¿Cómo?, se preguntó Hannah. Pero no podía alterar más al niño compartiendo sus dudas con él.

—No debería haberme apresurado a hablar por tu padre. Fue sincero cuando te dijo que estaba obligado a ir a Londres. Debemos confiar en que hablaba en serio cuando dijo que solo sería poco tiempo.

¿Podía confiar Hannah en que Gavin cumpliría su palabra? Sus sentimientos por él insistían en que era un hombre honorable y honesto que no se retractaba de sus promesas. Pero la experiencia le había enseñado que no siempre se podía confiar en que las personas a las que amaba cumplieran su palabra. Sobre todo cuando se trataba de quedarse o irse. ¿Por eso estaba tan segura de que Gavin no regresaría jamás a Edgecombe? No porque le hubiera dado motivos para dudar de él, sino porque era incapaz de confiar en aquellos a quienes más amaba.

—Supongo que debemos darle una oportunidad a papá. —El niño sonaba cauteloso, como si sintiera que darle a su padre el beneficio de la duda lo volvería vulnerable a la decepción.

—Eres muy sabio para tu edad —repuso Hannah mientras lo recostaba en su almohada.

Al recordar la proposición de Gavin, se preguntó si no habría sido apresurada y egoísta en su respuesta. Había mucho más en juego aquí que su felicidad personal. Tenía que pensar en los niños. ¿Cómo les afectaría que ella dejase Edgecombe? La pesadilla de Peter se haría realidad. Y sabía Dios lo que supondría para los pequeños perder un vínculo tan estrecho a una edad tan

temprana.

Si su padre estaba empeñado en ponerles una institutriz por madre, sin duda lo haría, pues era un hombre muy resuelto. La siguiente institutriz a la que contratase y pidiese matrimonio no se lo pensaría dos veces antes de asegurar un enlace tan ventajoso, aunque no fuera por amor. Pero ¿se podía confiar en que una persona así antepusiese las necesidades de los niños a cualquier otra cuestión?

¿Quién era ella para juzgar a los demás?, la reprendió su conciencia. ¿Había considerado las necesidades de los niños cuando había rechazado la pedida de mano de Gavin? Su corazón se había henchido de temor por su propia felicidad. Pero ¿cómo iba a ser feliz de verdad estando separada de los niños? Puesto que iba a ser infeliz de todos modos, ¿no debería elegir el camino que auguraba el futuro más dichoso para tres personitas a las que quería mucho? Además, si Gavin hacía lo que se temía y dejaba a sus hijos a su cargo, su ausencia no le causaría tanta angustia como si siguieran viviendo bajo el mismo techo y ella sintiese cosas por él y Gavin no la correspondiese.

Tras decidir en base a la razón y el amor en vez de desde el miedo y el egoísmo, el nudo de tensión que tenía dentro fue deshaciéndose. Las caricias repetitivas al cabello de Peter y la ralentización de su respiración también contribuyeron. Sus pensamientos discurrieron por derroteros más profundos, y, para su sorpresa, no tardó en cabecear. Segura de que el niño se había vuelto a dormir, Hannah dejó la vela apagada y regresó a tientas a su habitación.

A primera hora de la mañana iría a ver al conde y le pediría perdón por las cosas que había dicho por la sorpresa del momento. Tal vez para entonces hubiera reconsiderado su loca idea de casarse con ella, pero esperaba que una disculpa sincera evitase que la despidiera.

Se quedó dormida con el rítmico tictac de su pequeño reloj de sobremesa, que la volvió a despertar al cabo de unas horas.

—¿Ya son más de las nueve? ¡Santo cielo! —Hannah se levantó de un brinco y se vistió con una prisa exagerada.

Bajó volando a la sala del desayuno para encontrarla vacía salvo por un ligero aroma a café.

—Jane —le dijo a la sirvienta principal al pasar por su lado con afán—. ¿Cuánto hace que ha desayunado lord Hawkehurst?

—Siglos, señorita —respondió Jane—. Hará dos horas. Oí a milord decir que quería partir a Londres antes de que el sol estuviera demasiado alto.

—Una sabia decisión. —Hannah procuró no mostrar su zozobra. Sería mejor que no alentase cotilleos sobre ella y el conde—. Me reservaré lo que tenía que decirle para cuando regrese.

¿Cuándo sería eso?, se preguntó mientras volvía al cuarto de los niños, preparada para consolar a Peter por si estuviera molesto por la partida de su padre. ¿Tendría ocasión de disculparse con Gavin? ¿Volvería a hablar con él algún día?

* * *

¿Soportaría volver a estar cara a cara con Hannah Fletcher después del ridículo que había hecho y los insultos que le había dedicado? Con cada kilómetro que su cochero se alejaba de Edgecombe, su alivio aumentaba y su ánimo decaía.

Estar encerrado solo en el carruaje durante horas y horas era casi igual de malo que guardar cama quince días. Nada lo distraía de su incesante arrepentimiento tan bien como Hannah durante su convalecencia.

¿Qué le había hecho pensar que aprobaría una pedida de mano al poco de morir su esposa? Debería haber esperado al menos hasta que regresara de Londres. Así habría demostrado que no tenía intención de dejar a sus hijos... o a ella. No le habría dado motivos para creer que solo

quería casarse con ella para abandonar a los niños en el futuro.

Un hombre prudente y metódico habría esperado, pero él no era nada de eso. Era un hombre de acción, impulsivo; primero hablaba y actuaba, y luego pensaba. Había visto la oportunidad de retener a Hannah en Edgecombe el tiempo suficiente para ganarse su corazón y la había aprovechado.

Su padre, un hombre prudente y metódico donde los hubiera, le habría reprochado su impulsividad. Pero Hannah lo habría mirado por el lado bueno y lo habría considerado espontáneo y decidido. ¿Reconocería algún día sus virtudes después de ese episodio? ¿O había demostrado cuán pocas poseía, especialmente de las que podrían hacer de él un esposo soportable?

Tras su desastrosa entrevista, apenas había pegado ojo. Ahora la fatiga dirigía sus pensamientos por derroteros más oscuros, en espiral descendente. ¿Y si su brusca y torpe proposición hacía que Hannah dejase de estar a gusto en Edgecombe? ¿Y si la llevaba a aceptar la invitación de *lady* Benedict y dejar su hogar para siempre?

Por mucho que se preocupara por sus hijos, Gavin sabía que la necesitaban infinitamente más a ella que a él. Había empezado a creer que, con su apoyo y orientación, se convertiría en la clase de padre que necesitaban Peter y los bebés. Sin ella no tenía confianza, solo dudas paralizantes.

Para cuando su cochero se aproximaba a Londres, Gavin estaba convencido de que les había fallado a sus hijos, tal y como había defraudado a su abuelo y a su madre. Tal vez fuera la forma de la Providencia de decirle que se centrara en usar sus talentos naturales en lugar de esforzarse tanto en hacer algo en lo que nunca triunfaría.

—Cuando lleguemos a la ciudad, llévame a Berkeley Square —le ordenó a su cochero durante su última parada para que descansasen los caballos—. Número cuarenta y tres, la casa de lord Benedict.

Quería que Sebastian supiera que había ido a la ciudad a ayudarlo todo lo que pudiera para desterrar a Bonaparte de suelo británico. Apoyaría cualquier intento de retener al susodicho en algún lugar seguro hasta que ya no representara una amenaza para la paz en Europa.

Por lo visto el vizconde aún no había regresado a casa cuando llegó Gavin, pero *lady* Benedict lo recibió con los brazos abiertos.

—¿Tiene casa en Londres, lord Hawkehurst?

Gavin negó con la cabeza y contestó:

—Mi familia tenía una casa solariega, pero se usaba tan poco mientras yo estaba en la guerra que vendí el contrato de arrendamiento. Si su marido desea encontrarme, me alojaré en el Club de Oficiales de Caballería.

—De eso nada —insistió la dama de una manera que a Gavin le recordó a su amiga Hannah—. Se quedará con nosotros. Así me aseguraré de que descansa y come adecuadamente y no vuelve a enfermar.

Cuando trató de alegar que no deseaba causarles molestias, *lady* Benedict se negó a escucharlo.

—Es lo menos que podemos hacer después de que mi marido lo haya hecho venir a la ciudad cuando apenas se ha recuperado de sus heridas y sigue de luto. Hannah no me lo perdonará como le ocurra algo estando aquí.

—Espero que me culpe más a mí que a usted. —Gavin evitó la sagaz mirada de *lady* Benedict, pues temía que vislumbrase más de lo que estaba dispuesto a revelar—. Pero si está decidida a acogerme, aceptaré su amable hospitalidad con mi agradecimiento.

—¡Excelente! —*Milady* llamó a un sirviente y ordenó que prepararan las habitaciones para Gavin, su cochero y su lacayo. De paso, pidió que le trajeran comida y té—. Será una buena

ocasión para devolverle un poco de la amabilidad que nos prodigó durante nuestra estancia en Kent. No se ofenda por lo que voy a decirle, pero parece bastante más cansado y achacoso que entonces. Espero que nuestra visita no lo dejase sin fuerzas.

—En absoluto —le aseguró Gavin—. Me encontraba perfectamente mientras estuvieron en Edgecombe, pero el largo viaje en carruaje me ha agotado más de lo que esperaba.

—Hombres. —Lady Benedict soltó una risita indulgente—. Todavía tengo que conocer a alguno que no subestime los escollos que se interponen en sus planes personales o no los exagera cuando le impiden llevar a cabo una tarea que se mostraba reacio a emprender.

Gavin no pudo negar su crítica observación suavizada con humor.

—¿Cree que ese defecto se limita solo a los hombres?

Su risa se transformó en unas carcajadas estrepitosas.

—Ahí me ha pillado, señor.

—¿Qué es toda esta frivolidad? —preguntó lord Benedict con fingida seriedad mientras entraba en la estancia—. Están teniendo lugar acontecimientos trascendentales.

Cuando Gavin fue a levantarse para saludarlo, Sebastian le hizo un gesto para que permaneciera sentado mientras le tendía la mano.

—Razón de más para que le quitemos hierro al asunto con unas risotadas —observó *lady* Benedict a la vez que sonreía con cariño a su marido.

Por cómo se miraban, Gavin sospechó que sus anfitriones se habrían besado de no haber estado él presente. De nuevo sintió una punzada, no de envidia sino de deseo; anhelaba un matrimonio próspero como el suyo, en el que ambos cónyuges se amasen por igual. ¿Había subestimado los obstáculos que le impedían unirse a Hannah Fletcher o bien ella los había exagerado?

—¿Cómo han ido tus parlamentos hoy? —le preguntó *lady* Benedict a su marido—. ¿Ya se ha decidido el futuro del general Bonaparte?

Sebastian se hundió en el sofá a su lado con un suspiro de frustración.

—Hay quienes recuerdan los respetos que les mostró hace años en París. Sostienen que el gobierno no tiene derecho a encarcelar a un hombre sin un juicio, y menos si no tenía intención de entregarse al capitán Maitland, como afirma ahora.

—Sin duda el encanto de ese hombre es peligroso —dijo Gavin— si le sigue funcionando después de todos estos años.

Sebastian, serio, asintió.

—Ese es el otro problema. Si lo envían al Atlántico sur, ¿podemos confiar en que el hombre que lo vigile mientras esté en el exilio sea inmune a su encanto? Me temo que Bonaparte desplegará toda su labia con su custodio hasta que el pobre hombre baje la guardia en el momento más inoportuno.

Gavin deseó que Hannah entendiera la peligrosa naturaleza de la situación igual de bien que el vizconde. Tal vez entonces no pensaría que la estaba usando de pretexto para abandonar a sus hijos.

—Por eso estoy tan contento de contar con su apoyo —prosiguió Sebastian—. Los hombres que defienden los derechos de Bonaparte no han visto la carnicería que causó. Quizá usted podría hacerles entender el peligro que aún entraña.

—Me esforzaré por ayudarlo en todo lo que pueda —respondió Gavin, aunque no pudo disipar el mar de dudas que le suscitaba su habilidad. No tenía dotes de persuasión a las que recurrir. Como oficial y par del reino, estaba acostumbrado a dar órdenes, no a discutir ni a engatusar.

En ese momento, los sirvientes trajeron refrigerios.

—Le he pedido a lord Hawkehurst que se quede con nosotros —informó *lady* Benedict a su

marido mientras servía té a los caballeros—. Ha sido muy amable al aceptar mi invitación. —Bien hecho, querida. —Sebastian le sonrió con ternura mientras aceptaba la taza que le ofrecía—. Ya me estás demostrando que eres imprescindible en mi trabajo. Gavin y Sebastian discutieron su estrategia más a fondo hasta que *lady* Benedict insistió en que su huésped debía retirarse a descansar de su viaje. Gavin agradeció poder irse a la cama, pues estaba exhausto y dolorido tras el largo trayecto. Puede que al final Hannah no hubiera sido ninguna tonta al preocuparse por su salud. Recuerdos de ella flotaban en su mente mientras lo vencía el sueño. ¿Podría convencerla de que se quedase en Edgecombe ahora que la había puesto en guardia con su insensata proposición? Temía que no estuviese dispuesta a quedarse allí mientras él residiera en la casa. ¿Qué opción le dejaba eso?

* * *

Al día siguiente, Gavin y Sebastian se atrevieron a ir al Whitehall para hablar con cualquier miembro del gabinete dispuesto a escucharlos.

—¿Importa lo que los *whigs* tengan que decir acerca del emplazamiento de Bonaparte? —Gavin sabía que su padre se habría crecido en esa clase de actividad política. Él, en cambio, se sentía fuera de lugar y bastante ultrajado por todo el proceso—. Los que gobiernan son los *tories*.

—Cierto. —Sebastian se encogió de hombros—. Pero varios de los ministros del gabinete están casados con familias Whig: los Lennox, los Burke y los Leveson-Gower. A saber lo que oyen del tema mientras están sentados a la mesa. Lord Bathurst es mi mejor aliado —continuó—. Trabajamos juntos para apoyar a Wellington durante la guerra peninsular. Como secretario para la Guerra y las Colonias tendrá más influencia que nadie en este asunto salvo el secretario de Asuntos Exteriores, que se ha ido a Francia.

Con cierta dificultad, consiguieron una audiencia con lord Bathurst, que parecía bastante apurado.

—Lord Hawkehurst, es un honor. Conocía bien a su difunto padre.

—Espero que no me lo tenga en cuenta. —Las palabras salieron de la boca de Gavin antes de que pudiera evitarlo.

Por fortuna, los otros dos caballeros rieron de una forma que daba a entender que tampoco habían gozado de la mejor relación del mundo con sus padres.

—Hay quienes están a favor de encarcelar a Bonaparte en el castillo de Dumbarton —explicó lord Bathurst—, como el general Simon, que también violó su libertad condicional.

Sebastian negó con la cabeza y dijo:

—Eso jugaría a favor de los que desean que se lo juzgue.

El secretario para las Colonias no rebatió su argumento.

—Otros proponen el fuerte de La Valeta, en la isla de Malta.

—Demasiado cerca de Francia —objetó Sebastian—. Tener a Bonaparte allí invitaría a que se maquinasen un sinfín de ardides para liberarlo.

—¿Y qué les parece Santa Elena? —sugirió Gavin—. La he oído mencionada como posible lugar de encierro y creo que es una opción inmejorable. Es un sitio remoto del que cuesta escapar y que es fácil de defender.

—Cierto —admitió lord Bathurst—. Pero hay un problema, y no es nada desdeñable.

—¿Cuál? —inquirieron Gavin y Sebastian a la vez.

—Como puerto de suministro para los barcos con destino a Oriente, Santa Elena está bajo el control directo de la Compañía de las Indias Orientales, que siempre ha sido muy celosa de sus prerrogativas.

Aunque no tenía experiencia en política, Gavin sabía que lord Bathurst decía la verdad. Como mandatario no elegido y sin corona de gran parte de Oriente, con ingresos que habrían rescatado a cien reyes, la Compañía de las Indias Orientales no respondía ante casi nadie. ¿Qué otra empresa mercantil ocupaba un cargo en el gabinete británico?

—En ese caso —dijo Gavin—, debemos apelar directamente al presidente de la Junta de Control.

—Adelante. —El secretario para las Colonias no parecía confiar en que fuesen a llegar a ningún lado—. Quizá lord Buckinghamshire les preste más atención que a mí.

Gavin y Sebastian tuvieron más problemas si cabe para ver a ese caballero que para ver a lord Bathurst. Pero, al fin, les concedió una audiencia breve.

—Caballeros. —Lord Buckinghamshire los miró como si tuviera mejores cosas en las que emplear su tiempo—. ¿En qué puedo ayudarlos?

Como parecía tener prisa, Gavin no se anduvo con rodeos.

—Podría complacer a Gran Bretaña y a toda Europa cediendo el control de Santa Elena al gobierno de Su Majestad como lugar de exilio para Napoleón Bonaparte.

—Otra vez eso no. —La expresión de milord se endureció—. Queda totalmente descartado. La isla es un puerto vital de reabastecimiento en la ruta a las Indias. ¿Debo recordarles la fortuna que trajo a este país el comercio de las Indias Orientales? ¿De dónde creen que salió el dinero para financiar la guerra contra Bonaparte? Hay otros lugares en los que podría quedarse sin molestar a la compañía.

—Ninguno tan remoto y seguro. —Gavin se estaba sulfurando. Esperar sentado a las puertas de los asfixiantes despachos del Whitehall e intentar que entraran en razón hombres a los que les importaba más mantener sus privilegios que la paz no era para nada su ambiente—. Seguro que la compañía soportará un pequeño inconveniente para evitar otra guerra.

—Siempre hay guerra en algún sitio. —Milord cogió un documento de su escritorio y se puso a leerlo; sin duda una señal de que, a su parecer, la entrevista había terminado—. El comercio continúa e incluso prospera en la adversidad. Abogo porque Bonaparte vaya a Estados Unidos y sufrague sus propios gastos en vez de vivir de la hospitalidad británica. Ahora, si me disculpan, tengo que atender un asunto urgente.

La escueta despedida enfureció a Gavin, quien, tras levantarse de sopetón, se acercó a la mesa a grandes zancadas y le quitó el papel a milord.

—¿Qué podría ser más urgente que prevenir otro Waterloo? ¿No tiene corazón, señor, o no tiene conciencia?

Lord Buckinghamshire se apartó de él y llamó a un guardia, pero Sebastian se lo llevó antes de que llegara nadie.

—Al menos ha llamado su atención —murmuró el vizconde en tono pesaroso cuando Gavin se hubo calmado y disculpado por su comportamiento—. Es culpa mía. No debería haberle pedido que viniera a la ciudad cuando aún se está reponiendo y la batalla sigue fresca en su mente. No en vano los buenos soldados rara vez son buenos políticos.

Gavin se imaginó a su padre señalando las faltas que había cometido. ¿Qué le había hecho pensar que no iba a perjudicar a la causa al inmiscuirse en un ámbito del que sabía tan poco?

—Tal vez sería mejor que regresase a Edgecombe y se recuperase del todo —concluyó Sebastian—. Sus hijos lo necesitan mucho más que yo.

¿De veras?, se preguntó Gavin mientras se preparaba para dejar la casa de los Benedict. Tenía el mismo talento natural para la paternidad que para la diplomacia. Tarde o temprano cometería errores por los que sus hijos pagarían el precio. Quizá ya hubiera cometido uno con su irreflexiva proposición a Hannah Fletcher. A los niños les iría mejor sin él, igual que a Sebastian.

Creencias profundamente arraigadas arguyeron a favor de esa idea, pero una voz dulce en la que confiaba desde hacía poco insistió en lo contrario. Le recordó que los niños se culparían a sí mismos si se marchaba. Le aseguró que las decisiones y el esfuerzo importaban más que la aptitud natural. Con toda seguridad, las cosas que más le importaban merecían su máximo esfuerzo, no una vez, sino las que hicieran falta hasta que le salieran bien.

Con eso en mente, se dirigió a la casa de lord Buckinghamshire. El caballero aún no había regresado para cenar, pero su esposa le dijo que volvería en cualquier momento y lo invitó a esperar.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —exclamó milord cuando vio a Gavin en su sala de estar.

—No te alteres, Robert. —La condesa reprendió a su marido con una delicadeza que a Gavin le recordó a Hannah, como tantas otras cosas—. El muchacho solo ha venido a pedirte perdón, y creo que deberías escucharlo. Dios sabe que has hecho más de un comentario desafortunado en caliente.

Ante los ojos de Gavin, el formidable político se transformó en un marido dócil.

—Como desees, querida. Adelante, pues, Hawkehurst, ¿qué tienes que decir?

¿Qué tenía que decir para no empeorar una situación desfavorable?, se preguntó Gavin. Atacar a milord y cuestionar sus motivaciones no había servido de nada. Era inútil tratar de ser sutil y diplomático, pues no le saldría. Era un hombre directo pero honrado, cuya conciencia cargaba con el peso de demasiados fracasos y el temor de experimentar más.

—Me equivoqué al hablarle como lo hice, señor. La verdad es que estaba más enfadado conmigo mismo que con usted. Y no quería que viviera con los remordimientos con los que cargaré yo el resto de mis días.

Lord Buckinghamshire pareció sorprendido por su confesión.

—¿Qué remordimientos?

—Que no hice todo lo que estaba en mi mano para que Bonaparte no declarase la guerra por segunda vez —respondió Gavin—. El año pasado, cuando parecía que se había instaurado la paz y los aliados permitieron que Bonaparte se retirase a Elba, dudé que se contentara con permanecer allí. Sin embargo, no intenté convencer a nadie de que lo encerraran en un lugar más seguro. Tenía motivos para mi pasividad, pero ahora se me antojan vanos. Debería haber venido a Londres a importunar a todos los ministros que quisieran concederme una audiencia. Debería haber ido a Viena y haberme puesto pesado en el Congreso de Paz. De haberlo hecho, tal vez...

Hizo una pausa para recobrar la compostura, que amenazaba con abandonarlo.

—Tal vez... —lo animó a continuar *lady* Buckinghamshire en tono comprensivo.

—Tal vez no sentiría que la matanza de Waterloo es en parte culpa mía. Tal vez no me sentiría responsable de la muerte de mi amigo del alma. Hoy, con lord Benedict, puede que lo haya hecho todo mal y no haya servido de nada. Pero, al menos así, si Gran Bretaña debe enfrentarse a Bonaparte una tercera vez, sabré que hice todo lo que estaba en mi mano para impedirlo.

El arrugado ceño con el que lord Buckinghamshire recibió su petición le indicó a Gavin que no había hecho más que empeorar la situación.

Curiosamente, esa certeza no lo abatió. En Waterloo, hizo todo lo posible por salvar a su amigo, y ahora se había esforzado con el mismo ahínco por cumplir su promesa. Tenía la corazonada de que Molesworth no lo amonestaría por haberse quedado corto. Y tampoco Hannah Fletcher.

Antes de que lord Buckinghamshire pudiera volver a arremeter contra él, Gavin se inclinó con respeto y dijo:

—Eso es todo lo que venía a decirle, señor. Espero que lo considere y me perdone por invadir su intimidad.

Dicho esto, se fue y regresó a la casa solariega de los Benedict, donde encontró a Sebastian en el vestíbulo, departiendo con su mayordomo.

—¿Le importa si requiero su hospitalidad una noche más? —preguntó Gavin. Debía meditar a conciencia unos asuntos y tomar decisiones. Otra charla con *lady* Benedict lo ayudaría a crecerse a aclararse.

—Puede quedarse con nosotros el tiempo que guste. —Sebastian miró atrás y añadió—: Pero debe saber...

Antes de que pudiera pronunciar las palabras, se abrió la puerta de la sala de estar y apareció Peter.

—Me ha parecido oír tu voz, papá. La señorita Hannah y yo hemos venido a la ciudad de visita. No sabíamos que te alojabas aquí. ¿Te sorprende vernos?

¿Sorprender? Cuando vio a Hannah y *lady* Benedict detrás de su hijo, Gavin sintió que se le desencajaba el rostro. Peter y su institutriz eran las últimas personas que esperaba ver en Londres. Pero más desconcertante que su impactante y repentina aparición eran las preguntas que esta suscitaba.

¿Qué había querido decir Hannah al traer a su hijo a la ciudad? ¿Había cambiado de opinión respecto a la proposición? ¿O pretendía llevárselo a casa por las orejas, como si fuera un colegial que hubiera huido? Tal vez no tenía la menor intención de regresar a Edgecombe, sino que había venido a buscar refugio en casa de los Benedict hasta que Rebecca le encontrase marido.

Como su súbita y burda proposición la hubiera obligado a dejar Edgecombe, no se perdonaría jamás ese fracaso.

Capítulo quince

Ir a Londres había sido una tontería. La cara de pasmo que puso Gavin al verlos a ella y a Peter se lo dejó bien claro.

El mayor riesgo que había corrido en la vida resultaba que era su peor metedura de pata. Habiendo saboreado la hiel del fracaso, no debería haberse apresurado tanto a censurar a Gavin por su miedo a experimentarlo. En parte deseó volver al momento en que debía decidir, y elegir con más cabeza.

Con un esfuerzo palpable, Gavin dominó su voz para responder la pregunta de su hijo.

—Estoy muy sorprendido de veros en Londres. Espero que hayáis tenido un buen viaje.

Sin lugar a dudas quería saber por qué había ido allí y había traído a su hijo consigo. Hannah temía que se enzarzaran en un careo hostil como los que habían vivido desde que Gavin regresó de Waterloo y, más recientemente, cuando rechazó su proposición. ¿Qué iba a decirle? Apenas recordaba los motivos que se había dado a sí misma. Fueran los que fueran, se dio cuenta entonces de que no eran más que excusas para volver a verlo.

En respuesta a la pregunta de su padre, Peter asintió con fervor.

—Había muchos baches por el camino, pero también muchas cosas que ver. Cuando sea mayor vendré a Londres tanto como pueda. Pero con mi caballo, uno grande y fuerte.

Rebecca se adelantó y le ofreció la mano al niño.

—Espero que tu largo viaje te haya abierto el apetito. ¿Vamos a la cocina y le pedimos a la cocinera que nos prepare té y sándwiches?

Hannah conocía a su amiga lo bastante bien como para reconocer que estaba haciendo un esfuerzo por darles a ella y a Gavin un momento para hablar a solas. Aunque lo temía, sabía que posponer el careo no lo haría más fácil.

—Sebastian, acompáñanos. —Rebecca le hizo señas a su marido para que los siguiera.

—¿Y papá y la señorita Hannah? —preguntó Peter mientras aceptaba la mano de Rebecca.

—Es mejor que nos esperen aquí. —Rebecca condujo al niño a las escaleras del servicio—. La cocinera se enfada si se le llena la cocina de gente.

Mientras Peter y los Benedict bajaban las escaleras, Hannah oyó a su amiga reír alegremente por algo que le había comentado el niño. El mayordomo había subido al piso de arriba, tal vez a preparar las habitaciones para los inopinados huéspedes. Gavin y Hannah estuvieron un rato sumidos en un incómodo silencio. Hannah se planteó proponerle que se retiraran a la sala de estar, pero decidió que sería presuntuoso por su parte al ser la invitada más reciente. Así que, en su lugar, dio media vuelta y regresó a la sala, dejando a elección del conde seguirla o no.

El sonido de sus pasos firmes y silenciosos detrás de ella hizo que se le acelerara el corazón. Hannah se recordó que no debía permitir que el dolor o la ira le hicieran decir cosas de las que fuera a arrepentirse, sino que debía confiar en que el Señor la guiase.

—No hacía falta que trajese a mi hijo a Londres —dijo Gavin mientras cerraba la puerta—. Pensaba volver mañana a casa.

De pronto Hannah fue plenamente consciente de la locura que había cometido. Debería haber aguardado su regreso paciente y fielmente. Eso le habría demostrado a Gavin que no había sido su intención decir ninguna de las cosas hirientes que le soltó la última vez que se vieron. En cambio, sus actos indicaban que no confiaba en que cumpliría su palabra y haría lo correcto por su familia. Pensaría que lo juzgaba con la misma dureza que su padre.

Se giró al momento y dijo:

—¿Eso es que ha tenido éxito en su misión?

Debería haber sabido que sí y confiado en que regresaría a Edgecombe después, tal y como había prometido. Por más que Hannah se reprendiera, terca como era, no podía no albergar una chispa de esperanza. Si la coyuntura con Bonaparte se había resuelto a su satisfacción, Gavin podría volver a casa, a Edgecombe, con sus hijos. Liberado del peso de la culpa, podría empezar de cero cual penitente que hubiera abrazado la salvación.

Antes de que se encendiera la chispa, Gavin la apagó con un gesto de resignación y pesar con la cabeza.

—Me temo que no. Mi padre tenía razón: no tengo ninguna habilidad en política o diplomacia. Debería haber dejado esa parte de la lucha a hombres como Sebastian, que están mejor dotados para librarla.

Una abrumadora necesidad de reforzar su confianza impulsó a Hannah hacia él, solo para que la detuviese la certeza de que había perdido el derecho a acercarse al conde.

—Lo siento. Era una empresa digna. Nunca debería haber sugerido lo contrario. No debe fustigarse. A nadie le habría importado más ni se habría esforzado más. Estoy segura de que el comandante Molesworth estaría satisfecho.

Para su sorpresa, Gavin respondió:

—Creo que sí. No tengo claro si alguna vez me liberaré por completo de la culpa que siento por su muerte, pero nada de lo que se le haga a Bonaparte traerá de vuelta a mis camaradas caídos. Si dejo que perseguirlo me aparte de mis hijos, él ganará, y me niego a concederle esa victoria.

Su triste confesión hizo que a Hannah se le cerrara la garganta. ¿Habría llegado a esa conclusión si lo hubiera obligado a quedarse en Edgecombe? ¿O habría culpado en parte a sus responsabilidades familiares por impedirle cumplir con ese último deber?

—No he venido porque dudara de usted. —Hannah se obligó a aguantarle la mirada. Aunque corría el riesgo de que sus ojos revelasen lo que sentía por él, estaba decidida a convencer a Gavin de su sinceridad—. He venido porque temía que mi nula gentileza lo hubiese alejado de Edgecombe y de sus hijos. Jamás debería haber dicho lo que dije. Debería haberle creído cuando prometió que volvería, pero...

Se abstuvo de excusar su comportamiento y añadió:

—Entendería que no quisiese que siguiese en Edgecombe. Los niños necesitan a su padre mucho más que a cualquier institutriz, por más competente que sea.

Le costó pronunciar esas palabras. Se le constreñía más y más la garganta con cada una mientras se imaginaba separándose de Peter y los preciosos bebés. Todo lo que se había propuesto y por lo que tanto había luchado (cuidar de Gavin durante su convalecencia y obligarlo a pasar tiempo con sus hijos) servía a un fin egoísta: seguir a su lado a toda costa. En ese momento se dio cuenta de que, si bien le resultaría duro perderlos, su bienestar y su dichoso porvenir importaban mucho más.

Si esperaba que Gavin reaccionase con alivio al hecho de que le estuviera facilitando hacer lo que debía hacer, Hannah se llevó un chasco.

Al conde le cambió la cara, igual que a su hijito cuando ocurría alguna desgracia.

—¡No nos deje, se lo ruego!

Le cogió la mano. El recato advirtió a Hannah que se zafara, pero no pudo. Además, su atención estaba puesta en sus palabras, que eran todo lo contrario de lo que esperaba oír.

—Sé que es egoísta por mi parte interponerme en su camino para que encuentre marido y forme su propia familia, pero solo le pido un poco de tiempo, por el bien de los niños. Con su ayuda,

creo que puedo ser un buen padre para ellos. Pero solo...

—Pues ¡claro que puede ser un buen padre! ¡Con o sin mi ayuda! —Las palabras salieron de ella con una convicción feroz—. Es usted un buen padre. Si he dicho o hecho algo que sugiera lo contrario, me equivocaba. Si usted y los niños me necesitan, pues claro que me quedaré. Solo me he ofrecido a irme porque pensaba que seguiría enfadado conmigo. Y temía que le resultara demasiado incómodo tenerme en su casa después de..., de...

Hannah no se atrevía a decir que le había pedido matrimonio. Sonaría absurdo. ¿Lo habría malinterpretado, tal vez? ¿Se lo habría imaginado? Además, si lo decía en alto, Hannah temía que su voz delatara el pesar que sentía por no haberle dado otra respuesta.

—Después de que hice el ridículo —gruñó Gavin.

Hannah notó que no estaba enfadado con ella, sino consigo mismo. De nuevo, era su crítico más severo, pues lo habían entrenado desde una edad muy temprana para ello.

El impulso de defenderlo del estricto tirano que llevaba dentro arrasó las barreras que había levantado alrededor de su corazón para protegerlo.

—De eso nada. En cuanto me recuperé de la sorpresa y pude reflexionar sobre lo que había dicho, me di cuenta de que era bastante heroico por su parte que estuviese dispuesto a tomar semejantes medidas por el bien de sus hijos. Debería haber sabido que sacrificar la posibilidad de casarse con una mujer a la que amase y tener un futuro dichoso con ella era una señal de lo mucho que le importan sus niños.

Gavin trató de interrumpirla en ese momento, pero Hannah se negó a dejar que hablara. Si paraba ahora, no volvería a reunir el coraje para continuar.

—Debería haberme honrado y conmovido que me considerara digna de ser una madre para sus preciosos niños. No tiene nada que reprocharse. Ojalá pudiera decir lo mismo de mí.

Se vio obligada a hacer una pausa porque no le quedaba aire para seguir hablando. Como el avezado guerrero que era, Gavin no dudó en aprovechar la sazón.

—¿Heroico? —se burló—. ¿Sacrificar? No puedo consentir que me tenga en muchísima más consideración de la que merezco. La verdad es que aproveché una excusa noble para hacer algo que deseaba por motivos puramente egoístas. Cuando mencionó al capitán que se casó con su amiga, pensé en lo inteligente y afortunado que era. Pensé que si conseguía convencerla de que se casara conmigo por el bien de los niños, dispondría del tiempo necesario para... ganarme... su corazón, tal y como usted se ha ganado el mío.

Era una declaración de sus sentimientos tan llana y sincera que era imposible que Hannah la malinterpretase. Deseó creerlo con todas sus fuerzas, sin embargo, sus recelos más antiguos y sombríos insistían en que no podía ser verdad. No había hecho nada para ganarse o tener la estima de Gavin Romney porque nunca pensó que la querría. En cambio, lo había juzgado mal, había dudado de él y lo había intimidado y desafiado. ¿Cómo iba a apreciarla después de todo eso?

Y si, contra todo pronóstico, era así, ¿cómo iba a aceptar lo que la condesa había anhelado en vano?

* * *

¿Es que no iba a dar una a derechas?, se reprendió Gavin al ver que se le humedecían los ojos gris azulado a Hannah. Se llevó la mano libre a los labios en un esfuerzo fallido por contener los sollozos que brotaban de sus labios en respuesta a su torpe y escueta declaración. Había estado a punto de subsanar su primer error y asegurar la presencia de Hannah en Edgecombe al menos una temporada, pero frustró sus esfuerzos al confesar sus inoportunos sentimientos.

—¡Perdóneme! —Buscó a tientas en su bolsillo y sacó un pañuelo, que le ofreció con un gesto de

remordimiento—. Sé que es demasiado tarde para ser educado y que lleva mucho tiempo viéndome con malos ojos. No quiero cargarla con obligaciones o expectativas. Pero no se me da bien ocultar mis sentimientos o fingir que no son los que son.

Hannah estaba llorando demasiado fuerte para hablar, pero negó con la cabeza. ¿Estaba tratando de mandarlo callar porque el tema era demasiado angustioso?

Justo cuando la sensación de fracaso amenazaba con engullirlo, Gavin recordó la única vez aparte de esa que había visto a Hannah deshacerse en llanto. Cuando, acongojada, le habló de lo abominable que era su escuela, de la muerte de su hermana y de que su padre la echó, se las arregló para mantener el tipo. Solo en un momento de extrema felicidad, cuando se reencontró con su buena amiga tras muchos años separadas, no pudo contenerse y lloró abiertamente. ¿Era demasiado pedir que las lágrimas que estaba derramando ahora fueran una señal de felicidad y no de aflicción?

—Venga a sentarse. —La ayudó a llegar al sofá—. Ya seguiremos hablando cuando esté más tranquila.

Sus lágrimas ya habían empezado a menguar. Cuando se dejaron caer en el sofá, Hannah no protestó por su cercanía. Eso animó a Gavin a pasarle el brazo por los hombros. Tampoco se opuso a eso.

—No s-s-sé q-q-qué me ha dado —dijo al fin—. Le he empapado el pañuelo. Debo de estar espantosa.

—Para mí no —respondió Gavin; su voz ronca estaba teñida de una emoción inusual—. ¿Sería un iluso si esperara que correspondiera mis sentimientos algún día?

Por un instante, Hannah puso cara de espanto. Sin embargo, salió triunfadora de la batalla silenciosa que libraba en su interior y dijo:

—En absoluto. Soy yo quien no debe esperar que un hombre como usted se preocupe por mí. Y menos después de lo grosera que fui al rechazarlo y de las cosas horribles que le dije. Es un milagro que quiera saber de mí después de aquello.

Desvió la mirada como si estuviera avergonzada. Gavin no podía permitirle porque tenía que decirle algo y necesitaba toda su atención.

Con la misma delicadeza que habría empleado para acariciar a los bebés, posó el nudillo del dedo índice bajo su barbilla y la giró para que lo mirara a los ojos.

—No hay que ser perfecto para que la persona adecuada te ame, pues, pase lo que pase, siempre te verá con buenos ojos. Como ese fragmento de la Biblia que me citó sobre la oveja que se descarrió.

Por un instante creyó que Hannah volvería a echarse a llorar, pero recobró la compostura.

—¿Todavía cree lo que dijo de que el Señor establecía estándares imposibles y juzgaba nuestros fracasos?

Gavin sonrió pesaroso y negó con la cabeza.

—No sé si ni entonces lo creía. Conocer a mis hijos y aprender a ser buen padre ha hecho que entienda más la clase de amor que lo perdona todo y nunca se equivoca.

Ahora le tocaba a él deshacerse de un nudo en la garganta. De pronto no se le antojaba tan insólito que se pudiese llorar de alegría.

Hannah aprovechó que callaba para hablar.

—Si usted no me importara, habría aceptado su proposición sin titubear por el bien de los niños. Pero tenía miedo, un miedo egoísta, de convertirme en otra condesa infeliz que quisiera más de usted de lo que usted podría darme.

Pese a tener al alcance de la mano la mayor felicidad que pudiera imaginar, Gavin no había sido

nunca tan consciente de lo indigno que era.

—Pobre Clarissa. Ojalá hubiera podido hacerla feliz. Tal vez si me hubiera esforzado más...

Hannah negó con la cabeza y dijo:

—Hay cosas que ni todo el esfuerzo del mundo puede cambiar. Ahora lo sé. El pasado es una de ellas. Llevo cargando con el mío demasiado tiempo, como una pesada canastilla de costura. Me obcequé en la culpa y el arrepentimiento, pero no cambiaron ni un solo momento de mi pasado. Lo único que hicieron fue arruinarme el presente y poner en jaque mi futuro.

Gavin entendía perfectamente su consejo, sobre todo porque sabía lo que le había costado a Hannah aprender esas duras lecciones.

—Si Dios puede perdonarnos —continuó esta con un tono suave y pensativo—, ¿quiénes somos nosotros para negarnos el perdón?

—Como siempre, tiene usted razón. Pero algunas verdades son más fáciles de creer aquí —dijo Gavin mientras se llevaba el índice a la sien— que aquí. —Se dio palmaditas en el pecho—. Pero si la tuviese a usted para recordármelo con la suficiente frecuencia, tal vez al fin me quedaría claro.

Un rubor adorable se extendió por el rostro surcado de lágrimas de Hannah, que sonrió tímidamente con sus labios abultados.

—¿Significa eso lo que creo que significa?

—Si cree que significa que no quiero que se vaya de Edgecombe, salvo para una visita ocasional a sus amigas, está en lo cierto. —A Gavin le costaba dejar de sonreír—. Pero he echado a perder mi última proposición al hacerla demasiado pronto y por las razones equivocadas. Quizá no pueda cambiar el pasado, pero sí puedo aprender de mis errores, los cuales, en ese caso, no serían realmente fracasos.

—Me gusta cómo piensa. —Hannah sonrió en señal de aprobación. De pronto, dio la impresión de que la oscura sala de estar de Londres se iluminaba con el sol de la campiña.

—Quiero tomarme mi tiempo. —Gavin se deleitó con la perspectiva—. Quiero que nos conozcamos mucho más. Quiero demostrarle lo buen padre y marido que puedo ser. No seré perfecto, porque eso es imposible, pero lo haré lo mejor que sepa.

Hannah vaciló un instante y, entonces, le acarició la mejilla.

—Su máximo esfuerzo será más que suficiente para mí.

Él la creyó, no solo en su mente, sino en las profundidades más dubitativas de su alma.

—Le prometo que seré discreto. No revelaré nada más de lo que siente mi corazón hasta que haya guardado un periodo de luto adecuado por Clarissa. Les debo a ella y a nuestros hijos respetar su memoria.

—Ambos se lo debemos. —Hannah apartó la mano con evidente reticencia.

Su tierna caricia había sido muy placentera, y Gavin lamentó que tuviera que parar. No obstante, sabía que era lo correcto para ambos. Mantendrían una relación cordial y profesional hasta que llegara el día en que pudiera hablar. Iría en contra de su naturaleza impetuosa ser comedido a propósito, pero sería su homenaje a Clarissa... y a Hannah. Cuando llegara el día en que pudiera manifestar sus honorables intenciones, sería gloria bendita.

Un tímido golpe en la puerta de la sala de estar los sobresaltó como si hubieran olvidado que existía más gente en el mundo. Gavin juntó las manos de Hannah y les dio un apretón rápido y afectuoso que esperaba que transmitiera sus sentimientos hasta que pudiera expresárselos libremente y con todo lujo de detalles.

Entonces se levantó de un salto y gritó:

—Adelante.

La puerta se abrió y entró *lady* Benedict, que agarraba fuerte la mano de Peter. Miró a Hannah con gesto de disculpa, tal vez para pedirle perdón por no haber entretenido al niño más tiempo. Gavin no lamentó del todo la interrupción. De haber seguido mirando fijamente a los ojos a Hannah, no estaba seguro de que sus honorables intenciones le hubieran impedido besarla.

—La cocinera de aquí es muy simpática —anunció Peter—. Nos ha preparado una bandeja y me ha dado una galleta para matar el gusanillo.

Una criada irrumpió apresuradamente detrás de ellos con la bandeja y la dejó sobre la mesa que había delante del sofá.

—¿Le pasa algo, señorita Hannah? —Peter se sentó a su lado—. Parece que haya estado llorando.

Por un momento, pareció que Hannah iba a negar la acusación, pero tenía los ojos y la nariz bastante rojos y seguía estrujando el pañuelo empapado de Gavin.

—Sí, pero no porque me pase algo. Tu padre me ha dicho que va a volver a Edgecombe con nosotros y eso me hace muy feliz.

No más feliz que a él pensar en formar un verdadero hogar con ella y los niños, se dijo Gavin.

—Pues qué bien. —Peter todavía parecía perplejo por el extraño concepto de lágrimas de felicidad.

Mientras hablaban, *lady* Benedict fue llenándoles los platos. Una sonrisilla de suficiencia asomó a sus labios.

Hannah le pasó el brazo por los hombros a Peter y le dijo:

—En cuanto acabes de comer, te vas a la cama, jovencito. Es un milagro que estés de tan buen humor después de un día tan largo.

Por mucho que Gavin deseara regresar a Edgecombe, ver a los mellizos y dar inicio a la siguiente etapa de su vida, el bienestar de su hijo le importaba más.

—Ya que habéis venido hasta aquí, deberíamos enseñaros Londres antes de volver a casa. Si os parece bien, claro, y si no sería una molestia demasiado grande para *lady* Benedict.

—Pamplinas. —El tono alegre de *milady* dio a entender que aprobaba su propuesta—. Así podré pasar más tiempo con mi buena amiga sin apartar a mi marido de sus deberes.

Gavin advirtió que su anfitriona estaba deseando saber de qué habían hablado Hannah y él en su ausencia. Le traía sin cuidado que *lady* Benedict se enterase de que no tendría que esforzarse para encontrarle marido a su amiga.

Él y Hannah se encargarían de eso a su debido tiempo.

* * *

Hannah, Gavin y Peter pasaron unos días estupendos en Londres como invitados de Rebecca y Sebastian. Llevaron al niño a ver el puente de Londres, la catedral de San Pablo y otros lugares que algún día servirían de base para su instrucción en historia.

Hannah y Rebecca, cuyas vidas habían sido la mar de tranquilas hasta hacía poco, disfrutaron de esas salidas tanto como el niño. Lo que alegraba aún más a Hannah era la sensación tácita de que Gavin, su hijo y ella ya se estaban convirtiendo en una familia. Todavía le inquietaba un poco imaginar qué habría pensado la madre de Peter de que la institutriz de su hijo ocupara su puesto, pero esperaba que la condesa hubiera hallado la paz y el amor que escapaban al entendimiento humano. Así lo creía. Seguro que no envidiaría la felicidad de los que había dejado atrás.

Rebecca intentó tranquilizarla al respecto.

—Estarás cumpliendo la promesa que le hiciste. —Le apretó la mano para infundirle calma mientras el grupo de Edgecombe se preparaba para partir—. Independientemente de cómo se habría tomado tu relación con el conde, sin duda amaba a sus hijos con un cariño puro y

desinteresado. Estoy convencida de que aprobaría cualquier arreglo que fuera bueno para ellos.

—Hablas con mucho tino. —Hannah le dio un abrazo afectuoso a su fiel amiga—. Ojalá te tuviera cerca siempre para no preocuparme por estas cosas.

—Ahora nos veremos mucho más a menudo. —Rebecca resplandecía de alegría de pensarlo—. Y a Marian. Y a las demás, espero. Además, ahora tienes otro amigo con el que desahogarte.

Su sonrisita burlona le indicó con exactitud a quién se refería.

Justo entonces Gavin salía de la cocina con Peter. Habían bajado a agradecerle a la cocinera de los Benedict las trufas de pan de jengibre calentitas que le había preparado para que picara durante el viaje de vuelta.

—Espero que la pobre cocinera esté contenta aquí cuando os vayáis —dijo Rebecca, no del todo en broma—. Temo que nos deje por una familia con pequeños a los que mimar.

—No creo que tenga que esperar mucho —repuso Hannah— para que tú y lord Benedict le deis el gusto.

Por cómo se les cayó la baba con los hijos de Gavin, Hannah sabía que estarían deseando tener un hijo. Qué afortunada se sentía de que, llegado el momento, ella ya tendría una familia.

—Hablando de Sebastian —dijo Rebecca—, espero que regrese a tiempo para despedirse de vosotros. El maldito Bonaparte da casi tantos problemas preso como suelto. No cabré en mí de gozo cuando decidan qué va a ser de él.

Hannah le echó una mirada furtiva a Gavin mientras se agachaba a quitarle una miga de pan de jengibre de la barbilla a Peter. El conde apretó los labios y sus ojos oscuros destellaron en respuesta al comentario de Rebecca. Aunque había decidido dejar atrás la guerra y centrarse en su familia, Hannah sospechaba que seguía importándole muchísimo la situación. Deseó de todo corazón que no volviera a torcerse y Gavin fuera presa de remordimientos inmerecidos.

El conde debió de pensar lo mismo, porque dijo:

—Estoy completamente de acuerdo con usted, *lady* Benedict. Sería la última persona en apartar a su marido de sus deberes por cumplir con las formalidades de rigor.

Nada más decirlo, Hannah oyó voces a lo lejos, seguidas del sonido de pasos ligeros que se acercaban. Al momento entró Sebastian visiblemente inquieto.

—Gracias a Dios que siguen ustedes aquí. —El vizconde se dirigió a Gavin para agregar—: Temía que se hubiera ido ya.

Gavin se puso a repetir lo que acababa de decirle a Rebecca, pero Sebastian lo interrumpió.

—Esto no tiene nada que ver con una despedida cortés. Lord Bathurst me ha encargado que le entregue esto. —Dejó una carta en las manos de Gavin—. Sea lo que fuera lo que le dijo a Buckinghamshire la otra noche, parece que le impactó. La Junta de Control ha retirado sus objeciones al uso de Santa Elena como lugar de exilio de Bonaparte.

—¡Qué maravillosa noticia! —exclamó Rebecca.

Hannah estrechó a Peter con alegría.

—¿Está seguro? —Gavin abrió el sobre y se puso a leer la carta; se le iban los ojos de un lado a otro—. Entonces ¿es el fin?

—¿El fin de qué? —quiso saber Peter—. ¿Por qué están todos tan contentos?

—Porque es el fin de muchos años de guerra. —Hannah se esforzó por explicárselo de una manera comprensible para un niño—. Y el fin de la preocupación de que haya otra.

Trató de llamar la atención de Gavin para expresarle su alegría por el nuevo rumbo que habían tomado los acontecimientos y lo orgullosa que estaba de él por la función que había desempeñado, pero, al mirarlo, no vio la amplia sonrisa que esperaba, sino un ceño fruncido y una cara de turbación.

Sebastian también lo notó al momento.

—¿Qué ocurre? ¿Qué dice la carta?

—Solo un montón de tonterías políticas. —Entonces Gavin sonrió; la imitación más grotesca de una sonrisa que Hannah hubiera visto nunca.

Intuyó que sería por el bien de su hijo, lo cual corroboró cuando el conde se dirigió al niño.

—Peter, ¿te importaría salir con *lady* Benedict a ver si está listo nuestro carruaje?

La oportunidad de hacer cualquier cosa relacionada con caballos distrajo al niño del abrupto cambio de humor de su padre.

—Con mucho gusto, papá.

Rebecca captó al vuelo lo que se requería de ella. Agarró de la mano a Peter y se lo llevó.

—Podríamos pasar por la cocina a ver si a la cocinera le sobran zanahorias para los caballos.

En cuanto estuvieron lo bastante lejos, Sebastian formuló la pregunta que se hacía Hannah.

—¿Qué dice en realidad lord Bathurst?

El vizconde no cuestionó el derecho de Hannah a estar allí, cosa que agradeció.

Gavin suspiró y dijo:

—El gobierno ha decidido enviar a Bonaparte a Santa Elena, pero quieren que sea yo su custodio. En reconocimiento a mi vivo deseo de garantizar que no vuelva a representar una amenaza para la paz en Europa.

Hannah se llevó una mano al pecho, pues sentía que se le iba a caer el corazón a los pies. Debería haber sabido que un futuro feliz con Gavin y los niños era demasiado bueno para ser cierto. ¿Qué había hecho ella para merecer semejante felicidad?

Le vino a la cabeza una idea que la consoló. La incitaba a confiar en la infinita generosidad del amor divino y a transmitirlo.

—Diantres —masculó Sebastian—. No me cabe la menor duda de que sería un hombre excelente para el puesto, pero... ¿qué hará?

Gavin miró la carta, después a Hannah, y de nuevo la carta mientras negaba con la cabeza en silencio.

—Le dejo para que se lo piense —dijo Sebastian mientras se retiraba discretamente.

Cuando se hubo ido, Gavin volvió a mirar a Hannah. La dolorosa lucha que se libraba en su interior se reflejaba en sus facciones duras y en su mirada torva e insondable. Era la batalla más atroz que hubiera disputado en su vida, pues no se enfrentaba a un oponente tiránico al que hubiera que vencer a toda costa, sino que se trataba de una competición muy reñida entre dos desenlaces ampliamente deseados, cada uno de los cuales excluía al otro. Una pugna así no se saldaría con una auténtica victoria, solo con una decepción amarga y remordimientos.

Pero ¿y si no? Quizá en la rendición y el sacrificio, Hannah lo ayudaría a encontrar la paz. ¿No era eso más importante que cumplir su deseo a costa de la tranquilidad del conde?

—Creo que debería ir. —Esas fueron las palabras más duras que había dicho en su vida, pues abrían la puerta a su mayor miedo. Sin embargo, una vez que abandonaron sus labios, supo que eran las correctas.

La cara de desconcierto que puso Gavin la habría hecho reír en otras circunstancias, pero no en ese momento. En vez de eso, la instó a explicárselo.

—Sé lo importante que es esto para muchísima gente y lo mucho que significa para usted. Asimismo, me he dado cuenta de lo que debería haber tenido claro desde el principio: que no está usando esto como una excusa para abandonar a sus hijos. Sé que volverá a casa con ellos... y conmigo a la mínima ocasión.

Gavin dejó de arrugar el ceño y relajó los labios.

—Si quiere que los niños y yo vayamos con usted a Santa Elena —continuó Hannah—, lo haremos.

Aunque lo dijo sinceramente, Hannah preveía muchos problemas.

Cuando Gavin negó con la cabeza, se encontró dividida entre la decepción y el alivio.

—Aún no han destetado a Alice y Arthur, y es un viaje largo. Los niños estarán mucho mejor en Edgecombe.

Reparó en que no era una decisión fácil para él, sino una que había tomado desde la más tierna preocupación por el bienestar de sus hijos. Por primera vez, Hannah realmente creyó que quizá su padre se hubiera sentido igual cuando las envió a ella y a Sarah a vivir con su hermana.

—Entonces cuidaré de ellos hasta que regrese, como institutriz o como madre, lo que considere usted mejor.

—¿Se... casaría conmigo... ahora mismo? ¿Le importará lo que opine la gente?

—Un poco —admitió—. Pero su tranquilidad me importa más que los comentarios de los demás. Sea lo que sea lo que tenga que hacer, contará con mi apoyo incondicional.

Una sonrisa sincera y afable reemplazó la anterior expresión de perplejidad de Gavin.

—Sé que puedo confiar en usted. Lo supe incluso cuando no me importaba mucho en otro sentido.

Con pasos lentos y deliberados, se acercó a ella y le dijo:

—Quiero que usted y los niños también confíen en mí. Pero ¿cómo voy a lograrlo si estoy a un océano de distancia, jugando a ser la niñera del general Bonaparte? No creo que Molesworth lo aprbase.

Tiró la carta y la cogió de las manos.

—Lo más importante no es lo que yo quiera para nuestra familia y nuestro futuro. Sé que he dicho que no hablaría de esto aún, pero solo por esta vez, debo hacerlo. Te amo con toda mi alma, Hannah. No soportaría estar lejos de ti por nada del mundo. Quiero dejar atrás la guerra y los problemas del pasado. Quiero que abracemos el futuro con amor y felicidad.

Su voz rezumaba una confianza y una seguridad que alegraron a Hannah, y, sin embargo...

—¿Qué pasa con el general Bonaparte? ¿Quién será su custodio si no vas? ¿Existe la posibilidad de que no lo envíen a Santa Elena si te niegas a ir?

—¿Ahora quieres deshacerte de mí? —Los ojos oscuros de Gavin refulgieron de un modo que Hannah esperaba ver a menudo en los años venideros.

—Sabes muy bien la respuesta a esa pregunta. —Hannah no estaba acostumbrada a hablar con la guasa que se traían Rebecca y Sebastian, pero descubrió que lo disfrutaba—. Te quiero tanto que me da miedo decepcionarte. Quiero estar completamente segura de que no te arrepentirás de tu decisión.

—Ni por un segundo. —La besó en las manos—. Seguro que cuando despliegue mis nuevos encantos con lord Bathurst y los demás caballeros, los convenceré de que encuentren a alguien igual de apto para el puesto y con más ganas de aceptar.

—¿Significa eso que tendremos que quedarnos más tiempo en Londres? —Por mucho que Hannah disfrutara pasando el rato con Rebecca, añoraba a los bebés con una intensidad casi dolorosa.

Gavin, embargado por la nostalgia, negó con la cabeza y respondió:

—Estoy harto de Londres. Nos marcharemos en cuanto envíe una respuesta rápida a lord Bathurst. Nunca pensé que diría estas palabras, pero no veo la hora de volver a casa.

Epílogo

Kent (Inglaterra)

Junio de 1816

En muchos rincones de Inglaterra habría festejos ese día para conmemorar el aniversario de Waterloo. Gavin dudaba que alguno fuera a ser tan alegre como el que se celebraría en breve en la iglesia parroquial de Saint Alban's Edgecombe.

Aquel aciago día en el que entró tambaleándose en el lugar de culto, carcomido por la culpa y el fracaso, le parecía ahora una pesadilla de la que Hannah lo hubiera despertado. Es más, toda su vida anterior se le antojaba eso. Solo ese último año había vivido de verdad: había aceptado desafíos que antaño habría evitado y se había sincerado con sus familiares y amigos.

—La espera merecerá la pena, ya verás —le susurró Sebastian mientras él y Gavin ocupaban sus puestos al pie de los escalones del presbiterio—. Así fue para Rebecca y para mí, y así lo será para ti y Hannah.

¿Se refería Sebastian a su compromiso, algo prolongado?, se preguntó Gavin mientras aguardaba a que llegase su prometida. ¿O se refería a los meses que él y Rebecca habían esperado con ansias formar una familia? En cuanto los Benedict llegaron a la boda, Hannah adivinó que su amiga estaba encinta. Tanto ella como Gavin se alegraban mucho por ellos.

El conde se giró un momento y observó al reducido grupito con una sensación de satisfacción. Había reunido a casi todas las amigas de la escuela de Hannah para su boda. Un halo envolvía a la bella *lady* Steadwell, sentada con su marido y sus tres hijas. La vivaracha señorita Shaw estaba sentada con el capitán y la señora Radcliffe para que les echara una mano con su pequeño. Solo Evangeline Fairfax no había podido viajar desde el Distrito de los Lagos, aunque envió un regalo y una afectuosa carta de felicitación.

En la otra punta de la iglesia se sentaban dos primos de Gavin, unos cuantos oficiales de caballería que habían sido sus compañeros y los sirvientes de Edgecombe que no se encargaban del desayuno nupcial. No podía faltar Peter con su aya. Gavin trató de llamar la atención de su hijo, pero el niño estaba distraído mirando a las niñas de los Radcliffe y a la hija menor de lord Steadwell. Parecía encantado de que hubieran ido tantos chiquillos.

Hannah había insistido en que Alice y Arthur también asistieran a la ceremonia. La hijita de Gavin se sentaba en el regazo de su nodriza y observaba tranquilamente como entraba el sol matutino por las vidrieras de su alrededor y las iluminaba con su luz. El joven Arthur se negaba a estarse quieto. Se tambaleaba de un lado a otro de la nave lateral mientras la señora Wilkes asía fuerte sus cuerdas para que no se diera un batacazo.

Justo entonces apareció Hannah en la parte trasera de la iglesia. Radiante y en silencio, con su vestido sencillo y su tocado adornado con flores de los jardines de Edgecombe. En las manos sostenía un ramillete a juego. Incluso de lejos, Gavin veía con claridad el amor que irradiaba su semblante. Amor por él, por los niños y por la propia Edgecombe.

Se había pasado los últimos meses demostrándoles a ambos que podía ser la clase de marido que necesitaba y merecía. Hoy, por fin, le juraría amor y lealtad para los años venideros. Cuando se dijieran los votos matrimoniales, él y Hannah sabrían con certeza hasta dónde llegarían para cumplir sus promesas.

* * *

—Le he prometido a nuestro anfitrión que mi brindis sería breve —anunció Sebastian con una risa irónica mientras los invitados hacían una pausa y dejaban de degustar el desayuno nupcial. Hannah agachó la cabeza y se sonrojó, pues sabía que el vizconde estaba a punto de rendirle homenaje. Nunca se había sentido cómoda aceptando halagos.

Pero ni todo el azoramiento del mundo mitigaría su alegría. Era el día más feliz de su vida, no solo porque se había casado con un hombre excelente y se había convertido en madre de tres hijos a los que adoraba. Su deleite aumentó al ver a muchas de sus buenas amigas ahí presentes. Al igual que a Rebecca, los años no las habían cambiado en lo esencial. Grace seguía siendo tan amable y comprensiva como siempre, Leah seguía siendo irrefrenable, y Marian aún tenía el corazón valeroso de los auténticos campeones.

Así como Hannah y sus amigas se llevaban bien después de tantos años separadas, sus maridos también se trataban como viejos camaradas. Incluso lord Steadwell y Sebastian habían olvidado lo incómoda y errada que fue su primera impresión y decidieron conocerse más a fondo.

Los niños también se lo estaban pasando en grande juntos. La hija mayor de lord Steadwell, Charlotte, adoraba a los bebés, mientras que la hija mediana, Phoebe, compartía con Peter el amor por los caballos. La más joven de las hijas de lord Steadwell, Sophie, se había hecho muy amiga de las hijas de los Radcliffe. Peter estaba encantado de tener a tres niñas de su edad con las que jugar alegremente. Hannah ya se los imaginaba visitándose los unos a los otros en el futuro.

—Cuando Rebecca me habló por primera vez de sus amigas de la escuela —continuó Sebastian—, reconozco que pensé que era imposible que fueran tan perfectas, sobre todo la incomparable Hannah Fletcher. Pero tras haber conocido a la dama, les aseguro que mi querida esposa no exageraba. Gavin es un hombre afortunado por haber desposado una mujer tan magnífica, al igual que todos los caballeros que nos hemos casado con sus amigas.

—¡Hurra! —gritaron Gavin, lord Steadwell y el capitán Radcliffe con un entusiasmo conmovedor.

Sebastian rio con los demás invitados y alzó su copa.

—Damas y caballeros, les ruego se unan a mí y ¡beban a la salud y la felicidad de la nueva condesa de Hawkehurst!

A Hannah se le hizo raro que la llamase así. Para ella, la primera esposa de Gavin siempre sería la condesa. Ser la señora de Gavin Romney era el título máspreciado que jamás podría desear.

Cuando los invitados bebieron a su salud y Sebastian volvió a su asiento, Gavin se levantó.

—Tengo que anunciar una cosa. Les prometo que después no habrá más discursos.

—¡Hurra! —bromeó Leah para diversión de todos, incluido Gavin.

—Tal vez no opine lo mismo después de escucharme, señorita Shaw, pues les concierne a usted y a sus amigas.

Las demás miraron con curiosidad a Hannah, pero ella, confusa, se limitó a encogerse de hombros. No tenía ni la menor idea de lo que iba a anunciar Gavin.

—Lord Benedict, lord Steadwell, el capitán Radcliffe y yo hemos estado hablando —continuó el conde—, y hemos decidido que la mejor manera de honrar a nuestras queridas esposas es construyendo una nueva escuela que sustituya el terrible lugar que es Pendergast; una escuela que se rija por principios cristianos de verdad.

Los gritos de alegría de Hannah y las demás lo interrumpieron. Qué alivio que ninguna generación de niñas más fuese a sufrir lo mismo que ellas o algo peor. A Hannah ya se le ocurrían cientos de ideas para hacer de la nueva escuela un ejemplo de lo que podían —y debían— ser tales instituciones.

—Necesitaremos a las mejores para dirigirla. —Las palabras de Gavin se hicieron eco de los pensamientos de Hannah—. Esperamos convencer a la señorita Shaw y a la señorita Fairfax de que asuman la tarea.

Hannah, Rebecca, Marian y Grace recibieron el anuncio con alegría y le pidieron a Leah que aceptara.

—Si alguien puede hacer de nuestra escuela un lugar acogedor, esa eres tú, Leah —exclamó Hannah—. Por favor, ¡di que sí!

Pero Leah negó con la cabeza; le brillaban los ojos color avellana.

—Ojalá pudiera complacerlos, pero parece un proyecto ideal para Evangeline. Sabéis que es una líder nata. Yo soy demasiado rebelde; discutiríamos enseguida.

Aunque la respuesta de su amiga decepcionó a Hannah, no podía negar la realidad. Evangeline era mucho más idónea para asumir el desafío de montar y dirigir una nueva escuela. Además, Leah no soportaba estar anclada a un lugar mucho tiempo. Cambiaba de trabajo con un entusiasmo que una persona hogareña como Rebecca no entendería jamás.

Gavin acabó su discurso con una salva de aplausos.

Cuando se sentó, Hannah le apretó la mano debajo de la mesa.

—La escuela ha sido idea tuya, ¿no?

Su marido le respondió con un asentimiento de cabeza y una sonrisa tímida.

—Confío en que la apruebes.

—Sabes que sí. —Lo miró a los ojos y se deleitó con el amor y el afecto que brillaba en ellos—.

Es el regalo más considerado y generoso del marido más amable que una esposa podría desear.

Un amor como el que se profesaban era el mejor regalo de todos, reflexionó Hannah mientras dejaba a un lado el decoro para abrazar a su marido con ternura. Leal y duradero, sin condiciones ni normas, enriquecería sus vidas y las de sus hijos y las llenaría de felicidad los años venideros.

* * * * *

Querido lector:

A diferencia de las anteriores novelas de *Glass Slipper Brides*, esta ha requerido más esfuerzo y cambios. Quizá sea lo apropiado para una historia que trata sobre cómo afrontar el fracaso. El fracaso es algo aterrador que mina la confianza en nosotros mismos y nos llena de culpa. El miedo al fracaso nos vuelve reacios a asumir desafíos.

Abrumado por una sensación de fracaso, el coronel Gavin Romney cree que se redimirá si cumple el juramento que realizó en el campo de batalla. Las ideas que le inspira Dios se las inculcó el crítico de su padre. Hannah Fletcher pone mucho empeño en ganarse el aprecio de los demás. Ha perdido a tantos seres queridos que no cree que alguien vaya a amarla incondicionalmente.

Cuando las circunstancias obligan al guerrero herido y a la competente institutriz a estrechar lazos, descubren que perdonarse a sí mismos y arriesgarse a que les rompan el corazón exigirá algo más que afán y coraje. Requerirá un acto de fe.

Deborah Hale